

«Nyxia te atrapa desde la primera línea y no te deja escapar.»  
Marie Lu, autora de la saga Legend



# NYXIA

OLVIDA TU IDEA DE LO IMPOSIBLE

SCOTT REINTGEN

GRANTRAVESÍA

«Nyxia te atrapa desde la primera línea y no te deja escapar.»  
Marie Lu, autora de la saga Legend

# NYXIA

OLVIDA TU IDEA DE LO IMPOSIBLE

SCOTT REINTGEN

GRANTRAVESÍA

SCOTT REINTGEN

# NYXIA

Traducción de  
Sonia Verjovsky Paul

**GRANTRAVESÍA**

*Para mi esposa, Katie.  
Espero que todas las secuelas que escribamos incluyan tu sonrisa.*

# **PRIMERA PARTE**

## **ROTO**

## DÍA 1, 8:47 HORAS

### A BORDO DEL GÉNESIS 11

—**S**aben por qué están aquí.

Somos diez a la mesa. Como si tuviéramos la más remota idea, todos asentimos.

Ocho de los hombres y mujeres más ricos del mundo están en pie al otro lado de la sala de conferencias. Anoche usé el teléfono de PJ para investigarlos. Comunicaciones Babel. Se tragó completo a Google por allá de 2036. Dice algún bloguero que son la sombra oscura de la NASA, y que lo han sido desde hace décadas. Quién sabe qué hagan, pero vaya que les aprovecha. Todos portan el mismo traje color carbón. Es como si alguien hubiera hilvanado sus atuendos con humo. Las luces del techo danzan como reflejos en los hombros y zapatos pulidos.

Pero las luces y la habitación y el mundo se están inclinando hacia adelante para escuchar al hombre que habla: Marcus Defoe. Es negro, pero no como yo. Llevo la mitad de la vida sintiéndome como una ausencia, como una noche sin luna. No puedo imaginar que este tipo pueda ir a alguna parte sin voltear cabezas. Todo en él susurra *realeza*. Se ve por el porte de sus hombros, el sonido de su voz y el acecho de su andar. Se desliza hacia nosotros y la imagen de una pantera atraviesa mi mente. Hay tanto lustre y brillo que casi no percibo las garras.

Retrocedo y saco uno de los audífonos de mi oreja. Tengo la música a muy bajo volumen, pero el chico asiático junto a mí me mira con reproche, como si fuera la cosa más ruidosa que hubiera escuchado jamás. Ni hablar. No altero

el volumen sólo para fastidiarlo. Cuando Babel me reclutó dijeron que todo esto sería un juego. Me gusta jugar, pero *ganar* me motiva aún más. El sujeto a mi lado sacude la cabeza, molesto, y siento como si ya lo aventajara en la partida.

El audífono vibra con medios tiempos y voces de viejas canciones de *soul*. En la escuela piensan que me gusta el *hip-hop* clásico porque es *vintage*, pero lo cierto es que nunca tuve suficiente dinero para comprar lo nuevo. Cuando el sujeto que está a mi lado lanza por milésima vez esa mirada, asiento y sonrío como si fuéramos a ser los mejores amigos.

—Fueron elegidos para liderar la exploración espacial más ambiciosa que la humanidad haya conocido jamás. Los resultados de su misión cambiarán el futuro de nuestra especie —Defoe comienza a hablar sobre la humanidad, el destino manifiesto y las fronteras finales. Tiene la cabeza afeitada y perfectamente redonda. Su sonrisa encandila. Sus ojos son de un azul tan deslumbrante que las chicas de la escuela dirían que son del *color del boom*, como la canción. El rey de Babel tiene una sola imperfección: tiene la mano derecha marchita, como si un gigante se hubiera tomado todo el tiempo del mundo para romperle cada uno de los huesos. Es el tipo de lesión que, en teoría, no hay que mirar demasiado, pero que uno siempre termina observando —. La recompensa por sus esfuerzos superará su imaginación. Hemos abierto un fideicomiso para cada uno de ustedes. Recibirán un cheque por cincuenta mil dólares en sus cuentas cada mes por el resto de sus vidas.

Todos los que están en la mesa se espabilan. Los hombros rectos, los ojos abiertos, menos movimientos nerviosos. Todos reaccionamos al número porque seguramente nadie tiene donde caerse muerto. Nadie, excepto uno.

Él parece aburrido. El rey Salomón acaba de lanzarnos las llaves de su reino, ¿y está reprimiendo un bostezo? Lo miro. Es blanco. Repaso la mesa y observo que es el único chico blanco aquí. ¿Estadunidense? Quizá. Podría ser europeo. Viste una camisa sencilla de tres botones. Distraído, tamborilea los dedos sobre la mesa. Detecto una etiqueta bajo la axila, la camisa es una compra reciente. Su cabello luce deliberadamente imperfecto, como si quisiera parecer alguien con los pies en la tierra. Cuando lanza una mirada en mi dirección, regreso la vista a Defoe.

—Además de estabilidad económica, también les ofrecemos planes médicos para sus familias. Ahora tienen acceso gratuito a cuidados de salud, orientación, cirugía y a los tratamientos *más* avanzados para cáncer y otras enfermedades terminales. Esos servicios se incluyen en sus contratos sin costo y son efectivos a perpetuidad.

No sé lo que signifique *perpetuidad*, pero algunos de los chicos alrededor de la mesa asienten complacidos. Dos de ellos se encogieron al escuchar la palabra *cáncer*: una chica de cabello rubio, ojos azules y suficiente maquillaje como para inscribirse en un concurso de belleza —alcanzo a ver un mechón de cabello teñido de rosa que oculta detrás de una oreja—; el otro chico está muy bronceado y posee radiantes ojos tinte avellana. Supongo que es de Oriente Medio. Me pregunto si los padres de estos chicos sufren cáncer. Me pregunto si es así como Babel los engatusó para esta rutina de mono-en-el-espacio. Me pregunto si notaron que me encogí junto a ellos.

Es difícil escuchar las palabras que siguen, porque una imagen de mamá se quedó con mi atención. Esas muñecas flacas como espigas, rodeadas de pulseras médicas. Pasamos el tiempo suficiente en la unidad de cuidados intensivos como para que el hospital comenzara a sentirse como una prisión. La única diferencia es que algunas enfermedades no te conceden libertad bajo palabra.

—... ofrecemos acciones de nuestra empresa, contactos internos con cualquier empresario en el mundo y la oportunidad de grabar sus nombres con letras de oro en la historia de la humanidad. Desmond está distribuyendo un acuerdo de confidencialidad. Si siguen interesados, simplemente firmen sobre la raya punteada.

Uno de los sujetos trajeados hace la ronda. Coloca formularios recién salidos de la imprenta frente a cada uno de nosotros. No puedo quitar los ojos del enorme reloj de oro que lleva en la muñeca. En circunstancias menos prometedoras, me levantaría de la silla con un ¡ups!, lo quitaría de su muñeca y saldría de la habitación como si no los conociera, todo en un abrir y cerrar de ojos. Pero la vida es buena, así que reviso con cuidado una sección que contiene palabras como *privatización* y *extrajudicial*. A mi izquierda, el chico asiático evalúa un extraño conjunto de símbolos. La chica a mi derecha repasa



algo que parece estar un poco más allá del alcance de mi clase de lengua extranjera en secundaria. Casi río, pensando que somos la versión políticamente correcta del *Escuadrón de la Justicia*. Pero si Babel está en busca de héroes, eligieron al sujeto equivocado.

Firmo sobre la línea punteada e intento fingir que no he salido premiado en la lotería.

Los sujetos trajeados susurran secretos de millones de dólares. Defoe acecha en un círculo casual y depredador para asegurarse de que todos seamos niños buenos. Oprimo *siguiente* a la reproducción aleatoria y un lindo ritmo sin filtros suena en mis oídos. Dos voces cantan a dueto hasta desembocar en un coro minimalista. Toman turnos con la letra hasta que me siento de vuelta en la jungla de concreto, traficando con ritmos y riendo con mis Excelentísimos Hermanos.

Ya extraño a los chicos, en especial a PJ. Sin embargo, nuestro barrio está repleto de callejones sin salida y Babel ofrece una escapatoria. No sé lo que su ofrecimiento signifique para los otros chicos sentados alrededor de la mesa, pero para mí significa que el nombre de mamá encabece la lista de trasplantes. Que papá no trabaje también los turnos de noche, que puedan permitirse tres comidas al día y tener más de unos jeans en el armario.

Para mí, lo es todo.

Una de las chicas es la última en firmar. Como diría PJ, está más que linda. Más alta que yo, la cabeza a rape. Está tan delgada que puedo ver las clavículas en sus clavículas. Su piel oscura hace que los hilos tejidos apiñados alrededor de una de sus muñecas parezcan las plumas brillantes de un pájaro. De su pulsera cuelgan y bailan monedas de metal que atrapan la luz antes de rebotarla. Parece algo ancestral, algún tipo de talismán africano. Todos observamos mientras ella corrige algo en su formulario. Defoe lo sopesa. Su sonrisa es falsa. Él asiente, ella firma, y hemos terminado.

—Muy bien. Ahora, aunque tienen plena libertad de abandonar en cualquier momento, mientras describimos su misión, para nosotros el acuerdo de confidencialidad que han firmado es un asunto de vida o muerte.

Defoe hace una pausa para enfatizar la frase que eligió. Vida o *muerte*. Los soplones no son nada nuevo, ni tampoco las consecuencias de serlo. Pero una

mirada veloz muestra que no todos los chicos sentados a la mesa logran comprender la *advertencia*: desertar no es opción.

Prosigue:

—Si hablan de esto con quien sea, se encontrarán con las manos atadas, legalmente hablando, por el resto de sus vidas. ¿Está claro?

Todos asienten. Por primera vez, me doy cuenta de que el discurso de Defoe fue en inglés, mi lengua madre. Sin duda así lo prefiero, pero ¿cómo lo entienden los demás chicos? ¿Todos hablan inglés también? Un segundo vistazo por la habitación confirma mi sospecha: los integrantes de este grupo provienen de cada rincón del mundo. Puede ser que hoy día se enseñe inglés en escuelas de casi todas partes del mundo, pero la idea de que todos ellos lo dominen me parece una locura.

Una pantalla de cristal negro se desliza hacia arriba detrás de Defoe. Los demás sujetos trajeados se dispersan y las imágenes digitales se encienden con un titileo. Lo más disparatado es que no escucho *nada*. Ningún ventilador de enfriamiento, ningún crujido de engranajes, ningún silbido de paneles. Una pantalla de setenta pulgadas despliega imágenes de resolución impecable.

Defoe está mostrando sus dientes otra vez. El resto de sujetos trajeados parecen embelesados.

Anhelaban el momento de la revelación.

—Hace sesenta y tres años Comunicaciones Babel descubrió un planeta habitable —detrás de él, aparece una roca idéntica a la Tierra—. Edén. Nuestra relación con el planeta ha sido constante. Suponíamos que era posible la vida en Edén. Ahora lo sabemos con certeza. El planeta sustenta vida humana —la pantalla muestra distancias, navegación astronómica y lecturas planetarias. Pero para mí, todo resulta indescifrable—. Incluso con nuestros vastos avances tecnológicos, el primer viaje a Edén tomó veintisiete años en ser concretado.

Defoe deja que asimilemos la información. Veintisiete años. Hacemos los cálculos, todos parecemos un poco molestos cuando hacemos los cálculos. Nosotros no firmamos para volvernos viejos en el espacio. Al menos, yo no.

—Claro, ahora ese viaje demora menos de un año.

Todos dejamos escapar el aire que habíamos contenido. Menos de un año.

Queda claro que Defoe se divierte con nosotros. Los sujetos trajeados sueltan destellos de sonrisas de miles de dólares con su broma tan astuta. Comienzo a entender quiénes son, cómo nos observan. Lo archivo bajo la *R* de *Rabia*.

—La Torre Espacial ya está en órbita alrededor de Edén. Llegaremos ahí antes de enviarlos a la superficie. El planeta está poblado por una especie llamada adamitas.

Planetas habitables. Alienígenas. Ahora. Está pasando. Nuestra generación vio cómo descendieron en Marte. Hemos visto los carteles de reclutamiento de la NASA en todas nuestras escuelas preparatorias. Pero nunca escuchamos ni un murmullo sobre otras formas de vida. Es difícil imaginar que un secreto de este tamaño pase tres décadas en la oscuridad. Hasta donde sé, hace tres décadas saltábamos de charco en charco alrededor de la Luna. Babel nos está pidiendo que rellenemos la brecha entre los libros de historia y sus revelaciones, lo que parece imposible.

Observamos mientras la pantalla se divide en una serie de imágenes. Miramos humanoides en un paisaje vasto y primitivo. Son más bajos y fornidos que el humano promedio. Sus ojos parecen más amplios y redondos. Defoe sonrío triunfal, pero he visto mejores montajes de video en línea.

—Naturalmente, hemos tenido algunos encuentros con la especie.

Defoe toca una tecla invisible y el video se despliega en pantalla panorámica. Vemos una toma alejada de unos sujetos con aire militar, y algunos con pinta de científicos. Portan equipo de alta tecnología, incluyendo rifles de asalto al estilo *KillCall*. Al parecer no prosperan las negociaciones. Unas sombras se extienden y oscurecen a los llamados adamitas. Hay disparos, pero en el caos y el humo, cada uno de los soldados termina muerto o desmembrado. Los adamitas sólo perdonan a uno de los intrusos. Una niña, de quizá siete u ocho años.

Defoe pausa el video.

—Jacquelyn Requin. Nació durante el primer vuelo a Edén. Nuestros satélites indican que todavía vive. ¿Por qué? Los adamitas veneran a los niños y jóvenes. La mantuvieron con vida porque ella representa algo perdido para ellos. En la actualidad, el miembro más joven de su sociedad tiene cincuenta y siete años. Aunque son una especie longeva, parece que ahora son incapaces

de reproducirse. Por eso atesoran a los niños. Esa adoración es lo que nos ha concedido la oportunidad de llevar a cabo esta empresa.

Alcanza su bolsillo y extrae una canica. Es color negro azabache, de varias tonalidades más oscuras que el pulgar y dedo índice que la sujetan.

—Les presento la nyxia.

Con un movimiento veloz, la sustancia se estira. Las manos de Defoe bailan. Después de un momento, la levanta. Una daga de filo negro. Nos concede mirarla con detenimiento, voltea la empuñadura y la lanza contra un blanco a su derecha. Se clava en el fondo. No es un mal truco, pero aún no termina. Con otro movimiento de mano, atrae la sustancia de vuelta hasta la palma de su mano. Levanta la canica para que todos la veamos. Para nada es un mal truco.

—Comunicaciones Babel encontró una variedad de aplicaciones para la sustancia. Se ha vuelto, en secreto, el recurso más valioso. Nuestra misión es recolectar todo el material que nos sea posible. ¿Alguien podría adivinar dónde se encuentran vastos yacimientos de nyxia?

Edén, pensamos todos. De acuerdo, Defoe, tienes nuestra atención. Un roce de su pulgar reemplaza el video con el escaneo digital de un mapa del planeta. Vemos áreas marcadas en rojo. Puntos negros se anidan en el filo de las crestas y junto a las cuencas de los ríos en patrones impredecibles. Defoe explica:

—Cada punto negro representa una veta subterránea de nyxia. En términos logísticos, cada uno de esos puntos negros vale algo así como cincuenta mil millones de dólares.

Mi vecino, contrariado, deja escapar un silbido. Finalmente coincidimos en algo: es mucho dinero. Y hay muchos puntos. Sin embargo, no he olvidado a los marines espaciales muertos, ni sus extremidades amputadas.

Un chico de ojos marrón a mi derecha hace una pregunta en otro idioma.

Defoe asiente.

—Las áreas rojas indican ubicaciones establecidas por los adamitas como prohibidas para nosotros. Nadie de Comunicaciones Babel ha puesto un pie en alguna de esas regiones.

Por más extensos que estén los puntos negros, éstos son eclipsados por las

áreas en rojo. De hecho, hay un solo círculo de terreno accesible en la parte inferior del mapa, y no veo un solo punto negro en varios kilómetros a la redonda. Defoe nos hace la pregunta del billón de dólares:

—Entonces, ¿cómo retiramos nyxia de los yacimientos protegidos por una especie con tecnología militar superior y una agresiva política fronteriza?

Exacto, pienso. ¿Cómo podríamos ayudar? ¿Y por qué arriesgaríamos nuestras vidas para hacerlo?

Defoe responde a su pregunta crípticamente.

—*En verdad os digo, a menos que cambien y sean como niños, no entrarán en el Reino de los Cielos.*

La chica del maquillaje agrega su acento sureño a la conversación.

—La Biblia, ¿cierto?

Defoe asiente.

—Así es. Su edad los protegerá. Nuestro viaje nos dará amplia oportunidad para entrenarlos en la extracción segura de nyxia de las vetas en las que trabajen. Fijaremos cuotas para cada uno de ustedes. Al cumplir esas cuotas, conseguirán la recompensa monetaria que prometimos antes.

El chico asiático a mi lado objeta. Defoe escucha con paciencia antes de responder.

—Longwei pregunta sobre los riesgos. Le preocupa morir durante la extracción y no recibir su recompensa. No sólo tenemos un incidente confirmado que demostró un claro precedente de protección de los jóvenes, sino que hace dos meses hicimos un acuerdo con los adamitas. Los que pongan pie en Edén tendrán permiso de entrar y salir cuando lo deseen. Ustedes serán bienvenidos como sus huéspedes.

—¿Así que sólo recolectamos esa cosa, *nyxia*? —pregunta la chica sureña.

—Precisamente, Jasmine. Cuanto más, mejor —una mirada veloz a sus compañeros nos muestra que tienen algo más que revelar. Defoe yergue los hombros de por sí firmes—. Habrán notado que hay diez de ustedes aquí. Para Comunicaciones Babel es muy valiosa la competencia. *El hierro con hierro se afila*, y todo eso. Ahora son diez, pero sólo llegarán ocho a Edén.

El miedo verdadero siempre es mudo. De repente, todos nos volvemos estatuas. Ni un respiro se escucha, excepto del chico blanco. Se truena un

nudillo y se reclina en su silla. No es como nosotros. No sé cómo, pero lo sé. El resto del grupo espera a que Defoe diga que está bromeando, pero por supuesto no lo está. Un corpulento chico asiático al final de la mesa hace un comentario mordaz. Quién sabe cuál fuera la broma, pero a Defoe no le hace gracia.

—Katsu quiere saber qué sucederá con los otros dos —explica Defoe—. Nuestro vuelo de un año será una especie de competencia. Se medirá cada prueba que lleven a cabo. Se analizará cada tarea que les sea asignada. Desde el momento en el que entremos al espacio, estarán bajo la lupa. Se publicarán las evaluaciones por toda la nave. Sólo se les permitirá a ocho de ustedes descender en Edén al llegar. Esos ocho recibirán los paquetes de beneficios que discutimos.

Más silencio. Se están rompiendo corazones.

—Aun así, los otros dos serán recompensados, pero con una suma monetaria menor. El salario promedio anual de un empleado de Comunicaciones Babel está justo alrededor de los ciento cincuenta mil dólares. Les pagaremos dos años de servicio y los despacharemos de vuelta a casa. Los demás beneficios no estarán disponibles para ellos.

En mi barrio, ese tipo de premio de consolación bastaría y alcanzaría. Estoy seguro de que es más dinero del que cualquiera en esta mesa pudiera haberse imaginado antes de hoy. Pero ahora sabemos que hay algo mejor. Sabemos que hay una promesa de riquezas que se extiende para siempre. La mesa está llena de rostros codiciosos. La bola curva que nos lanzó Babel está funcionando.

Competencia. Oferta y demanda. Estilo jaula.

—¿Comenzamos? —pregunta Defoe.

Su pregunta suena y resuena, y resuena...

## DÍA 1, 9:13 HORAS A BORDO DEL GÉNESIS 11

**U**n empleado de Babel me lleva a una de las cápsulas de confort de la nave y me dice que disfrute de la vista. La plataforma de embarque es un caos. Las capas de vidrio silencian todo. Es como ver una película muda, sin subtítulos. Lo más probable es que este lanzamiento se haya preparado desde hace una década, pero las abejas obreras siempre tienen más por hacer. Los técnicos con audífonos iluminados escanean contenedores, ladran órdenes y miran cómo los operarios los empujan fuera de su vista. Suspiro, selecciono canciones al azar, y espero.

Detrás de mí hay una puerta que parece un modelo de compuerta inspirado directamente en el set de uno de los refritos de Star Wars. Las baldosas tienen control de temperaturas. Una abundancia de cojines brota de cada esquina como si fueran hongos. La llaman *cápsula de confort*, pero estoy hecho un manojo de nervios. La iluminación es tenue, los muros de color lavanda y hay una máquina de expreso de autoservicio. Tanto lujo sólo logra hacerme sentir aún más fuera de lugar.

La función aleatoria de mi reproductor de música cae en una infusión de *reggae* que mi primo Taylor produjo el año pasado. PJ y los Excelentísimos Hermanos idolatran a Taylor porque creen que se codea con los raperos con actitud de ganadores de nuestra generación. Pero en realidad no logra pagar sus préstamos y trabaja haciendo turnos nocturnos con mi papá. Así son las cosas en Detroit. Pienso en mi familia, en mis chicos, en todos. Allá en mi pueblo, tener bajas expectativas es algo generacional.

Entonces debo preguntar, ¿por qué yo? No hay respuestas sencillas.

Los números son muy claros:

Ocho de diez.

Cincuenta mil dólares al mes. Para siempre.

Miro a las abejas obreras y respiro hondo hasta que la compuerta se abre con un siseo. No estaba seguro de a quién traería Comunicaciones Babel para despedirse, pero debí haberlo sabido. Mamá nunca se ha subido a un avión. Y de todos modos, a los médicos no les gusta que viaje distancias largas. Así que es papá quien entra a la habitación después de dar un par de pasos. Lleva puesta una chaqueta de cuero y jeans desgastados. Porta en la cabeza la boina siciliana que sabe que me encanta. No sonrío, porque ya está llorando.

Tiende la mano hacia mí como si me hubiera graduado de la universidad o me hubiera alistado en el ejército o algo así. Cuando estrechamos las manos, la suya cubre la mía por completo. Nos sentamos juntos, y no se molesta en enjugarse las lágrimas de los ojos enrojecidos. Babel me reclutó apenas un mes atrás. Es una locura la velocidad con la que ha ocurrido todo esto, lo poco que nos queda de tiempo.

—El señor Defoe dijo que serán tres años —su voz es un motor ahogado—. Emmett, sé que es una gran oportunidad. Dios sabe que yo nunca tuve alguna parecida. Pero, ¿estás seguro? —mira los extraños asientos y las baldosas brillantes que nos rodean—. ¿Sientes que es lo correcto?

Me hace la pregunta que me he repetido toda la mañana. ¿Qué dice la letra *pequeña*? ¿Quién es el mago detrás de la cortina? Babel tiene sus secretos, pero yo también, y todos.

—No puedo negarme, papá.

—Siempre puedes.

—Están ofreciendo cincuenta mil dólares...

Me interrumpe.

—El dinero es sólo dinero, Emmett. Yo podría haberlos tenido a todos ustedes muy cómodos si me hubiera ganado la vida haciendo lo incorrecto. ¿Sientes que esto es lo correcto?

—Al mes, papá. Cincuenta mil al mes —evado su mirada, fingiendo observar a los trabajadores. Sé cuánto gana él cada año. Sé lo poco que es



comparado con lo que me están ofreciendo. Sé que la vida no es justa—. De por vida... Atención médica gratuita, también. Pueden atender a mamá desde mañana mismo. Tratamiento sin cargos en cualquier clínica de Detroit. He visto las facturas, papá. Sé que la lista de espera para un trasplante es larguísima. Babel es el tipo de empresa que puede ponerla a la cabeza de la lista. Es el tipo de gente que tira de los hilos que nosotros no podemos alcanzar. Sé que lo necesitamos. Ella lo necesita.

Papa ignora mis argumentos.

—Te hice una pregunta.

Suspiro, pero sus ojos me taladran contra la pared. *¿Sientes que esto es lo correcto?*

—En realidad no lo sé —le digo—. Cuesta trabajo ver la diferencia entre dinero e incorrecto.

Estoy bastante seguro de que es la letra de una canción, pero así me siento exactamente. Comunicaciones Babel me toca una extraña fibra sensible, pero todo multimillonario toca extrañas fibras sensibles. Viven en otros mundos, se mueven en otras multitudes y respiran otros aires. Siempre ha sido así, y siempre lo será.

Papá mira afuera, hacia las abejas obreras.

—Nunca había visto algo así.

—Yo tampoco.

Observamos mientras un montacargas casi perfora a un hombre.

—¿Sientes temor? —pregunta.

—Sí.

—Eso sólo quiere decir que eres listo.

—Sí.

—Y si te piden que hagas algo que no es lo correcto, ¿qué dirás?

—No.

—Y si te llevan al límite, ¿qué harás?

—Volar.

—¿Cuál es tu nombre?

Solía preguntarme todo esto antes de los juegos de fútbol. Es una tradición, una rutina, un recordatorio.

—Emmett Ethan Atwater —le digo.

—¿Qué quiere decir Ethan?

—Constante.

—¿Qué quiere decir Emmett?

—Buen trabajador.

—¿Qué quiere decir Atwater?

Dudo.

—Eso nunca me lo dijiste...

Sonríe.

—Tampoco yo lo sé.

El hecho de que pueda hacer una broma en este momento relaja la maraña de nudos que siento en el estómago.

—Entonces se van a encargar de ti, ¿eh?

—No sólo de mí. De ti y de mamá también —desvió la mirada, una vez más—. Eso es lo que deseo, y mucho, papá.

—Primero desea un futuro para ti. Cuando estés allá arriba —mira hacia el techo como si no estuviera ahí, como si las galaxias se extendieran en toda su infinitud—, quiérello para ti. Yo trabajo duro, pero te mereces mucho más que lo que te hemos podido dar. Toma primero lo que es tuyo. ¿Entendiste?

De repente me siento débil. Un manojito de huesos sin corazón.

—Sólo irán ocho hasta Edén.

Él asiente, como si esperara que hubiera una vuelta de tuerca.

—¿De cuántos?

—Diez.

—Bastantes posibilidades.

Parece difícil encontrar oxígeno. Expulso las palabras desgarradas.

—¿Y si no lo consigo?

—¿Y si sí? —pregunta.

Un segundo después está en pie. Ya no llora.

—Tienes que entrar y luchar, Emmett. Sé noble. No desde su perspectiva, sino desde la tuya. Rompe las reglas que tengas que romper, pero nunca olvides quién eres y de dónde provienes. Cuando te abatan, y lo harán, aun así, no renuncies.

Sacudo la cabeza como promesa.

—Jamás —puntualiza.

Nos abrazamos. Después, nos sentamos y miramos la bahía de carga hasta que todos los contenedores están llenos. Papá extiende una llave de latón, y mi corazón deja de latir. Sólo la he visto en un estuche de cristal en la habitación de mis padres. Es ancestral. Raspada y como del tamaño de la palma de mi mano. La observo y la giro y pienso en todos los Atwater que han sostenido esta llave en sus manos. No se molesta en explicarme por qué me la da, porque lo sé. *Rompe las cadenas, grita la llave. Toma lo que es tuyo.*

## DÍA 1, 9:33 HORAS

### A BORDO DEL GÉNESIS 11

**Y** así, sin más, estoy dejando la Tierra detrás.

No para siempre, pero no es lo mismo que subirse al autobús que viaja al campamento de verano. Siento que es un error esto de tener que abandonar a mamá sólo para asegurarme de que consiga el tratamiento que necesita. No podré estar ahí para ella durante las etapas más duras del tratamiento, pero dejarla a ella y a papá significa que tendrá una oportunidad de vencer los pronósticos. Tengo que creer que los dos estarán aquí cuando vuelva, vivos y bien y en camino a jubilarse y ser ricos. Todavía siento como si algo se me hubiera escurrido entre los dedos mientras uno de los técnicos me conduce por la nave.

Es enorme. Los túneles espaciales llevan por un vientre tecnológico. Intento memorizar nuestra ruta, pero subimos tres niveles y descendemos por dos pasillos y atravesamos demasiadas puertas. En mis audífonos el redoble de un tambor está sembrando el caos, así que me pierdo la primera ronda de instrucciones.

—¿Qué? —digo, mientras bajo el volumen.

—Su habitación, señor Atwater.

El técnico presiona dígitos en un tablero y desliza una tarjeta, entonces la puerta se abre con un suspiro. Por un segundo olvido que estamos en una nave espacial. Los pisos están alfombrados, los sillones son de piel y la biblioteca está repleta. Más allá de la sala detecto dos puertas y me imagino que son la habitación y el baño. El técnico está introduciendo otro código en el

dispositivo de datos. Todo en este lugar es azul, de una elegancia robótica.

—¿Me darán una de esas tarjetas? —pregunto—. En Detroit todavía usamos llaves metálicas.

—Sus trajes portan el código de sus habitaciones.

—¿Y un traje?

Asiente.

—Y una pistola.

—Bromea, ¿cierto?

—Sí.

Por primera vez, el tipo tiene rostro. Algo de eso lo vuelve más que simplemente otra pieza en el engranaje de alta precisión de Babel. Es todo ángulos rectos, piel clara y ojos oscuros. Parece casi como el tío de alguien. Le sonrío y le ofrezco un puño. Lanza un vistazo por el pasillo, sonrío para sí, y golpea su puño contra el mío.

—¿Cuál es tu nombre? —pregunto.

—Donovan Vandemeer.

—No eres estadounidense, ¿verdad?

El señor Vandemeer niega con la cabeza.

—Neerlandés.

—Uy, me encanta Noruega.

Vandemeer inclina la cabeza, con la corrección lista para brotarle de los labios. Entonces se percata de que estoy bromeando.

—Muy buena, señor Atwater.

Me queda claro que Vandemeer tiene que estar en otro lado. Veo que su dispositivo de datos parpadea con una nueva tarea, y aunque está completamente inmóvil, puedo percibir en qué dirección desea caminar. Los eslabones bien aceitados de la cadena del *Génesis II* están esperando por mi culpa. Creo que me agrada.

—¿Cuánto tiempo tengo para prepararme?, antes del despegue.

La sonrisa de Vandemeer se expande.

—El lanzamiento está ocurriendo mientras hablamos, señor Atwater.

Sonrío al escuchar eso. He visto demasiadas películas de *Los creadores de Marte* como para creerle. En esa serie, los lanzamientos siempre estaban

repletos de caos y sudor. Vandemeer simplemente sonrío mientras comienzo a cruzar la habitación.

—Por supuesto, el error es mío. Yo me encargo a partir de ahora, Vandemeer.

—Su habitación está tras la puerta de la izquierda. Asintiendo, le pregunto:

—¿Y el baño es el de la derecha?

Antes de que Vandemeer pueda responder, se abre la puerta. Es una chica asiática, viste un elegante overol color plumizo. Es de piel, ceñido al cuerpo, acolchado con un relleno acanalado alrededor de los órganos vitales. Una máscara metálica negra sigue el contorno de su mandíbula. Sobre ésta, destacan sus ojos oscuros y el cabello recogido en una ordenada coleta de caballo atada con una fresa de plástico. Camina frente a mí, y mi *hola* en voz baja pasa desapercibido. Saluda a Vandemeer con la mano y desaparece por el pasillo.

Pillo al holandés sonriendo de oreja a oreja y pregunto:

—¿Qué está haciendo aquí?

—Ella duerme en una habitación, y tú en la otra.

—Pero —hago un gesto inútil—. ¡Es una chica!

Vandemeer sonrío.

—Tengo escasos conocimientos de Estados Unidos. ¿No hay chicas ahí?

—Sí, pero es distinto. Nosotros no... ellas no... Cada quien tiene su baño, ¿verdad?

Por alguna razón, la idea de usar el mismo baño que ella me aterra. ¿Y si piensa que huelo mal? ¿Y si ella huele mal? ¿Y si olvido asegurar la puerta?

—Dormitorios separados, baños separados. Sólo comparten un área común.

—Bien —le digo. Aún me parece extraño—. ¿Tengo que hablar con ella?

—Serían buenos modales —indica Vandemeer.

—Pero ella no es, ya sabes, ¿extranjera?

—Me parece que es japonesa.

—Correcto, japonesa. ¿Cómo se supone que debo aprender japonés?

—Quizá notó el aparato que llevaba en su rostro. La máscara.

Asiento.

—Parecía salido de una historieta.

Vandemeer ríe.

—Es un traductor nyxiano. Encontrará uno en su habitación —su dispositivo de datos vibra, y desaparece la sonrisa juguetona—. ¿Alguna otra pregunta, señor Atwater?

—Es bonita —digo sin querer en voz alta.

Vandemeer ríe de nuevo y parte. La compuerta se cierra con un siseo y me quedo solo.

## DÍA 1, 10:30 HORAS

### A BORDO DEL GÉNESIS 11

**D**espués de cambiarme, me miro en el espejo espacial. Estoy que ardo. El traje me hace lucir mucho más musculoso de lo que estoy. Me alisa el vientre y me ensancha los hombros. El relleno sugiere unos tonificados músculos abdominales que no poseo. Sin contar la ausencia de una pistola, el traje me hace sentir como un James Bond galáctico.

Qué lástima que sólo haya habido un James Bond negro, y que fuera un sujeto mucho menos oscuro que yo. Doy otro paso hacia el espejo. Cada día me parezco más a papá. Mamá siempre bromea con que lo único que heredé de ella fueron los codos. De papá tengo la forma de la nariz, los ojos cafés y las mejillas redondas. Hasta tengo la ligerísima huella de su bigote sobre mi labio superior. Me doy cuenta de que nunca me enseñó a afeitarme. Con el calendario de Babel, cumpliré los dieciocho antes de volver a la Tierra. Una cosa más que tendré que descifrar solo.

A la izquierda de mi reflejo aparecen números, como una lectura médica digital. Temperatura corporal, presión arterial, ritmo cardiaco y oxigenación. Los miro por un segundo, pero no tengo la menor idea si son buenos o malos. Levanto el último trozo de mi arsenal: el traductor nyxiano. Estoy completamente perdido. La cosa no tiene ganchos ni broches ni nada que pueda usar para ajustarla contra mi rostro. Si ésta es la primera prueba de Babel, la chica japonesa ya está dándome una tunda.

Lo pongo contra la boca, sólo para imaginar cómo se supone que debe ajustarse, entonces la cosa se activa con un pitido. Me sorprende cuando el metal



aprieta contra mi piel y el relleno de cuero desciende de golpe hacia mi mandíbula. Se detiene casi al llegar a mis orejas, sujetado por completo y sorprendentemente ligero sobre mi piel. Suelto la máscara que permanece en mi rostro como por arte de magia. Vuelvo a revisar mi reflejo.

Genial. Es la única palabra para ello. Parezco un extraño semidiós del futuro. Tengo los ojos enormes y amenazadores sobre el negro metálico. Agreguen el traje color plomizo y me siento listo para cualquier cosa que Babel tenga planeada para nosotros. Me agacho para salir de la habitación, doy dos pasos hacia el pasillo y me percató de que no tengo la menor idea de dónde estoy. El *Génesis II*, recuerdo, es enorme.

Avanzo por el pasillo junto a muros transparentes que exhiben el intrincado alambrado que hay debajo. Por otra compuerta encuentro un nuevo camino que conduce a un espacio amplio y abierto con armazones de metal que traquetean y escalinatas entrecruzadas. Todos dirigen hacia abajo. Me inclino sobre el barandal y veo a un puñado de contendientes más que están pasando el rato en el nivel inferior. Así es como pienso ya en ellos. Contendientes. Cada uno de ellos desea lo que es mío.

Finjo admirar la extraña iluminación superior mientras formulo estrategias. Repaso datos:

1. Cuatro chicas.
2. Seis chicos.
3. Vivo con la chica japonesa.
4. Hasta donde puedo ver, es un esfuerzo global. Puro amor y paz y cooperación.
5. Pero elegirán a ocho de nosotros, así que también es competencia.
6. Babel tiene recursos. Vaya que los tiene.

Hay muchas maneras de apostar al juego. Puedo mantener la boca cerrada y los oídos abiertos. Aprendería mucho, pero podrían tacharme de espía. O podría alinearme con los mejores competidores y tratar de sacar provecho de ellos. Quizá formar una alianza o dos. El problema es que desconozco completamente cómo será la competencia.

Antes de que pueda decidir, alguien me da un golpecito en el brazo, y me sorprende tanto que casi me caigo por el barandal. Recuerdo haber visto al chico en la reunión. Uno de los dos que se encogieron al escuchar la palabra *cáncer*. Quizás esté aquí por las mismas razones que yo. Quizá tenga a alguien como mamá en casa, alguien que necesita toda la ayuda que el contrato de Babel les pueda dar. Parece del Oriente Medio. Sus ojos son una galaxia de tonos castaños, distintas sombras ensambladas en un intrincado rompecabezas. La piel arriba y debajo de su máscara está profundamente bronceada. Ni siquiera el voluminoso traductor puede esconder la sonrisa del chico.

—Hola —dice, vacilante. Acompaña la palabra con un gesto amable de mano, como si estuviera preocupado de que el dispositivo no funcione—. Mi nombre es —se pica el pecho— Bilal.

Asiento con la cabeza y le tiendo la mano.

—Emmett.

Nos saludamos. Mira sobre el barandal.

—Vaya, sería una gran caída. La nave es enorme, ¿no?

—Sin duda. No tenemos nada así en Detroit —le digo, echándole un ojo a la caída.

—¿De ahí eres? ¿De Detroit?

Está haciendo ese rollo que hacen los adultos para conocerse, pero todavía no estoy seguro de si estoy dispuesto a soltarme. Así que me encojo de hombros y le devuelvo la pregunta.

—¿Y tú? ¿De dónde eres?

—De Palestina —me quedo en blanco, así que vuelve a intentarlo—. La Ribera Occidental.

Al ver mi confusión, agrega:

—Las tierras bíblicas.

No estoy tan familiarizado con nuestro Señor y Salvador, pero asiento como si ahora supiera a qué se refiere. Como no estoy seguro de qué más decir, agregó:

—Es bueno, tu inglés.

Suelta una carcajada de deleite. Con un tirón y un clic, la máscara se desmolda en la palma de su mano. Esboza una amplia sonrisa y habla en su

propio estilo de árabe. Apenas puedo distinguir una palabra de otra. Con otra veloz manipulación, la máscara se vuelve a cerrar sobre su rostro.

—Es bueno, tu árabe —me dice.

—Ayuda a romper el hielo.

Con mímica, Bilal comunica que siente frío.

—En mi habitación también. Quizás así sea el espacio.

Río.

—No, lo decía con otro sentido. *Romper el hielo* es algo bueno, significa empezar a conocernos.

Bilal me mira incómodamente.

—¿Te gusta el frío?

—No importa —digo. Gesticulo hacia abajo—. ¿Los alcanzamos?

Bilal baja la mirada, respira profundamente y asiente. Comenzamos a caminar, y observo que le tiemblan las manos. Es casi agradable ver que alguien está más nervioso que yo. Emprendemos juntos el ruidoso y trepidante descenso. Cuatro tramos de escalones después, llegamos a una habitación que parece parte cafetería parte gimnasio. Bilal apunta con emoción hacia todo, pero mis ojos están fijos en los contendientes ya sentados. Cinco de ellos esperan en la bien iluminada cafetería. Las máscaras los hacen parecer una pandilla de superhéroes desadaptados. Uno de ellos, el chico asiático corpulento tan alto como yo, se levanta y sorprende a Bilal con un enorme abrazo.

—Mi nombre es Katsu —dice—. Soy de Japón.

Ofrezco la mano antes de que pueda aprisionarme en su abrazo de oso. Cuando nos saludamos, me hace ese gesto con el que te raspan la palma de la mano con uno de los dedos. Retiro la mano y él ríe con suficiente fuerza como para hacer temblar los suelos.

—¡Así es!, el mejor truco de Japón. ¿Cuál es tu nombre?

—Emmett. Vengo de Detroit. Éste es Bilal... de las tierras bíblicas.

Bilal se carcajea.

—De Palestina. La Ribera Occidental.

Katsu apunta en direcciones arbitrarias.

—¡En el espacio no existe tal cosa como Oriental u Occidental! Así que

desde ahora sólo provienes de la Ribera. ¡Hey, todos! —grita con entusiasmo—. Este chico es un jeque árabe, si necesitan dinero, ¡acudan a Bilal!

Todos reímos y asentimos unos a otros a modo de saludo. Es extraño que se retiren nuestras barreras lingüísticas tan fácilmente. No sé mucho de la Biblia, pero sí recuerdo la historia de Babel. Siempre fue extraña para mí. Dios dispersa a la gente y los castiga con distintos idiomas. Comunicaciones Babel ha reunido a los pueblos de la Tierra, revirtió eso. Hay algo sagrado en nuestra conversación tan relajada y sin fronteras. O algo prohibido.

Del otro lado de la mesa, la chica rubia de acento sureño oculta un mechón de cabello teñido de rosa detrás de la oreja y nos saluda con la mano, como haría una reina de concurso de belleza. Recuerdo que Defoe la llamó Jasmine.

—¿Detroit? ¡Yo conozco Detroit! Mi nombre es Jasmine, pero pueden llamarme Jazzy. Soy de Memphis, Tennessee. En Estados Unidos.

Junto a ella, la chica africana nos saluda con la mano. Todavía lleva la pulsera de cuentas coloridas alrededor de la muñeca. Un puñado de adornos plateados del tamaño de pequeñas monedas bailan mientras tiende su mano hacia mí. Sus ojos son pozas oscuras en un rostro aún más oscuro. Tengo que decir su nombre dos veces para pronunciarlo adecuadamente. Las sílabas suenan como el comienzo de una canción.

—Azima —dice—. A-zi-ma. Soy de Kenia.

Los últimos dos se sientan al extremo de la mesa, ignorándonos e ignorándose el uno al otro. Katsu golpea la mesa con sus puños carnosos hasta que los dos levantan la mirada.

—¡Amigos! ¡Hagan amigos! ¡No sean aguafiestas!

Uno es el chico blanco al que estuve mirando durante la primera reunión. Con el overol, se ve como cualquiera de nosotros. Su cabello luce más ordenado y tiene un rostro que encontrarías en los retratos que decoran el pasillo de una mansión. Sus ojos son color verde opaco, su tez de piedra pálida. Nos ofrece la mano como si esgrimiera una tarjeta de presentación.

—Jaime —dice—. Suiza.

Katsu ríe.

—¡Qué dolorosamente neutral!

El chico se encoge de hombros y se estudia las uñas. Frente a él está el

chico asiático al que molesté durante la primera reunión. Nos observa a todos, le parecemos aburridos y opta por cerrar los ojos. Debo admitir que luce genial. Su cabeza está completamente afeitada excepto por un mechón de fleco que peina hacia la izquierda. Recuerdo que Defoe lo llamó Longwei. Me pregunto de dónde viene; me pregunto cuál es su estrategia. Todos tomamos asiento y Katsu empieza a contar una broma larga y tortuosa sobre un cura, un zombi y un cactus que entran a un bar. Pero antes de terminar olvida el remate, después carcajea bulliciosamente y gesticula hacia un puñado de contendientes más que descienden las escaleras.

Mi compañera de habitación japonesa llega revoloteando y le da un golpecito amable a Bilal en el hombro. Él levanta la mirada, confundido, hasta que le queda claro que ella quiere que se mueva un espacio. Él se desliza a un lado y ella se sienta junto a mí, como si siempre nos sentáramos juntos o algo por el estilo. De una manera extraña, me recuerda a PJ. Nunca tuvimos un momento en el que decidiéramos ser amigos. Simplemente se sentó junto a mí en la escuela y desde entonces decidió que era el lugar en el que quería estar. Ella no dice una sola palabra, pero es claro que está absorbiendo todo, con ojos brillantes y concedores. Creo que ya me agrada.

Los otros dos toman asiento en lados opuestos de la mesa. Reconozco a la chica de la primera junta. Mientras atraviesa la sala no puedo evitar notar el tatuaje en su nuca. Un grabado oscuro del número ocho, o quizás un símbolo del infinito en posición inusual, con una corona inclinada sobre la cabeza redonda. Ella ofrece un saludo con la mano a la mesa y se presenta como Isadora.

—Brasil —dice—. El mejor país del mundo.

Katsu levanta los ojos al cielo al escuchar esto. Todos viramos nuestra atención hacia el otro chico. Tiene la piel oscura y el cabello castaño claro. Su rostro se frunce hasta unos labios delgados, y la manera en que yergue los hombros hace que parezca preparado para el impacto. Casi como si esperara que uno de nosotros lanzara un golpe. Dice llamarse Roathy. Esperamos a que diga de dónde proviene, pero se pellizca un bulto en la palma de la mano y nos ignora.

Al darse cuenta de que los demás estamos ahí, mi compañera de habitación

japonesa se reanima en un abrir y cerrar de ojos, y se presenta como Kaya. Cuando estamos todos sentados, impulsándonos hacia el territorio del silencio incómodo, Defoe entra por una maldita puerta de mago que ni siquiera había notado. Su cabeza calva brilla en la fluorescencia mientras nos ofrece esa sonrisa depredadora.

—Nuestra intrépida tripulación, bienvenida. ¿Sabían que son oficialmente la tripulación más joven en abandonar la atmósfera terrestre? Tan poco, y ya están rompiendo marcas.

El muro a sus espaldas se abre como cortina de teatro. Los paneles negros se deslizan a un lado y revelan... la Tierra. Nos toma a todos por sorpresa. Pensaba que Vandemeer sólo bromeaba. No hubo cuenta atrás, nada de Houston, nada. Estamos *en* el espacio. Puedo ver océanos, atmósferas, todo. Pero ¿dónde está la falta de gravedad que siempre se observa en las películas? ¿No deberíamos estar flotando por ahí, riendo mientras las monedas que llevamos en el bolsillo flotan en nuestras narices? Defoe espera a que apreciemos la situación por completo antes de volver a sonreír.

—Bienvenidos a la última frontera —hace un movimiento circular con su mano sana, un gesto magnífico y dramático—. Permítanme presentarles al comandante Crocker.

De las sombras a nuestra derecha, emerge marchando un verdadero astronauta. Lleva puesto un traje voluminoso, como de película. No luce tan elegante como nosotros, pero todas las florituras parecen lo suficientemente profesionales. Tiene el rostro bien afeitado y el pelo con corte militar. El único parecido entre nosotros y él es el traductor nyxiano que se aprieta contra su mandíbula. Me sorprende cuando habla con un profundo acento sureño.

—Bienvenidos al final del mundo, subalternos. Soy el comandante Crocker, pero pueden llamarme Crock. Seré su comandante de operaciones de vuelo. Si todo sale bien, no verán mi linda cara hasta que lleguemos a la Torre Espacial.

Unas imágenes de holopantalla remplazan la vista de la empequeñecida Tierra. Todos miramos un plano arquitectónico de la nave. Crock usa un apuntador para indicar zonas grises en el diagrama.

—Aquí es donde llevamos a cabo nuestras operaciones sin gravedad. Mi

tripulación trabaja duro para cerciorarse de que esta nave haga todo lo que se espera de ella. Así que lo mejor que ustedes pueden hacer para mantenernos a todos a salvo es no aventurarse en donde no deben.

Miro de soslayo a Kaya. Crock está usando un traductor, ¿pero se estará traduciendo bien toda la jerga sureña? Mi nueva amiga parece estar siguiendo la conversación, pero ¿quién sabe? Me sobresalta un poco la idea de tener amigos. Kaya y Bilal parecen bastante agradables. Hasta Katsu es divertido. Pero ésta es una competencia, simple y llana. Primero los puntos, y después los amigos. Ésa debe ser mi mentalidad si quiero volver a casa con la recompensa.

—Este contorno negro indica los pasillos sellados con nyxia. Todo lo que está dentro de ese perímetro está disponible para ustedes —explica Crock—. Sólo unos cuantos recordatorios. Están en el espacio. La gente experimenta cambios en el espacio. Reporten cualquier cosa inusual a sus médicos. Si padecen pesadillas recurrentes, si sienten punzadas en el estómago, si la melancolía los invade por las noches. Lo que sea. Nuestro personal es increíble, pero no podrán ayudarlos si no están dispuestos a hablar. ¿Alguna pregunta?

Azima levanta la mano.

—En las películas no hay gravedad en el espacio. Todo el mundo lo sabe. ¿Por qué no estamos flotando? —frunce ligeramente el ceño—. Yo quería flotar.

Crock sonrío.

—¿Recuerdas cómo los troyanos robaron a Helena y entonces la flota completa de griegos fue tras ella? Pues ni Helena es tan deseada como nyxia. ¿Cómo logramos recortar el viaje interestelar muchos años? Combustible potenciado con nyxia. ¿Cómo cerramos secciones de la nave y mantenemos la gravedad? Selladores y filtros de nyxia. ¿Cómo defecamos en el espacio? Con nyxia.

Eso le arranca una carcajada a todos, menos a Jazzy, quien hace un gesto de asco.

—En realidad, eso último ya lo teníamos resuelto desde hace tiempo. Pero la palabra mágica es *nyxia*. Babel invirtió la mayoría de sus yacimientos

mineros iniciales en el programa espacial. En esta sección de la nave, ni siquiera van a sentir que están en el espacio. La nyxia ayuda a conservar este ambiente. Como resultado, sus cuerpos ni siquiera experimentarán los efectos usuales. Para cuando llegemos a la Torre Espacial, mi tripulación y yo seremos un poco más altos, pero todos ustedes estarán demasiado ocupados compitiendo como para tener que lidiar con eso. Francamente, esta nave, la estación y las operaciones de Babel en la Tierra están cientos de años más avanzadas que lo que ustedes están acostumbrados a usar. Todo gracias al nuevo oro negro.

Y nosotros somos los únicos que pueden conseguir más de ese oro. Lo que significa que tenemos cierta importancia. Babel podrá habernos reclutado por nuestra juventud, pero ocultan nuestro poder en la competencia. Archivo esa idea bajo *P de Poder*.

Sin nosotros, no consiguen más nyxia. Sin nosotros, toda esta operación es un desperdicio. Pero ese poder es insignificante si no quedamos entre los primeros ocho. Chicos listos, éstos de Babel. Sin embargo, una vez que se decida cuáles son los ocho campeones, parte de ese poder caerá en nuestras manos.

—¿Alguna otra duda? —pregunta Crock.

Roathy levanta una mano, sus ojos agudos se aprecian entrecerrados.

—¿Qué sucederá si uno de nosotros muere?

La sala se tensa. Hasta el comandante Crocker palidece un poco.

—Bueno, tenemos protocolos al respecto, pero la historia de la exploración espacial cuenta muy pocas víctimas. El historial de Babel es impecable, así que no deben preocuparse por eso.

Roathy asiente, pero puedo ver la desconfianza en su mirada. Crock cambia rápidamente de tema. Debería escuchar lo que está diciendo, pero mis ojos se mueven de vuelta hacia Roathy. Luce tan tenso. Sus ojos son afilados como navajas, a tal grado que puedo imaginarlos perforando todo lo que observan, cavando por debajo de las brillantes capas externas. Me toma alrededor de treinta segundos descifrar qué lo hace tan extraño. Está viendo el mundo como lo veo yo. Cuanto más brillantes los colores, más probabilidad hay de que algo oscuro esté escondido debajo. Los dos preferimos la verdad



sobre el espectáculo.

Cuando vuelvo a levantar la mirada, Crock se está retirando hacia las entrañas de la nave y Defoe toma otra vez su lugar.

—Mi nombre, como todos ustedes saben, es Marcus Defoe. Estoy a cargo de su preparación. Diseñamos la competencia como un sistema basado en los méritos. Queremos que lo mejor de lo mejor baje a Edén y trabaje para nosotros. Ya conocen los premios que esperan para quienes seleccionemos. Mi trabajo es afilar sus habilidades e impartir los conocimientos que necesitarán antes de llegar al planeta de los adamitas. Este proceso será muy duro.

Chasquea los dedos y los asistentes de Babel acuden como espectros a la sala. Sus suaves pisadas son el único sonido. Noto que Vandemeer es uno de ellos. Lo saludo con la cabeza y me sonrío de vuelta. Los trabajadores colocan un anillo negro frente a cada uno de nosotros. Son simples y sin decoraciones. Como niños curiosos, levantamos los anillos entre los dedos y comenzamos a examinarlos. El mío se siente frío al tacto. También puedo percibir algo. Algo que me *atrae* mientras le doy vueltas en la palma de mi mano. La sustancia se siente activa, frenética de energía. *Desea* algo. Lo deslizo en mi dedo anular, y no me sorprende que ajuste a la perfección. Babel parece ser el tipo de empresa que cuida cada detalle.

—Aprenderán a usar la nyxia por medio de una serie de tareas —explica Defoe—. Y la primera comenzará ahora mismo.

Otra sensación de conmoción reverbera por la mesa. ¿Ya? Hace dos minutos ni siquiera sabíamos que estábamos en el espacio. Bilal nos lanza una mirada a Kaya y a mí. Sus manos todavía tiemblan nerviosamente, pero susurra:

—Buena suerte, ¿sí?

—También para ti —respondo. Y lo digo en serio. Me da gusto haberme encontrado con él. Es un chico agradable.

Un chico agradable al que de todos modos venceré. Debo hacerlo. Cuando todo esto haya terminado, Bilal volverá a Palestina y yo a Detroit, y quiero hacerlo como ganador, como uno de los ocho que tuvieron éxito. Desvío la mirada, con la esperanza de que él no quede entre los dos de abajo, pero con más esperanza aún de poder derrotarlo. Defoe levanta la daga que lanzó esta

mañana, hace casi una eternidad. La luz resplandece a lo largo del filo.

—Una de las funciones cruciales de su entrenamiento será la manipulación creativa de la nyxia. Queremos que sean capaces de usar el recurso que están minando para nosotros. Eso requiere concentración —con un giro rápido, la daga se encoge hasta adoptar el tamaño de una esfera perfectamente redonda. Defoe la levanta para que todos la veamos—. Primer paso: transformen su anillo en una esfera. Comiencen.

Me apresuro a quitarme el anillo del dedo. Todo el grupo adopta un concentrado silencio. Esa conexión que sentí antes se aviva de golpe. Me empeño en aferrarme a ese vínculo e imagino una esfera. La idea abandona mi cerebro físicamente. Por un segundo clavo la vista en mis manos, sin comprender. ¿Qué estaba tratando de hacer? Y luego mi pensamiento aparece en la superficie del metal negro azabache. Mi anillo se estremece en la palma de mi mano y se moldea en una piedrecilla redonda. Sonrío aliviado y miro alrededor de la mesa. La mayoría también completó la tarea.

Sólo Bilal y la chica brasileña, Isadora, no lo han conseguido. Mi primer instinto es ayudar a Bilal, pero no sé *cómo* podría hacerlo, y no sé *por qué* lo haría. Si es una prueba, que la cumpla. Es un pensamiento estricto, y siento un pequeño escalofrío cuando la pantalla detrás de Defoe produce una imagen. Un par de guantes de piel.

—Paso dos: manipulen la sustancia para obtener este par de guantes.

Ésta es más difícil. Mi primer pensamiento tiembla dentro de la piedra antes de que pueda acomodar el color de la imagen en mi cerebro. Cierro y abro los ojos, miro en mis manos unos guantes a los que les faltan unos cuantos dedos. Me asombra lo suaves que se sienten al tacto, cuánto se parecen a unos guantes reales. Me quedo mirando la imagen, me concentro y vuelvo a conjurar el pensamiento. Igual que antes, se desliza de mi cerebro y me deja medio perdido. Luego la nyxia reacciona y tengo mis guantes.

En las paredes que nos rodean aparece una lista con nuestras marcas.

Soy el séptimo. La idea hace que me suden las manos. Sólo Bilal, Jazzy e Isadora están debajo de mí. Longwei, el chico asiático calvo con el flequillo barrido hacia un lado, tiene la mejor puntuación. Por mucho, además. El mensaje de Babel es fuerte y claro: ganar importa. Defoe ojea los resultados, y

toda la sala espera mientras Isadora sigue tratando de crear sus guantes. Está sudando, y me siento mal por ella, pero estoy contento de no ser yo quien se encuentra en tal situación. Bilal alcanzó el octavo puesto. Me lanza una mirada nerviosa.

—Mejorará —susurra. Le asiento rápidamente con la cabeza, pero estoy demasiado concentrado como para ofrecerle más que eso. No tengo tiempo para dar palmaditas en la espalda y *además* pedalear.

Defoe toca un botón y la imagen desaparece.

—Por último, necesito que produzcan una flor de tallo púrpura y diez pétalos.

Espero que muestre una imagen, pero sólo atraviesa la habitación y comienza a revisar entre sus papeles. Esta vez no nos ofrecen una imagen de referencia. Intento imaginar la extraña flor, pero me distraigo cuando el nombre de Longwei aparece en el tablero de marcación. Se agregan un montón de puntos a su total. Lanzo una mirada al otro lado de la mesa y lo veo metiendo la flor en el bolsillo de su traje. Entrecierra los ojos con una sonrisa satisfecha. Él sabe que a todos nos gustaría ver cómo luce la suya para hacer más fácil nuestra tarea. Me obligo a concentrarme.

*Tallo púrpura, tallo púrpura. Diez pétalos, diez pétalos.*

Mis guantes nyxianos se funden y se encojen hasta obtener un tallo color lavanda. Sin embargo, faltan los pétalos. Unos cuantos nombres más aparecen en el tablero de marcación, y estoy sudando mientras formo otro pensamiento y lo libero. La flor aparece, pero tiene demasiados pétalos. Empiezo a sentir pánico, y lo vuelvo a intentar. Y fallo de nuevo.

Para cuando creo la flor correcta, otros siete ya han terminado. Incluyendo a Bilal. Sólo derroté a Isadora y a Roathy. Si hicieran los cortes hoy, evitaría irme con las manos vacías por exactamente 4.3 segundos. Me quedo mirando mi estúpida flor púrpura e intento no sufrir un ataque de pánico. Lento y constante para ganar la carrera. Éste es sólo un evento. Sólo uno.

Defoe se gira hacia nosotros cuando se suman los puntajes.

—A medida que progreseemos, les pediré que hagan imágenes y artículos más grandes y más complejos. Están en libertad de consultarse los unos a los otros para obtener consejos sobre una manipulación exitosa, pero yo no

querría intercambiar secretos si supiera algo que el resto ignora. Por favor, vuelvan a transformar sus sustancias en un anillo y síganme.

Levanto los ojos y veo que Longwei ya está deslizando el suyo sobre su dedo. Poco después lo siguen Kaya, mi compañera de habitación, y Azima. Los cinco primeros forman filas mientras que los rezagados, entre ellos yo, damos tumbos detrás. Trato de mantener los ánimos en alto, pero ya siento que estoy quedándome atrás. ¿Qué hace que sean mejores para esto? ¿Cómo es que Longwei es tan innaturalmente veloz?

Durante las siguientes tres horas, Defoe nos guía por una multitud de tareas. Cada uno de nosotros debe nadar durante diez minutos en un tanque de turbinas que simula vientos con fuerza de vendaval. Katsu hace una broma sobre ballenas y los asistentes lo sacan después de apenas un minuto de natación. Él permanece recostado en el suelo con las manos en la barriga y ríe. Esto no parece divertir a Defoe.

No soy el nadador más veloz del grupo, pero logro quedar entre los primeros tres, lo que me impulsa hacia un lugar más seguro en el tablero de marcación. Después de secarnos, pasamos una hora en un verdadero salón de clases aprendiendo sobre la vida vegetal de Edén y algunas especies endémicas. Nos sorprenden con un examen al final, que fallo en responder. Estaba poniendo atención, pero los nuevos nombres por aprender eran demasiados. Me siento mortificado por el descalabro. Cada punto importa, cada maldito punto.

Longwei domina el examen y mantiene su distancia en la cima del tablero de marcación. Por suerte, la nota de Roathy es peor que la mía, y sus números se siguen hundiendo con cada nueva tarea. Nuestras miradas se mueven siempre hacia los tableros de marcación. Es adictivo ver dónde estamos parados, qué podríamos haber mejorado. Longwei es el único que nunca mira, pues ¿dónde más estaría sino en primer lugar?

Cada tanto, Defoe nos concede una pausa y pide que manipulemos nuestros anillos nyxianos para revelar alguna forma nueva. Lo hago mejor a medida que avanzamos, pero lo mismo sucede con todos. En especial Bilal, cuyo nombre alcanza los lugares en donde debería estar el mío. En algún momento hace un comentario sobre su progreso. Y finjo ignorarlo.

Llevamos a cabo ejercicios simulados de evasión, así como una serie de pruebas de situación diseñadas para ayudarnos a entender cómo piensan los adamitas.

Cuando finalmente tomamos un receso para el almuerzo, mis ojos se arrastran por el tablero de marcación:

1. LONGWEI	7,324 puntos
2. JAIME	4,874 puntos
3. AZIMA	4,454 puntos
4. KAYA	4,200 puntos
5. KATSU	4,124 puntos
6. BILAL	4,100 puntos
7. EMMETT	3,843 puntos
8. JASMINE	3,650 puntos
9. ROATHY	3,324 puntos
10. ISADORA	2,980 puntos

Toda la emoción del inicio del día desapareció. Estamos cansados de nadar y correr y pensar. Cansados de ver los demás nombres arriba del nuestro en el tablero de marcación y de tratar de conversar de cualquier cosa entre una tarea y otra. Defoe y algunos de los técnicos miran desde un rincón de la cafetería mientras nos desplomamos en nuestros asientos y miramos nuestra comida. Sé que están contentos. La competencia está en marcha. Están forjando y endureciendo a sus guerreros. *El hierro con hierro se afila*, dijo Defoe. Tenía razón. Al final de esto, seré mucho más duro, afilado y frío de lo que pudiera haber imaginado. Comienzo a comer y recuerdo que vale la pena. El sudor y la competencia y el sufrimiento. Lo único que tengo que hacer es ganar el juego de Babel y volveré a casa como rey.

## DÍA 1, 16:03 HORAS

### A BORDO DEL GÉNESIS 11

—Las actividades vespertinas serán en grupo.

Miro alrededor y me queda claro que no soy el único que no parece cómodo con las actividades grupales. Acabamos de pasar toda la mañana peleando con uñas y dientes nuestro lugar. ¿La gente que está arriba de mí en el tablero de marcación? No son mis amigos. ¿La de abajo? Dudo que estén emocionados de pasar el rato conmigo. Defoe ignora la tensión y forma grupos al azar. Suelto un gemido mental cuando veo que a Longwei se le alista con mi equipo rival. Hasta ahora ha sido invencible. Sea cual sea la siguiente competencia, su equipo definitivamente tendrá ventaja.

Defoe nos guía dos plantas hacia abajo, por una compuerta de doble anchura. La sala está vacía salvo por una barrera de malla que la divide a la mitad. Casi parece una red de tenis, sólo que atraviesa el espacio a lo largo, en vez de a lo ancho. De cada lado de esa barrera, que se levanta hasta la altura de mi cadera, la estancia vacía se extiende treinta metros a lo largo, veinte a lo ancho y otros veinte a lo alto. El techo, el piso y las paredes son todos de color negro nyxiano. Defoe forma a mi equipo en un extremo y al de Longwei en otro. Estrujo los dedos del pie y pruebo el piso con mi peso. Es un material ligeramente elástico, pero no tan suave que te haga perder el equilibrio. ¿Quizás algún tipo de hule?

Aunque no tenemos a Longwei, nuestro equipo no está tan mal. Jaime, Azima y Kaya están justo detrás de él en las clasificaciones. Sin embargo, Isadora está en el último lugar. La miro como si fuera un peso muerto, hasta

que me doy cuenta de que Jaime y Azima me miran del mismo modo.

Crean que soy uno de los eslabones débiles. Voy a tener que cambiar eso. Pronto.

Esperamos a Defoe mientras da varias zancadas junto a la red de malla hasta llegar al extremo de la habitación opuesto a la entrada. Desliza los dedos sobre su dispositivo de datos, y los mecanismos de relojería se activan con un rugido. El piso comienza a vibrar mientras Defoe toma su lugar en una plataforma elevada. Como siempre, saca a relucir su sonrisa de cazador.

—A este lugar le decimos la Conejera.

Gesticula hacia las paredes que tiene de cada lado. Los espacios negros parpadean, y en cada lado de la red se materializan imágenes idénticas a las de un bosque, cada una con un color brillante y realista. Me recuerda a los Simuladores de Nunca Jamás, pero las imágenes digitales son mil veces más realistas. Es como asomarse por un portal a otro mundo. Estoy bastante seguro de que la tecnología que hay en esta sala vale más que todo mi barrio.

Defoe sigue con sus instrucciones.

—Si hacen contacto con la pared negra, quedan fuera de la competencia. El equipo con más gente en el juego al final del ejercicio gana.

Sin más, Defoe pasa la mano sobre su dispositivo de datos y los pisos comienzan a moverse, literalmente, y poco a poco cargan a los dos equipos hacia la pared de atrás. En la pantalla distante, un corredor invisible empieza a moverse entre los árboles. Caigo en cuenta de que los corredores somos nosotros. Sobre una caminadora gigantesca.

Jaime es el primero en despabilarnos.

—¡Vamos! —grita.

Trotando, se aleja del fondo de la habitación. El equipo de Longwei ya llegó a la mitad de su lado. Puedo escucharlos discutir estrategias mientras nuestro grupo sigue a Jaime hacia adelante.

—Acerquémonos lo más posible a la pantalla.

Jaime no sólo suena como capitán, también lo parece. Algo de su liderazgo asumido me molesta, pero carezco de un mejor plan, así que lo sigo a él y a Kaya. Los demás nos alcanzan, y cuando estamos lo suficientemente cerca como para tocar la pantalla, bajamos la velocidad a ritmo de caminata. El

bosque es tan vívido que siento como si pudiera atravesar las dimensiones y estar ahí.

Después de apenas unos minutos, la velocidad aumenta. Ya estoy jadeando, al igual que el resto de nuestro equipo. El sendero gira, y aparece nuestro primer obstáculo. El tronco enorme de un árbol divide el camino en dos. Seguimos trotando uno al lado del otro, esperando a que el corredor invisible elija una dirección.

Y por eso mismo, ninguno de nosotros espera que aparezca el árbol. Primero, hay aire vacío, y en un momento, un tronco de tamaño real se materializa sobre la caminadora y *aplana* a Azima. Se oye el eco del crujiente sonido, y cuando ella cae, golpea las piernas de Kaya. Las dos son arrastradas hacia atrás con el tronco, que está absurdamente enraizado en el piso de nuestra caminadora.

Considero volver por ellas cuando Isadora grita:

—¡Cuidado!

Juntos, nos agachamos para evitar una rama baja que ha cobrado vida con un movimiento. Jaime hace lo mismo antes de desplazarse hacia nosotros para cerrar el hueco que nos separa. A medida que el sendero se nivela, volteo y veo que Kaya está tirando de Azima para tratar de ayudarla a ponerse en pie. Pero está demasiado aturdida para moverse. Justo antes de que se aplasten contra el muro de atrás, Kaya se rueda a un lado y se aleja corriendo a toda velocidad.

Nuestro lado de la sala palpita. Un breve destello de blanco a lo largo de las paredes y pisos, y luego aumenta la velocidad de la caminadora. Ahora vamos más rápido que el otro equipo. El castigo es claro: si pierdes a un miembro, tus posibilidades disminuyen.

Y ahora también los obstáculos llegan más rápidamente. Un alud cae con un estruendo desde la izquierda, y los tres nos mecemos hacia la extrema derecha. Kaya está por alcanzarnos, cuando algún tipo de animal se agita entre los árboles. Logro ver sus colmillos y garras y por instinto me echo a rodar mientras cobra vida. La embestida de la criatura no me alcanza, pero pesca a Jaime por el hombro. Veo cómo él cae, lo escucho gritar, y luego el grito de Kaya sigue al suyo. Volteo hacia atrás y veo que la bestia ha desaparecido,



pero Jaime y Kaya están enredados juntos. Antes de que puedan recuperarse, la caminadora los traslada a la pared de atrás.

Maldigo mientras nuestro lado palpita dos veces y la caminadora avanza aún más rápido.

Ahora estamos corriendo a toda velocidad. Isadora se toca un costado. Al presenciar su dolor recuerdo el mío. La punzada en mi vientre se afila, así que grito:

—¡Hay que seguir!

Lado a lado, penetramos el bosque cada vez más espeso. Se oye un enorme estruendo a nuestra derecha, y escucho gritos del otro equipo. Sus muros palpitan con luces sucesivas. No puedo arriesgarme a mirar para revisar los números. Isadora y yo seguimos moviéndonos.

Más adelante, un arroyo cruza el sendero del bosque. Me estoy preguntando si tendremos que saltar por encima de él, cuando nuestro corredor decide pasar directamente en medio. Un breve destello del piso se ilumina de azul, y mis pies caen directamente sobre la tira de color. El suelo me pesca como arenas movedizas. El cambio repentino me corta el punto de apoyo, y golpeo la caminadora con fuerza. Pego en mi hombro con la caída. Isadora grita, y nos giramos a toda velocidad en dirección a la entrada.

Logro ponerme en pie; Isadora, no.

La luz palpita una vez más. estoy solo. Una mirada veloz muestra que Longwei, Bilal y Jazzy todavía están en el juego, corriendo. Me sorprende ver a Jazzy al frente de su apretado grupo, pero con ver su figura un segundo tengo respuesta suficiente. Está tranquila y corre como si estuviera a la mitad de una carrera a campo traviesa. Longwei y Bilal la siguen a través de cada obstáculo.

Braceo y logro conquistar el centro de nuestro lado de la habitación. El bosque se despeja, y más adelante puedo ver una serie de tortuosos desfiladeros. El camino se hunde un poco, y el estómago me da un vuelco. Me esperan acantilados y cañones. El primero es una fisura sinuosa que divide el sendero en dos. Miro al corredor invisible acercarse al borde y saltar.

Tienen que estar bromeando.

Aparece un hueco rojo en la caminadora. Apenas consigo saltar mientras el

desfiladero continúa y el sendero se sigue adentrando por terrenos peligrosos. Un enorme cañón entra desde la derecha, y corro de puntillas mientras mi hombro raspa el muro más lejano a la izquierda. Está aumentando el paso, y mi única recompensa es ver que Bilal falla un salto y queda eliminado. Luego vienen dos saltos, uno tras otro, y el segundo me toma del tobillo de manera extraña. Siento que casi me lo tuerce. El percance me deja del lado equivocado del cañón. Veo que el camino frente a mí se encoge, termina. Desesperado, apuesto todo mi impulso a un salto en diagonal.

Y fallo. El suelo rojo me dispara un rayo de energía que me recorre los pies. Se me adormecen las piernas y sin poder reaccionar vuelvo de golpe a donde espera mi equipo, todos resuellan todavía por el esfuerzo. La caminadora me lleva rodando hacia la pared, y toda la sala queda en silencio. Las pantallas suspenden la señal al tiempo que Longwei y Jazzy se desploman. El sudor escurre por nuestros rostros y el dolor se abre paso entre la adrenalina. Es algo horrible.

Defoe se acerca.

—Visitaremos la Conejera a menudo. Estos equipos son permanentes. Variará el mapa en el que correrán, pero pueden discutir estrategias si desean tener éxito. Las dinámicas del juego cambiarán a medida que avancemos en su entrenamiento. Lo de hoy fue sólo un atisbo del ritmo que les será impuesto. Vayan a descansar. En la Biblia, el Sabbat llega cada siete días. Aquí en Babel, lo tomamos cada diez.

El resto del grupo se incorpora con esfuerzo. Jaime hasta me tiende una mano para ayudarme a levantar y dice:

—Bien hecho, Emmett. La próxima vez ganaremos.

Una parte de mí quiere decirle que no se confunda, que no somos amigos y que mientras esté en una posición arriba de mí en el tablero de marcación lo considero un enemigo. Pero, por suerte, esa parte de mí está muy cansada, así que tomo la mano que me ofrece.

—Gracias.

Todos volvemos a subir las escaleras, serpenteando como embriagados, y entramos a los pasillos más amplios de la cafetería. Logro ver el tablero de marcación y me quedo boquiabierto. Terminé en tercer lugar en ese ejercicio.

Sólo dos competidores más sobrevivieron los obstáculos mejor que yo. Esperaba superar a algunas personas en el tablero de marcación, en vez de eso, caí un par de peldaños:

1. LONGWEI	9,324 puntos
2. KATSU	6,124 puntos
3. BILAL	6,100 puntos
4. JAIME	5,874 puntos
5. JASMINE	5,650 puntos
6. AZIMA	5,454 puntos
7. ROATHY	5,324 puntos
8. KAYA	5,200 puntos
9. EMMETT	4,843 puntos
10. ISADORA	3,980 puntos

Los demás también se detuvieron junto a mí. Todos miramos las nuevas clasificaciones para tratar de entender cómo puntuaron la Conejera. Longwei e Isadora son los únicos que siguen en el mismo puesto. Apunto al tablero de marcación mientras Defoe pasa junto a nosotros.

—No entiendo. Terminé en tercer lugar.

Defoe hace una pausa, con una ceja arqueada.

—En realidad, terminaste en segundo.

—Jazzy y Longwei todavía estaban corriendo —le digo—. Si ellos son los únicos que me aventajaron, ¿por qué caí en las clasificaciones?

—Estabas trabajando en equipo. Tu equipo terminó en segundo lugar.

La rabia se aviva en mí, burbujeante, un tipo de ardor que hierve por la garganta. *Odio* los trucos y las letras pequeñas.

—Ésa no es mi culpa

—Es un esfuerzo grupal —contesta Defoe—. El primer lugar recibe dos mil puntos. El segundo, mil. La próxima vez, sugiero que hagas todo lo que puedas para asegurarte de que tu equipo gane.

—No es justo.

Eso hace sonreír a Defoe. Alinea los hombros y ajusta el nudo perfecto de su corbata perfecta. Cada gesto y movimiento es un recordatorio de que aquí, en este lugar, él es el rey.

—Me estaba preguntando cuándo escucharíamos esa palabra por primera vez. *Justo*. Olvídense de su idea de lo *justo* aquí y ahora. Nuestras reglas son diferentes. Habrá lesiones y accidentes y errores en esta competencia. En algún momento visitarán la unidad médica. Quizás algunos de ustedes envíen a otros a la unidad médica. Pero nunca olviden que esta competencia es *nuestra*. Nosotros decimos lo que es justo y lo que no lo es.

Después se escurre por un pasillo. Lanzo una mirada a los demás, pero nadie parece molesto. Me asombra la velocidad con la que están dispuestos a obedecer. La ausencia de Defoe atrae a los otros trabajadores de vuelta a la sala. Todavía aprieto las manos en puños y mi rostro está perlado en sudor. Vandemeer me ofrece una toalla y un sándwich para cenar, pero estoy demasiado enojado para comer, demasiado disgustado para hacer cualquier otra cosa que no sea limpiar de mi cuerpo la tierra y el sudor.

Termino el primer día en el puesto noveno. Estoy empezando a asimilar lentamente el hecho impactante de que podría *no* ganar. Pienso en volver a Detroit, en el tener que decir a mis padres que no se ganaron la lotería. El paquete de consolación que ofreció Babel ayudaría, pero pasaría el resto de mi vida trabajando en lo mismo que hace papá y cobrando mecánicamente los cheques de perdedor, preguntándome cómo habría sido si tan sólo hubiera triunfado.

Bilal está cruzando la sala, intentando llamar mi atención, así que me envuelvo la toalla alrededor del cuello y me enfilo hacia las escaleras. Lo último que quiero en este momento es gentileza. Subo las escaleras, tres pisos para arriba, bajo por un pasillo solitario y entro a mi habitación. No estoy de humor para hablar, no con Bilal, quien está arriba de mí, sano y salvo en tercer lugar. Me quito el traje y la máscara nyxiana y el anillo también. En calzoncillos, me arrastro entre las cobijas y trato de sentirme en casa. Pero las cobijas y la cama son demasiado suaves y el aroma a té herbal de mamá no flota en el aire. Éste no es mi hogar. Hasta que la realidad hizo que todo se

desmoronara, esa ilusión era mi boleto para hacer ver mi hogar como un lugar mejor. Pero ni siquiera logro contarme bien esa mentira.

Recuerdo. Miro la noche, papá está por empezar su turno. Lo imagino, idéntico a mí pero más ancho y canoso, y peor vestido. Lleva puesto ese uniforme azul de trabajo con su nombre bordado al frente: JEREMIAH. Cuando piensa que nadie está mirando, deja caer los hombros. El peso de los años, de nunca poder avanzar. No es su culpa, pero mi familia ha pasado ese peso generación tras generación.

Conocí nuestra historia por medio de parábolas, de fábulas admonitorias. El restaurante de mi bisabuelo cerró en pro de un nuevo proyecto interestatal. El gobierno le arrebató la tierra de entre los puños, y apenas le remuneró el dinero suficiente para emprender y fracasar un nuevo negocio en un condado adyacente. Mi propio abuelo renunció a su beca deportiva para ir a Michigan después de que su madre murió. Podría haber sido uno de los mejores atletas universitarios del país, pero en lugar de eso consiguió un trabajo en una fábrica y cuidó de sus hermanos y hermanas. En cada rama de nuestro árbol familiar, alguien pudo acercarse a la verdadera libertad, pero siempre cayó en alguna trampa de la vida. Siempre hubo alguna letra pequeña que les arrebató los sueños justo antes de que fueran lo suficientemente reales como para tenerlos en sus manos.

Suspiro y jalo las cobijas hacia abajo, me vuelvo a levantar y cruzo la habitación. La llave de latón que me dio papá está colgada de un gancho metálico. La descuelgo de la pared y la giro una y otra vez en mis manos, sintiendo el desgaste de siglos. Conozco la historia que acompaña a esta llave. Mis antepasados escaparon al norte como esclavos. Un cerrajero cerca de Detroit tomó la medida de las cadenas de la bisabuela de mi abuela y le hizo una llave. Desde entonces ha pasado a cada Atwater como símbolo, un recordatorio de que no siempre fuimos libres de hacer lo que queríamos. Muchos de los hombres y mujeres que tuvieron esta llave en sus manos todavía no eran libres, en realidad no.

¿Papá? No es un esclavo, pero tampoco es verdaderamente libre. La vida lo obligó a hacer trabajos monótonos para ganarse unos centavos. La mayor parte de los días parece como si estuviera a la mitad de una carrera que nunca

terminará. Él y mamá no tuvieron oportunidad de ir a la universidad. Tengo unos cuantos primos que lo hicieron, pero la mayor parte de mi familia está atascada en el mismo trabajo monótono de siglos pasados. Giro la llave en mis manos y sé que puedo escribir mi propia historia. No sobre sueños perdidos, sino sobre un futuro tan brillante como cualquier costa dorada.

Hoy fue sólo un día, me repito. Esta pelea lleva librándose décadas, generaciones enteras. Un mal día no evitará que me levante. No me daré por vencido, no hoy. Ni nunca.

Es tentador quedarme dormido. Pero atravieso la habitación hasta mi escritorio y con la palma de la mano toco el anillo nyxiano colocado ahí. Escribo una lista de artículos que quiero crear y me pongo a trabajar. Cada nueva imagen acude más rápidamente; cada manipulación tiene menos errores que la anterior. Sigo haciéndolo hasta que siento que veo doble. Sigo haciéndolo hasta que sé que mañana será un mejor día.

## DÍA 2, 8:38 HORAS

### A BORDO DEL GÉNESIS 11

**M**is sueños son agujeros negros. En el primero, el agujero negro me devora átomo por átomo y me deja en la nada del Universo. En el segundo, yo soy el agujero negro. Encumbrado y oscuro, destruyo a los otros postulantes uno por uno. Sus gritos carecen de sonido. No estoy seguro de cuál sueño es más aterrador, el destruido o el destructor. Mientras observo el techo, me doy cuenta de que el concurso de Babel me convertirá en uno u otro. No hay punto intermedio en el *Génesis II*.

Sé que debería ducharme, pero sólo logro ajustarme el traje y salir dando tumbos de la habitación. Mis músculos están hechos nudos y duelen, pero no puedo permitirme estar adolorido. No cuando necesito ser extraordinario. Antes de salir, vuelvo a manipular mi anillo nyxiano para dejarlo como una banda elástica negra. Ayer perdí segundos preciosos intentando sacar el anillo de un dedo necio. Ahora sé que cada segundo cuenta. Así que deslizo la nyxia sobre mi muñeca derecha y compruebo. Se retira con mucha mayor velocidad que la forma de anillo. Papá siempre dice que son los detalles los que ganan campeonatos. Puedo con eso.

Salgo de mi habitación y me sorprende encontrar a Kaya esperándome. Está sentada en el sillón más cercano y me saluda con la mano cuando aparezco. Tiene el cabello atado en coletas que lucen extrañamente infantiles, comparadas con la máscara nyxiana de aspecto tan feroz que delinea su mandíbula.

—Buenos días —dice—. Tengo una propuesta.

Arqueo una ceja.

—¿Tiene que ver con desayunar?

—Una alianza —responde ella—. Tú y yo.

La petición divide mi cerebro en siete direcciones distintas. ¿Quiere hacer equipo *conmigo*? ¿Y si es una trampa? ¿Y si la competencia evoluciona? ¿Por qué hacer una alianza tan pronto? No creo que sea la peor idea del mundo, pero hemos competido sólo un día. Esperaba que se formaran alianzas y relaciones, pero hacer un movimiento tan pronto me parece arriesgado. Vi a Kaya competir ayer. Sería de enorme ayuda, pero tampoco estoy seguro de qué le podría ofrecer yo. Y tampoco puedo olvidar mis sueños. Todos esos agujeros negros. Destruir o que te destruyan. ¿Puede una alianza realmente sobrevivir a lo que Babel está planeando para nosotros? ¿Qué pasaría si el octavo lugar se decide entre ella o yo?

—¿Por qué? —pregunto, ella asiente.

—Estrategia. Siempre barajo muchas formas de resolver los problemas. Es mi especialidad. Encontrar soluciones. Si está dificultándose cierto evento, podemos crear estrategias juntos.

—Quería decir, ¿por qué yo? Te vi ayer. Sé que para mí sería muy ventajoso hacer equipo contigo, Kaya, pero ¿por qué querrías tú hacer equipo conmigo? Estoy en la novena posición.

Ella asiente de nuevo.

—No por mucho tiempo. Te escuché trabajar hasta tarde anoche. Practicabas, ¿cierto? Puedo ver que te gusta competir. Babel va a cambiar la jugada. Organizará otros juegos. Te ayudaré con tus debilidades, y tú me ayudarás con las mías. Así funcionan las alianzas.

—¿Cómo sé que no formarás equipo con alguien más?

—Eres la opción lógica —contesta ella—. Piénsalo. Vivimos juntos. Detrás de estas puertas vamos a tener una competencia interminable. Estaremos luchando por cada punto. ¿No deseas un lugar de la nave que no sea así? Si hacemos equipo, sentiremos como si volviéramos cada día a un puerto seguro. Quiero sentir que vuelvo a casa.

No pude evitar asentir. Tiene sentido.

—Yo también.



Levanta un meñique y lo extiende.

—Juro que, durante el tiempo en que no compitamos directamente el uno contra el otro, te ayudaré en lo que pueda. Estamos en esto juntos.

Enlazo mi meñique alrededor del suyo y repito las palabras. Me sorprende cuando suelta un enorme suspiro de alivio. No me había dado cuenta de lo preocupada que estaba de que yo pudiera rechazar la oferta.

—Empecemos —dice—. Tengo una estrategia para la Conejera.

Sonrío.

—¿Podemos discutirla de camino a desayunar? Muero de hambre.

Kaya asiente, y cruzamos la puerta retráctil. Nuestro pasillo está vacío; las escaleras también. Parece que todos ya están desayunando.

—¿Conoces la historia de la liebre y la tortuga? —pregunta.

—Sí —digo, recordando la escuela primaria—. La tortuga gana porque la liebre es arrogante. Se echa una siesta durante la carrera, o algo así.

—Es una historia muy tonta —dice Kaya con seriedad—. Mucho. Si yo fuera el conejo, habría aventajado a la tortuga sin descansar. Listo y veloz es mejor que lento y constante. Pero creo que ayer noté una manera de hacer que la tortuga gane.

—¿En la Conejera?

Kaya asiente mientras empezamos a descender las escaleras.

—Los obstáculos desaparecen mientras alcanzan el muro trasero. Me di cuenta de eso ayer cuando traté de ayudar a Azima. Como a dos o tres pasos de la pared de atrás, simplemente se desvanecen. La próxima vez deberíamos aguardar en el borde mismo de la caminadora. Podemos protegernos ahí, como haría una tortuga.

Me encojo de hombros.

—Eso suena bien.

Esta alianza me agrada. Alcanzamos a los demás en el desayuno. Casi todos sus platos están vacíos y casi todos lucen cansados, como si hubieran soñado con agujeros negros también. Pesco un *croissant* que se ve muy saludable y un poco de fruta. No es exactamente lo que comemos en Detroit, pero aquí todo sabe delicioso. Bilal gesticula hacia el lugar junto a él y tomo asiento. Ofrece

un saludo amable, pero parece agotado. El único alegre es Katsu.

—Emmett —me llama—. Mira esto. Es asombroso.

Me inclino hacia adelante. Un par de alas negras se estiran. Son pequeñas, pero Katsu transformó su nyxia en algún tipo de pájaro sombra. Lo miro picotear su plato, y sonrío.

—Es genial —digo.

—Ni siquiera es lo mejor —contesta Katsu—. ¡Trae la salchicha al rey!

Todos miramos mientras el pájaro sombra revolotea hacia el bufet. Después de hurgar un poco, aferra una cadena de salchichas entre sus garras y vuelve aleteando. Katsu ríe tan fuerte que la mesa tiembla.

—¡Soy el rey! —grita y le da una mordida a la salchicha—. ¡El rey del mundo!

Algunos reímos. Más adelante en la mesa, Longwei frunce el ceño ante el ruido, como si la risa fuera una ofensa punible. Hoy, Jaime está sentado un poco más cerca de los demás. Todavía se aleja unos cuantos lugares entre nosotros y él, pero algo es algo.

—Los reyes sólo traen problemas —dice Azima. No puedo quitarle la vista a los adornos de plata en su muñeca. Es más fácil que mirarla a los ojos. Tiene una manera de ver a los demás con la suficiente intensidad como para clavarlos contra la pared—. Las reinas son más apropiadas como gobernantes. Todo el mundo sabe eso.

Katsu ríe. Con velocidad sorprendente, arrebató el pájaro de su hombro y lo manipula en una corona. Vaya que es veloz. No soy el único que estuvo aceitando sus habilidades anoche. Inclina la sustancia negra sobre su cabeza ancha y cruza los brazos con pompa regia.

—Pero toda reina necesita un rey —dice.

—¿Rey? —la voz de Roathy cercena las carcajadas en dos. Examina a Katsu con esos ojos concedores y sacude la cabeza con desprecio—. Aquí yo no veo ni reyes ni reinas.

—Muchas gracias, genio —Katsu espeta de mala gana—. Sólo estábamos bromeando.

Roathy no se encoge ante el insulto. Sólo le clava la mirada a Katsu, y sé que está viendo más allá de las bromas, más allá de los juegos alegres. Está

viendo una capa más profunda y oscura.

—Mira a tu alrededor, gran jefe. ¿Cuál es la única cosa que nos conecta?

Katsu no contesta. Todos miran alrededor, como si creyeran que la solución está escrita en las paredes. Quizá no lo hayan descifrado, pero yo sé exactamente qué es: ninguno de nosotros tiene dónde caerse muerto. Eso es lo que nos conecta. Babel tiene recursos ilimitados. No es difícil imaginarlos examinándonos a cada uno de nosotros: pesando, midiendo, eligiendo. Necesitaban una manera de manipularnos. La pobreza sólo hace que su boleto dorado luzca aún más brillante.

—Somos pobres —dice Roathy sin un rastro de vergüenza—. Nos eligieron porque somos pobres. Podemos ser reyes y reinas, claro, pero sólo si hacemos una reverencia primero.

Nadie lo niega. Unos cuantos bajan la mirada a sus alimentos. Se tensan algunas mandíbulas. Jaime sigue masticando un trozo de tocino, despreocupado. Esa demostración tan casual me ilumina.

—Excepto por ti —digo, antes de poder evitarlo.

Jaime mira hacia nosotros.

—¿Eh?

—Roathy tiene razón —digo—. Todos somos pobres, menos tú.

Jaime se encoge de hombros como si lo hubiéramos entendido todo mal.

—No sé de qué estás hablando.

—Entonces cuéntanos, señor Suiza: ¿a qué se dedican tus padres?

No debería importar, pero importa. Esta competencia lo es todo. Y va a enfadarme mucho si al final del camino algún niño bonito, hijo de algún ejecutivo adinerado me arrebatara el billete de lotería. Jaime queda impertérrito bajo el fuego de mi pregunta, pero noto cómo sus manos están quietas como cadáver mientras explica, como si no pudiera decir una mentira y actuar normal al mismo tiempo.

—Al campo. Eran granjeros, pero perdimos nuestra granja el año pasado. Así que vete al diablo, Emmett.

—¿Qué cultivaban? —pregunto.

Jaime niega con la cabeza, un movimiento que le compra un segundo extra para recordar esa mentira que se supone debe contar. La reconozco, porque

soy uno de los *mejores* para las técnicas dilatorias.

—Lácteos. Hacíamos queso de montaña.

—Apuesto a que sí —espeto.

Los dos ya estamos parados, y estoy resollando por las narices. No sé por qué me enfada tanto, pero *sé* que él no es uno de nosotros. Es otra cosa. No quiere esto como lo queremos nosotros; está aquí por alguna otra razón. El hecho de que pueda ser él quien tome lo que es mío me perfora la piel como un cuchillo. Nos estamos asesinando el uno al otro con la mirada cuando llega Defoe. Al vernos midiéndonos de esa forma el uno al otro, no esboza la sonrisa de siempre.

—¿Algún problema, caballeros?

Se me tensa la mandíbula. Niego con la cabeza, mi mirada fija en la de Jaime.

—No, señor. Ninguno.

Archivo esa mañana bajo la *R* de *Rabia*. Por suerte, la furia silenciosa que siento por la mentira de Jaime me ayuda a concentrarme durante las primeras tareas. Hacemos calentamiento con manipulaciones de nyxia. Las horas que dediqué a practicar anoche me permiten cumplir con velocidad cada nueva petición. Defoe nos pide formar una cuchara, una empuñadura y un libro con las páginas en blanco y la cubierta en color azul. Sólo Longwei, Katsu y Azima me aventajan en cada tarea.

—Finalmente —dice Defoe, mientras levanta un vaso de agua—. Transformen su nyxia en agua.

Pensamiento, parpadeo, transformación. Sucede así de rápido, y sostengo una taza transparente en mi mano derecha, pero el agua no está ahí. Vuelvo a seguir el procedimiento, pero todavía no hay agua. Mis ojos se dirigen hacia Longwei. Me sorprende que su nombre no se imprima en el tablero de marcación. Está transformando su nyxia una y otra vez pero, como yo, no puede transmutar lo que necesita.

Defoe sonrío, a la espera.

—No puedes convertirla en agua —digo.

La sonrisa de Defoe se amplía mientras mi nombre se escribe en el tablero de marcación. De alguna manera, la respuesta le aumenta mil unidades a mi

puntuación. Veo cómo mi nombre sube al quinto puesto.

—Muy bien, Emmett. La nyxia no puede transmutarse en agua, ni servir como comida ni añadirse en creaciones meramente orgánicas —explica Defoe—. Así que cuando estén en Edén, tendrán que usar sus recursos nyxianos para recolectar comida y agua. Pueden hacer una olla para hervir el agua, una lanza para cazar, pero no pueden conjurar el bufet —levanta la taza y le da un sorbido dramático—. Ni siquiera un vaso de agua.

Tras haber tomado nota de la regla, todos seguimos a Defoe al área de entrenamiento y pasamos por el mismo proceso que el día anterior. En una sesión de aula clasificamos los tipos de hongos que existen en Edén. Kaya deliberadamente toma el asiento junto al mío. Atrae mi atención antes de manipular su nyxia en libreta y bolígrafo. Gesticula para que yo haga lo mismo.

Asiento y copio su manipulación. Me toma unos cuantos intentos hacerlo correctamente, pero mientras avanza el video, empiezo a apuntar todo. Defoe seguramente nos pedirá que guardemos los apuntes al final, pero escribir todo le da un mejor punto de apoyo a las palabras en mi cerebro. Apenas estoy terminando de catalogar todos los colores y formas venenosos cuando termina la presentación y Defoe reparte dispositivos de datos para hacernos un examen. Mira mis apuntes, asiente con la cabeza y sigue adelante.

El examen es pan comido. Aun así, logro fallar una respuesta, pero lo hago mucho mejor que la mayoría en el aula. Longwei y Jaime obtienen la nota perfecta. No puedo evitar pensar que Jaime lo consigue porque estudió en mejores colegios o porque creció con una enorme biblioteca en casa. Una parte pequeña y temerosa de mí se pregunta si él está diciendo la verdad, si en realidad es hijo de unos empobrecidos granjeros. Ya he experimentado que la gente saque conclusiones erróneas sobre mí, así que sé lo irritante que puede llegar a ser que te encasillen en una identidad equivocada.

Le susurro mi agradecimiento a Kaya mientras nos dirigimos a la siguiente tarea. Nuestra alianza ya está reeditando. Ascendí a la cuarta posición en el tablero.



1. LONGWEI	11,350 puntos
2. KATSU	9,124 puntos
3. JAIME	8,200 puntos
4. EMMETT	7,850 puntos
5. AZIMA	7,750 puntos
6. KAYA	7,400 puntos
7. BILAL	7,300 puntos
8. JASMINE	7,050 puntos
9. ROATHY	6,324 puntos
10. ISADORA	5,080 puntos

Ayer caí al noveno lugar y sentí como si fuera el fin del mundo. Subir poco a poco por el tablero de marcación se siente estupendo, pero tengo que recordar que no hay tal cosa como estar a salvo. Los puntos de cada día suman. Hoy es uno bueno, pero mañana podría fallar en una tarea y caer cuatro posiciones.

Todo es un tremendo problema.

Uno por uno, los otros se van metiendo dentro del enorme tanque que Babel construyó en el piso. Los vientos simulados azotan el agua con violencia, y los contendientes nadan como si estuvieran montando maremotos hasta la orilla. Mientras Katsu se revuelca con impotencia en las aguas tempestuosas, manipulo mi banda nyxiana para obtener unas gafas de natación. Las aprieto y oculto detrás de mi espalda mientras Defoe llama a Jazzy para que se acerque.

Cuando mi turno llega, jalo la tira de las gafas manipuladas por atrás de mi cabeza. El plástico succiona alrededor de mis ojos y quedo en mi propio mundo de burbuja. Me sumerjo en el tanque y comienzo a nadar. Ya puedo sentir la diferencia. Ayer nadé a ciegas por las olas que azotaban. No fue horrible, pero unas cuantas veces floté hasta los bordes de la piscina y ralenticé mi progreso al tratar de reajustarme. Poder ver hace un mundo de diferencia. Braceo con fuerza y sé que me estoy superando, a mí y a los demás.

Diez minutos después, las olas se aquietan y salgo con tenacidad del agua. Kaya es la única a la que le toca nadar después de mí. Ella manipula sus propias gafas y, sin más, somos un equipo: mis fuerzas se suman a las suyas. Cuando se hace el recuento de los resultados, mi nombre rebasa el de Jaime y Katsu en el tablero de marcación. Segundo puesto.

Por instinto, le lanzo una mirada a Longwei. Todavía está jadeando después de haber nadado. Su mirada se clava en la mía y asiente una vez. Reto aceptado, pienso. La idea me hace sonreír mientras nos dirigimos a la Conejera. Longwei ignora que tengo un as bajo la manga. Kaya nos apiña a todos juntos en el piso de la caminadora. Jaime se rehúsa a mirarme, pero sí escucha mientras Kaya le da al grupo la misma explicación que me ofreció en la mañana.

—Así que, si nos quedamos en la parte del fondo de la caminadora —dice—, ninguno de los obstáculos nos alcanzará. Sólo deben cuidar en dónde pisan, ¿de acuerdo?

—No lo sé —dice Jaime—. Si la suposición falla, no habrá manera de recuperarse.

—Pero lo único que tenemos que hacer es correr —contesta Kaya con calma—. Nada de esquivar ni saltar. Cuando la caminadora suba de velocidad, podemos movernos hacia adelante para obtener más espacio. Quizá podríamos quedarnos atrás hasta que llegemos a las barrancas.

Jaime abre la boca para quejarse, pero Azima lo interrumpe de inmediato.

—Recuerdo que el árbol desapareció. Es una buena estrategia, todos lo sabemos, pero ¿y si el otro equipo ve lo que estamos haciendo y lo copia?

Kaya asiente.

—Sólo tendremos la ventaja hoy. Podríamos comenzar en medio de la caminadora y desplazarnos hacia atrás cuando llegue el primer obstáculo.

Azima asiente.

—Chica lista. Ganemos hoy. Yo vine a ganar.

Jaime lanza una mirada de molestia, y no es difícil ver por qué. Ayer lo seguimos a él. Hoy estamos siguiendo a Kaya. No es que nos den puntos en el tablero de marcación por ser líder, pero apuesto a que Babel pone atención a todo. Después de una pausa frustrada, Jaime asiente con la cabeza y todos

tomamos nuestras posiciones. El otro equipo ya formó una fila apretada con Jazzy al frente. Escalonaron la formación ligeramente para que una caída no los derribe a todos. Defoe levanta una mano para que lo escuchemos.

—Son las mismas reglas que ayer. Pierden a un jugador, y su velocidad aumenta. Buena suerte.

El piso de cinta caminadora se enciende. Nuestro corredor invisible comienza por un bosque conocido, y los únicos sonidos son respiraciones ligeras y pisadas constantes. El paso sigue por unos cuantos minutos, antes de ver una serie de árboles caídos más adelante. A la señal de Kaya, bajamos la velocidad. Nadie del otro equipo se da cuenta cuando nos echamos hacia atrás, hasta los últimos metros de la caminadora, y aceleramos el paso. Pero Defoe sí lo ve, y entrecierra los ojos con curiosidad.

Los árboles derribados se materializan frente a nosotros: una complicada serie de ramas escalonadas por donde zigzaguea el otro equipo. Longwei está gritando órdenes, y todos parecen patitos bien entrenados. Nuestro equipo guarda su posición al fondo de la caminadora. Empieza a crecer el pánico en mi pecho mientras los árboles se acercan más y más, y luego se *desvanecen*. Kaya lanza una sonrisa satisfecha y todos mantenemos el paso. Jaime tenía razón: no hay mucho margen para equivocarse, sólo alrededor de medio metro detrás de nosotros y medio adelante. Pero el plan de Kaya definitivamente está funcionando.

A la distancia, dos criaturas lobunas cobran vida. El otro equipo gira a la derecha y veo un destello de sombras negras. Sus anillos nyxianos toman forma de pequeños escudos. Los dos lobos rozan el borde de su formación compacta, pero los esquivan con suficiente facilidad. Observo mientras nuestros lobos se enfilan gruñendo hacia la nada. Esta vez, Kaya hasta suelta una carcajada. Al otro lado de la red, Jazzy se mueve hacia atrás y coloca una mano en la espalda de Katsu. Él es mucho más grande que los demás, y el paso ya es demasiado veloz para él.

Seguimos corriendo. Una enorme avalancha se activa con una convulsión, y Katsu no logra salir del camino. Jazzy se agacha para esquivarlo, pero las manos de él se agitan y se enredan en el traje de ella, y los dos se precipitan hasta el muro posterior. La habitación palpita dos veces, y ahora los tres que



quedan se mueven más y más aprisa.

Adelante, el sendero del bosque se está hundiendo, y avisto la serie de cañones por donde corrimos el día anterior. No puedo creer cuánta energía adicional tengo esta vez. No hemos perdido a nadie, y todavía llevamos el paso de un trote cómodo. Bilal, Roathy y Longwei corren a toda velocidad.

—Kaya —llamo—. ¿Hora de movernos hacia adelante?

Ella ya vio el desfiladero.

—Toma la delantera, Emmett. Todos eviten lo rojo.

Mis zancadas se vuelven más largas. Los cañones son tortuosos y están llenos de pequeñas grietas. Giro hacia la izquierda y mi grupo me sigue como serpiente. El otro equipo ya está dando tumbos entre saltos; me empeño en concentrarme en nuestro progreso en vez del suyo. Estamos saltando sobre nuestro primer gran cañón cuando las luces resplandecen a nuestra derecha: los cinco compañeros de equipo seguimos en pie. Hasta Jaime es todo sonrisas, como si lo de esta mañana fuera historia ancestral.

—Felicidades —dice Defoe—. Esperen ajustes en la ruta mañana.

Traducción: *Se arreglará el fallo técnico, pero nos agrada que se hayan aprovechado de él.* Archivo esto bajo la G de *Ganar* y camino hacia Kaya para ceñirla con un brazo. El resto del grupo se reúne alrededor, y la sonrisa de Kaya es tan amplia que ni siquiera la máscara nyxiana la puede ocultar. No estoy seguro de por qué, pero esta sensación es mucho mejor que ganar las competencias individuales. Me gusta elogiar a Kaya como merece, y me gusta ganar juntos. Le pido que nos dé una nueva estrategia, y ella se lanza de lleno, emocionada. Sólo es cuando nos dirigimos de regreso a nuestras habitaciones al final del día que me doy cuenta de la importancia real de nuestra victoria: ahora estoy en primer sitio.

Tengo que repetirme que todavía falta mucho camino por recorrer, pero al quedarme dormido en la noche tengo una sonrisa en el rostro. Por primera vez, siento como si perteneciera aquí, como si en realidad mereciera ir a Edén. Sé que cuando despierte por la mañana, no me sentiré satisfecho con quedar entre los ocho primeros.

Quiero ganar.

**DÍA 7, 8:38 HORAS**  
**A BORDO DEL GÉNESIS 11**

1. EMMETT	38,900 puntos
2. LONGWEI	36,750 puntos
3. AZIMA	29,900 puntos
4. BILAL	29,300 puntos
5. KAYA	28,450 puntos
6. KATSU	27,400 puntos
7. JAIME	26,200 puntos
8. JASMINE	22,050 puntos
9. ISADORA	22,080 puntos
10. ROATHY	21,324 puntos

**L**a competencia de Babel no es una carrera de velocidad. Es un maratón en el que de vez en cuando se nos pide que caminemos sobre el agua. Ya puedo ver que los séptimos días serán los más duros. Estamos en lo más profundo de una semana de trabajo, pero no tan cerca del Sabbath que está por llegar como para poderlo saborear. Ésos serán los días que crispén nuestras amistades y alianzas forzadas. La gente se lastimará en el séptimo día, perderá la cordura en el séptimo día. Hasta ahora, los únicos descansos que nos han dado son para las simulaciones de comportamiento. Y a veces son más agotadoras que la Conejera. Pero cada día que pasa es un recordatorio, un testamento.

Soy lo suficientemente bueno para terminar entre los primeros ocho, para ganar. Durante nuestros encuentros cotidianos, Kaya me sermonea para que no pierda la perspectiva, pero por Longwei sé que soy una amenaza legítima. Pasa la mitad del tiempo fulminándome con la mirada. Ya comenzamos a intercambiar la delantera, primero uno y luego el otro. No retrocedo cuando me mira. No retrocederé ante él ni ante nadie.

En el séptimo día, Babel crea guerreros.

Defoe nos lleva por un pasillo desconocido y hasta una habitación que en realidad es una arena enorme y acolchada. Parece uno de esos lugares con trampolines. La sala tiene tres o cuatro niveles distintos, paredes acolchadas y, de cada lado de la puerta, un estante con armas de punta negra. Espadas de distintos tamaños y mazas de aspecto cruel. Hasta veo un juego de estrellas ninja.

Algo se me retuerce en el vientre. Después de haber visto a los adamitas hacer trizas a una unidad de infantería de marina completamente armada, debería haberme imaginado que nos entrenarían para algún tipo de combate. Debí imaginar que la única manera posible de practicar sería uno contra otro. Kaya y yo intercambiamos una mirada que lo dice todo. No estoy seguro de quién le estará enseñando a quién en esta competencia. Ella es pequeña, pero una persona no tiene que ser grande si el cuchillo está lo suficientemente afilado.

El dispositivo de datos de Defoe se ilumina. Todos miramos cómo la pantalla que está a la distancia se enciende con un parpadeo. En ella aparece una versión estilo *Combat Kings* de Bilal y Azima. Los rostros digitales de sus avatares nos observan desde ahí. Tengo que entornar los ojos, pero puedo distinguir una barra de salud arriba de sus cabezas y una lista de signos vitales.

—Las armas se sentirán reales. Las diseñamos con un peso y equilibrio genuinos. Sin embargo, están bañadas con un aceite nyxiano de nuestra propia creación. En realidad, no pueden tocar ni dañar otros objetos físicos.

Defoe alza un hacha de mano. Se acerca al montón de bloques cuadrados más cercano, y la blande. El aire centellea, y el hacha atraviesa directamente la superficie acolchada, parpadeando.

Jazzy externa lo que todos pensamos.

—*Asombroso.*

Defoe pone el hacha en su lugar.

—El daño que hagan a su oponente se verá reflejado en la pantalla. En este juego hay vencedores y perdedores. Si amputan una extremidad, su oponente perderá el uso de ella. Cercenen la artería, y se desangrarán. Infrinjan un golpe mortal, y ganarán. ¿Entendido?

Asentimos todos. En verdad nos pondrán a luchar unos contra otros. Le lanzo una mirada a Jaime. No me sorprendería que nos enfrentaran primero. Así sucede siempre en las películas. Te ponen a luchar con la persona con quien querías pelear desde un principio. Y pierdes.

Azima y Bilal dan un paso adelante.

—Elijan sus armas con sabiduría —instruye Defoe.

Azima va directamente hacia una lanza tan larga como su cuerpo. Da unos cuantos impulsos de prueba antes de bajar al centro de la arena. Pero Bilal luce perdido. Dudo que ese chico de naturaleza gentil haya peleado jamás. Recorre una y otra vez las hileras de armas, ojeándolas como si fueran víboras. Al fin, toma una espada corta. La sostiene incómodamente mientras desciende a la arena. Voltean para mirarse el uno al otro. En la pantalla, sus avatares hacen lo mismo. Aunque en la vida real ambos están en pie sin moverse, los avatares se acuclillan en posturas de pelea.

—Pueden comenzar —indica Defoe.

Nuestros enfrentamientos carecen del drama del cine. Las peleas verdaderas no duran minutos: terminan en segundos. Bilal levanta su espada y se aleja dando tumbos mientras la lanza de Azima se esgrime hacia adelante. Bilal todavía retrocede cuando un segundo golpe le encuentra el muslo. En la pantalla, brota sangre de su herida, y veo que su barra de salud se ilumina. Bilal intenta embestir a Azima como un toro, pero ella se agacha hacia la derecha y se precipita hacia arriba. Impulsa la lanza a través del cuello de su adversario, y el Bilal de la pantalla digital se desploma en un mar de sangre.

Por primera vez no me gusta cómo lucen los gráficos realistas.

—Siguientes —llama Defoe.

Bilal le da la mano a Azima y la felicita por su velocidad. Noto que Defoe

frunce el ceño. Quiere una competencia que cale hasta los huesos, pero Bilal es demasiado honorable para eso. A continuación aparecen Katsu y Longwei en pantalla. Katsu va directamente por una enorme hacha de aspecto feroz. Longwei elige una espada radiante, con la empuñadura labrada. Se encuentran en el centro de la arena, y Defoe hace sonar la campana.

Imagino que Longwei será tan bueno en esto como en todo lo demás, y así parece. Intercambian unos cuantos golpes torpes, y Longwei corta un tajo a lo largo del costado de la pantorrilla de Katsu. El avatar de Katsu hace un gesto de dolor, pero cuando Longwei se lanza para el segundo golpe, el revés de Katsu lo arroja por los aires. Por primera vez en la competición, es evidente la ventaja del tamaño de Katsu. Con blandir su hacha ampliamente y una sola vez, bate la espada fuera de las manos de Longwei. El pecho enorme y fornido de Katsu se flexiona mientras vuelve a esgrimir su arma. Longwei trata de evadirse a un lado, pero demora demasiado. El filo del hacha cae sobre su muslo y, más arriba, su avatar se marchita. Longwei está en el suelo, buscando su espada, cuando Katsu acaba con él.

—¡Soy el rey! —grita Katsu. Todos ríen menos Longwei.

Kaya y Jaime son los siguientes. En vez de enfrentarlo mano a mano, Kaya utiliza uno de los trampolines para llegar a los niveles superiores. En un par de segundos puede verse que aprovechó su tiempo en la línea de banda planeando una estrategia para la pelea. Maniobra entre los obstáculos y conduce a Jaime hasta una hermosa trampa. Él la persigue hasta que ella le entierra una estrella ninja directamente en la frente. Por lo visto, estaremos aprendiendo el uno del otro. Jaime empieza a quejarse de que no fue una pelea justa, pero Defoe lo ignora y convoca a los siguientes combatientes.

Jazzy e Isadora. Mis ojos se clavan en Roathy. Él será mi oponente. Es mucho más pequeño que yo, pero anticipo que dará pelea, y estaré en apuros. Todo en él indica que es un chico rudo. Adivino que será temerario. La respuesta natural será mantener la guardia arriba y esperar una oportunidad.

Mis ojos viran de nuevo a la pelea de abajo. A Jazzy le toma un segundo atarse el cabello rubio en una coleta. Frente a ella, Isadora se arrodilla. La observo mientras con su pulgar rastrea su tatuaje en la nuca antes de levantar un par de dagas y acomodar los pies.

Después de lo que vimos en la Conejera, imagino que Jazzy tendrá la delantera, pero su capacidad de atletismo no se traduce en habilidades de combate. Ella arremete dos veces antes de que Isadora aseste dos pinchazos violentos con su cuchillo. Hasta ahora, Isadora no ha hablado mucho, pero la manera en que empuña una navaja no tiene nada de tranquilo. Isadora retrocede con los ojos fijos en las pantallas, y confirma que Jazzy está a punto de desangrarse. Es lo suficientemente lista como para mantenerse a una distancia segura mientras la victoria se hace oficial.

Es turno para Roathy contra mí. Él toma de inmediato la misma espada que Longwei, pero yo me demoro en elegir. Las hachas no parecen la mejor elección, y las demás espadas lucen demasiado pesadas. No puedo imaginarme peleando con una lanza, y hay unas cuantas mazas que ni siquiera estoy seguro de cómo usar. Mi mirada se acomoda sobre un par de garras metálicas. Nunca he usado manoplas de hierro, pero mi tío definitivamente me enseñó a boxear. Deslizo las manos dentro de los puños metálicos y flexiono los dedos. La mano derecha tiene un escudo en forma de luna. La izquierda tiene nudillos afilados como dagas y un trío de garras de plata que se extienden hacia afuera.

Fueron hechas para un zurdo, para mí.

Tomo mi lugar frente a Roathy y espero. Cuando Defoe da la señal, Roathy hace exactamente lo que pensé que haría. Se precipita a toda velocidad, blandiendo la espada con golpes salvajes, demasiado rápidos. Uso la mano con el escudo para defenderme de los primeros embates, y luego doy un tajo hacia abajo tras su tercer golpe. No tengo que levantar la mirada para saber que vacié sus tripas en el suelo. Roathy reacciona ante el dolor del avatar, se aleja de mí cojeando. Embiste una vez más y yo apaleo su espada hacia abajo con mi mano derecha. Su navaja me corta el hombro, pero el paso que da hacia adelante me permite imprimirle todo mi peso al golpe. La nyxia atraviesa el cuello de Roathy inocuamente, pero mi puño le aplasta la tráquea.

El Roathy real y el avatar se desploman. Doy un paso hacia atrás mientras la adrenalina pulsa dentro de mí con la emoción de la victoria, el sabor del dolor, pero no dura mucho. Roathy está herido. Intenta aspirar aire pero el ruido de sus sibilantes respiraciones es el de algo que muere. Un segundo

después, Defoe está ahí, con dos médicos a su lado.

Isadora, la compañera de habitación de Roathy, está gritando. Defoe la toma de los hombros para evitar que siga a los médicos fuera de la sala. Debería sentirme terrible, pero recuerdo la cara de Roathy al inicio de la pelea. Si hubiera podido, me habría hecho lo mismo. Destruir o que te destruyan. Levanto la mirada hacia los demás contendientes, y sus rostros lucen abatidos. Algunos me miran como si ahora yo fuera distinto, como si todo esto tuviera un lado más oscuro que yo acabara de desvelar. Me quito los puños metálicos y salgo de la arena, tratando de no pensar en agujeros negros y cosas rotas.

En el almuerzo, el tablero de marcación muestra mi dominio. Debería estar encantado, pero la ausencia de Roathy me compunge profundamente. Sólo estaba siguiendo el juego. No quería lastimarlo. Picoteo mi comida y repito la frase en mi cabeza: *No quería lastimarlo. No quería lastimarlo. No quería...*

1. EMMETT	41,900 puntos
2. LONGWEI	36,750 puntos
3. AZIMA	32,900 puntos
4. KAYA	31,450 puntos
5. KATSU	30,400 puntos
6. BILAL	29,300 puntos
7. JAIME	26,200 puntos
8. ISADORA	25,080 puntos
9. JASMINE	22,050 puntos
10. ROATHY	21,324 puntos

Cuando nos enfilamos hacia la Conejera, Roathy todavía no está con nosotros. Sigo mirando hacia atrás, con la esperanza de ver a un médico que lo escolte por un pasillo, pero las compuertas se cierran una vez que estamos dentro, y la competencia está lista para comenzar sin él. Defoe señala desde el frente de la habitación.

—Longwei, tu equipo carece de un jugador. Según las reglas, su caminadora comenzará a un ritmo más veloz debido a la pérdida. Buena suerte.

Su equipo me lanza miradas sombrías, como si yo ya conociera la regla y hubiera puesto a Roathy en la unidad médica para darle una ventaja a nuestro equipo. Es completamente injusto, pero guardo silencio porque Defoe ya nos ha enseñado el concepto que tiene Babel de lo justo. Kaya reúne a nuestro equipo, pero las malas vibras fluyen también de este lado de la habitación. Isadora se mantiene alejada de mí, y Jaime mira nerviosamente hacia todas direcciones. Kaya parece inmutable, pero dice:

—Emmett, quiero que hoy seas nuestro conejo.

La miro. La idea de recibir órdenes justo ahora me molesta.

—¿Por qué?

—Posees los mejores reflejos —contesta—. Correremos detrás. Tú quédate en el frente. Ve indicando cada obstáculo que veas y danos tiempo de reaccionar. ¿Suena bien?

Me toma un segundo darme cuenta de lo que Kaya propone. Está depositando toda su fe en mí, mostrando a los demás que confía. Quiere que olviden el incidente con Roathy y que recuerden lo que he logrado hasta ahora en la Conejera. Asiento para agradecerle mientras Defoe sube a su plataforma y el piso de hule comienza su marcha.

El otro equipo se está apegando a su estrategia de mantenerse apiñados, sólo que ahora Katsu está al frente de la línea y Longwei mantiene una mano en su espalda para apoyarlo. Kaya y los demás se hacen a un lado, y tomo mi lugar al frente. Nuestra ruta comienza por el bosque, y mis ojos inspeccionan rápidamente alrededor.

Un árbol cae sobre el sendero frente a nosotros y grito para dar parte al equipo. Doblo a la derecha y salto sobre la única sección sin ramas. Justo después de eso, atravesamos un par de arroyos, y luego una serie de ramas que golpean a una altura baja. Doy aviso con cada obstáculo, y mientras disfruto nuestro ritmo escucho un grito. Giro la cabeza rápidamente hacia atrás mientras continúo braceando.

Los muros de atrás cobraron vida. Nos sigue otra vista del bosque, con



árboles que se desvanecen mientras progresamos. Un segundo vistazo revela dos lobos que avanzan en silencio detrás de nosotros. Defoe prometió que el juego evolucionaría, y así fue. Hay obstáculos al frente, peligros detrás. Sin advertencia, la velocidad de nuestra caminadora incrementa. No hemos perdido a nadie, pero es como si nuestro corredor imaginario hubiera vislumbrado a los lobos y estuviera ansioso por escapar. La ruta nos lleva entre más obstáculos, y escucho a Kaya dar órdenes al grupo trasero, les pide avanzar.

Me alcanzan mientras el paso aumenta y se vuelve una carrera veloz. Miro hacia atrás mientras uno de los lobos se libera de la pantalla. Es enorme, mucho más grande que en días anteriores y, a diferencia de las versiones previas, no parece que vaya a desvanecerse pronto. Esquivamos unas cuantas series de ramas e Isadora se tropieza. No logro tomar su mano extendida y miro mientras el lobo ataca. La clava contra el suelo y ella grita. Los dos se deslizan directamente a la parte de atrás de la habitación. Nuestro lado palpita y aumenta la velocidad. El sudor me desciende a chorros por el rostro.

Del otro lado de la sala, Katsu finalmente cae. Puedo escucharlo gritar mientras se precipita hacia el muro trasero, ahora sólo quedan tres en su equipo. Pero noto que no los persiguen lobos. Su pantalla de bosque luce vívida a lo largo del muro del fondo, pero nada los persigue.

Nuestro segundo lobo ya se materializó en el fondo de la caminadora. Corre a toda velocidad junto a nuestro flanco izquierdo, deslizándose bajo las ramas y sobre los montones de piedra al perseguirnos. Kaya hace que nuestro equipo se deslice lo más a la izquierda posible, pero nos está costando mucho correr y observar al lobo al mismo tiempo. Kaya quería que hoy yo fuera el conejo, pero tengo una mejor idea.

Me concentro y transformo mi banda elástica de nyxia en la daga que vi a Defoe usar el primer día. Se siente pesada en mi mano. La aprieto con más fuerza y me acoplo detrás con el resto del equipo. Consciente de que es un suicidio, estabilizo mis zancadas y giro bruscamente hacia el lobo. Antes de que pueda abalanzarse sobre alguno de nosotros, yo me lanzo sobre él. Mi daga se entierra en su hombro, y el encuentro saca el aire de mis pulmones. El lobo y yo giramos pies sobre cabeza, pero sigo aferrando la daga y envuelvo

mi otro brazo alrededor de su cuello. El lobo chasquea los dientes cerca de mi cara, pero se esfuma cuando golpeamos el muro trasero.

Nuestro lado se ilumina y mi sacrificio deja a los demás en libertad de correr sin distracción y a toda velocidad. El equipo de Longwei lleva más tiempo manteniendo el desgaste de correr con velocidad, y no pasa mucho antes de que Bilal pierda el equilibrio y salga volando hacia atrás. Longwei no logra del todo hacer los saltos, y mi equipo aguanta lo suficiente como para eliminar a Jazzy en la sección de cañones del mapa. Me recuesto, mirando el techo fijamente, con los brazos levantados en señal de triunfo. Estas victorias son siempre las que mejor se sienten. Kaya es la primera en felicitar me por mi ataque al lobo. Hasta Jaime admite que fue genial.

Azima me ofrece una mano para ayudarme a levantar, pero Longwei se abre paso a empujones y me pateo justo en la cara. Mi cabeza da un latigazo y mi sangre salpica en el piso. Los ojos se me llenan de lágrimas y siento que mi rostro pasa del grave dolor al entumecimiento total en un abrir y cerrar de ojos. Antes de que pueda siquiera pensar en levantarme o defenderme, Jaime y Azima avanzan y lo alejan a empujones. Longwei se mantiene firme el tiempo suficiente para gritar:

—Hiciste trampa. Sólo ganaste por tramposo.

Jaime le da otro empujón.

—Atrás, Longwei. Atrás de una maldita vez.

Longwei da media vuelta y comienza a alejarse. Cada uno de los huesos de mi cuerpo quiere levantarse y pelear; acabar con él. Podrá ser más listo y veloz, pero yo soy más grande y más fuerte. Lo he visto pelear, conozco su estilo. Sin embargo el grupo, y Babel, ya me han visto lastimar. Ahora necesito ser también la víctima. Me cubro la nariz con la manga de mi atuendo y dejo que Kaya inspeccione la herida. Defoe ya atravesó la habitación.

—¿Necesitas un médico? —pregunta.

Me encojo de hombros.

—Sólo me pateó.

—Lo vi. Hablaré con él. No toleramos ese tipo de violencia. ¿Necesitas un médico?

—No, no creo. No está rota, ¿o sí?

Defoe niega con la cabeza.

—Ve a limpiarte.

Kaya me ayuda a levantarme. Mantiene su brazo alrededor de mí mientras caminamos. En vez del silencio cansado que llega siempre al final del día, los demás se arremolinan alrededor de nosotros, ya sea preocupados por mi nariz o emocionados por vivir un poco de drama, para variar. Jazzy es la primera en tomar partido.

—Por mi parte, no siento rencor —dice—. De ninguna manera creo que hayas hecho trampa, Emmett.

—Gracias, Jazzy.

Bilal me da un golpecito en el hombro.

—Emmett, ¿quieres que prepare un poco de té?

—¿Té? —pregunto—. ¿Ayudará con la nariz?

Él niega con la cabeza.

—No, pero sabe *muy* bien.

Río.

—Naa, estoy bien, hombre. Gracias.

Azima se suma a la conversación.

—Si él no quiere, yo sí.

Bilal parece sorprendido.

—¿A ti... te gustaría un poco de té?

Katsu ríe.

—Ya que estás tomando la orden, Bilal, yo voy a ordenar una mimosa. Sólo asegúrate de ponerle una de esas sombrillitas a la copa. Me encantan esas cosas.

Todos ríen. Caminamos juntos a través del largo pasillo y me percató de que estoy en el centro del grupo. Sólo Longwei camina delante de nosotros, solo. Debería darle las gracias por lo que hizo. Sin él, todavía parecería el malo. En su frustración, hizo que cambiáramos de roles. Golpear a alguien durante una pelea pactada es una cosa; los golpes bajos, otra muy distinta.

Al final del pasillo, Longwei da media vuelta y nos mira. Estamos lo suficientemente cerca como para ver la ira en sus ojos. Mueve el mechón de pelo a un lado de su frente y desaparece por las escaleras.

Archivo la mirada bajo la *E* de *Enemigo*.

## DÍA 10, 11:38 HORAS A BORDO DEL GÉNESIS 11

Cuando finalmente llega el Sabbat, duermo como los muertos.

Despertarme es sólo un recordatorio de que los músculos duelen y de que mi cerebro está agotado. La competencia y la adrenalina empujan el dolor fuera de la vista y de la mente, pero mi primer sueño profundo trae de vuelta a la superficie todos los golpes y moretones. Cuando llego cojeando a nuestra sala compartida, encuentro a Kaya sentada con las piernas cruzadas en el sofá. Cierra su libro, levanta su máscara nyxiana de la mesa y ríe mientras se le coloca.

Dice:

—Pareces un anciano.

—Me siento como uno —tomo el lugar junto a ella—. ¿Grandes planes para tu día libre?

Ella da una palmadita a la cubierta del libro que descansa en su regazo.

—Alicia y yo estamos buscando problemas.

Arqueo una ceja.

—¿Alicia?

Levanta la portada. Una niña de cabello rubio y vestido azul parece que está por meterse en el tipo de problemas de “soy-una-niña-rubia-con-vestido-azul”. Además, un puñado de personajes absurdos la conduce hacia eso.

—Lo leería contigo, pero parece que está en japonés.

A Kaya se le iluminan los ojos.

—¿En verdad quieres leerlo?

Lanzo una mirada a las repisas.

—¿Hay una versión en inglés?

—Claro —dice Kaya—. Pero, ¿quién la necesita cuando me tienes a mí?  
Ponte cómodo.

Una vez que me acomodo, Kaya lee. Lo hace desde el principio, aunque puedo ver una página doblada que marca su progreso hasta la mitad del libro. Mientras avanza usa pausas para hacer efectos de suspenso y cambia la voz de acuerdo a los distintos personajes. La única persona que me leyó así alguna vez fue mamá. Algo de ese recuerdo me hace sentir que todo esto es más que una alianza. Hay en esto un ligerísimo dejo a familia.

Y yo tenía razón sobre Alicia. La niña se está metiendo en todo tipo de líos.

—Espera —digo, interrumpiendo—. ¿Acaba de empezar a encogerse?

—Sí —dice Kaya, rastreando la oración con un dedo—. Beber de la botella la hizo superpequeña.

Frunzo el ceño.

—No es muy realista.

—No te quejaste del conejo con el reloj de bolsillo.

—Porque suena genial.

Kaya me fulmina con la mirada.

—¿Quieres que siga leyendo, o no?

Río.

—Sí, sí.

Antes de que pueda reanudar, nuestra puerta se abre con un silbido. Defoe entra a zancadas a la habitación, nos lanza una mirada, y asiente en dirección a mí.

—Ven conmigo, Emmett.

Da la orden como lo haría un rey. Suelto un gemido al ponerme en pie y guiño un ojo a Kaya.

—Gracias por leerme. ¿Me prometes que no seguirás leyendo sin mí?

Su rostro entero se ilumina.

—Lo prometo.

Defoe me lleva fuera de la habitación. Estoy seguro de que sea cual sea la

madriguera de conejo por la que me está guiando, no vendrá con elixires mágicos. Caminamos a través de pasillos y resulta todo un reto mantener el paso tras sus zancadas largas y decididas. Me encuentro mirando de soslayo a nuestro misterioso director de operaciones. Nada perturba a ese tipo. Siempre parece estar en control y siempre parece estar totalmente seguro de sí mismo. Sólo resalta su mano como debilidad. De cerca, puedo ver lo marchita que está. Desde el primer día, no se ha molestado en esconderla. Los huesos lucen deformes y la piel parece calcinada.

—¿Qué le pasó en la mano? —pregunto. No es asunto mío, pero ya va siendo hora de que lo pongamos a prueba. Quiero saber qué tipo de secretos guarda en el armario.

Levanta la mano, lo está considerando.

—Me lesioné durante un encuentro con un adamita.

Abro bien los ojos.

—¿En verdad? ¿Los ha visto?

—Tú también, Emmett —me lanza una mirada—. En video.

—Pero los ha visto en persona. ¿Realmente luchó contra uno de ellos?

—No teníamos la intención de que fuera una pelea. Se suponía que iba a ser una discusión pacífica.

—¿Y le hizo eso?

—Sí, pero ¿conoces la frase *deberías ver cómo quedó el otro*?

Asiento.

—Por supuesto.

—Bueno, pues deberías ver cómo quedó el otro —dice Defoe, lanzándome esa peligrosa sonrisa entre dientes. Pienso en el video de los adamitas. Un escuadrón de infantería de marina con la más alta tecnología acabó destrozado por sólo un puñado de ellos. Aun así, le creo a Defoe. Hay cierto peligro indefinible en él. Babel nos necesita porque no pueden superar las fuerzas y defensas adamitas para extraer la nyxia que desean pero, hasta donde sabemos, hay millones de adamitas en Edén. Es posible que una pelea individual pudiera favorecer a un humano, en especial a alguien como él.

—No te la tapas, ni nada —subrayo.

—No —dice en voz callada—. Sólo es un recordatorio.

—¿De qué?

—No debo ser perfecto. Sólo tengo que ser mejor que mi adversario.

Avanzamos por una escalera en espiral. Es extraño caminar juntos y hablar como lo haría la gente normal. Quizás hasta lo admiro. Está marcando la pauta en una nueva era. Pero el sentimiento más profundo e instintivo es temor. Debajo de todo ese brillo, sé que Defoe es garras y caos.

—No usa la máscara.

Me mira de soslayo.

—No es mi estilo.

—¿Pero cómo se da a entender, sin la máscara?

Levanta una ceja, como mago que sopesa si quiere revelar el truco. Después de unos cuantos pasos, levanta su mano sana y da un par de golpecitos en su mejilla.

—Tengo un implante de traducción permanente en esta muela. Nuestra tecnología más avanzada. Ventajas de ser el jefe.

Así que en Babel hay *más* de lo que hemos visto hasta ahora. Eso hace que me pregunte qué nos aguarda todavía.

—¿Estoy en problemas? —pregunto—. Siento como si hubiera regresado al colegio y me estuvieran llevando a la oficina del director.

—No exactamente. Sólo tenemos que monitorear la salud de nuestros postulantes. Como sólo tenemos diez a bordo del *Génesis II*, es vital mantenerlos sanos.

—¿Mi salud? Pero me siento bien.

—¿Cómo te sentiste cuando lastimaste a Roathy?

Me tomo un tiempo para contestar.

—No era mi intención lastimarlo, si es lo que está preguntando.

—¿No lo era?

—No en realidad. Sólo quería ganar.

—Ganar es importante —dice Defoe—. Lo entiendo. Esto es sólo un protocolo, Emmett.

Avanzamos en silencio. El pasillo se torna más angosto hasta llegar a una puerta casi de tamaño común. Se abre hacia una de las cápsulas de confort de la nave. La habitación está llena de cojines afelpados y colores tranquilizantes



en las paredes. Y la vista ahora es el espacio exterior. Me acerco y doy un vistazo. Me recuerda los agujeros negros.

—Siéntate, Emmett. El doctor Vandemeer llegará en breve.

Defoe se sirve un café expreso. La máquina escupe un líquido negro dentro de una taza de cerámica. Le agrega azúcar y lo revuelve. Hasta el café me hace pensar en los agujeros negros.

—También mi asistente se llama Vandemeer —digo.

—Es la misma persona.

—Pero no es médico.

—Claro que lo es —dice Defoe, dándose la vuelta.

La puerta se abre con un suspiro y Vandemeer entra. Me ofrece una sonrisa amistosa pero luce por entero distinto. Ahora usa gafas de aumento y una bata blanca sobre el uniforme. Al igual que Defoe, carga un dispositivo de datos en la mano.

—Hola, señor Atwater.

Defoe nos hace un saludo con su café y sale.

—¿Así que eres doctor?

—De cierto tipo —contesta Vandemeer. Toma asiento frente a mí. Su rostro está lleno de ángulos extraños, y mantiene corto su cabello ralo. Es la primera vez que lo veo así. La mayoría de las veces se desliza junto a mí, apareciendo en un momento sólo para desaparecer al siguiente. Después de hacer unos cuantos clics en su dispositivo de datos, levanta la mirada para observarme.

—Así que estuviste involucrado en un incidente el otro día.

Asiento con la cabeza.

—Fue un accidente.

—Sin duda —coincide Vandemeer—. ¿Y cómo te hizo sentir?

Ah. Es uno de *esos* doctores. Dejo salir el aire por las fosas nasales mientras desvío la mirada, afuera, hacia el espacio. Está tan lleno de lo desconocido que luce vacío. No quiero desmenuzar mis emociones con un psiquiatra. En dos minutos pasó de ser un amigable allegado de Babel a un ladrón de cerebros. Cuando no contesto, Vandemeer vuelve a intentar.

—Emmett, cada empleado cumple múltiples papeles en esta nave. Resulta que mis dos roles tienen que ver con el confort. Funjo como tu asistente

durante parte del día y como doctor el resto del tiempo. Me asignaron a ti, pero no te puedo ayudar si no estás dispuesto a hablar conmigo.

—No necesito tu ayuda, ¿de acuerdo?

—Bien, sin duda. ¿Te puedo mostrar algo?

Lo miro. Tras un suspiro, añado:

—Claro.

Gira el dispositivo de datos. Su dedo da un golpecito en el centro de la pantalla, y miro las imágenes de hace unos días. Esquivo el golpe de Roathy y lo aplasto con mi gancho izquierdo. Él se tambalea, y la cámara observa mientras retrocedo. Mi rostro está total, completa y aterradoramente en blanco.

—¿Notas lo que vimos nosotros? —pregunta Vandemeer.

Asiento.

—Así que volveré a preguntarlo. ¿Cómo te hizo sentir?

—Horrible —digo—. No era mi intención lastimarlo. Me hizo sentir mal.

—Y aun así tu rostro no dice lo mismo. Enmascaraste esa emoción.

—No quería hacerlo. Yo sólo estaba... no lo sé. Todo aquí es tan falso.

Vandemeer asiente sabiamente.

—Exacto, Emmett. Una de nuestras principales preocupaciones con el diseño del entrenamiento es su aspecto simulado. Nos preocupaba que pudiera formar una distancia entre los participantes y sus acciones.

—Está bien —digo. ¿Adónde va todo esto? Odio sentir como si me guiaran a alguna parte, como si fuera sólo un perro con un lindo collar—. Si sabían que iba a ocurrir, ¿por qué es tan importante?

Vandemeer gira el dispositivo de datos de nuevo hacia él. Desliza la pantalla y me mira.

—Porque hicimos la proyección de estos síntomas para el día ciento doce.

Lo observo atentamente.

—¿Entonces les preocupa que sea un asesino a sangre fría o algo por el estilo?

Vandemeer niega ligeramente con la cabeza.

—Por supuesto que no. ¿A ti te preocupa serlo?

Levanto los ojos al cielo. Detesto todo el rollo de convirtamos-tu-pregunta-en-mi-pregunta. Vuelvo a lanzar una mirada al espacio y recuerdo los

sueños recurrentes. Destruir o que te destruyan. No soy un asesino, pero sí quiero ganar. Más de lo que haya deseado nada jamás.

Después de diez días, a Babel ya le preocupa haber traído productos dañados consigo. Trato de imaginarme qué piensan de mí, un chico pobre de Detroit. Si hicieron su tarea, saben que no pertenezco a una verdadera pandilla. Me reúno con los Excelentísimos Hermanos, pero ellos son inofensivos para los estándares de Detroit. Aun así, para los adinerados y los niños bonitos, apuesto que parezco el clásico malandrín callejero.

—Mira —le digo—. Cuando me empujan, yo empujo también. Así me criaron.

—¿Y eso explica tu falta de expresión? —pregunta Vandemeer.

—Supongo que no sentí remordimiento de inmediato porque fue en defensa propia. Tú viste cómo me atacó.

—Lo vi, tienes razón. ¿Entonces sentiste que te estabas defendiendo?

—Sí.

—¿Y eso anuló por completo tu empatía hacia él?

—No por completo. Me sentí mal por dentro. Pero eso no se ve en mi rostro porque mi instinto siempre ha sido empujar también, protegerme. Supongo que no estaba seguro todavía de encontrarme a salvo.

Vandemeer frunce el ceño.

—Pero para entonces ya estaba tirado en el suelo, Emmett.

Río.

—¿Nunca has estado en una pelea?

—No, ¿tú sí?

—Unas cuantas veces —le digo—. Además, he visto un montón.

Vandemeer extiende ambas manos.

—¿Y?

—Bueno, el primero en caer no siempre es quien pierde la pelea, Doc.

—Ya veo. Entonces todo eso fue... ¿instinto?

—Correcto. Me estaba defendiendo, y eso no termina cuando el tipo cae al suelo. Si te detienes en ese momento, mereces ser lastimado. Eso fue lo que pasó. Caso cerrado —no está del todo convencido, así que decido poner un poco extra—. Estoy teniendo un sueño recurrente —intento parecer distante,

como si me fuera difícil compartirlo—. No sé lo que significa.

—¿Quieres hablar de ello? —pregunta.

Le lanzo una mirada de ponderación.

—No lo sé.

—Vamos, Emmett. Podría facilitar las cosas.

Asiento. Ahora él piensa que lo de compartir el sueño fue idea *suya*. A la gente le encanta pensar que tiene ideas.

—Sueño que me aspiran hacia el espacio —digo—. Unos agujeros negros que se parecen a los otros chicos. Continuamente me atraen hacia ellos, como si me estuvieran destruyendo.

Vandemeer hace un apunte en su dispositivo de datos. Está tecleando rápidamente y ahora asiente, como si todo tuviera sentido. No para de hacerme preguntas; yo lo alimento de respuestas. Danzamos así, hasta llegar a la conclusión de que mi vida en las calles me puso a la defensiva, pero que no debería levantar un muro entre mis emociones y yo. Dejo fuera la parte de mis sueños en la que yo soy el agujero negro, donde soy el destructor. Soy lo que Babel quiere creer que soy. Es mejor así.

## DÍA 10, 14:18 HORAS

### A BORDO DEL GÉNESIS 11

**V**andemeer me deja ir, pero las palabras escarban bajo mi piel hasta que veo cómo mis pies se mueven en otra dirección. No de regreso a mi habitación, sino abajo. Nivel tras nivel hasta que veo los letreros de la unidad médica. Durante nuestra orientación marcaron esta ala como restringida, pero necesito ver a Roathy. No ha podido salir de la unidad médica desde que lo puse ahí, el séptimo día. Traté de no sentirme demasiado culpable, de convencerme de que ésta era sólo otra parte del juego, pero Babel organizó nuestra segunda ronda en la arena con formato de revancha. Todos pelearon contra el mismo contendiente de la primera ronda. El avatar de Roathy apareció junto al mío apenas el tiempo suficiente como para que se registrara su pérdida por ausencia. Los puntos se filtraron a mi nota y el sentimiento de culpa anidó en un rincón de mi corazón. Dije la verdad a Defoe. Nunca quise lastimar al chico.

El ala médica es un panal iluminado de habitaciones. Seis de las siete puertas están completamente abiertas. Las sábanas de cada cama están dobladas con perfecta técnica hospitalaria. La luz rebota contra los instrumentos médicos pulidos. El estómago me da un pequeño vuelco. Los hospitales siempre me recuerdan a mamá.

Me trago la sensación y me abro paso entre los cuartos vacíos. La séptima puerta es una astilla de luz. Me detengo junto a la apertura y me asomo adentro. Isadora está sentada de espaldas hacia mí. Tiene el pelo recogido en un moño y puedo ver el ocho coronado que tiene tatuado en el cuello. Mis ojos

trazan las líneas delicadas antes de notar que tiene la mano extendida. Sostiene la mano flácida de Roathy en la suya. Él tiene los ojos cerrados, y un monitor hace tictac con cada latido. Está vivo pero, Dios, qué pequeño parece.

Casi me retiro, pero lo pienso dos veces. Sólo porque Babel quiere una competencia despiadada esto no significa que yo sea menos de lo que mis padres esperan de mí. Llamo a la puerta en dos ocasiones.

La puerta se entreabre lentamente mientras Isadora la atrae hacia sí.

—Hola —le digo—. ¿Cómo está? Quería venir, hablar con él.

Ella se levanta y toda su belleza se afila en su mirada. Me clava los ojos con toda la ferocidad que vi en ella cuando estaba enterrando su cuchillo en el vientre de Jazzy.

—Lárgate.

—Sólo vine a decir que estoy...

Ella voltea la muñeca de manera casual. Una pulsera nyxiana se desliza de ella, desprende humo en su mano y toma la forma de una daga. Mi pulso se duplica mientras ella aprieta los dientes como advertencia.

—Te tienes que salir.

Seré muchas cosas, pero estúpido no. Levanto las dos manos y salgo de espaldas de la habitación. Puedo sentir cómo me siguen sus ojos hasta que llego a las escaleras. Inhalo de manera tranquila y constante mientras me dirijo de vuelta a casa. Las palabras de Kaya tienen más sentido ahora: *Si hacemos equipo, sentiremos como si volviéramos todos los días a un puerto seguro. Quiero sentir que vuelvo a casa.*

Allá en Detroit, todos sabíamos a qué lugares se podía ir o no. Había líneas invisibles trazadas alrededor de cada calle, y consecuencias reales por estar en el lugar equivocado en el momento equivocado. Aprendíamos las reglas, porque eso significaba seguir vivo. La amenaza de Isadora es un recordatorio muy necesario. Algunos de los lugares en esta nave no son seguros. Algunos rincones son más peligrosos que otros. Tomo nota mental de aprender las nuevas reglas, y pronto.

Kaya me está esperando cuando vuelvo a la habitación. Sin embargo, antes de poder darle más que unos cuantos detalles sobre lo que pasó, me interrumpe.

—Tienes que darte un baño —dice—. Quizá dos.

—¿En serio?

Se inclina hacia mí, olfatea dos veces, y finge desmayarse sobre el sillón.

—Es una locura, Kaya.

Pero ella sólo se queda ahí tirada, fingiendo desfallecer. Le lanzo una almohada y aún no se mueve.

—Perfecto, me bañaré, pero después, ¿quieres ver lo que está haciendo Alicia?

Ella abre un ojo.

—Estupenda idea. ¡Apresúrate!

Río antes de dirigirme a mi habitación. Kaya se está volviendo rápidamente mi favorita. Por supuesto, es bastante fácil que te agrade Bilal. Es veloz para los cumplidos y siempre actúa con amabilidad, pero es así con *todos*. Si hubiera sido Longwei el que estaba en la escalinata esa primera mañana, creo que Bilal habría bromeado y sonreído con él también. O lo habría intentado.

Pero es distinto con Kaya. Es como si me hubiera *escogido* a mí. Primero como miembro de su equipo, y ahora como su amigo. Hay algo completamente extraño en tener a alguien a quien yo le agrade por ninguna razón en particular. Allá en casa, las cosas tenías que ganarlas. Con un buen tiro a la canasta o una broma bien contada consigues reputación y amigos. Kaya cambió las reglas, y me parece algo bueno.

Después de secarme con la toalla y vestirme con las lujosas batas de baño de Babel, encuentro a Kaya esperando en nuestra sala compartida. Sin embargo, cuando me siento frente a ella puedo ver que está a un mundo de ser la persona que era hace apenas media hora. Un ánimo oscuro se filtró entre sus defensas. Su cabello negro azabache se enreda contra el brazo del sofá, y tiene los bracitos envueltos con fuerza alrededor de una almohada.

—No puedo parar de pensar en lo que dijo Roathy al principio. De que todos somos pobres —dijo.

Tomo un lugar al otro extremo del sofá.

—No estaba equivocado.

—Pero tampoco estaba en lo correcto —dice—. No es por eso que nos

eligió Babel.

Kaya me lanza una mirada. Sus ojos son como dos pozos oscuros. Intento no pensar en el hecho de que es bellísima. Todo este tiempo me ha tratado como a un hermano; quiero pensar así en ella. Más allá de la belleza, exhibe una sorprendente tristeza.

—¿Por qué nos eligieron?

—Todos estamos rotos. Nos eligieron porque estamos rotos.

No me agrada que se acerque tanto a la verdad. Las palabras me hacen moverme en mi asiento y sentir todo tipo de cosas incómodas. No estoy seguro de qué más decir, así que intento levantarle el ánimo. Extiendo las manos y brazos y me palpo antes de ofrecerle una sonrisa.

—¿Estás segura de eso? Hasta donde puedo ver, no me faltan piezas.

—Estás roto —responde calladamente—. Roto de la misma manera que yo. Somos del mismo color, ¿sabes? No es el peor color que uno pueda tener, pero aun así duele.

Desvió la mirada. Vandemeer podrá tener los diplomas, pero siento que Kaya puede ver cosas que él no. Tiene razón, estoy roto. Yo debía haber podido reconstituirme, pero paso todo mi tiempo preparándome para la siguiente pérdida. Pienso en mamá, cómo pasó de ser una guerrera a una de las heridas que se extienden por sus riñones. Pienso en todos los maestros que pensaron que, como yo era callado, no valía la pena el esfuerzo. Pienso en PJ coqueteando con Shae Westwood, aunque sabía que ella me gustaba. La vida me ha lanzado golpes desde todas las direcciones. Y en medio de todo eso, aprendí que la distancia es un tipo de armadura.

Quizás ésa sea la verdadera razón por la que me enlisté. Para poner distancia entre la próxima prueba y yo. Una pequeña parte de mí quiere irse ahora, huir de la mirada conocedora de Kaya. Es como si viera algo en mí que he estado tratando de ignorar toda mi vida.

—¿De verdad puedes verlo? —le pregunto.

—Son como colores —me dice, asintiendo con la cabeza—. Ha sido así desde que yo era... pequeña. Los distintos tipos de fractura muestran distintos colores. Y todos aquí tienen una. Longwei, Jazzy y Bilal son rojos. Eso significa una carga. Los tres llevan mucho peso sobre las espaldas. Azima es



blanca. Está buscando una paz que perdió. Y Roathy es negro, porque nunca conoció paz alguna. Tanto Katsu como Isadora fueron traicionados. Su tonalidad es dorada, pero el color está desteñido. Y luego estamos tú, Jaime y yo. Somos completamente azules.

Todo suena tan extraño, pero no puedo evitar preguntar.

—¿Qué representa el azul?

—Olvidados —dice ella—. Somos las personas que el mundo quiere olvidar.

Sus palabras me golpean hondo, y con tanta fuerza que lo único que puedo hacer es soltar el aliento. Ella extiende la mano y me acaricia la pierna, como si supiera exactamente cómo se siente estar *así* de perdido en ti mismo.

—Así que nos eligieron porque estamos rotos, no porque seamos pobres —dice.

—¿Cuál es la diferencia?

Ahora Kaya sonrío.

—Las piezas de la gente rota se pueden volver a acomodar de cualquier manera. Si sólo fuéramos pobres, primero tendrían que rompernos, transformarnos en lo que quieren.

Suelto un bufido.

—Tenía la clara impresión de que *sí* trataban de rompernos. Como lanzar peniques a los mendigos y verlos pelear. Algo así.

—Así se siente ahora, pero no durará. Babel quiere transformarnos en *algo*. Quiere tallarnos de la manera correcta —suspira—. Además, no importa el dinero.

Eso me deja frío. A mí me importa tanto el dinero que es difícil imaginarse a alguien para quien no sea así. Yo había identificado a Jaime como el que se mostraba indiferente a la recompensa monetaria, no a Kaya.

—¿Pero pensaba que habías dicho que estabas rota?

Los ojos de Kaya vuelven a moverse hacia el techo.

—Lo estoy. El dinero no lo arreglará.

—¿Entonces por qué venir?

—Edén.

Hace que la palabra suene como una promesa, como un sueño.

—Quería ir a Edén. ¿Puedes imaginarlo siquiera, Emmett? Otro planeta. Con distintas especies y personas y lugares. No me queda mucho allá en la Tierra. Quería irme lo más lejos posible. ¿Qué mejor lugar que un nuevo planeta? —cierra los ojos un segundo—. Pero nadie te dice que el dolor viaja contigo. No te dicen que el dolor también se traslada a la velocidad de la luz.

Se desliza fuera del sofá, me aprieta el hombro, y desaparece en su habitación. Me quedo en el sofá algún tiempo después de eso. Detesto cuánta razón tiene sobre todo esto. Cuando Babel me eligió, me permití creer que era porque había hecho algo *especial*. Toda mi vida había sido una cadena tras otra de mala suerte, y finalmente sentí como que ya era mi turno para algo distinto. Las palabras de Kaya ensombrecen eso.

Estoy a punto de dar por finalizado el día cuando, aunque parezca mentira, alguien llama a la puerta. Me quedo mirando unos cuantos segundos pensando que imaginé el sonido, pero otra vez se manifiesta. ¿Ahora qué?

Atravieso la habitación y escaneo el código de mi traje, entonces la puerta se abre con un suspiro. Bilal enmarca la entrada.

—Hola, Emmett.

—Hola, hombre. ¿Todo bien?

—Por supuesto —dice—. Sólo vine a hacerte una invitación formal para venir a mi habitación.

Arqueo una ceja.

—¿Justo ahora?

Ríe con nerviosismo.

—No, mis disculpas, es una invitación abierta. Ven cuando quieras.

—¿A tu habitación?

Él asiente.

—Exactamente.

—O sea, para... ¿jugar algo? Échame una mano, amigo.

Estoy perdido.

Ahora Bilal frunce el ceño.

—¿Jugar? Supongo que podríamos, sí. Sólo es una invitación.

Ahora río, completamente confundido.

—¿Una invitación para qué?

—Mi... es... —respira profundamente—. Quizá no fui lo suficientemente claro. De donde vengo, la costumbre es abrir tu hogar a tus amigos. Sólo quería que supieras que mi hogar está abierto para ti y para Kaya. Pienso mucho en los dos y disfrutaría de su compañía. Eso es todo.

—Oh. Gracias, hombre. Lo aprecio.

Él asiente, como si la visita hubiera sido un éxito, pero luego permanece ahí en pie, esperando.

—¿Quieres decir en este momento?

—No, por supuesto que no —vuelve a sonrojarse, y entonces retrocede—. Buenas noches, Emmett.

Le deseo buena noche y no puedo evitar reír tras cerrar la puerta. Es desmañado como el demonio, pero me agrada. Me escurro hacia mi habitación y paso las siguientes horas trabajando en mis manipulaciones. Trato de imaginarme a los demás relajados mientras yo me desvelo estudiando. Con el tiempo, sin embargo, el agotamiento hace que me acueste horas antes de lo habitual. Me quedo ahí, recostado, intentando mantener la mente enfocada en los puntos más importantes del día.

Quiero pasar a la imagen de Kaya leyéndome, o de Bilal extendiéndome invitaciones incómodas. Pero pierdo la pelea. Mi mente se aferra a la imagen de Isadora. Mis sueños se llenan de ochos coronados. Se multiplican, me rodean y cada uno sostiene una daga oscura, muy oscura.

## DÍA 11, 9:45 HORAS

### A BORDO DEL GÉNESIS 11

**A**l comenzar la nueva semana Longwei cambia sus métodos de ataque.

En vez de violencia física, demuestra su odio destrozándose en cada una de las competencias matutinas. Queda en primer lugar en todas las manipulaciones de nyxia. Saca nota perfecta en la prueba sobre los mamíferos predominantes de Edén. Hasta nos sorprende en el tanque de agua. En vez de manipular su anillo nyxiano para convertirlo en unas gafas para nadar, crea un calzado especial. Todos estiramos el cuello mientras se pone el material palmeado y entra a la alberca. No estoy seguro de qué es ni de cómo lo hizo, pero nada como si fuera un olímpico y destroza mis tiempos.

Después de cada tarea, busca mi mirada. Es como si quisiera asegurarse de que yo estoy consciente de todo su esfuerzo y habilidad. Ahora éstos están dirigidos exclusivamente hacia mí. Pero en vez de sentirme enojado, me encuentro sonriendo. Me gusta esta versión de Longwei. Al menos se siente humana.

Cuando llega la hora del almuerzo, soy el segundo en el tablero de marcación, pero la discusión gira en torno al evento vespertino. Reemplazarán la carrera de la Conejera con otra competencia durante los próximos nueve días. Todos discuten las posibilidades como si fuera a ser divertido. Pero hasta ahora Babel nos ha enfrentado digitalmente unos a otros: a pelear, a nadar entre tormentas y a correr por agotadores campos de obstáculos. Dudo mucho que el siguiente evento sea boliche nocturno o minigolf.

—¿Y si se trata de algo como volar en pequeñas naves espaciales? —

sugiere Jazzy—. Me encantaría pilotar algo.

Katsu agita su tenedor.

—No hay manera de que nos dejen pilotar una nave.

—Mientras no sea la Conejera, no importa lo que sea —dice Bilal. Luce cansado, como si no hubiera estado durmiendo lo suficiente. Supongo que todos nos vemos así—. Odio la Conejera.

Lo miro, sorprendido de que Bilal siquiera esté familiarizado con el concepto de odiar.

—Sólo porque siempre ganamos —lo molesta Azima—. Me *encanta* la Conejera. Me encanta correr. Y nunca antes había visto árboles tan hermosos.

Bilal frunce el ceño.

—Te estrellaste contra uno de éstos. ¿Recuerdas?

—Aun así fue hermoso —contesta Azima—. Me pregunto por qué nos hacen correr tanto. ¿Correremos en Edén?

Por el rabillo del ojo veo a Kaya sumida en sus pensamientos, como si hubiera desaparecido en algún lugar donde ninguno de nosotros la puede seguir. Hoy se peinó el cabello en una trenza gruesa que cuelga sobre su hombro como una cinta. Le toma un minuto recordar que está en el mundo con otra gente.

—Azima hace una buena pregunta.

La voz de Kaya es tan tranquila que calla toda otra conversación.

—¿La hice? —contesta Azima.

—¿Para qué nos están preparando? —los ojos de Kaya están perdidos entre cálculos—. Las tareas de nyxia tienen sentido. Nos están preparando para usar las sustancias que tenemos que recolectar. Supongo que la podremos reducir a ciertas formas para que sea más fácil de transportar al espacio. Y la natación. Eso quiere decir que habrá ríos o mares. La Conejera es para mantenernos en forma o para prepararnos para correr de un lugar a otro. Pero ¿por qué nos adiestran en combate?

—¿No viste lo que le pasó a los infantes en el video? —pregunto.

Jazzy hace una mueca.

—Pero nosotros no tenemos que pelear contra los adamitas. El señor Defoe dice que les agradamos. Nos recibirán como huéspedes.

—Quizás haya otras especies —sugiere Bilal—. Quizá tengamos que pelear con ellas.

—Cada acción tiene un motivo —dice Kaya con firmeza—. También conozco la siguiente tarea. No hemos aprendido a minar la sustancia. Eso es lo que sigue.

Katsu encoge sus enormes hombros.

—Nada de esto importa si no quedas entre los primeros ocho.

Él está entre los primeros cuatro, y se siente seguro. Roathy e Isadora tienen la puntuación más baja. Cada día que Roathy está fuera, su puntuación no aumenta, como sí lo hace mi sentimiento de culpa, pero Isadora es la verdadera sorpresa. Su puntaje no era estupendo al empezar, pero ahora parece totalmente desconectada de la competencia. Es lo opuesto de Longwei. El único parecido entre ellos es su aislamiento, su distancia. Pero mientras que Longwei escucha cada conversación y archiva la información para usarla después, Isadora no parece atender una sola palabra.

Se queda con la mirada clavada en las compuertas distantes, a la espera de que Roathy vuelva. La semana pasada, escuché a Kaya tratando de levantarle el ánimo. Isadora le gritó que se fuera. Ella y Roathy ni siquiera se conocían antes de abordar la nave, pero la herida los convirtió en uña y carne. Es como si verlo herido atrajera a Isadora a su lado. Me recuerda a los tipos que aparecían en la escuela con los huesos rotos. Las chicas que normalmente los ignoraban, entonces se formaban para firmar férulas o cargar libros.

Todo esto significa que la puntuación de Isadora está cayendo junto a la de él. Una parte de mí se siente mal por ella, pero otra parte, más dominante, me dice que ella se lo busca y que a mí el resultado me conviene. Una persona menos de quien cuidarse. Pensar eso me deja frío, me hace sentir culpable.

Defoe llega un poco más tarde de lo normal. Otra vez viste su traje hilvanado color humo y luce como si el mundo entero estuviera removiendo cielo y tierra para darle lo que quiere.

—Nuevos equipos para la sesión de esta tarde —anuncia.

Kaya asiente como si lo esperara. Una mirada muestra que Azima está consternada. Yo en realidad no sé cómo sentirme. Tiene sentido que Babel nos rote, que no nos dejen acercarnos demasiado. Pero me gustaba formar parte de

un equipo, y me gustaba ganar como equipo. Ahora la jugada cambia.

—Emmett, Longwei, Roathy, Katsu y Jazzy.

No puedo evitar lanzarle una mirada a Longwei. Tiene los ojos fijos sobre los míos, y no está nada feliz. Finalmente, pienso, un evento en el que no puede ganarme. La idea me hace sonreír. Sólo tengo que esperar que no me apuñale ni nada por el estilo. Nos falta un miembro del equipo, por la ausencia de Roathy, pero incluso sin él, todavía tenemos buenas posibilidades. La única mala suerte es que nos pongan contra Kaya. Mi amiga y aliada, pero también la mejor estrategia del grupo.

—Equipo de Kaya. ¿Quieren ir antes o después?

Me sorprende oír que Defoe se refiera a ellos como equipo de Kaya, pero sus compañeros no lo cuestionan. Ya se forjó un nombre en la Conejera. Longwei podrá tener la puntuación más alta, pero es alrededor de ella que se reúne la gente. Es inteligente y gentil y de pies ligeros. Miramos al otro equipo formar un círculo y escuchar mientras ella susurra un plan. Poco después Jaime anuncia:

—Iremos después.

Defoe da la media vuelta y nos lleva directamente abajo, a la Conejera. Bilal gime de asco mientras se abren las compuertas. Desearía no haber comido tanto. ¿Cuánto más nos pueden hacer correr? Pero al llegar, es fácil ver que la sala cambió. Ya retiraron la red de malla. Por encima cuelgan paneles de techo abiertos que revelan cables y sistemas de cómputo. Desde el techo se columpian unas cuerdas blancas larguiruchas, como telarañas. Cuento cinco alambres gruesos. Uno por cada miembro del equipo.

—Iniciar secuencia de entrenamiento —ordena Defoe.

Las luces del recinto se atenúan. Cada cable se ramifica en cinco terminaciones nerviosas. Al final de estos alambres más pequeños hay círculos blancos del tamaño de una moneda pequeña. A medida que miramos, los cables flotan hacia arriba y se acomodan en un halo. Nadie se mueve, porque es como ver una película de ciencia ficción que cobra vida. Casi toda la tecnología de Babel que habíamos usado hasta ahora es una versión avanzada de lo que ya tenemos en la Tierra. Ésta es la primera vez que la tecnología hace que Babel nos parezca tan extraterrestre como los adamitas.

¿Quién es esta gente? Miro de soslayo y veo la ceja arqueada de Kaya. Por lo menos, no soy el único desconcertado por los interminables artefactos de Babel. Lo archivo bajo la *I* de *Investigar*.

—Equipo uno, es su turno —dice Defoe—. Completen el tutorial y empiecen su tarea. Para poder ganar, deben terminar con más rapidez que el equipo rival. Buena suerte.

Longwei nos guía hasta los cables. Katsu hace una broma sobre el control mental, pero nadie ríe porque se acerca demasiado a la verdad. Más de cerca, escucho que se activan los electrodos y siento un calor extraño bajo aquellas cuerdas sensibles. Tomo una respiración profunda, me paro bajo el equipo más cercano y me levanto de puntillas.

Uno a uno, los círculos succionan mi rostro. El primero desciende y la temperatura de la habitación aumenta en diez grados; un segundo después, estoy sudando dentro de mi traje. La siguiente ventosa se adhiere y suena el murmullo de una exhalación de humo. La tercera hace que la habitación huela a azufre. La cuarta me deja la boca de algodón, un sabor como a tabaco pútrido. Y cuando cae la última, todas mis sinapsis se disparan a la vez y doy un bandazo hacia las realidades desconocidas de otro lugar.

Un fragmento de mi cerebro se aferra a la noción de que lo que miro no es real. A mi izquierda, Katsu, Longwei y Jazzy parecen esculturas de cera. Ninguno se mueve ni habla ni respira. *Esto no es real*, vuelvo a pensar. Pero entonces el resto de mi cerebro ataca al fragmento que duda. *Se siente real*. Levanto la mano y observo el humo que se eleva. Arrastro la mirada por un paisaje de áridas colinas y túmulos de rocas desparramadas. El cielo deja mucho que desear: parece un brumoso jefe supremo que está presionando a todas y cada una de las cosas.

—Genial —dice alguien. Volteo para encontrar a Katsu arrodillado en el suelo. Entre las manos tiene una esquirla de vidrio volcánico. La quiebra en dos y ríe—. Es en verdad genial.

Detrás de él, Longwei ya está moviéndose. Jazzy está en pie a un lado, con los párpados apretados.

—¿Estás bien, Jazzy? —pregunto.

Abre los ojos, y sonrío.



—Sí, lo siento. El calor. Casi me siento en casa.

Le lanzo una sonrisa mientras comenzamos a explorar el entorno. Esto de que nos hayan arrojado a lo desconocido tiene algo de contagioso que nos pone a reír y señalar como si fuéramos niños pequeños. Sin embargo, es imposible ver mucho más allá de los doscientos metros. Puedo sentir el suelo que palpita como si estuviera vivo. Me recuerda al primer día que Defoe nos dio los anillos nyxianos, como si algo esperara entre las piedras. Todos estamos explorando el paisaje foráneo cuando el camión más grande que haya visto en mi vida se abre paso entre la nada brumosa. Sus ruedas son del doble de mi tamaño. Al frente, tiene empotrada una escalinata con pasamanos y peldaños blancos.

Mientras el conductor da la vuelta, veo que el enorme aparato está separado en tres. El extremo delantero tiene la escotilla del conductor y un intrincado nido de paneles e interruptores de alta tecnología. La sección de en medio parece como un pájaro umbrío y robótico encaramado dentro de una jaula con barras de metal. Detrás hay una plataforma de carga que podría fácilmente llevar dos o tres casas. Un astromóvil miniatura está posado ahí, cargado con sus propias chucherías mecánicas.

El humo sigue danzando por nuestros tobillos mientras el conductor se estaciona y baja la escalera. Es idéntico a uno de los infantes del video de Babel. El cabello cortado a rape, un cinturón de herramientas que rebosa de artefactos y una voz más profunda que el motor del camión en espera.

—Bienvenidos al video de orientación de minería nyxiana. ¿Están aquí todos los aprendices?

Todos miramos alrededor. Por primera vez, la ausencia de Roathy duele en el sentido opuesto. Les lanzo una mirada de culpa a los demás antes de que Longwei confirme:

—Sí, señor.

El hombre se yergue.

—Soy el teniente Light. Detrás de ustedes está la pieza más fina de equipo de minería que vayan a ver en sus vidas. Esta máquina es muchísimo más lista que ustedes, por lo que la mayoría de las veces deberán dejarla hacer lo suyo. Cada vez que lleguen a un sitio de excavación, el primer paso será hacer una

prospección de los yacimientos. Todo comienza en el panel de control.

Camina con nosotros al camión y descubre el revestimiento metálico. Las luces y mecanismos que tiene debajo parecen tan indescifrables como los jeroglíficos. Hay un lío de botones y una pantalla negra vacía. Aprieta un botón plateado durante tres segundos.

—Como protección contra cualquier accidente, todas las funciones requieren de una activación de tres segundos. Este botón inicia el proceso de prospección.

Se abren escotillas entre los conjuntos de ruedas y una oscura nube de drones vuela sobre nosotros. Podemos escuchar un zumbido apagado mientras comienzan a escanear el terreno con láser. Mientras trabajan, las imágenes digitales se mapean sobre una pantalla frente a nosotros. Las monerías de Babel se vuelven cada vez más absurdas.

Los drones vuelven a sus escotillas, y el teniente lleva nuestra atención de nuevo a la pantalla.

—Hay dos lecturas por cada mina de nyxia. La primera muestra la profundidad y anchura del yacimiento —una imagen en 3D muestra un enjambre de escarpada nyxia subterránea. La espiral negra cae unos trecientos metros, y se extiende unos ciento cincuenta de ancho. Mientras miramos, una señal luminosa rosada rebota a lo largo de la superficie del yacimiento. El teniente Light la toca con el dedo—. Ése es el punto de origen. Justo el centro de ese yacimiento y, por lo tanto, el mejor lugar para empezar a minar. Sin embargo, les recomiendo que siempre tomen en cuenta la segunda pantalla antes de empezar.

Hace alarde de apretar su dedo contra la pantalla y deslizar a la izquierda. Al enjambre negro lo reemplaza un diagrama de barras rojas que se entrecruzan. Son mucho menos numerosas, y la mayoría está reunida en los rincones más profundos de la mina.

—Como en casi todas las operaciones subterráneas, hay burbujas de gas grisú. Lo más importante que hay que recordar es que lo rojo es malo. Muy malo. Su comandante tendrá que vigilar en dónde están para que no perforen justo donde haya una, y que ustedes no estallen en pedazos. Algunas de las más pequeñas se pueden extraer con sifón, pero la computadora indica las burbujas

que son demasiado peligrosas como para acercarse a ellas.

Desliza el dedo por la pantalla una segunda vez y las imágenes se funden. La espiral de nyxia negra está teñida de burbujas rojas de gas que, según este tipo, están al acecho para hacernos estallar. Estupendo.

—La computadora tomará la decisión más segura. No olviden eso. Si su ingeniero tiene una forma más convincente de rodear las burbujas de gas, es suya la decisión. Mientras no pongan en peligro las vidas de su equipo, puede contradecirse la decisión de la computadora.

El teniente Light aprieta un botón rosado y cuenta tres segundos con los dedos de su otra mano. Cuando baja el último dedo, el camión se activa de un bandazo. Todos nos alejamos dando tumbos mientras el motor revoluciona y las ruedas giran y todo ruge, sin conductor. Nadie reacciona, porque los vehículos que se automanipulan son un estándar. Lo que llama nuestra atención es cómo trabaja la perforadora.

Los controles del sistema llevan al camión ligeramente a la izquierda, y se detiene pesadamente después de unos cincuenta metros. El teniente Light extiende una mano para que nos detengamos mientras un chirrido metálico suena por encima de todo. Miramos cómo las alas plateadas se extienden solas. Unas enormes garras con picos se extienden y se entierran en el suelo. Después de éstas, se desliza hacia afuera el resto del aparato de metal, que se despliega como una zarpa enorme.

Katsu dice:

—Chicos, ¿están viendo esto? ¡Es increíble!

Treinta segundos después, nuestra perforadora se encumbra ominosamente sobre la tierra. El monstruo mide quince metros de alto. Nos arrastramos para un lado mientras el camión mete reversa para darle al dispositivo acechante un terreno amplio de acción.

—Van a requerir equipos de cinco —dice—. Uno será el comandante. Él o ella deberá dar instrucciones y hacer que todos trabajen para cumplir el objetivo. La segunda labor es para su *jackjack*. La perforadora tiene espacio para un conductor. El *jackjack* debe ser veloz con las manos, fuerte y estar atento hasta al menor cambio bajo la superficie. Necesita ser alguien que mantenga la calma. Si todo se va a la mierda a doscientos metros bajo tierra,

tiene que correrle hielo por las venas. Dos personas son necesarias para instalar el pozo y la cinta transportadora, y una última se dedicará a transformar la nyxia para que adopte las dimensiones ideales para su transportación. ¿Alguna pregunta?

Longwei levanta la mano.

—¿Cómo nos comunicamos entre nosotros?

El teniente Light asiente rígidamente con la cabeza.

—Mantengan apretado el botón que tienen en el hombro.

Todos lo buscamos. Después de tres segundos, se generan cascos desde la tela que tenemos alrededor del cuello. Siento que el mío se estira sobre mi frente, y luego un visor transparente me encierra en el traje. Mi respiración se nubla frente a mí. Como siempre, Jazzy dice lo que todos piensan.

—Esto es *lo máximo*.

—Totalmente —trina de vuelta Katsu por su transmisor. Ahora todos parecemos *verdaderos* astronautas.

El teniente Light nos pregunta si hay alguna duda, pero no se me ocurre nada. Todos seguimos en medio de la etapa de la conmoción y el asombro. Katsu tenía razón pero también estaba equivocado: no nos van a dejar pilotar naves espaciales, pero sí nos están entregando las llaves para usar equipo de minería con valor de millones de dólares. Babel es muy confiada, pero spongo que debe serlo. Somos su única opción para obtener más nyxia.

Después de un breve silencio, el teniente Light nos hace un saludo.

—Su primera tarea es excavar un túnel operativo. Deberán cavar hasta una profundidad de exactamente ciento cincuenta metros. Buena suerte, soldados.

Desaparece en la neblina. Empezamos a movernos, pero es un tipo de actividad frenética e insegura. No tenemos idea de dónde empezar realmente, así que todos nos apiñamos alrededor de las lecturas digitales y fingimos entender lo que significan. El suelo vibra con el ritmo estable del motor del camión. Longwei se para frente a la lectura por un segundo y luego se abre paso entre nosotros. Toma un asidero y comienza a escalar las vigas de metal que forman un triángulo sobre la perforadora. Cuando alcanza la cima, abre una cápsula y desaparece dentro.

—¿Por qué es su turno en la perforadora? —pregunto.

—Porque soy el mejor —contesta Longwei.

Abro más los ojos. Había olvidado lo del transmisor del casco. Katsu ríe como un idiota. Unos cuantos segundos después, la perforadora se enciende con un rugido. Todos vemos los dientes girar amenazantes. Ya es imposible escuchar otra cosa que no sea el uno al otro. La voz de Longwei vuelve a gritar por el sistema.

—Mantengan el ojo en las lecturas. Si ven que las burbujas de gas se acercan, digan algo.

La máquina sisea y la perforadora se hunde en la tierra. El fango se descascara en tiras resbaladizas y vemos cómo se desvanece la broca plateada de la perforadora. Nos reunimos alrededor del lector y detectamos cuando nuestra perforadora aparece de color blanco en el diagrama. La sola punta rebana la nyxia negra, y detrás de nosotros el ruido crece hasta alcanzar decibeles dolorosos. El mundo entero tiembla.

Cuando la perforadora está a medio camino bajo tierra, me doy cuenta de que esto es muy, muy aburrido. No hay nada que hacer más que mirar los pequeños puntos de luz en la pantalla.

Así que miramos. Durante casi una hora. Una vez tenemos que advertir a Longwei de una burbuja roja que está creciendo cinco metros debajo y a la izquierda de su posición actual. Él aprieta un botón que dispersa los gases y sigue bajando. Está a diez metros de distancia cuando otro ruido atraviesa los retumbos ensordecedores. Los tres nos damos la vuelta rápidamente, mientras un par de figuras oscuras se acercan a rastras entre la niebla.

—Tenemos compañía —digo.

El chirrido de la perforadora disminuye hasta un quejido. Longwei pregunta:

—¿Qué?

—Monstruos —dice Jazzy—. En la superficie.

La palabra *monstruos* la hace sonar como una niña asustadiza, pero las cosas que se están encumbrando en nuestro campo de visión me hacen *sentir* como un niño pequeño. Son monstruos. Se mueven en cuatro patas, arrastrando las extremidades a paso lento. Cuanto más se acercan, más músculo puedo ver en sus amplios pechos y antebrazos. Lo más parecido que se me ocurre de

nuestro mundo es un gorila. Pero la palabra parece incorrecta. En vez de pelo, tienen escamas con forma de diamante y garras como puñales. Sus hombros acaban en puntas serradas, y sus largas lenguas se mueven rápidamente desde las profundas cavernas de sus bocas negras.

Soy el primero en alejarme de la seguridad de nuestro camión y moverme hacia los intrusos. Concentrado en la imagen, transformo mi nyxia en el guante escudado que usé en la arena. Una segunda manipulación se transforma en la manopla de hierro con picos. Me coloco las armas mientras los animales corren a grandes zancadas hacia nuestra perforadora. Una mirada muestra que Jazzy me sigue el paso. No estoy seguro de por qué yo esperaba que ella sintiera miedo, pero tiene la barbilla levantada y su arma lista. Katsu parece de piedra junto al camión.

—Despierta, Katsu. Necesitamos tu ayuda.

El calor se está desbordando desde el agujero que Longwei abrió en el suelo. El humo se acumula y se dispersa mientras una de las bestias se para junto a una de las patas de apoyo de nuestra perforadora. Impulsa las dos zarpas hacia abajo, y el metal se abolla. La bestia vuelve a aporrear mientras la otra se detiene, observándonos calladamente. Ya están a sólo veinte metros. Mis pasos siguen cerrando el espacio que nos separa.

—¡Hey! —grito. No tengo un plan de verdad, pero si estas cosas destruyen uno de nuestros soportes, sé que la perforadora no podrá seguir avanzando hasta la profundidad necesaria—. ¡Hey, por acá!

La otra lagartija cambia el rumbo y cruza la distancia entre nosotros en un abrir y cerrar de ojos. Me deslizo a la derecha y dejo que mis picos dentados le rastrillen un antebrazo expuesto. Las gruesas escamas hacen que evada la mayor parte del golpe, pero engancho la piel que tiene en la articulación del codo y la bestia gime de dolor. Un chorro de sangre brota, y cuando baja su hombro me lanza a un lado. Jazzy grita y corta con la espada hacia abajo, hasta amputar la zarpa extendida de la bestia.

El monstruo vuelve a rugir y comienza a retroceder cuando el segundo se arroja hacia adelante. Bloqueo dos golpes pero al fin logra conectarme en la cadera. Y *todo* se quiebra. Siento el crujir de mis huesos y el aire que abandona mis pulmones y siento como si estuviera cayendo por un abismo. El

animal ruge mientras se levanta sobre mí, pero una espada enorme atraviesa su pecho expuesto. Katsu se la hinca por completo, sorteando las garras frenéticas hasta que la cosa suelta un grito ahogado, tose con un estertor y muere. Todos estamos jadeando, y sé que no puedo moverme, ni siquiera para intentar levantarme. Me recuesto en el suelo.

—¿Está todo bien allá arriba? —pregunta Longwei.

—Sólo sigue perforando —grita Katsu.

El zumbido de la perforadora reinicia y mi dolor se duplica. Estiro una mano hacia abajo y gimo ante la menor presión. Un golpe de la criatura abolló el metal, pero mis huesos no se abollan. Tengo la cadera destrozada, y esquirlas que se sienten como si las hubieran disparado como balas dentro del resto de mi costado.

—¿Qué hacemos? —pregunta Katsu, presa del pánico—. Jazzy, ¿qué hacemos?

Jazzy mantiene mucho mejor la calma ante la presión. Con una mirada observo cómo corre de vuelta para alcanzar uno de esos botiquines de primeros auxilios. Los bordes de mi visión se están desenfocando mientras el dolor recrudece. Esto es lo peor que haya sentido jamás. Peor que la contusión del año pasado. Peor que las veces que me rompieron la nariz al jugar fútbol. Peor que todos los hombros dislocados que me conseguí jugando a la pelota con PJ en el transcurso de los años. Jazzy grita algo por el transmisor, pero no logro distinguir sus palabras.

Siento que todo alrededor se aleja, se encoge. Y luego se detiene.

Intercambiamos suelo firme por hule, niebla brumosa por cables colgantes. La Conejera está a la vista otra vez, y mi dolor se esfuma. De golpe, los demás vuelven conmigo a la realidad. Defoe está ahí con un par de asistentes a su lado. Desconectan los cables blancos y nos ofrecen un cubo cada uno.

—¿Para qué es esto? —pregunta Katsu.

—El cerebro y el cuerpo no siempre se sincronizan —explica Defoe.

Justo en ese momento, Jazzy vomita. Katsu cae de rodillas y hace lo mismo. Longwei y yo nos miramos fijamente el uno al otro con los rostros tensos, como si ésta fuera también una batalla de voluntades. Algo me aporrea el estómago, siento cómo su contenido va subiendo, y me quiebro primero.

Longwei vuelve a ganar, pero el botín de guerra también lo deja arqueando en un cubo. Los asistentes nos proporcionan toallas y botellas de agua mientras el otro equipo se pone en posición para remplazarnos.

Bilal me ofrece una mano.

—Y yo que esperaba *no* vomitar hoy. ¿Estás bien?

—Sí.

Todavía me estoy frotando la cadera. Mi cerebro no puede aceptar que no esté quebrada. Puedo sentir que la realidad virtual me arrastra los sentidos y el estómago. Casi le cuento a Bilal sobre esas cosas tipo lagartija-gorila, pero me detengo. ¿Por qué advertirle? Es su equipo contra el nuestro. Me está mirando incómodo, así que sólo digo:

—Buena suerte. Está un poco raro ahí adentro.

Él asiente con la cabeza y se une al resto de su equipo. Nos sacan del camino pero nos dejan mirar desde el fondo de la habitación. Los cables blancos se sujetan a sus huéspedes, y pronto los cinco están flotando en el aire. ¿Nosotros flotamos así? Ni siquiera estoy seguro de cómo es posible, pero sus manos se están crispando y sus piernas ya caminan en ese otro mundo. Nunca se mueven más de unos cuantos pasos a la izquierda o derecha, pero incluso eso parece un poco espeluznante. Como si fueran títeres humanos. Azima se agacha y levanta un manojito de suelo invisible. Bilal apunta a la distancia. No es difícil imaginarse cómo se le iluminan los ojos mientras ve el camión por primera vez.

Miro durante algún tiempo y después me tiendo de espaldas y cierro los ojos. Por alguna razón, me siento más cansado de lo que me haya sentido jamás en la Conejera. Como si mi cerebro y mi cuerpo hubieran trabajado más duro al entrar en otra realidad de lo que lo hicieron corriendo por un campo de obstáculos.

Nuestro grupo se queda callado, y hasta logro quedarme dormido. Luego Katsu me despierta cuando los demás empiezan a salir de golpe del simulador. Igual que nosotros, vomitan en los cubos y se tambalean por ahí como alcoholizados. Verlos es tan horrible como fue sentirlo.

Defoe anuncia:

—Felicidades al equipo dos. Llegaron a la siguiente etapa cinco minutos



más rápido que el equipo uno. La victoria es suya.

Dejo caer los hombros. Me pregunto si la ausencia de Roathy hizo la diferencia en la primera ronda. Es más probable que el factor decisivo fuera Kaya. Todos esperábamos que Longwei se comportara como un líder, pero saltó a la perforadora y se olvidó de los demás. Normalmente es el tipo de problema en que Kaya ayudaría, pero ésta es la única vez que no me ofrece sus consejos, la única ocasión en que nuestra alianza parece en pausa. Azima empieza a presumir su victoria pero termina por volcar el contenido de su estómago en medio de una frase. Después de eso, los dos equipos se enfilan por los pasillos en silencio.

El tablero de marcación se cierne a nuestra izquierda.

Todos los ojos se mueven rápidamente hacia él. Nuestro recordatorio diario de éxitos y fracasos:

1. LONGWEI	50,750 puntos
2. AZIMA	49,900 puntos
3. EMMETT	48,900 puntos
4. KAYA	41,450 puntos
5. KATSU	41,400 puntos
6. BILAL	40,300 puntos
7. JAIME	37,200 puntos
8. JASMINE	33,050 puntos
9. ISADORA	29,080 puntos
10. ROATHY	21,324 puntos

Los daños del día no son terribles. Tercer lugar con un buen colchón que me separa de Isadora y Roathy. Me recuerdo que éste es apenas el undécimo día de nuestro viaje. No es opción tirarse a la vagancia. Lo es trabajar lo suficientemente duro para que, en caso de ser el siguiente en enfermarse o salir herido, no tenga que preocuparme por quedar fuera de los primeros ocho. Sé que es el mejor consejo que puedo darme; me dirijo a la habitación después de

la cena y me obligo a ensayar manipulaciones de nyxia.

Más y más rápido. Voy más allá de mis propios límites, tanto que cuando coloco la cabeza en la almohada, me quedo dormido al instante.

## DÍA 12, 8:23 HORAS

### A BORDO DEL GÉNESIS 11

**R**oathy aparece en la sala común para el desayuno. Todos le damos la bienvenida, le deseamos lo mejor, pero él nos ignora. Todavía no puede deglutir sólidos, así que se prepara un licuado con un puñado de frutas de la barra del bufet y se sienta junto a Isadora. Ella se acerca y le besa la mejilla. Kaya lo ve y me lanza una mirada. Es preocupante el apego continuo de Isadora por él. Si Roathy me cuenta como enemigo, entonces eso significa que Isadora también. Miro hacia ellos unas cuantas veces más y no puedo evitar sentir envidia. Me gustaría ser mirado de esa manera.

Defoe llega para los ejercicios matutinos. Mientras todos se reúnen para salir, intento hacer lo más noble una vez más. Isadora rechazó mi disculpa, pero todavía tengo esperanzas con Roathy.

—Sin rencores —le digo—. Sólo seguía las reglas del juego.

Una sonrisa le atraviesa el rostro. Roathy me mira como mira a todos. Como si pudiera ver la estrategia escondida debajo de mi disculpa. Todo mi cuerpo se tensa mientras se inclina muy cerca de mí y susurra en un tono de voz lo suficientemente audible sólo para mis oídos:

—Si vas a golpear a alguien, más vale que te asegures de que no se vuelva a levantar.

Arquea una ceja y se aleja caminando. Bilal mira la escena y retrocede hasta mí.

—¿Todo bien? —pregunta.

—Sí —respondo—. Roathy es sólo palabras.

Bilal luce aún más preocupado.

—No creo que lo sea, Emmett. Debes cuidarte la espalda.

—Ya no hay nada que pueda hacer al respecto —le digo—. Vamos, nos estamos quedando atrás.

El regreso de Roathy no es la única sorpresa. Un tipo de prueba distinta reemplaza nuestras manipulaciones normales. Hasta ahora nos han presionado para obtener concentración y velocidad. Hoy Defoe quiere poner a prueba nuestra fuerza. Una fila de formas geométricas recorre el muro de fondo de la habitación. Detecto cubos y esferas y pirámides y cilindros. Todos tienen la oscura tonalidad de la nyxia, y a medida que la hilera avanza de izquierda a derecha, el tamaño va en aumento.

—Longwei —llama Defoe—. Un paso al frente.

Obedece. Hoy su mechón de cabello luce desarreglado y exhibe unos ojos trasnochados. Al igual que todos, el simulador drenó su energía. Lo observamos poner la mano en una esfera del tamaño de una manzana.

—Cuando lo ordene, transfórmala en una figura de igual tamaño. ¿Listo?

Longwei asiente.

—Cubo.

Vemos cómo el aire ondea y un cubo aparece con un repiqueteo. Pasa al siguiente. Cilindro, cubo, cubo, esfera, pirámide, y así en adelante. Longwei ya ha avanzado tres cuartas partes del camino cuando se detiene frente a una esfera del tamaño de una pelota de playa. Sólo quedan seis objetos en la fila.

Extiende la mano, cierra los ojos, y se desploma. Se arquea sobre su espalda y comienza a retorcerse como si alguien lo hubiera conectado a un transformador. Me acerco para ayudar, pero Defoe me detiene con un movimiento de la mano.

—Tiene que salir de esto solo —advierde.

Maldigo en voz baja. Aunque no me agrada Longwei, es difícil ver su cuerpo moverse de un lado al otro como tirado por hilos de marioneta. Dura treinta segundos. Cuando sus ojos finalmente se abren, se llena los pulmones de gruesas bocanadas de aire y suelta un grito aterrado.

Longwei, el más rudo y duro de nuestro grupo, grita hasta que un par de asistentes lo saca de la habitación. Defoe llama a Azima para que pase a

continuación.

Ella se abre paso cautelosamente entre los objetos. Es la primera vez que la veo mostrar un poco de cautela, un poco de circunspección. Parece una niña que mete la mano en lo desconocido, en una oscuridad donde la espera un peligro de dientes afilados. Se desploma a la mitad del ejercicio. La aplastan fuerzas invisibles, la pinchan y le exprimen la vida. Después de unos diez segundos, vuelve resoplando. Azima no grita, pero no puede incorporarse sola. Bilal corre hacia ella y la sostiene con su hombro. Juntos cojean hacia la puerta.

¿Qué demonios es esto? El siguiente nombre es el de Kaya.

—No —dice.

Defoe levanta una ceja.

—¿No?

—No.

—Kaya, si no participas, no puedes ganar puntos.

—Está bien. No me siento cómoda con este ejercicio. Elijo perder los puntos.

Un silencio mortal envuelve la habitación. Por primera vez se están cuestionando los métodos de Babel. Ellos sólo tienen la autoridad que les concedemos, y justo ahora Kaya está poniendo su salud por encima del puntaje. Recuerdo que ese dinero que todos necesitamos tan desesperadamente, ella no lo necesita. Conozco sus intenciones. Sé que quiere llegar a Edén para empezar en otro lugar, escapar de una vida de pesares en la Tierra. Así que sin duda desea ganar. Sin embargo, justo ahora está diciendo no. Me quito el sombrero ante su actitud.

La expresión de Defoe se tensa.

—Quinientos puntos te serán descontados. Duplicaremos la penalización cada vez que se programe esta actividad y te niegues a participar —sus ojos parpadean hacia mí—. Emmett...

Kaya me lanza una mirada. Sus ojos son pozos oscuros, y en ellos veo la tristeza que vi durante nuestra conversación en el sillón. No está tratando de ser rebelde; sólo está aterrada. Sea lo que sea que vieron los primeros dos detrás de la cortina de Babel, ella no quiere atestiguarlo. Yo tampoco, pero la

competencia es la competencia. Cada punto importa. Asiento hacia ella con la cabeza antes de dar un paso adelante.

Cuanto más tiempo he tenido mi anillo, menos he sentido la tentación de la nyxia. Todavía se siente viva y vibrante, pero le he dado las suficientes órdenes para no temerle más. La primera esfera de nyxia sobre la que pongo la mano tiene una atracción más fuerte, por mucho. Puedo sentir el pulso vibrante de algo dentro de la sustancia. Luego escucho a Defoe decir:

—Cubo.

Concentrado, expulso la imagen de mi cabeza y miro mientras la esfera se afila para transformarse en un cubo. Cada bloque siguiente tiene una influencia más fuerte sobre mí. Sólo he pasado por seis objetos de la prueba cuando empiezo a sentir cómo la nyxia presiona hacia mí. Sólo por medio de una concentración intensa logro empujar más allá de sus defensas y transformar el objeto en una pirámide. Mi respiración ralentiza y mi corazón se siente como si apenas latiera. Supero la marca de Azima y continúo: hasta la de Longwei.

*Soy más fuerte que tú, Longwei*, me digo. El orgullo precede a la caída. El antepenúltimo objeto me priva de este mundo. Me estoy ahogando en las aguas más profundas. Me están jalando con demasiada rapidez. Siento que mis brazos entran y salen de sus cavidades. El arrastre se ralentiza, luego se detiene, y ahora algo que está fuera de mí se abre paso en mi interior. Unas garras exploran mis lugares más recónditos, tocan partes mías que nunca veré. En esa oscuridad imposible, miro un rostro... justo antes de que se enciendan las luces.

Mis pulmones ruegan por aire. Grito hasta que me sacan de ahí.

Vandemeer se sienta conmigo en una cápsula de confort. Es paciente y gentil. Trato de no mirar hacia afuera, al espacio, porque la nada negra ya tiene un rostro. Vandemeer percibe el origen de mi angustia y presiona un botón, remplaza la vista con la imagen de unas elevadas montañas cubiertas de nieve. Todo en Babel es ese maldito apuntar y tocar, hacer clic. Me está irritando profundamente.

—¿Qué clase de gente son ustedes?

—Gente normal —responde Vandemeer.

—Naa. Mis amigos son gente normal. PJ y los Excelentísimos Hermanos,

ellos son normales. Yo también lo soy. ¿Pero ustedes? De ninguna manera. ¿Qué quieren?

—Dinero —dice Vandemeer—. El dinero es siempre la meta, Emmett. Babel quiere ser la corporación más rica y poderosa del mundo. Yo vine con ellos por la misma razón. Son los que más pagan y los que cuentan con los mejores recursos. A todos nos gusta estar en el equipo ganador.

¿Y qué pasa con el equipo perdedor?, quiero preguntarle. Quiero saber todas las cosas que no están dispuestos a contarme. Los secretos que escarbaban bajo mi piel ese primer día, los miedos que tenía mi papá sobre ellos, todos están volviendo a la superficie. Este vuelo debe estarles costando una fortuna. ¿Entonces qué desean? ¿Nyxia? ¿Así de simple es en verdad? ¿Invertir unos cuantos miles de millones para obtener unos cuantos cientos de miles de millones?

—¿Qué me ha ocurrido? —pregunto—. ¿Qué fue eso?

—La nyxia es un elemento responsivo. Puedes manipularlo usando tus pensamientos e intenciones. Toda la gente es capaz de manipular la sustancia, pero hay un límite. Descubrimos que si es demasiada la sustancia que deseas manipular, ésta revierte el proceso de manipulación. Es como si la sustancia intentara tomar cautiva tu piel y tu sangre y tus huesos para... no lo sé.

Clavo en él la mirada, horrorizado.

—Entonces, ¿sólo nos están usando como sujetos de prueba?

—Por supuesto que no.

—¿Entonces qué fue eso?

—Hemos hecho pruebas extensivas —dice Vandemeer. Me lanza una mirada extraña, luego alcanza su reloj de muñeca. Con unos cuantos clics, lo apaga—. De manera extraoficial, descubrimos las limitaciones durante nuestra primera misión. Uno de nuestros hombres intentó manipular un yacimiento completo. Y fue devorado.

—¿Y eso qué quiere decir?

—¿La sentiste, dentro de ti?

Me recorre un escalofrío y asiento.

—Sí.

—Ahora imagina que no es una cantidad de nyxia inofensiva. Imagina lo

que acabas de experimentar, pero multiplicado por miles.

—Suenan horrible.

—Fue difícil ver el video. La víctima no tuvo una muerte linda —confirma Vandemeer. Vuelve a encender su reloj—. Te sugiero que te lo tomes con calma. Hoy te esforzaste bastante por llegar lejos. Quizá sea más sensato participar en el ejercicio y retirarte cuando hayas llegado a un punto que no se sienta del todo seguro. Así obtendrás puntos, y no...

—¿Sentiré como si me estuvieran consumiendo desde dentro?

—Sí —dice Vandemeer—. Eso.

—Estupendo consejo, Doc.

Vandemeer frunce el ceño al escucharme. Hace que su rostro luzca aún más afilado.

—Emmett, en verdad estoy aquí para cuidar de ti. Tu salud y la de Kaya son mi prioridad en esta nave. ¿Entiendes eso?

—Lo aprecio, Vandy. Pero, a fin de cuentas, eres uno de ellos. ¿No es así? Vandemeer se reclina sobre su silla, lanza una mirada a su reloj, y asiente.

—Sí, Emmett. Soy un médico empleado por Babel.

Me levanto y lo rozo al pasar.

—Qué bueno que aclaramos eso.

Las viejas costumbres nunca mueren. Yo no robaba mucho de niño, pero siempre estaba buscando una buena oportunidad para medir mis habilidades, pasaba tiempo pensando en cómo un reloj podría deslizarse de una muñeca o cómo un par de zapatos podrían desaparecer mágicamente del casillero de la escuela. Basta pasar suficiente tiempo dentro de los mismos viejos jeans para que parezca que vale la pena el riesgo de intentarlo.

Pero a bordo del *Génesis II* hay algunas cosas que son un poco más valiosas que un par de tenis. Desde el primer día, empecé a echar el ojo al cinturón de herramientas de Vandemeer. Usa su dispositivo de datos para tener acceso a sitios de la nave, pero también tiene una tarjeta de identificación secundaria que tiene un patrón de escaneo idéntico. Nunca la usa, supongo que es para emergencias. En general la tiene prudentemente metida en la parte trasera de su cinturón, pero ahora descansa en mi bolsillo. Una parte de mí sólo quería ver si tenía las agallas de hacerlo. Pero ¿cuál fue mi verdadera



motivación? Quiero explorar el resto de la nave. Me queda claro que Babel guarda secretos. Quizás hasta un puñado que Vandemeer desconoce.

Sé que debo excavar para descubrir qué guarda Babel en su sótano oscuro. Saber lo que está por venir podría ser la única cosa que conceda alguna ventaja sobre los demás en la competencia. Es mi única manera de quitar el velo a Babel. Las respuestas me esperan. Sólo tengo que encontrarlas.

## DÍA 18, 1 1:23 HORAS

### A BORDO DEL GÉNESIS 11

La presencia de Roathy avasalló mi semana. Él acecha y merodea, pero cada vez que miro hacia él, se aleja. De todos los competidores, probablemente somos los que tenemos algo en común. Veo mucho de mí en él, pero un giro equivocado lo convirtió en mi enemigo. Sé que tratará de vengarse, pero no tengo la menor idea de qué signifique la venganza para un chico como él. Si estuviera en sus zapatos, cualquiera que entorpeciera que yo lograra obtener puntos cruciales tendría una diana colgada en la espalda. Tengo esta sensación insistente de que, cuando él concrete su venganza, no habrá ninguna justicia en el acto. Y lo peor es la espera.

Babel nos puso a hacer una serie de tutoriales de minería. Cuando por accidente hicimos estallar a Longwei en una simulación, empezó a tener sentido tanta repetición. No sólo estamos aprendiendo a manejar equipo costoso: estamos aprendiendo a mantenernos con vida mientras hacemos el trabajo que nos contrataron para hacer.

Desafortunadamente, nuestro equipo ha pasado por más vicisitudes que el de Kaya. La chica es mucho más lista que el resto de nosotros y hemos estado perdiendo puntos día tras día. Longwei nos culpa pero él no tiene la menor idea de cómo trabajar en equipo. No me enojo demasiado porque sé que estaremos corriendo entre bosques digitales la semana próxima. En esa competencia, las estrategias de Kaya funcionarán para mí. Los puntos azarosos hacen que las competencias individuales sean más importantes. Nuestras batallas continuas en la arena son oportunidades que debo aprovechar.

Mientras entramos a la jungla que es la arena, lanzo una mirada al tablero de marcación:

1. LONGWEI	62,750 puntos
2. AZIMA	61,900 puntos
3. EMMETT	58,900 puntos
4. KAYA	53,450 puntos
5. KATSU	51,400 puntos
6. BILAL	50,300 puntos
7. JAIME	47,200 puntos
8. JASMINE	43,050 puntos
9. ISADORA	39,080 puntos
10. ROATHY	32,324 puntos

Caí un poco. Kaya se ha estado abriendo paso hacia la punta del tablero. En realidad, si Isadora y Roathy no estuvieran tan abajo, estaría sintiendo la presión. Pero el tablero de marcación va en ambas direcciones. Si me presiono, no hay razón por la que no pueda ser mi nombre el que esté en primer lugar.

La pantalla de avatares se enciende y me siento lleno de energía. En el fondo, he estado en busca de una buena pelea.

Azima y Longwei se enfrentan primero. Azima levanta una lanza y Longwei se pega a la espada. Él ha estado mejorando su técnica pero eso no importa mucho contra Azima. Ella es una serpiente que ataca desde tierra alta. Por primera vez observo lo efectivo que es su juego de pies. Se desliza a la izquierda y a la derecha, se impulsa al atacar y retrocede cada vez que el adversario blande su arma. Se agacha para cambiar su ángulo de ataque o se tuerce para clavar la lanza desde la dirección contraria. Es casi una danza. Longwei lucha por un total de veinte segundos antes de ser derrotado.

Luego es turno de Roathy e Isadora. Defoe parece sentir curiosidad de ver cómo manejarán los tortolos enfrentarse uno contra el otro. Pero cuando la

señal de inicio suena, Isadora deja caer sus dagas. Roathy da un paso al frente y le corta la cabeza imaginaria. Regresan pronto a la banda y entregan sus armas. Vaya duelo dramático de amantes.

Un yo digital cobra vida con un parpadeo. Jaime llena la otra mitad de la pantalla. No puedo evitar sonreír. Jaime no es tan malo, pero nuestro primer enfrentamiento se cierne todavía entre nosotros. En el fondo, he estado esperando esta pelea tanto como él. Camina hacia mí y levanta las espadas cortas que usó Roathy. Me pongo los puños metálicos y me yergo frente a él.

Parece enfadado. Bien. El enojo quema en ambos sentidos.

Defoe da la señal y empezamos a movernos en círculos.

A diferencia de Roathy, Jaime no es de los que sueltan azotes insensatos. Esquivo su primer corte de prueba y lanzo un golpe contra sus costillas. Hace a un lado mi intento y giramos. Mi tío me enseñó a pelear con paciencia. Hay que dejar que la gente se equivoque, y luego seguir avanzando. Jaime es casi demasiado cauteloso para equivocarse. Me pone a prueba con otro corte, lo pongo a prueba de vuelta, y finalmente se estira demasiado en una embestida.

Aplasto mi derecha sobre su muñeca, esquivo su estocada y arrastro las garras sobre su hombro. Se tambalea hacia atrás y ahora presiono. Golpe, rodeo, golpe.

—Nunca has estado en una pelea —gruño—. Nunca has tenido que pelear.

Y sé que es cierto. La manera en que su cuerpo se mueve y la forma en que sus ojos se abren, en vez de apretarse. Este tipo nunca ha peleado de verdad. Suelta una de las espadas, y mi golpe mortal es un gancho sobre su barbilla. Babel arregló mi arma para que mi mano verdadera no pueda conectar su rostro en la realidad, pero eso no evita que Jaime caiga sobre el tapete. Parece furioso, pero cuando por fin puede levantarse, su avatar yace muerto sobre el cuadrilátero. Yo soy el ganador.

—No sabes nada —dice, mientras me da un fuerte empujón en la espalda.

Paso de las brasas agonizantes a los fuegos artificiales en dos segundos. La velocidad de mi giro lo conmociona. La nyxia hace chasquidos emocionada en el bolsillo de mi chaqueta, como si se alimentara de mi ira. Pienso en partirle el labio inferior, pero sonrío. Lo que estoy jugando es una estrategia a largo plazo.

—Sé que ganaré otra vez mañana. Cada vez que tú y yo nos enfrentemos aquí ganaré. Una y otra y otra vez. Puedes contar con ello.

Defoe llega para ponerle fin a una discusión que no está por llegar a los puños. Tomo nota. No es normal que intervenga para separar un poco de parloteo competitivo. Siempre media después de que ya está hecho el daño, como si disfrutara ver cómo las tareas nos ponen al límite. ¿Pero con Jaime llega antes de que pueda hacer algo? Lo archivo bajo la *S* de *Sospecha*.

Bajo los puños y miro las últimas dos peleas. Kaya es más astuta que Katsu, y Bilal le atesta un estupendo golpe mortal a Jazzy. Dejamos atrás la arena e iniciamos el almuerzo.

Dieciocho días a bordo del *Génesis II* y nuestras muertes imaginarias ya no nos molestan. De hecho, todos bromeamos al respecto mientras comemos sándwiches de pollo. Vandemeer tenía razón. Todo se siente tan irreal. Las consecuencias no cuentan porque sabemos que mañana lucharemos de nuevo, que las heridas de espada y de estrellas ninja en realidad no nos lastimarán. Me pregunto si podremos cambiar de actitud cuando se trate de combate real o de minería real o de algo que sea real. El plan de Babel es volvernos insensibles. Ejecutar las tareas sin emoción. Completar la misión.

El final del juego de Babel es un misterio, pero no hay secretos cuando se trata del tablero de marcación. Estoy en tercer lugar y ahí necesito quedarme. Terminamos de almorzar y nos dirigimos a la Conejera. Como era de esperarse, atenuaron las luces y los cables blancos nos aguardan para conectarnos a la realidad virtual de un Edén virtual. Antes de que podamos discutir estrategias, Longwei cruza la habitación y se conecta. Su cuerpo ya está flotando antes de que los demás podamos seguirlo.

—Estupendo —mascullo—. El capitán que olvida a sus compañeros de equipo.

—El tipo es intenso —dice Katsu—. Deberíamos ofrecerle un masaje.

Jazzy nos alcanza.

—¿Entonces lo hará él solo?

—Puede ser —digo—, pero al menos me gustaría recibir un poco de crédito por lo que Su Majestad esté por conseguir.

—A mí también.

La voz suena tan cerca que mi cuerpo se pone rígido. Roathy pasa a toda velocidad como chacal, sin que sus ojos dejen los míos, y su risa reverbera en mis oídos. Él sabe que por sólo un segundo yo había olvidado que estaba ahí. Y sé que él podría haber transformado su nyxia en un cuchillo y haberlo hundido limpiamente en mi espalda.

Ignoro su sonrisa torcida y tomo mi lugar debajo de los cables. Uno por uno, mis sentidos dejan el aquí por el allá. Nuestra perforadora está bajo tierra y Longwei es el único que no está en pie ahí con nosotros. Una enorme mano golpea mi visera transparente, y casi caigo al intentar escabullirme. Katsu ríe a través del transmisor y levanta la mano de lagartija que logramos amputar el primer día.

—Deberías haber visto tu cara —dice.

Frunzo el ceño, vuelvo a la perforadora.

—Longwei, ¿estás ahí?

Hoy es distinto. Durante las últimas simulaciones nos lanzaron directamente dentro de las sesiones tutoriales, con todo tipo de lecciones y herramientas nuevas, pero hoy parece que vamos a continuar justo donde nos quedamos el primer día. Dentro de la mina escuchamos la hidráulica de la perforadora. No hay respuesta de Longwei ni señal de los monstruos.

—Longwei —digo, con más fuerza—, a menos que planees llegar en segundo lugar cada vez, nos encantaría saber qué está pasando para ser de ayuda.

—Estoy volviendo a subir —dice—. La perforadora tiene que retraerse para dar el siguiente paso.

Un hueco se abre a nuestra derecha y el teniente Light vuelve a aparecer como fantasma en el set. Luego el agujero en el mundo se cierra, el teniente sonrío, y es como si no hubiera pasado nada. Gesticula hacia la perforadora.

—Ahora que tienen lista la perforadora, es hora de que uno de los equipos empiece a extraer y que el otro equipo establezca su túnel secundario. Sígueme.

Lo seguimos hasta los lectores en el costado del camión. Él apunta a los resultados de los esfuerzos de Longwei. La perforadora es una línea blanca que se dirige en picada hacia un mar negro de nyxia. La ruta está un poco

descompuesta por aquí y por allá, pero aparte de eso luce bien.

—No está mal, pero el conductor debe tomar los asideros con más fuerza al perforar. Cuanto más recto el túnel, más fácil será su trabajo. ¿Ven esa parte de abajo? Ahí es donde se colectará la nyxia. Todo lo que su *jackjack* logre extraer de los muros verticales se canaliza en el fondo. El túnel secundario les permitirá extraer la nyxia a medida que el *jackjack* vaya expandiendo el sitio inicial de excavación.

Toca y mantiene oprimido un botón azul. Cuento tres segundos antes de que haya movimiento en la pantalla. Un punto azul aparece por la superficie a cincuenta metros de distancia de nuestro punto original de entrada. Mientras miramos, una línea idéntica corta diagonalmente dentro del suelo hasta conectarse con el punto más bajo de nuestro túnel. El teniente Light se aleja un paso.

—Ahora lo único que tienen que hacer es volver a apretar el botón azul. El astromóvil iniciará y estará en marcha la excavación de su túnel secundario. Su tarea de hoy es comenzar a minar el pozo principal, instalar la cinta transportadora y extraer medio kilogramo de nyxia. Ah, una cosa más —coloca una mano enorme sobre la funda de la pistola—: como habrán notado, a veces la perforación puede atraer a los tares. Habrán visto que golpean como martillos. Sólo asegúrense de activar el sistema de defensas de la consola cuando se acerquen. Buena suerte, soldados.

Se aleja caminando de nuevo hacia la neblina. Antes de que podamos discutir, Roathy oprime el botón azul. Tres segundos después, se escucha el rechinar del metal en la parte trasera del camión. Damos la vuelta a la esquina y casi nos decapita una rampa de extensión. Baja hacia el suelo, y un *go-kart* verdaderamente sofisticado se aleja rodando por su cuenta. Un torbellino de polvo lo sigue por cincuenta metros, mientras otra perforadora miniatura se descarga a sí misma de la parte trasera metálica del vehículo.

—Katsu —digo—. Tú y Jazy encárguense del túnel secundario.

Katsu asiente. Los dos comienzan a trotar en esa dirección, y me doy cuenta de que hasta puedo ordenarle a la gente. También me percató de que me he quedado solo junto a Roathy. Tiene una expresión divertida, como si estuviera aguardando a rechazar una orden. Hace una sonrisita socarrona antes

de decir:

—No te preocupes. Iré con ellos.

Avanza y entonces me quedo solo. Dirijo mi atención al plano digital. Puedo ver todo. Burbujas rojas que se arremolinan bajo la superficie, la perforadora principal plenamente retraída, y hasta el astromóvil activado que se cierne sobre el punto azul de nuestro mapa. Miro los pequeños puntos de luz todo el tiempo que me es posible soportar, luego volteo de nuevo hacia el sitio principal de excavación.

—¿Cómo va, Longwei? —pregunto.

—No lo sé —dice—. Está atorada.

—¿Qué está atorada?

—La perforadora. Estoy dirigiéndola hacia abajo, como hice ayer, pero ha dejado de moverse.

Comienzo a caminar en esa dirección, cuando la voz de Katsu invade el transmisor.

—¡Emmett! —grita—. Hey, activa la defensa. Volvieron esas lagartijas gorila. ¡Los tares, o como se llamen! Están llegando, son muchos.

Me escabullo de vuelta al panel de control y encuentro el interruptor etiquetado DEFENSAS. Verifico de nuevo que sea el correcto y lo activo. Se escucha el rechinar del metal mientras dos torretas se despliegan encima de nuestro camión. Todo pasa tan rápido y parece tan poco realista, como en los videojuegos. En *KillCall* puedes bajar una torreta y simplemente cobra vida y comienza a disparar. Parece que sucede lo mismo en el mundo diseñado por Babel. Las dos ametralladoras buscan un blanco y comienzan a disparar. El estallido es sonoro, pero no tanto como para silenciar el chillido distante de los tares heridos. Katsu y Jazzy gritan vítores a través del transmisor.

Me dirijo de vuelta para ayudar con la perforación.

—¿Quieres que le eche un ojo, Longwei?

Responde en voz baja.

—Sí.

Comienzo a escalar una de las patas del soporte metálico de nuestra perforadora. Cuidando el equilibrio, cruzo de puntillas por el metal palmeado hasta la escotilla. Con un giro y un jalón, la destapo y echo un vistazo dentro,



El rostro de Longwei está bañado en sudor. Su máscara está completamente nublada y tiene las manos envueltas fuertemente alrededor de dos palancas negras. Levanta la mirada y aprieta las palancas hacia adelante para mostrarme.

—No quiere bajar —dice.

—¿Probaste las otras palancas?

Niega con la cabeza.

—Ésta es la palanca para descender. Las otras son para las perforadoras laterales y no tiene sentido usarlas hasta que logremos pasar este tramo.

—Sólo pruébalas —digo—. Quizá reactiven los mecanismos que no están funcionando.

—Eso no tiene sentido —dice.

Frunzo el ceño antes de lanzar un llamado a los demás. Desde aquí puedo ver el astromóvil y sus figuras vagas en la neblina.

—Jazzy —pregunto—. ¿Cómo va el túnel secundario?

—Como a medio camino —dice, con un acento más espeso que el jarabe—. Vamos bien, pero quizá necesitemos ayuda instalando la cinta transportadora. Parece complicado.

Ahora miro a Longwei. Todavía está empujando sus palancas negras tercamente. Oprimo el botón en mi hombro y el casco se vuelve a retraer hacia el relleno. Mi transmisor se desvanece con él y estoy respirando aire fresco.

—¡Longwei! —grito. Los cascos estaban amortiguando todo el ruido: aunque la perforadora no está escarbando, los motores zumban y los pistones chasquean incansablemente. Me inclino y grito con más fuerza—. Longwei, déjame intentar. Vamos, te necesitan en la cinta transportadora.

Puedo ver la duda en él. Su gusto por la victoria es equiparable a su odio por mí. Si no se da por vencido y admite su derrota, si impera su obstinación, terminaremos por perder contra Kaya. Después de un segundo, asiente y se desacopla de su asiento. Le doy la mano para ayudarlo a salir del *jackjack*.

Cuando llega arriba oprime el botón de su casco. El viento revuelve su mechón delantero y se enjuga el sudor con el dorso del guante.

—Yo podría haberlo hecho —dice—. No necesitaba de tu ayuda.

—Lo sé. Habrías encontrado la manera —vuelvo la mirada al camión y

decido pronunciar la mentira que Longwei necesita oír. No puede aceptar su propia debilidad, pero le encantará tener la mía de pretexto—. No entiendo el monitor. Tú sí. Necesitamos que estés al mando. Manténme al tanto de la situación, ¿te parece?

Ambos reactivamos nuestros cascos. El calor se intensifica mientras subo a la cabina de mando de la perforadora. El asiento está caliente y el aire también. Estoy sudando como bestia dentro de mi traje. Me siento y el mundo es un terremoto vibrante. Trato de relajar mi respiración mientras los dientes me empiezan a rechinar a coro.

Hay una tonelada de lectores digitales frente a mí. No sé lo que significan, pero sé que debo conseguir que esta cosa continúe y comience a minar, o estaremos fritos. Las palancas negras no responden, así que comienzo a jalar y presionar otros controles. La perforadora responde cuando envuelvo una mano alrededor de la palanca plateada a mi derecha, es como un control de videojuego. Todo vibra un poco más. La dirijo hacia adelante y el metal zumba. En mi pantalla, la perforadora derecha empieza a girar. Algo es algo.

Tomo también la palanca que está a mi izquierda y volteo ambas al mismo tiempo. Las dos perforadoras laterales giran, y las palancas negras se retraen en el tablero. Mi silla se inclina hacia atrás y la pantalla se ajusta hasta que quedo casi recostado boca arriba. A mis pies, un panel plateado se ilumina como en el juego *ElectraDance*. Golpeo con ambos pies hacia abajo y la perforadora se activa con un bandazo. Las ventanas inferiores se oscurecen. En mi monitor puedo ver la punta de la perforadora que se mueve hacia el pozo y mis perforadoras laterales a unos cuantos metros del primer contacto.

Escucho un siseo breve y luego empiezo a moverme como muñeco de trapo mientras las perforadoras penetran las paredes de nyxia a mi derecha e izquierda como si estuvieran hechas de corcho. Mi pantalla muestra que la sustancia está cayendo en tiras gruesas. Ahora estoy tratando de sujetar ambas palancas cuando la de la izquierda empieza a resplandecer. El metal se torna blanco brillante por un segundo, luego nada. El de la derecha repite el proceso. Sigo presionando más y más profundamente dentro del agujero y mis dos perforadoras laterales se atragantan con todo lo que está a su alcance. Aun con las desquiciadas vibraciones y las manos descarnadas, siento que estoy

jugando el videojuego más genial jamás inventado.

Estoy a quince metros de profundidad cuando el teniente Light aparece en el lado izquierdo de mi pantalla. Sólo mide veinticinco centímetros de altura, pero su voz es igual de profunda:

—No olvides usar tus pulsos cuando las perforadoras laterales se extiendan por completo, soldado. Y si vas demasiado rápido, avanzarás sin extraer lo máximo posible. Buena suerte.

Mis ojos revolotean por la habitación traqueteante en busca de pulsos. ¿Qué demonios son los *pulsos*? Mis dos asideras se iluminan al mismo tiempo. Me percató de que están indicándome que, como me acaba de recordar el teniente, las perforadoras están completamente extendidas. ¿Entonces dónde está el botón de pulso? Palpo hacia arriba con el dedo índice y encuentro un botón. Río para mis adentros y digo:

—¡Sí es un videojuego!

La siguiente vez que se iluminan mis asideras, aprieto el gatillo y se escucha la reverberación de un trueno. Piedras se estrellan contra las pantallas, y hasta mis ventanas sienten el azote de los escombros que caen. A pesar del calor, un escalofrío me recorre la espina. Ésa fue mucha intensidad. Mucha.

—Emmett —escucho la voz de Longwei—. Tienes una burbuja de gas diez metros hacia abajo. Está a tu izquierda y sólo está dos o tres metros dentro de la roca. Yo inmovilizaría la perforadora a cinco metros.

—Te copio —digo, porque eso es lo que siempre dicen en los videojuegos como *KillCall* o *Gadget Swing*. Dejo que la perforadora complete un par de extracciones más, y luego jalo la palanca izquierda hacia mi pecho. La perforadora se retrae y la guío con firmeza más allá de la burbuja de gas. Longwei da su visto bueno, y regreso de inmediato al tronido y las vibraciones de ambos lados mientras el mundo empieza a abrirse a mi alrededor. Hace mucho tiempo que no me sentía tan útil haciendo algo.

Dejamos el simulador unos treinta minutos después, todos vomitamos. Jazzy tuvo que bajar escalando a la mitad del túnel para enderezar nuestra cinta transportadora, pero todo lo demás salió según lo planeado. Longwei nos dirigió y hasta Roathy ayudó. Nuestro equipo estableció un ritmo asombroso

porque Roathy asumía nuevos roles cada vez que era necesario.

Esperamos inquietos a que el equipo de Kaya terminara su sección, y Defoe nos recompensa con una sonrisa.

—Felicidades por su primera victoria, equipo uno. Pueden retirarse a cenar.

Kaya ofrece sus cumplidos, y estamos caminando de vuelta cuando lo percibo. Se desliza junto a mi hombro derecho, apenas fuera de vista. Roathy está tratando de entregar un mensaje que lleva toda la semana enviándome. *Estoy aquí. Te observo. Me vengaré.*

Pero mi paciencia es un ente delgado y torcido.

Me doy la vuelta rápidamente, lo agarro con las dos manos del cuello de la camisa y lo empujo contra la pared más cercana.

Sólo que no es Roathy a quien sujeto, es Jaime. Sus ojos color verde pálido se abren como platos y puedo ver que golpeé su cabeza con fuerza contra la pared. Kaya y Bilal están retrocediendo, los ojos puestos sobre mí como si fuera una bomba que deben desactivar. Suelto el cuello del traje de Jaime y mascullo:

—No me sigas.

—Sólo estaba caminando —dice Jaime—. Es un pasillo. Sólo iba detrás de ti, bandazo.

Me lanza una mirada que podría rivalizar con las de Longwei y sigue su camino. Lo miro caminar y miro a los demás dar la vuelta y seguirlo. Cuando ya todos se han ido, recargo la cabeza contra las paredes de metal frío y cierro los ojos. Pienso en el espacio, en ahogarme en la oscuridad, en ser la amenaza que los demás temen. ¿Yo soy el Roathy de ellos? ¿Los preocupo, creen que deben cuidarse de mí? Sólo han pasado treinta segundos y ya perdí la emoción que sentí en la simulación de extracción. Ahora sólo tengo miedo. Ahora sólo me siento perdido.

Lo único bueno de ser un agujero negro es que los demás agujeros negros te reconocen.

—Vamos, Emmett —dice Kaya. Volvió por mí. Toma mi brazo en el suyo, como si simplemente hubiera olvidado el camino a casa—. ¿Quieres cenar?

—No —le digo.

No tengo hambre. No siento nada.

—Yo tampoco —me dice—. Vamos.

Con paciencia, me guía de vuelta a la habitación. Me lleva hasta mi armario y mira hacia el otro lado mientras me pongo la pijama. Y luego me arropa cuando me meto a la cama.

—No te vayas —le digo—. No quiero dormir. Siempre tengo estos sueños. Asiente.

—Un segundo —dice.

Y mientras sale suavemente de la habitación, me doy cuenta de que estoy llorando. No es sólo la oscuridad que siento, acechante, en mi interior. Extraño a papá y a mamá. Extraño ir a una escuela normal con sus actividades normales y su gente normal. Quiero los aromas de la ciudad y las chimeneas de la zona industrial de camino a la escuela. En este momento, hasta pagaría buen dinero por cuidar a mis jóvenes primos. Cualquier cosa que me hiciera sentir normal otra vez.

Kaya vuelve con tres libros apilados en los brazos. Se sienta en la mitad vacía de mi cama y se recarga contra la cabecera.

—Te voy a leer.

Sonrío hasta que me muestra las cubiertas de los libros. Todas están en japonés. Las imágenes son alarmantes. La primera tiene una calavera en una esquina y muestra a un chico sin camisa, con el rostro hundido en las manos. En la portada del segundo libro hay un tipo blanco con el contorno transparente de una hacha dibujada entre su cabello. Las dos parecen como lo opuesto a un cuento para dormir. Lejos de algo tan alegre como Alicia.

—¿Por qué escogiste libros tan escalofriantes? —digo, casi riendo.

Ella se encoge de hombros.

—Tenían chicos en la portada. ¡No lo sé!

Vuelvo a sonreír. La tercera opción muestra a un chico y una chica. El jovencito está recargado contra un enorme árbol. La chica está sentada en las raíces, leyendo. Toda la escena está bañada de una luz dorada, y miran con entusiasmo a la distancia.

—Ése. Lee ése.

Kaya echa los otros libros al piso. Cruza las piernas y comienza.

Como la primera vez, hace que la historia cobre vida. Su voz es tan vibrante y tan plena que puedo sentir que algo me lleva lejos del mundo oscuro de Babel. Sin darme cuenta, me encuentro corriendo por los bosques junto a los personajes, cruzo el puente hacia alguna tierra imaginaria. Escucho la respiración y la risa, sonidos más suaves que el caer de las hojas que Kaya describe. Ella lee hasta que me quedo dormido, hasta que toda duda y miedo me ha abandonado.

## DÍA 19, 7:58 HORAS

### A BORDO DEL GÉNESIS 11

1. AZIMA	65,900 puntos
2. LONGWEI	63,750 puntos
3. EMMETT	61,900 puntos
4. KAYA	60,450 puntos
5. BILAL	57,300 puntos
6. KATSU	54,400 puntos
7. JAIME	49,200 puntos
8. JASMINE	45,050 puntos
9. ISADORA	42,080 puntos
10. ROATHY	34,324 puntos

**D**urante el desayuno la conversación gira en torno a Azima. Es la primera vez que no porta su pulsera tradicional. El espacio oscuro de su muñeca está desnudo sin ella. Katsu hace gran alarde del suceso, fingiendo que hay un nuevo contendiente en la nave. La presenta con una frase japonesa que simplemente se traduce como Hermosa Flor. Azima ríe hasta que Katsu declara que la excontendiente Azima acordó donar todos sus puntos a él.

—Soy el rey otra vez —proclama—. Y ustedes son mis leales súbditos.

Azima lo amenaza con un tenedor.

—Esos puntos son míos. ¡No los tendrás!

—¿Qué era? —gesticulo hacia mi propia muñeca—. La pulsera...

—Un recordatorio. Mi pueblo fue el último grupo nómada de África. Eventualmente se asentó, pero usamos las cuentas como recordatorio de que somos un pueblo nacido para viajar. Las cuentas narran esa historia. Las chicas también las usamos para atraer a un hombre digno.

Jazzy arruga la nariz.

—¿Así que tratabas de atraer a un hombre digno?

—Trataba —dice Azima entre mordidas—. Al principio.

—¿Y eso qué quiere decir? —pregunto.

Azima me mira.

—Hice un trato con el señor Defoe.

—Todos lo hicimos —contesta Katsu—. Tenía que ver con dinero, según recuerdo.

—No —prosigue Azima—. Yo agregué algo. Quería que me permitieran buscar marido entre el grupo si encontraba a alguno digno de mí.

A tres de nosotros se nos atragantó la comida. Un silencio incómodo dominó la mesa. ¿Buscar marido? Los ojos de Azima están entrecerrados por la amplia sonrisa que su máscara nyxiana esconde. Sin darme cuenta, evito el contacto visual, sólo en caso de que ése sea el factor decisivo de su elección.

—No se preocupen. Es nuestra tradición. Una mujer debe ser fuerte. Una mujer debe aprender a defenderse sola. Debe madurar con un propósito. Si hace eso, sólo un hombre digno puede acercarse al padre de ella para pedir su mano en matrimonio —todos la miramos embobados de nuevo. Azima habla en serio. Quiere contraer matrimonio. Posiblemente con uno de nosotros—. He trabajado duro para asegurarme de que mi futuro marido aspire alto. Al ser invitada a esta misión, esas expectativas se elevaron aún más. Si todavía estuviera viviendo en mi aldea, mis padres no podrían conformarse con un joven de habilidades inferiores, tendrían que buscar a alguien que pudiera seguirme el paso. Según lo veo, es completamente natural que yo valore a los que fueron honrados con invitaciones para esta misión. Ya que lograron lo mismo que yo.

—Bueno, ¿pues cuál de nosotros es? —pregunta Katsu, inflando el pecho—. Ya viste mi trabajo con el hacha. No quiero decir que soy la opción obvia,



pero...

—No. Ninguno de ustedes lo es, porque yo soy la guerrera más fuerte — apunta su tenedor hacia el tablero de marcación. Su nombre reluce en la punta —. Ninguno de ustedes podrá protegerme, de hecho, sería yo la que tendría que protegerlos a ustedes. Ahora mismo la única opción realista es casarme conmigo.

Todos nos reímos cuando Katsu propone officiar la ceremonia. Pero Defoe llega a interrumpir la diversión. Nos escoltan de nuevo al muro de objetos nyxianos. Uno por uno, nos castigan en una prisión de nyxia. Los únicos dos que no salen gritando son Jazzy y Roathy. Después de ser transformada en muñeca de trapo por diez segundos, Jazzy se yergue, respira profundo y vuelve a la fila sin decir una sola palabra. Supongo que no es una enorme sorpresa. Siempre es la más ecuánime.

La resistencia de Roathy a la nyxia parece distinta. La oscuridad lo toma, pero él la hace a un lado, como si hubiera pasado por algo mucho peor que una fuerza misteriosa que ronda entre sus vísceras.

Cuando finalmente es mi turno, tomo el consejo de Vandemeer, porque no quiero que aquello que viví pase nunca más. Así que convierto los objetos hasta que empiezo a sentir que la nyxia me empuja de vuelta, demasiado grande para controlarla. Me alejo de los objetos y asiento hacia Defoe.

—Es mi límite.

Su rostro se tensa.

—Tú te lo pierdes.

Los puntos se suman a cuentagotas a mi marca, y Defoe llama a Kaya. Ella se vuelve a rehusar, y esperamos a que Azima y Longwei terminen el desafío. Los dos son demasiado competitivos como para detenerse. Después de que Azima recibe su dosis de tortura, Longwei se impulsa tan lejos como lo hice yo, y cae al suelo con más fuerza y durante más tiempo que la vez pasada. Vemos su cuerpo agitarse. Vuelve resollando a nosotros, pero esta vez no grita. En cambio, se levanta y apunta con rabia a los bloques. Por primera vez no dirige su rabia hacia alguno de nosotros. La dirige a Defoe.

—No deberían pedirnos lo imposible.

—¿Imposible? —responde Defoe. Sus preguntas siempre están cargadas de

veneno.

—Los objetos son demasiado grandes —dice Longwei—. La prueba está diseñada para vernos fracasar.

—Está diseñada para empujarlos más allá de sus limitaciones actuales.

Defoe se coloca detrás del último objeto en la hilera de retos. Es un cubo que se levanta casi hasta su cadera. Coloca la mano en la superficie oscura y cierra los ojos. La sustancia se estremece hasta cambiar de forma.

—¿Imposible? —reitera.

Pone su mano de nuevo sobre una pirámide nyxiana y la transforma en esfera, en cubo, en otra pirámide y finalmente de vuelta en cubo. Cada vez, las transformaciones son más y más veloces. Veo que gotas de sudor perlan su frente, pero más allá de eso no muestra el menor esfuerzo.

—Asombroso —susurra Azima.

—Pero no imposible —responde Defoe—. Olviden su concepto de imposible.

Vaya demostración, pienso. Vaya error, además. Antes no sabíamos de qué eran capaces ni él ni ninguno de los empleados de Babel. Ahora lo sabemos. Sabemos que es fuerte. Más que nosotros. Luchar contra él con nyxia sería insensato. Archivo esto bajo la *P* de *Peligro*.

Nos cruzamos hacia la arena. Mis ojos se mueven hacia el tablero de marcación, y me siento agradecido por el consejo de Vandemeer. No fui torturado por la nyxia, además, mi reticencia a continuar no me penalizó mucho en la puntuación. Mientras entramos uno por uno, me doy cuenta de que anhelo tener otra pelea con Jaime. Ayer le hice una promesa a nuestro elegante amigo, y pienso cumplirla.

Observar los combates ajenos sólo me acelera el pulso. Todos los resultados son repeticiones de episodios anteriores, sólo que en esta ocasión Roathy es quien se sacrifica ante Isadora. Para cuando tomamos nuestro lugar Jaime y yo en el centro de la arena, soy un hombre muy, muy peligroso. Se para frente a mí, con su cabello perfectamente peinado y sus ojos verde tenue. Luce enfadado. Aprieta los dientes y sus puños palidecen sobre las empuñaduras de sus espadas. Trata de llenarse de energía para la pelea.

La gente cree que eso funciona. Yo solía hacerlo cada vez que me

enfrentaba con PJ en baloncesto. Y me aplastaba como una uva. La mayoría del tiempo, lo único que importa es la habilidad.

Defoe da la señal de inicio. Esta vez, Jaime no baila. Esgrime la espada derecha y sigue de inmediato con la izquierda. Continúa dando estocadas veloces y empuja su brío hacia adelante, tratando de hacer que me columpie hacia atrás sobre los talones. Es una táctica desesperada. Repelo los primeros cuatro golpes, fijo los pies y uso su falta de equilibrio a mi favor. Un desvío veloz me coloca en posición de conectar un buen gancho contra sus costillas. Su avatar sangra. Podría simplemente alejarme y dejar que la herida merme su barra de salud. Pero no hago eso. Quiero castigarlo, terminar con esto, destruirlo.

Jaime se acerca asestando un golpe con el arma izquierda. Lo bloqueo, le conecto dos ganchos en el estómago, y me deslizo fuera de su alcance. Mi juego de pies es perfecto mientras doy un paso al frente para infligir el golpe final. Pero Jaime no se encoge. Se supone que debería hacerlo. En cambio, se mueve dentro del espacio y levanta una de sus espadas.

Si ésta fuera la vida real, Jaime no tendría mandíbula.

Si ésta fuera la vida real, me faltaría un órgano.

El dolor me desgarró el estómago y nuestras piernas se desploman. El dolor simulado es muy parecido al real. Jaime y yo somos un revoltijo sudado de extremidades. El dolor vuelve a arder por mi cuerpo, y los ojos de Jaime se abren de terror. Entro en pánico, pensando que lo lastimé de la misma manera que a Roathy. Pero sigo su mirada hacia abajo, a mi propio estómago. El dolor se triplica. Un círculo brillante y escarlata se está extendiendo ahí. Su navaja se enterró a través de mi traje y en mi estómago. Ésta no es una simulación. Esto no es falso. Esto no le está pasando a mi avatar, ni se traduce luego a mi cerebro. Una espada de verdad alcanzó mi estómago en la realidad.

Caigo hacia atrás. Cuando intento hablar, de mi boca brota una tos sangrienta. Una multitud de rostros enmascarados me rodea, el golpe de lenguas extranjeras, y luego una oscuridad silenciosa carente de nyxia.

## DÍA 21, 1:37 HORAS

### A BORDO DEL GÉNESIS 11

**V**andemeer está apoltronado en una silla espacial en el rincón. El holandés nunca se apoltrona *realmente*. Siempre está sentado con una pierna cruzada o con los brazos cruzados o gira un bolígrafo entre los dedos. Finjo leer un libro mientras monitorea mis números en su dispositivo de datos. Lleva las últimas veinticuatro horas sentado ahí. Casi lo tomé como preocupación de verdad. Pero luego recordé de qué lado está. Éste es su trabajo. Soy su boleto de alimentación. Nada más.

—¿Cuándo puedo salir? —vuelvo a preguntar.

—Señor Atwater, tuvo cirugía interna. Una transfusión sanguínea. Las heridas son serias.

—¿Cuándo? —repito.

Suspira, desliza el dedo sobre su dispositivo de datos y encoge sus hombros rectos.

—Una semana.

—Puedo hacer algunas de las tareas. Las manipulaciones con nyxia, al menos.

—No —dice—. No puedes.

—Sí, puedo.

Vuelve a suspirar. Se ha levantado y trae una naranja de un arcón de comida que está en el rincón. Atraviesa la habitación y me ofrece la fruta.

—Pela esto —me ordena.

Coloca la naranja en la palma abierta de mi mano. Frunzo el ceño

concentrado y comienzo a hacerlo. Puedo sentir las gotas de sudor que se acumulan en mi frente después de haber quitado tan sólo unas cuantas secciones gruesas. A medio camino, las manos me tiemblan. Vandemeer me la arrebató y termina el trabajo.

—¿Cansado? —pregunta—. ¿Adolorido?

—Estoy bien —me recuesto sobre la cama y respiro de modo inestable. Me siento vacío—. Puedo hacerlo.

—Quizá si estuvieras dispuesto a tomar los analgésicos apropiados —vuelve a intentar Vandemeer.

—No —contesto—. Cero sustancias.

—Al menos dime por qué las rechazas.

—No importa. No es opción.

Vandemeer suspira. Lleva todo el día escarbando por los rincones de la verdad, pero mi pasado es mío. Babel tiene las manos puestas en gran parte de mí ahora, y no tengo que darles nada más. No tienen que saber que me he codeado con drogadictos en la escuela y el barrio. He visto a buenos tipos descender por senderos oscuros, y hace tiempo me prometí que nunca seguiría esos pasos. Los analgésicos parecen inocuos, pero yo los veo como el inicio de algo que no busco empezar. Lo archivo bajo la *N* de *No, gracias*.

Vandemeer baja la mirada de nuevo hacia mi historial médico.

—Como quieras. Sólo tendrás que dejar que tu cuerpo sane. No puedes competir así.

—Podría lidiar con ello.

—No podrías.

—Ponme a prueba.

La fachada de paciencia de Vandemeer se resquebraja muy lentamente. Sus ojos muestran un destello de molestia.

—Levanta los brazos.

Aprieto los dientes y extendiendo ambas manos.

—Hasta arriba —me desafía.

Logro subirlos hasta los hombros antes de sentirlo. Un espasmo de dolor que me atraviesa, un ardor que se siente como fuego real. Mantengo las manos arriba con actitud desafiante hasta que Vandemeer las empuja hacia abajo.

—Sería mucho más impresionante si tu ritmo cardiaco no estuviera por los cielos.

Toma una toalla y me enjuga suavemente el sudor de la frente.

—Puedo hacerlo —repito—. Sólo déjame intentar.

—Si alguien pudiera, serías tú —confirma Vandemeer—. Pero no irás a ningún lado por ahora. No hasta que te dé de alta. Descansa. Convalece. Comenzaremos la terapia física en unos cuantos días y te permitiremos reunirte con los demás —cuando empiezo a quejarme, me pone una mano en el hombro—. Emmett, no perderás. Te he visto. Eres muy rudo, deseas esto demasiado; no perderás.

Mi mirada se cruza con la suya.

—No es suficiente.

—Por supuesto que lo es —dice con suavidad—. Sé lo que esto significa para ti.

—Si lo supieras, me dejarías volver al juego.

Niega con la cabeza.

—Si lo hago, ganarías algunos puntos, pero el esfuerzo de tu cuerpo sería excesivo y no terminarías de sanar. Cualquier herida te haría regresar aquí.

—Como digas —replico—. Sólo déjame dormir.

Frustrado, Vandemeer deliberadamente baja la mano y apaga su reloj.

—Vas a tener que *confiar en mí* —susurra—. ¿Alguna vez se te ha ocurrido que quizá yo pudiera obtener algún beneficio de tu éxito, Emmett?

Le lanzo una mirada terrible.

—¿Quieres mi dinero?

Vandemeer ríe.

—No, no así. Habrás notado que Babel cree en la sana competencia.

—¿Sana? Estoy en una cama de hospital.

—Ya sabes a qué me refiero —contesta—. Ustedes no son los únicos que están compitiendo.

No puede estar hablando en serio.

—¿Qué? ¿El mejor médico recibe un bono? ¿Y eso cómo funciona?

—Nos dejaron elegir —dice. Sus mejillas se sonrojan de vergüenza.

—¿Elegir?

—Yo los elegí, a ti y a Kaya. Los cuidadores primarios de los mejores contendientes recibirán un gran bono. Cuanto mejor se desempeñen nuestros pacientes, más dinero recibiremos.

Asiento. Claro. El credo fundamental de Babel es la competencia. Dale un incentivo a una persona y luego recuérdale que alguien más está trabajando para obtener la misma recompensa. Los dos trabajarán con el doble de esfuerzo, y Babel sólo tiene que entregar un premio al final. Es astuto, pero eso quiere decir que para los directivos no somos las únicas piezas de ajedrez. Ven a *todos* como peones en su juego. Vandemeer es un médico real, de carne y hueso. Renunció a sus otras ocupaciones para dejar que Defoe tirara de sus hilos en el *Génesis II*. Todo por un jugoso bono. En el fondo somos lo mismo.

Vandemeer asiente y se dirige a la puerta. Lo llamo justo antes de que atraviese el umbral.

—¿Sabes qué pasó? ¿Con la espada?

Los rasgos de Vandemeer se ensombrecen. En verdad no le agrada que me hayan lastimado. Ahora sé que es más que una falsa preocupación. Su éxito depende en cierto grado del mío. Quizá realmente le importe.

—Alguien usó un poco de nyxia para recrear la espada —contesta—. Y la colocó en la armería en vez de la versión sin filo. La copia no era estupenda, pero nadie miró lo suficiente hasta entonces.

—Jaime —digo.

Observo con cuidado el rostro de Vandemeer, pero no muestra expresión alguna.

—La investigación está en curso.

De vuelta a la diplomacia y las respuestas calculadas de un empleado de Babel. Quizá desea que confíe en él, pero es demasiado enigmático para conseguirlo. Archivo esta conversación bajo la *Y* de *Ya quisieras*. La puerta se abre y se cierra con un silbido cuando se marcha.

Cierro los ojos. En mi mente todavía puedo ver a Jaime. El paso que lo acercó a mi golpe, el impulso frontal de su espada. También puedo ver la expresión de sorpresa en su rostro. Una parte de mí se empeña en pensar que fue una actuación. Mi parte realista piensa que él no tenía la menor idea. No es

difícil rastrear la espada hasta Roathy. La usó antes en la pelea. Podría haberla manipulado en cualquier momento, a sabiendas de que en realidad no iba a pelear contra Isadora. Lo único que tenía que hacer era cambiar las navajas y pasárselas a Jaime. Odio sentir tanta ira y no poder dirigirla a alguna parte.

Sea como sea, estoy atorado aquí. Mientras mis rivales están allá afuera.

No hay tablero de marcación en la unidad médica. Sólo puedo imaginar las carretadas de puntos que todos están recolectando en mi ausencia. No tengo idea de cuánto tiempo estaré aquí dentro, qué tan atrasado estaré. Presiono un botón que opaca las duras fluorescencias que se ciernen sobre mí. En el fulgor más suave, abro una traducción al inglés del libro que me leyó Kaya. Por lo visto se lo pedí a Vandemeer cuando me bajaron para coserme. En realidad nunca he leído por mi cuenta. Demasiados primos que cuidar. Demasiadas noches mirando a mamá dormir en el sofá, sentado a su lado esperando a escuchar su siguiente aliento. Y el siguiente. Y el siguiente.

Nunca se me ocurrió escapar dentro de un libro.

Así que mientras leo, me sorprende ver lo rápido que las palabras me llevan de la cama de hospital hasta el bosque. Soy el que se columpia hasta tierras imaginarias sobre cuerdas colgantes. Me gusta ahí. Pero no me agrada ser yo quien enfrenta al acosador en los pasillos de la escuela. No me gusta cuando mis amigos me abandonan y me quedo solo. Las palabras del libro tienen eco.

Las frases que hablan de engaño, de ser invitado a un nuevo mundo, sólo para ser abandonado. El personaje del libro se siente varado, como un astronauta al que dejaron solo. Me pregunto por qué Kaya no me ha visitado. ¿O Bilal? Pongo el libro a un lado y apago las luces. No me gustan las palabras del libro ni cómo me hacen sentir. Cierro los ojos ante el dolor de mi costado, y el de mi corazón.

El sueño llega, misericordioso, con el tiempo.



## DÍA 25, 19:38 HORAS

### A BORDO DEL GÉNESIS 11

**E**l más ligero movimiento de mi tronco enciende una llama ardiente en mi costado.

—Cuidado —me sermonea Vandemeer.

Pacientemente, hace que me mueva a través de ejercicios de yoga. Zancadas y sentadillas y respiraciones profundas. Sin analgésicos, es un proceso lento. Mucho más de lo que quisiera. Ya han pasado seis días. Vandemeer se rehúsa a decirme las puntuaciones, y nadie ha venido de visita. Ni siquiera Kaya. Soy el astronauta solitario del libro.

—¿Por qué simplemente no usas nyxia para curarme? —gruño. Vandemeer me tiene acostado boca arriba, levantando mis piernas a quince centímetros del suelo. Es el segundo nivel del infierno.

—No funciona —dice—. Si la nyxia causa una herida, no podemos usarla para sanarla.

—Parece limitado.

Me incorporo. Gesticula para que extienda las manos lentamente mientras bajo la barbilla.

—Así funciona —dice—. El propósito de esa nyxia fue atravesarte. Si tratamos de usar nyxia para curar la herida, la sustancia se rehusará. Es lo suficientemente lista para reconocer su propio trabajo, y se negará. ¿Tiene sentido?

—Es espeluznante. Entiendes lo espeluznante que suena, ¿verdad?

Vandemeer me instruye para que dé una respiración profunda y gire la

cabeza en círculos.

—Es un elemento responsivo. La materia es mucho más inteligente de lo que Babel quisiera admitir. No sabemos del todo cómo funciona, pero estamos aprendiendo de ella cada día.

—¿Así que toda la nyxia está conectada? —pregunto.

—¿A qué te refieres?

—Dijiste que sabe que se usó nyxia para abrirme. Entonces, ¿eso no significa que *sabe* lo que hizo otra nyxia, como si de alguna manera estuvieran conectadas?

—O la nueva nyxia reconoce un cambio en tus células. No lo sabemos, en realidad.

Encojo los hombros hacia atrás.

—Parece una estupidez tenerle tanta fe a algo que no entiendes.

—Electricidad, gasolina, vacunas. No se puede progresar sin asumir riesgos.

—Supongo —digo—. Pero, ¿estás seguro de que no moriremos todos de cáncer o algo así?

—Todo causa cáncer —dice Vandemeer impávido—. Excepto la nyxia. Ya lo probamos.

—¿Sobre qué?

Junta las puntas de los dedos.

—Es clasificado.

Río. Luego siento como si un par de gigantes me patearan las costillas. Me desplomo en el suelo presa de dolor y Vandemeer me arroja una toalla.

—Estupendo trabajo el de hoy. Ya estás cerca.

—Estoy listo.

Me ignora.

—Ejecutemos unos cuantos diagnósticos más mañana. Tu rango podría ser limitado todavía. No será fácil combatir en la arena, pero deberías poder con casi todas las demás tareas. ¿Suena bien?

—Sí, así es.

—Mientras tanto —dice Vandemeer, dando un golpecito a su dispositivo de datos—. Te tengo una sorpresa.

Una pantalla se despliega de un compartimento en la pared. Se iza sobre mi cama de hospital. Le echo una mirada confundida a Vandemeer.

—Te perdiste de la primera llamada a casa que tenías programada. Me tomé la libertad de organizar una mientras estás aquí. La llamada se enlazará en dos minutos.

—¿Hablas en serio?

Sonríe.

—Hablo en serio.

Después, sale de la habitación. Había olvidado que podría verlos. No me había dado cuenta de cuánto los extrañaba. Extraño que mi mamá me extienda la mochila cada mañana y me jale del cuello para darme un beso. Extraño a papá reclinado en su silla favorita, leyendo en voz alta los resultados de los partidos de ayer. Podremos haber sido pobres, pero al menos sabía a qué me levantaba cada día. Los siguientes tres años serán un experimento de lo inesperado y lo impredecible. Me quedo mirando mi propio reflejo en la pantalla negra. No estoy listo para esto, para nada de esto.

Dos minutos de espera se sienten como treinta.

Entonces, la luz parpadea hasta transformarse en un fulgor constante. No me había percatado de que estaba aguantando la respiración. Intento acomodarme contra las almohadas demasiado suaves mientras los pixeles ganan definición y mi papá llena la pantalla. No puedo evitar buscar a mamá en el fondo, pero no está ahí.

Una sonrisa le cruza la cara.

—Ahí está mi muchacho.

—Hola, papá —le digo—. Los extraño. A ti y a mamá.

Mi rostro duele de tanto sonreír, de intentar no llorar. Se disculpa por mamá. No tiene que decir por qué no está ahí, porque lo entiendo. No ha sido muy fácil para ella viajar, y me imagino que el centro de comunicaciones de Babel es un largo viaje para ellos. Me recuerda rápidamente que ella me ama, me dice las palabras que ella diría si no estuviera tan enferma y cansada y desanimada. Me devasta saber que en sólo tres semanas me he alejado de ellos unos cuantos millones de kilómetros. Odio no poder oler las telas ni su jabón de espeso aroma. Sonriendo, frota el índice y el pulgar sobre los bordes

de su bigote.

—¿Qué es eso? —pregunta—. ¿Te estás dejando el mostacho?

Paso un dedo sobre mi propio labio idéntico. El incipiente bigote ya está más espeso.

—¿Crees que debería afeitarlo? —pregunto.

—Es cosa tuya —dice—. Sólo asegúrate de usar crema para afeitar. Mira bien hacia dónde crece el vello y afeita en esa dirección, no en la contraria. ¿Entiendes?

Asiento.

—Gracias, papá.

El hombre es todo sonrisas.

—Entonces, cuéntame. ¿Cómo está todo?

—Bien —digo—. Es duro, pero todos comenzamos sin saber absolutamente nada.

—¿Así que te está yendo bien?

—Me estaba yendo bien —le digo—. Ha habido unos cuantos obstáculos desde entonces, pero ya casi me repongo.

Asiente de modo alentador. No tengo las agallas para decirle que casi muero. Lo único que haría es hacerle perder aún más horas de sueño.

—Bueno, apenas son las primeras semanas. Una temporada no se gana ni se pierde en los primeros partidos. ¿Recuerdas el último inicio de los Leones?

—Comenzaron la temporada perdiendo cuatro partidos al hilo —respondo.

—La gente de Detroit exagera. Pensaban que el mundo se acabaría. Pero después el equipo hizo su trabajo, se apegaron al plan y ganaron todos los enfrentamientos que les quedaban.

Estoy asintiendo. Tiene razón. Aunque esté abajo por unos cuantos miles de puntos, todavía me queda mucho por hacer. Los demás van a enfermar, van a lastimarse. Lo único que debo hacer es mantener un paso constante. Ser mejor que dos personas. Hago eso, y volveré a Detroit como rey. Pensar en mi ciudad sólo me lleva a pensar en PJ, en los chicos, y en poco tiempo el corazón me duele todavía más.

—¿Quién fue la primera selección este año?

—Un corredor de Wisconsin —contesta—. Tiene un estupendo motor.

—¿Cómo estamos parados?

Sonríe de oreja a oreja.

—Creo que es nuestro turno, o el de Londres, este año. Creo que será una temporada tremenda.

Escuchar sobre Detroit me llena el corazón de alegría. Pido más.

—PJ nos visita continuamente —dice—. Pregunta por ti. Es un buen chico cuando no está tratando de comprobar que es irrompible. Siempre pienso en él como el chico que saltó por nuestra ventana.

Sonríe de oreja a oreja. Como la mayoría de nuestras historias de la infancia, lo de la ventana fue mi culpa. Yo le hice notar que los superhéroes nacen por medio de ensayo y error. ¿Cómo íbamos a saber si PJ era o no un superhéroe si no hacíamos unos cuantos experimentos primero? Lo puse a hacer carreras de velocidad, mientras yo le tomaba el tiempo, a levantar las pesas de papá y a saltar por una ventana a toda velocidad. Después de eso, sus padres lo alejaron de mí cuanto pudieron. Que fue como una semana. Estábamos demasiado unidos como para que nos separaran. Siento como si la historia que aún recuerdo le hubiera ocurrido a alguien más, en alguna vida pasada.

—Lo extraño —pienso en el hecho de que ninguno de los demás competidores me ha visitado. Pensaba que Kaya, Bilal y Katsu eran mis amigos. Pero no me han visitado, ni siquiera una vez—. Los extraño a todos.

—Te extrañamos también. Pero justo ahora tienes una misión —me recuerda—. Trabaja duro y mantén la cabeza en alto y estaremos ahí cuando regreses. ¿Está bien?

Asiento, pero no puedo enfrentar su mirada del todo. Él cree en mí más de lo que yo podré creer jamás.

—Papá —digo—, ¿puedo preguntarte algo?

—Lo que sea.

Le pregunto algo que me ha estado carcomiendo.

—¿Soy una mala persona?

La sonrisa desaparece de su rostro. Me mira como buscando cicatrices.

—¿Alguien te dijo eso? ¿Esa gente de Babel?

Niego con la cabeza.

—No, es sólo algo que siento. Me enojo tanto. Con los demás chicos, conmigo.

—Emmett —dice el nombre como un recordatorio de algo olvidado—. Eres lo mejor de mí y eres lo mejor de tu madre. Desde que eras pequeño, así ha sido.

—No me siento así —digo.

—Estás allá en el espacio peleando una guerra contra otras nueve personas. No puedes esperar sentirte como tú mismo todo el tiempo. Sólo no pierdas el sentido de quien eres. ¿Eres una mala persona? Por supuesto que no. ¿Eso quiere decir que siempre harás lo correcto? De ninguna manera. Nadie es perfecto.

—Sólo quiero ganar. Más que nada...

—Ganes o pierdas... —se encoge de hombros, como si diera lo mismo—. Estoy orgulloso de ti. Todos lo estamos.

¿Estaría orgulloso si supiera lo que le hice a Roathy? ¿O cómo provoqué a Jaime porque era distinto? Siento que la vergüenza se atasca en los angostos vericuetos de mi corazón.

—Hey, eso me recuerda... —dice—. Tu mamá comenzó un nuevo tratamiento. Esos doctores que Babel sugirió son asombrosos. Ella...

Pero la transmisión se extingue antes de que pueda dar una probadita más a la esperanza. Me quedo mirando mi reflejo en la pantalla en blanco. Un astronauta solitario en el campo. Me echo hacia atrás y tomo mi reproductor de música de la mesa junto a la cama. Divago de canción en canción durante algún tiempo.

La que por fin elijo escuchar tiene ritmos espesos que se mezclan al principio, antes de enfrentarse unos con otros en el coro, como titanes. Todo mi caos se anida en la música. Reproduzco la canción tres veces, más y más alto, hasta que lo único que puedo escuchar es música, el ritmo y la melodía.

## DÍA 28, 5:30 HORAS

### A BORDO DEL GÉNESIS 11

La mañana en que tengo programado volver a la acción, me despierto con una sombra en la puerta de la entrada. Suave como la seda, Marcus Defoe se desliza dentro de la habitación. No había visto a Defoe durante toda mi recuperación. Miro alrededor para ver si está Vandemeer, pero se ha ido. Defoe se detiene al pie de la cama.

—¿Te has recuperado completamente? —pregunta.

Por su tono, suena como si estuviéramos en una parada de camión y me preguntara por el clima.

Asiento.

—Estoy listo.

—Bien. Te estás atrasando.

Todo en mí quiere preguntar qué tanto. O decirle que no es justo, que es resultado de una trampa. Pero a él eso no le importa, todo es parte del juego. Guardo silencio. Intento parecer despreocupado. Quiero hacerle creer que puedo recuperar cada punto perdido. En secreto, deseo su aprobación.

—Estoy aquí por un asunto personal —dice Defoe. Desliza el dedo sobre su dispositivo de datos y una puerta se abre con un silbido a mi derecha. Pasé una semana completa en esta habitación, y jamás la noté siquiera.

Un guardia de Babel empuja a una figura atada y encapuchada dentro de la habitación. El corazón retumba entre mis costillas. ¿Qué es esto?

Las piernas del hombre se desploman, y cae sobre las rodillas en el piso de la unidad médica. Defoe lo desenmascara. Cabello canoso relamido de

sudor. Mejillas rollizas y sin afeitar. Veo la sangre que escurre desde su nariz y cae en gotas para manchar el cuello de su camisa blanca. Es uno de los asistentes. Nunca me molesté en mirar sus rostros. Con la excepción de Vandemeer, para mí todos eran iguales.

—Emmett —dice Defoe—. Éste es el doctor Karpinski. Él planeo tu muerte.

Todo en mí se hiela. Soy una noche sin luna, la cueva más oscura.

Karpinski emite un quejido. El sonido remueve algo más oscuro y helado dentro de mí. Es bajo y fornido, y ya ha pasado los cuarenta. ¿Por qué querría asesinarme? Todo esto es un error. Parece un alma torturada, pero no me importa. Quiero que sea castigado por lo que hizo.

Defoe me está mirando.

—Modificó los videos después, pero el rastro inevitablemente nos llevó hasta él. Es el cuidador de Roathy e Isadora. Esperaba ayudarles arreglando la competencia.

Por instinto, mi mano se acomoda en el lugar donde la espada penetró más allá de las costillas. Karpinski no suplica clemencia ni perdón. Sólo respira con soplos pesados y me dirige la mirada en blanco de sus ojos negro azabache. Defoe lanza algo. Se desliza hasta detenerse traqueteando al pie de mi cama. Una espada. Los ojos muertos de Karpinski se fijan en ella.

—Así son las cosas, Emmett —explica Defoe—. En China, el doctor Karpinski sería llevado a juicio y ejecutado. En la mayor parte de Estados Unidos, sería puesto tras las rejas a perpetuidad. Si fuera un adamita, se le condenaría a la Obra Eterna del Creador.

Mi mente no para de dar vueltas. ¿Qué pretende Defoe? Intento no mirar el arma a mis pies. Trato de no pensar en cómo se sentiría entre mis manos.

—Y aunque hay varios tratados internacionales que abordan la jurisprudencia humana en el espacio, estamos un poco fuera de las jurisdicciones de los demás. Éste es nuestro territorio, y nuestras leyes son distintas.

—¿De qué manera? —pregunto con frialdad.

—Apelamos a la Ley Primigenia en este caso. ¿Sabes lo que significa primigenia?



—Primera. Significa la primera.

—Precisamente. En este caso, el primer afectado. El principal ofendido. El doctor Karpinski planeó y ejecutó un atentado contra tu vida. Eres el primer afectado. Así que el juicio está en tus manos.

—No lo entiendo.

Defoe mira la espada.

—¿Crees que el doctor Karpinski merece morir?

Mis puños se aprietan.

—Sí.

—Entonces esgrime la espada.

Me agacho para recogerla. La empuñadura es de nyxia, pero la navaja no. La luz se estremece por toda su extensión plateada mientras la enarbolo. Karpinski merece morir, pero no sé si yo tengo el derecho de matar. La navaja es tan ligera, sería tan fácil. Fijo la mirada en él.

—¿Por qué lo hiciste? —pregunto.

Karpinski mira el suelo.

—Fui obligado. Me amenazaron. Yo no sabía...

—El doctor Karpinski olvida que es un adulto —dice Defoe—. Aunque sus reclutas le pidieran que lo hiciera, él tomó sus propias decisiones. Él es responsable de sus actos.

Vuelvo a mirar a Defoe.

—¿Qué pasa si no lo hago? ¿Ir a juicio?

Defoe niega con la cabeza.

—Ley Primigenia. Si el ofendido puede perdonar, nosotros también.

—Entonces, ¿qué? ¿Sólo lo encerrarán?

—Claro que no —contesta Defoe, como si su respuesta fuera obvia—. Si es perdonado, volverá a sus deberes.

Aferro la espada con más fuerza.

—Eso no es justo.

—Entonces haz que sea justo —contesta—. No puedes quejarte de la impartición de justicia cuando tú eres el juez.

—¿Así que o lo mato o simplemente sale libre? Es una estupidez.

—Si quieres dar sentencia, deberás esgrimir la espada.

Mis hombros sienten el peso del desafío de Defoe. Está pidiéndome demasiado. El doctor Karpinski mira hacia afuera, como aceptando su destino. Es otra prueba. Babel quiere saber qué tipo de justicia impartiré. El crimen de Karpinski es una cosa oscura que me chupará la sangre durante el tiempo en que él viva. Un asesino en potencia se pasearía por los mismos pasillos que yo. Podría atacar de nuevo. La próxima vez, podría incluso lograrlo.

—¿Es la única manera?

Coloco la navaja contra su cuello. Karpinski ni siquiera reacciona ante su tacto frío. Una parte de él ya está muerta. Defoe asiente en respuesta.

—La única manera —dice como eco.

Asiento hacia él. La decisión es fácil. *Eres lo mejor de mí y eres lo mejor de tu madre*. Sólo es verdad porque papá dijo que lo es. Dejo caer la espada. Cae repiqueteando contra el suelo muy cerca de Karpinski, como una promesa rota. Siento como si le devolviera el arma a Karpinski y le mostrara el cuello. Destruir o que te destruyan.

Pero no mataré por ellos. Babel desea un verdugo dispuesto. Quiere que yo sea la mano que cosecha la uva putrefacta de sus prístinas vides. Se pueden ir al infierno. Papá querría más que esto para mí. Tengo la sensación de que me diría que fuera el mejor hombre.

Defoe se acerca dando zancadas.

—¿Ésta es tu decisión final?

—Sí.

Karpinski evita mi mirada. Sus hombros se desploman y todo su cuerpo se derrumba sobre sí mismo. Defoe levanta la espada y admira el borde afilado de la navaja.

—Doctor Karpinski, se te ha mostrado clemencia —Defoe baja la espada con un arco casual. Al principio pienso que el movimiento falló, pero luego Karpinski suelta un grito y la sangre brota como fuente por su hombro, sobre el piso de baldosas. No tiene las manos libres para detener el flujo. Su oreja desapareció, así, sin más—. No morirás hoy, pero serás marcado. Altera de nuevo el curso natural de este proceso y yo mismo te arrojaré al espacio dentro de los contenedores de desperdicios. ¿Entiendes?

Entre sus quejidos puede escucharse un asentimiento callado. Defoe limpia

la navaja y sus ojos parpadean de vuelta hacia mí.

—Ya te dieron de alta, Emmett. Puedes volver hoy a la competencia. Si nos disculpas, quisiera intercambiar unas cuantas palabras más con el doctor Karpinski.

Con sus palabras se abre la puerta al final de la habitación. Me dirijo hacia la salida y el doctor Karpinski grita. Ya casi estoy afuera cuando me doy cuenta de que me está rogando que no me vaya. Lo dejo atrás, a él y a ese horrible lugar.

Cuando regreso a mi habitación, me cuesta mucho estabilizar mi respiración. Odio a Karpinski por intentar contra mi vida. Odio a Defoe por intentar obligarme a ser alguien que no soy. Ésta es una injusticia, una oscuridad, que no puedo simplemente ignorar. Los interminables gabinetes de mi mente ya no se sienten lo suficientemente grandes. Nunca ha fallado, no desde que la abuela me enseñó a hacerlo.

Yo tenía nueve años. Éramos seis los que corríamos por el polvo, fingiendo que era hierba. Jugábamos juntos como lo hacen los niños, lanzábamos un balón de fútbol, fingiendo que tenía aire. Yo era veloz entonces, un poco más alto y un poco más fuerte que el resto. No sientes cansancio cuando eres niño. Sólo corres y corres y ríes y gritas hasta que posas la cabeza en la almohada. Así que yo corría. Hacía rutas rectas y quiebres al centro del campo y carreras largas hasta el terreno de anotación, siempre saltando un poco más alto, siempre evitando tacleos intentados por brazos torpes. Una anotación de más después, y se enfadaron. Empezó como una pequeñez. *No es justo*, dijo uno. *Eres demasiado veloz*, agregó un segundo. Mis dos compañeros de equipo me abandonaron. Uno contra tres. Además, éstos no eran los Excelentísimos Hermanos; eran amigos por cercanía. Antes de que realmente elijas a tus amigos, apiñas tu grupo en relación con la cercanía.

Olvido quién me empujó primero. Olvido los insultos que me lanzaron.

Pero nunca olvidaré ese primer golpe. Llegó desde la derecha. Primero nada, y un segundo después, un tren de dos toneladas. Giré. Vinieron. Caí. Patearon. Así siguió hasta que me veía lo suficientemente quebrado para que debieran detenerse. Dejaron que me levantara. Dios, grave error. A los nueve eres joven y desconoces las reglas. Después las aprendería. *Nunca* dejes que

se vuelvan a parar.

Ni siquiera sé si puse las manos sobre el correcto. Sólo sé que cuando lo sujeté, ya no lo solté. No dejé de golpearlo hasta que sólo éramos nosotros, la tierra y las sirenas de la policía. Fue un desastre. Cargos y acusaciones y huellas digitales. Yo era demasiado joven para ir al tribunal juvenil, pero no lo suficiente para ser ignorado, para que yo no escuchara la manera en que susurraban sobre mí. Todo ello atizó mi ira.

Tiempo después mi abuela me tomó de la mano. Me llevó hasta su jardín, que era apenas una parcela en un rincón bajo una barda oxidada, y me pidió que me sentara sobre la hierba. Lo hice, y ella también.

—Vamos, Emmett —susurró—. Estás que ardes, ¿no es así?

Lloré, y ella me dejó hacerlo. Nunca hubo vergüenza en llorar, no frente a ella.

—Tu abuelo no vivió lo suficiente para enseñarte, pero lo haré yo —dijo—. También él tenía razones para sentirse enojado. Y cada día esas razones eran distintas. Pero no siempre puedes darle una buena tunda a *esas* razones. La mayoría de las veces, las razones ni siquiera tenían nombre. Tú me entiendes.

No entendía, pero tenía tantas ganas de hacerlo que asentí.

—Bien, porque no lo diré dos veces. Entonces, lo que tu abuelo hacía cada vez que pasaba era archivarlo. A veces lo escuchaba hacerlo: *I de Injusticia*, mascullaba. Yo pensaba que estaba loco, pero no era así. Lo guardaba. Lo archivaba. Luego lo usaba para otra cosa, para no perderse en ello —puso su mano pesada sobre la mía—. Recuerda eso. Si te dejas llevar por la rabia, ahí terminó todo. Es un camino solitario, y largo. Pero si encuentras la manera de controlar tus emociones, si puedes tomar esa rabia y asegurarte de dominarla, entonces no estarás tan mal. Así que archívalo. ¿Esta última?, llamémosla *C de Cobardes*. ¿Qué te parece?

Me pareció, y muchísimo. Después, mi tío empezó a darme clases de boxeo. Si alguien me insultaba en la escuela o me empujaba con el hombro por la calle o ignoraba mis textos, lo archivaba. Ansiaba que fuera domingo. Entonces esquivaba golpes y metía ganchos, abría mis archiveros y golpeaba el saco con lo que me había dado la semana. Era una salida. Durante años, PJ

me decía que era inmutable. Siempre se preguntaba por qué las cosas ya no me molestaban. *Deberías verte la cara*, decía. *Está tallada en piedra, hombre*. Y así era.

Pienso en eso mientras sopeso a Karpinski y a Defoe. No puedo controlar lo que ocurre, pero soy más de lo que Defoe quiere hacer de mí. Babel podrá tener todas las llaves, pero no saben lo que guardan en la jaula. Todavía no. Pero ya lo verán, más temprano que tarde.

## DÍA 28, 8:31 HORAS

### A BORDO DEL GÉNESIS 11

**V**andemeer me escolta abajo para desayunar. Se ve emocionado por mi regreso. No es difícil darse cuenta de que ignora el episodio con Karpinski. Sin embargo, el atentado contra mi vida es una lección que yo no olvidaré. Karpinski afirmó que Isadora y Roathy lo obligaron a hacerlo. Los otros contendientes desean ganar tanto como yo. Pero fueron tras el tipo equivocado. No olvido y no perdono.

Mientras camino, todavía siento como si mis entrañas estuvieran demasiado tensas, pero estoy ansioso por volver, ansioso por recuperar el tiempo perdido. Tomamos las escaleras que llevan a la enorme cafetería multiusos. Quiero ver a los demás, pero me descubro más ansioso por escrutar el tablero de marcación.

Mis ojos revolotean ahí primero:

1. LONGWEI	97,750 puntos
2. BILAL	91,300 puntos
3. AZIMA	90,900 puntos
4. KAYA	87,450 puntos
5. KATSU	84,400 puntos
6. JAIME	80,200 puntos
7. JASMINE	75,050 puntos
8. ROATHY	74,324 puntos

9. ISADORA

74,080 puntos

10. EMMETT

64,900 puntos

Estoy atónito. Los números tienen sentido, pero estoy completamente atónito. Se me acelera el corazón al ver lo atrasado que estoy. Todo es relativo. Los demás saldrán heridos, me repito. Otros enfermarán. Pero eso no me quita la sensación de estar en un agujero sin fondo y sin algo que me sirva de cuerda para salir.

Estoy a diez metros de la mesa cuando finalmente me observan. Parece como si estuvieran viendo un fantasma. Examino sus rostros para buscar señales de culpa, evasión o vergüenza. Pero todos están demasiado estupefactos de que haya vuelto como para delatarse. Sólo Kaya muestra emoción. Luce furiosa.

Katsu es el primero en hablar.

—Pensábamos que estabas muerto.

—Matarme toma mucho más que eso —contesto.

Eso provoca unas cuantas sonrisas. Roathy e Isadora intercambian una mirada. Vista y anotada.

—En serio —dice Katsu—. No nos dijeron nada. No lucías bien cuando te llevaron, hombre. No puedo creer que nos dejaran pensar que estabas muerto.

Kaya se levanta y me da un abrazo. Mientras lo hace, susurra en mi oído.

—Vandemeer me dijo que no podía visitarte. No nos dijeron más. Lo siento tanto. No quería que estuvieras solo. Traté de visitarte prácticamente todos los días, Emmett, en serio lo intenté.

Asiento y finjo que no es la gran cosa. Pero puedo sentir el ardor en absolutamente todo mi cuerpo. Qué jodido que Vandemeer, después de toda la confianza que construimos en la unidad médica, evitara que recibiera visitas, que Kaya fuera a verme. Y si Vandemeer sólo estaba siguiendo el protocolo, ¿qué obtenía Babel al mantenerme aislado? Mientras me libero del abrazo de Kaya, ni siquiera estoy seguro de a quién echarle la culpa o con quién sentirme molesto. Mejor comienzo a desayunar al tiempo que escucho cómo Katsu me hace prometerle que le mostraré las cicatrices.

Defoe no comenta mi presencia cuando llega para escoltarnos a las actividades matutinas. Estamos de vuelta con los ejercicios de velocidad en la manipulación de nyxia. Termino entre los últimos tres en cada uno. Me siento oxidado y lento; los demás tuvieron nueve días más de práctica. Mantengo el ritmo en la sesión del aula de clases, pero vuelvo a perder el piso en el tanque de natación. Mis pulmones ya no están acostumbrados al ejercicio. Mi puntuación queda tan rezagada de la de los demás como lo estaba al inicio del día.

En la arena, me enfrentan con Azima. Qué linda bienvenida.

Me equivocaba con ella. No es una serpiente que ataca desde la hierba alta. Ella es como tres serpientes. Sus ataques llegan con demasiada rapidez y soy incapaz de bloquearlos. Me encantaría culpar a mi herida, pero mientras retrocedo y fallo en los bloqueos, sé que ella es muy buena. Y sólo está mejorando. En el quinto golpe, mi avatar cae, y Azima levanta los brazos triunfal.

Paso la mañana sudando y cansado. No pierdo tanto terreno como el que perdí mientras estaba en la unidad médica, pero Vandemeer tenía razón. No estoy listo. No estoy bien ni entero. Las dificultades continúan por la tarde. Estamos de vuelta en el sitio simulado de minería. Los demás se mueven a un ritmo trepidante. Ya idearon planes, estrategias para maximizar su eficiencia. Longwei se encarga de la perforadora, y con el tiempo me relegan a las manipulaciones de nyxia.

Perdemos por un amplio margen. Katsu masculla algo sobre estar cortos de personal. Sus palabras no deberían hacerme sentir mal, pero lo hacen. Esa noche divago entre sueños por habitaciones vacías que se reducen una y otra vez. A medida que se encogen, me enojo con ellas. Me levanto justo antes de ser reducido a la nada.

El siguiente día es aún más difícil. Tengo que darme por vencido a la mitad de mi nado cuando siento como si mi costado izquierdo hubiera sido sumergido en magma. Vandemeer sugiere que me retire, pero me rehúso. Aplica un bálsamo a mi herida mientras cruzamos hacia la arena. El dolor se sosiega justo a tiempo para que Azima me haga parecer un muñeco débil y herido. Trato de usar los trampolines para alargar la pelea. Jugar un poco a las



escondidas. Pero Azima es mejor para buscar que yo para esconderme. Abre un agujero en mi cuello con su lanza y me dirijo al almuerzo.

Mientras mastico un pedazo de pollo, me cuesta no mirar mi puntuación. No me estoy acercando al resto. Estoy alejándome más y más. ¿Es posible que alguna vez haya estado en primer lugar? La idea casi me hace reír. Longwei ya ni me mira. Para él, no soy una amenaza. Para los demás, sólo soy digno de su lástima, se dieron por vencidos conmigo. Yo también quiero rendirme, pero pienso en papá tomando los turnos nocturnos y en mamá recibiendo las miradas de sospecha de los médicos al pensar que no podíamos pagar sus tratamientos. Recuerdo que si no hago algo pronto, volveré a casa con monedas en vez de con cofres del tesoro.

Pero querer algo y lograr que en realidad ocurra son dos cosas distintas. Aun concentrado, echo a perder una pieza de nuestra maquinaria en el sitio de excavación y no manipulo los yacimientos de nyxia con suficiente rapidez. El otro equipo destroza nuestro tiempo. Mis compañeros no disimulan sus miradas asesinas. Defoe nos reúne alrededor de él, y soy el fantasma al fondo de la habitación.

—Llega otro Sabbat —dice Defoe al final del ejercicio—. Un descanso bien merecido. Abriremos el área de recreación como la vez pasada. Duerman hasta tarde y disfruten del descanso.

Me dejo llevar de vuelta al grupo mientras caminamos por los modernos pasillos. Veo mi imagen que se refleja por los pasillos y me pregunto a quién estoy mirando, adónde se ha ido el verdadero yo. Kaya se deja llevar de vuelta hasta mí, por supuesto. Golpea ligeramente mi hombro con el suyo.

—Te extrañé —dice.

—¿Sí? Qué forma tan peculiar de mostrarlo.

Los ojos de Kaya se ensombrecen.

—Vandemeer no me dejaba visitarte. Es el protocolo a bordo de la nave, Emmett. Es decisión de Babel, no mía. Cada vez que alguien se lastima con nyxia, tienen que ponerlo en cuarentena. Sólo puede visitarlo su médico. ¿En serio crees que estoy inventándolo?

Su explicación tiene sentido, pero ha sido un largo día y me siento con el derecho de enfadarme con alguien, con algo. Me encojo de hombros y reanudo

la marcha.

—Como digas.

Ella me toma del brazo con fuerza, más de la que imaginé que tuviera. Me detengo de inmediato y ella espera a que la mire de frente.

—No tienes que hacerte el rudo cuando estás conmigo.

Me libero de su apretón.

—¿Por qué te importaría? Contesta.

—Porque somos compañeros de equipo, Emmett. Porque somos amigos. Porque somos del mismo color. ¿Crees que me he olvidado de alguna de esas cosas?

—Kaya, ni siquiera sé lo que eso significa.

—Eres azul, Emmett, del mismo tipo de herida que yo. ¿Recuerdas? A los dos nos olvidan. La gente mira más allá de nosotros o a través de nosotros o alrededor de nosotros. Yo también soy azul. Sé cómo se siente.

Niego con la cabeza, y puedo ver que eso la frustra.

—En mi caso, fueron mis padres, los dos —dice Kaya, su voz suena callada como la muerte—. Éramos muy pobres. Tuvimos que mudarnos a un departamento pequeño. Me llevaron ahí, descargaron todas nuestras cosas y me metieron a la cama. Cuando desperté, se habían ido. Dejaron mis cosas. Y una nota.

Sus palabras me estremecen. Sé lo difícil que es para ella hablar de eso, lo difícil que es para ella admitir que alguien la dejó atrás. Pero en vez de llorar, aprieta la mandíbula y levanta la barbilla. Me mira directo a los ojos y espera tozudamente a que yo diga algo. No quiero agradecerle, ni a ella y ni a nadie en esta nave. Sólo quiero volver a casa y reparar el mundo que dejé atrás. Quiero salvar a mamá y a papá y a mí mismo. Hacer amigos complica mis intenciones.

Pero Kaya no cede.

—Sé que algo te pasó a ti también —dice ella—. No tienes que contármelo, ni explicarme cómo o por qué ocurrió. ¿Pero quieres saber por qué me importas? ¿Por qué me agradas? Porque me lo prometí a mí misma cuando era pequeña. Si alguna vez veía a alguien que fuera azul, como yo, nunca lo abandonaría. Así que no voy a dejarte sólo porque tuviste un mal día. No voy a dejarte sólo porque estás enojado con el mundo. Ya no somos sólo

compañeros de habitación, Emmett, somos familia. Estoy aquí, y no voy a ir a ninguna parte.

Al terminar me mira intensamente, pero lo único que me atrevo a hacer es mirar hacia otro lado. Puedo sentir cómo mi armadura, colocada con tanto cuidado, cae hasta el suelo. No quiero que nadie conozca mis secretos, que me atraviere con su mirada de esta forma.

—¿En verdad viniste todos los días?

—Todos los que pude.

Asiento.

—Lo siento. Hoy fue muy duro.

—Lo sé, pero no estás tan atrás. Ya hice los cálculos, Emmett. Éste no es un juego de cinco cifras. Todavía estamos muy lejos de las puntuaciones finales.

—Pero cada punto importa.

—Tienes razón. Así que sigamos acumulándolos. Practicaré contigo mañana durante nuestro Sabbat. Ya descansaste lo suficiente en la unidad médica. Volvamos a afilarte.

Le lanzo una mirada de soslayo.

—¿En serio lo harías?

Ella ríe.

—¿Escuchaste siquiera una sola *palabra* de lo que dije? ¡Eres tan obstinado!

—Simplemente no lo entiendo.

Ella engancha su brazo en el mío.

—Me agradas: ¿qué hay que entender?

Por primera vez, no discuto. Necesito algo bueno ahora, y siento que sus palabras son todo lo que tengo. Nos abrimos paso hasta la habitación y fijamos un tiempo para entrenar mañana. Pero antes de despedirnos para ir a asearnos, me muestra algo en lo que ha estado trabajando. Es una cámara voluminosa, más *vintage* que lo *vintage*. Brilla de un color negro *nyxia*.

—Mi abuela tenía una —me dice—. Ven aquí.

Voltea la cámara y desliza un brazo alrededor de mi cintura. Coloco el mío alrededor de su hombro y sonreímos. La cámara escupe una pequeña foto

cuadrada. Kaya la arrebató, la agita en el aire y me la ofrece.

—No necesito verla para saber que lucimos bien. Toma, es tuya.

La coloco en el vestidor y observo mientras la foto empieza a cobrar vida. Parece que estamos a años de distancia de esa competencia. Nos vemos como amigos de verdad. Si tan sólo un buen baño pudiera lavar la realidad. Después me paro desnudo frente al espejo. La herida es un raspón de piel clara justo debajo de las costillas oscuras. Una lectura de mis señales vitales empieza a danzar. Dice que he perdido cinco kilos y medio. Puedo verlo entre mis costillas y en mis mejillas. La pantalla del espejo escanea el interior de mi estómago y empieza a emitir destellos verduzcos.

Pero hay un tipo de resquebrajamiento que el espejo no puede reflejar. Lo siento ahora más que nunca.

Distraído, tomo mi reproductor de música y abro su parte trasera. La tarjeta de acceso de Vandemeer centellea con posibilidades. Conociendo a Kaya, querrá quedarse para que leamos juntos. Mañana es el Sabbat, así que no tenemos que preocuparnos por la hora de dormir ni por buscar un descanso al siguiente día. Pero creo que puedo hacer que nuestra tarde sea más divertida. Me visto con ropa casual y me deslizo de vuelta a la sala. Kaya está esperando ahí con un libro sobre el regazo, pero lo hace a un lado cuando agito la tarjeta de acceso frente a su rostro.

—¿La robaste? —pregunta, con los ojos abiertos como platos.

—Hace tiempo —contesto, metiéndola dentro de un bolsillo con cremallera—. Es su tarjeta de repuesto.

Kaya tamborilea los dedos nerviosamente.

—¿La has usado?

—Aún no. ¿Quieres explorar un poco?

Ella sonrío debajo de su máscara.

—Veamos hasta dónde llega la madriguera del conejo.

Juntos revisamos los pasillos. No hay señales de Vandemeer. No hay técnicos de Babel por los pasillos. La mayoría de nuestros compañeros están descansando en sus habitaciones. Conduzco a Kaya por el pasadizo más cercano. Todavía no he podido usar la tarjeta, pero eso no quiere decir que no

haya hecho mi tarea. Desde que la sustraje, he mantenido los ojos abiertos para buscar pasillos y túneles y escaleras.

Bajamos por unas cuantas escaleras traseras y me detengo ante mi primer descubrimiento.

—Te presento una pared normal —le digo con dramatismo—. Excepto ante un mago.

Golpeo el costado de un panel al azar, y éste se abre. Kaya emite un grito ahogado cuando se revela un pasillo escondido.

—Genial —susurra a mi lado—. ¿Pero cómo supiste que estaba allí?

—Un mago nunca revela sus secretos.

Ella frunce el ceño y descansa su tacón sobre mi dedo gordo del pie.

—¡Ay! ¡Está bien, está bien! —apunto hacia el piso—. Se ve el rastro de pisada sobre las baldosas. ¿Por qué otra razón habría pisadas precisamente en este lugar? Fue fácil descubrirlo.

Ella hace un sonido de elogio mientras las tenues luces frente a nosotros se intensifican. Me recuerda las luces de ahorro de energía que instalaron en la tienda Food First, cerca de mi casa, en Detroit. Se atenuaban cada vez que pasaba tiempo sin que alguien transitara por el pasillo. Les tomó tres meses romperse. La sección de lácteos permaneció algún tiempo a oscuras porque la tienda se demoraba mucho en arreglar esas cosas. Yo siempre me imaginaba en una misión secreta para encontrar bocadillos. La única meta de *esta* misión es divertirse, pero la misma sensación recorre mi cuerpo. Me siento invencible.

—¿Para qué crees que los utilizan? —pregunta Kaya.

—Son atajos, supongo. Estoy seguro de que hay decenas por toda la nave.

Nuestro camino termina y abro otro panel. Nos deslizamos por éste hacia un pasillo amplio que lleva a una enorme puerta cerrada con un cerrojo negro. Bajo la cremallera de mi bolsillo, extraigo la tarjeta de Vandemeer y la deslizo por el sensor. La luz cambia a verde, la puerta se descorre y logramos entrar. Los ojos de Kaya se abren ante la sorpresa.

—Eres bueno para esto —dice.

Le guiño un ojo.

—Babel no es el único que guarda secretos.

Ríe, pero a medida que avanzamos, ella observa cosas que yo ignoro. Por ejemplo, lo grande que debe ser la nave y cómo Babel entretejió nyxia en paredes y alambrado de cada pasillo. Ella siempre tiene la mente abierta en esos detalles. No es una sorpresa que tenga una estrategia para todo. Yo, al contrario, nunca he sido muy bueno en eso. Más adelante, el pasillo se divide en dos caminos.

—Es tu decisión, Alicia —le digo.

Ni siquiera responde, sólo empieza a brincar felizmente por el pasaje izquierdo. Riendo, trote para alcanzarla.

—Esto es realmente genial, Emmett.

—Te debía una. Por no darte por vencida conmigo. Esperaba que esto equilibrara las cosas.

Puedo ver que está sonriendo.

—Nunca habría hecho esto yo sola.

—¿Para qué sirven los mejores amigos, sino para hacer tonterías juntos?

Se sonroja al escucharme. Lo digo en serio. Este lugar ya es bastante sombrío como para no tener amigos. La necesito. No me había percatado de esto antes, pero probablemente no tenga mucha oportunidad de sobrevivir a esta competencia sin ella. Caminamos en silencio, perdidos en el momento, y casi olvido mis propias reglas.

—Hey —digo, jalándola hacia atrás por el cuello de la camisa—. Regresa.

Se lo muestro. Con la espalda pegada contra la pared, doy vuelta lentamente más allá de la esquina. Sobre nosotros se cierne una cámara esférica negra. Incluso cuando pasamos por debajo de ella, podemos ver el parpadeo de un ojo rojo robótico. Gesticulo hacia Kaya para que cruce a la pared opuesta y repetimos el proceso por debajo de la otra cámara. Al final del pasillo, se levanta otra puerta oscura.

—¿Cómo aprendiste a hacer eso? —me pregunta.

—Asaltos nocturnos a la alacena de los bocadoillos.

Vuelvo a deslizar la tarjeta frente al sensor y se escucha un fluir y succión de viento. Los dos pisamos dentro de una antecámara. Sobre nosotros el aire silba entre las ventilas de metal. Esperamos unos cuantos segundos mientras los sensores de la habitación se ajustan a nuestra presencia. Sólo espero que

Babel no esté escrutando los lectores con demasiada atención. No me sorprendería si entraran de pronto para acabar con la diversión. Pero vale la pena tener un poco de libertad antes de ser descubiertos.

La segunda puerta se abre con un crujido y doy un paso hasta el borde. La habitación parece un cuarto de máquinas. Mucha tubería y tendido eléctrico. Todo está iluminado, con una caída de alrededor de treinta metros.

—¿Callejón sin salida? —pregunta Kaya.

—No lo creo —digo, mientras extiendo la mano hacia la sala.

Dentro del compartimento hermético todavía puedo sentir la atracción de la gravedad, pero tan pronto como mi mano atraviesa el umbral, se queda sin peso. Kaya la mira flotar hacia arriba y arquea una ceja.

Río, suelto un grito de alegría y salto hacia el aire sin gravedad. Me quita el aliento. La ligereza, la libertad, el temor. Miro hacia arriba mientras floto. Toda la habitación es un hueco vertical. Sólo de quince metros de ancho, pero alrededor de cien metros de profundidad. El primer salto me lleva hasta la pared más lejana. Extiendo la mano y agarro uno de los apoyos de metal, y me aferro a él. Kaya salta y planea con gracia, su ángulo es más alto que el mío y la expresión en su rostro no tiene comparación. Ajusta el cuerpo y sujeta una asidera unos cinco metros arriba de mí.

—¿Adónde crees que lleve? —pregunta.

—Descubrámoslo.

Me impulso en la pared y la aventajo flotando. Ella ríe y me sigue. Zigzagueamos por el hueco, nadamos por el aire, bailamos absurdamente y nos comportamos como niños por primera vez en el *Génesis II*. Sobre mí, Kaya se agarra de un segundo compartimento hermético negro. Doblo el cuerpo y me impulso hacia ella. Mi lance es demasiado alto, pero Kaya logra sujetarme una pierna y me atrae de nuevo hacia abajo.

—No hay sensor para escanear la tarjeta —le digo. Con cuidado, Kaya desliza sus pies debajo del borde expuesto del marco y se dobla por la cintura. Hay un círculo del tamaño de un puño perforado en el centro de la puerta. La veo meter la mano y rebuscar dentro. Luego entra en pánico. Su mano se queda atorada y su rostro se retuerce de terror. Horrorizado, alcanzo su hombro para tratar de jalarla, cuando empieza a reír incontrolablemente.

—Te atrapé —dice, con un guiño.

—Eres de lo peor.

Me impulso en la pared y me alejo flotando. Pasamos una hora explorando el lugar. Sólo hay dos compartimentos herméticos en la habitación. Por el que entramos, y el que no podemos atravesar. Kaya pasa la mayor parte del tiempo mirándolo, preguntándose por qué no hay sensores en él. Después logro alejarla de ahí, tentándola con golosinas que tomé de la cafetería. Contamos historias, comemos y reímos hasta sentirnos físicamente mal.

Espero que en cualquier momento Defoe y los guardias de Babel aparezcan y arruinen la diversión, pero ese momento nunca llega. Ni siquiera cuando nos dirigimos de regreso a nuestra habitación. Kaya ríe emocionada cuando estamos de vuelta en el sofá, y los dos nos sumergimos en la algarabía de habernos salido con la nuestra. Escuchamos música en mi reproductor y jugamos a las cartas hasta que nos sentimos demasiado cansados para pensar en otra cosa que no sea dormir, hasta que sentimos que todo el dolor y el enojo y la frustración se han alejado unos cuantos millones de kilómetros de distancia.



## DÍA 50, 23:47 HORAS

### A BORDO DEL GÉNESIS 11

**D**icen que el dolor es debilidad que sale del cuerpo. De ser cierto, entonces cada uno de nosotros se está volviendo lo suficientemente fuerte para llevar mundos a cuestas. Los días de la competencia empiezan a fundirse en uno solo. Ganamos y perdemos en la Conejera, pero cada carrera se siente como la continuación de la anterior, como si fuéramos a correr para siempre entre bosques simulados.

Las explosiones mineras virtuales y los sensores de dolor nos recuerdan que algún día las consecuencias de nuestros errores serán más que píxeles desfragmentados en pantalla. Babel exige perfección porque la perfección nos mantendrá con vida en Edén. Hay un ritmo tan predecible en nuestro horario que sólo noto cuando cambia la letra de la canción que componemos. El día en que empiezo a aprender más sobre mis competidores.

El quinto Sabbat, Bilal me invita a su habitación a jugar a las cartas. Mi primer instinto es rechazar la oferta, agradecerle y retirarme a la seguridad de mi propia habitación, pero me doy cuenta de que sería agradable relajarme y hacer algo que no exija pensar. No es que Bilal sea precisamente el enemigo. Desde el primer día ha sido abierto y amable conmigo. Acepto la invitación y lo sigo arriba.

—Longwei vive en la otra habitación —me explica—. Pero no disfruta la compañía.

Su espacio residencial es idéntico al nuestro. La única diferencia es que la puerta de Bilal está completamente abierta. Una mirada adentro muestra su

ropa doblada con cuidado y sus pertenencias organizadas en la mesa junto a la cama. Asiento en esa dirección.

—¿Está rota tu puerta?

Niega con la cabeza.

—Pedí que la fijaran así. Quiero que todos se sientan bienvenidos.

No puedo evitar sonreír al escucharlo. Es un chico tan extraño. Tomamos asiento frente a la mesa y Bilal empieza a sacudir una cajita para extraer los naipes. Lo miro separar las cartas de Joker y barajar dos veces, por si acaso. Coloca los naipes con cuidado a un lado y levanta la mirada.

—Ahora sólo tenemos que esperar al resto.

Lo miro con curiosidad.

—¿Cómo dices?

—Invité a todos. Será maravilloso jugar una partida en *grande*.

Me trago la frustración. Debí saberlo: Bilal no excluye a la gente. No pasa el tiempo contando sus enemigos como lo hago yo. Dirijo la mirada hacia la puerta y siento que la incomodidad empieza a subir lentamente por mi espina. La primera persona llama a la puerta y Bilal se incorpora. Jazzy entra a la habitación saludando con la mano y toma el asiento más cercano al mío.

—*Moría* de ganas de jugar a las cartas —dice.

Kaya es la siguiente, y Katsu arriba poco después. Comienza como cualquier otra comida compartida o competencia. Reímos con las bromas iniciales, pero en breve el humor se desvanece. Llega Jaime, seguido de Isadora y Roathy. Tener que verlos en un lugar que yo quería sentir seguro me enreda las vísceras. Todos jalan una silla o se sientan en un cojín. Azima es la última en alcanzarnos, y así, sin más, ya estamos reunidos todos, sentados alrededor de la misma mesa, excepto por Longwei.

Y entonces sucede algo mágico.

Bilal explica su juego favorito, reparte los naipes y nos hechiza con su magia. Toda la tensión se libera de nuestros hombros tensos y manos nerviosas. Mostramos nuestros *full house* y nos esforzamos por hacer escaleras de color y reímos cuando Katsu saca una reina que lleva escondida bajo la manga. Por un rato, no somos competidores que se arrojan a la oscuridad interminable. Somos chicos sentados al fondo de un salón de clases.

El maestro nos ha dado un momento libre, y eso tiene un dejo a eternidad.

Jugamos durante horas. Lo suficiente para que las conversaciones más ligeras empiecen a cobrar peso. Jazzy es la primera del grupo lo suficientemente valiente para hablar de casa, sobre el mundo que dejó detrás. Escucho y todos mis instintos dicen que es un error: está entregándonos sus secretos, sus debilidades; pero al mismo tiempo, me siento embelesado por su honestidad.

—Mis padres siempre me obligaron a competir en concursos de *belleza y cerebro*, pero siempre terminaba en tercer o cuarto lugar. Después de un rato, mi familia quedó en bancarrota por todos los gastos en viajes que habían hecho —Bilal reparte otra mano. Todos miran sus naipes rápidamente, pero permanecemos atentos a escuchar el resto de la historia de Jazzy—. Tanto dinero derrochado. Aunque en realidad, no lo extrañamos hasta que supimos del cáncer de seno de mamá —la miramos mientras se levanta ese mechón de cabello de puntas rosadas cada vez más pálidas—. ¿Será mala suerte si el rosa se deslava por completo?

Nadie contesta. Todos bajamos la mirada hacia nuestras cartas. Pasa un minuto antes de que Katsu suelte una profunda carcajada. Azima intenta silenciarlo con una mirada severa, pero éste la ignora. Todos lo observamos dar de tumbos hasta llegar a la puerta.

—¡Sólo esperen! —dice Katsu—. Vuelvo en seguida. ¡Nadie se mueva!

Azima frunce el ceño antes de extender la mano para apretar la de Jazzy. Todavía estoy diseccionando la gravedad del momento. Kaya compartió su historia conmigo, pero sólo porque somos un equipo. Eso lo vuelve distinto de alguna manera. Aprendimos cosas sobre los otros competidores, pero no puedo imaginarme ofreciendo mis secretos para que sean aprovechados por el resto. Nos sentamos en silencio hasta que la puerta se abre y Katsu vuelve a entrar como un torbellino en la habitación. Sostiene una pequeña y delicada cajita. Puedo ver que está casi sin aliento. Observamos mientras descubre el contenedor y lo desliza al centro de la mesa. Todos se inclinan hacia adelante para poder ver en su interior.

—*Higashi* —anuncia Katsu—. Mi último trozo. Está hecho con genuino *wasanbon*.

Escucho a Kaya hacer un ruido de apreciación. El dulce es pequeño y delicado. Se parece a una galleta. Está tallada en la forma de un barco y es color verde menta. Jazzy arquea una ceja.

—Estoy confundida —dice ella—. ¿Esto qué tiene que ver conmigo?

Katsu cierra la cajita.

—Roathy dijo que todos somos pobres, ¿no es así?

Los ojos se mueven en dirección a Roathy, éste se limita a encogerse de hombros.

—Tiene razón —dice Katsu—. Quiero decir, vamos, Babel claramente eligió el puñado de chicos más lamentables que pudo encontrar. Así que sólo consideren éste un tramo más de su concurso. Quien cuente la historia de vida más triste podrá comer mi último *higashi*. Por ahora, Jazzy va a la cabeza.

Katsu desliza la cajita ligeramente hacia Jazzy antes de dar un paso atrás. Estoy a la espera de que todos rechacen la idea, pero Azima se inclina emocionada sobre la mesa.

—Haría *lo que fuera* por un dulce.

Ella explica que es parte de la primera generación del pueblo de los rendille en instalarse plenamente en las ciudades de Kenia. Alguna vez, dice, no hubo mayor pecado para su pueblo que la inmovilidad. Dormían bajo las estrellas, hacían carreras contra el sol hasta el horizonte e iban a donde hubiera agua. Nos cuenta que hasta su nombre, Azima, significa *hechizada mágicamente para el movimiento*. Ese nombre, normalmente reservado para los varones, lo obtuvo porque de pequeña nunca paraba de moverse.

La mudanza está en su sangre, en sus huesos, pero los ancianos decidieron que la supervivencia de su pueblo dependía de estar quietos, de volverse modernos. Así que ella vio cómo los tíos y tías se mudaban a las ciudades y perdían la cordura sentados frente a escritorios, con la vista clavada en pantallas de computadores. Su familia se redujo a una vida entre muros y, con el tiempo, dentro de ataúdes. Cada pariente enterrado en ciudades tan ajenas para ellos como cualquier estrella.

—Tengo miedo —dice—. Sé que esta misión me confiere un gran honor, pero ¿qué pasará cuando vuelva a casa? ¿Qué hombre se atrevería a pedir mi mano ahora que he vagado por las estrellas? Mi vida nunca volverá a ser la

misma.

Ríe nerviosamente con el silencio que sigue a su confesión. Repartimos otra mano y fingimos que sus miedos no suenan como los nuestros. En vez de deslizar el *higashi* en dirección de Azima, Katsu se lanza a contarnos su historia.

—Papá se marchó cuando yo tenía tres años. Él vive en Estados Unidos. Mamá nunca volvió a ser la misma después de eso. Tengo esta imagen fija en la mente: ella mirando a través de las ventanas de nuestro departamento. Viví con mi abuela algún tiempo. No lo sé. No siento como que haya mucho adónde volver.

Jaime asiente para indicar que comprende. El movimiento llama la atención de la mesa. Él lanza una mirada incómoda que va de nosotros al *higashi* antes de aclararse la garganta y comenzar su relato.

—Mi familia tenía una granja —dice—. La vida era buena. Vivir en un pueblo en la montaña era simple, pero tuvimos un mal año, y los vecinos nos odiaban. Quedamos en la ruina. Lo perdimos todo.

Retiro una mano de naipes perdedora y miro a Jaime de reajo. Quiero retarlo, acusarlo de mentir, pero nos muestra una fotografía descolorida.

—Ésta es la última imagen que tomamos de la granja.

La pasa alrededor de la mesa. Los bordes están tan desgastados que el papel ya no tiene una forma definida. Su madre es una mujer hermosa. Jaime claramente heredó los ojos pálidos y el mentón afilado de su padre. Los tres están parados frente a una granja con vacas que se pasean por el fondo. Me quedo mirando la imagen lo suficiente para perder mi turno de apostar. Cuando finalmente levanto la mirada, Jaime me observa. Ofrece una sonrisa educada, y ahora sé que todo este tiempo he sido un cabrón. Sus papás *realmente* eran granjeros. Él dijo la verdad. Bilal reparte otra mano mientras la vergüenza hierva en mi interior, pero soy demasiado cobarde para decir *lo siento*.

Katsu me salva del bochorno. Se ríe con fuerza y me arrebató la fotografía.

—Muchos puntos por el uso de utilería, Jaime —dice—. Pero Jazzy todavía te aventaja. Simplemente no hay nada tan triste como una bebé con tiaras desfilando por un escenario.

Jazzy y Jaime comparten una sonrisa con eso. Katsu empuja la caja en

dirección de Jazzy antes de lanzarle una mirada al resto de los congregados a la mesa.

—¿Quién sigue? ¿Quién reclamará el último *higashi*? Tengan en mente que es un regalo de mi abuela, muchachos. Así que más les vale tomarlo en serio. ¿Qué tal tú, Bilal? ¿Por qué nos invitaste aquí, para empezar?

No estoy seguro de que a Bilal le guste este nuevo juego, pero es demasiado educado para rechazar la invitación de Katsu. Sonríe antes de decir:

—La hospitalidad no es opcional. Es lo que se espera de todo hombre honorable. Eso me enseñaron mis padres. Así fui criado.

Comienza a describir la aldea sobre la montaña de la que proviene en Palestina. Dos de sus mejores amigos eran un par de borregos. Cuanto más escucho, más siento la distancia entre nosotros. No entiendo a la gente como él. Dos veces su casa fue incendiada por completo. Su familia pasó verdadera hambruna. Es un milagro que alguien con su historia hubiera aprendido a sonreír. Pero eso es lo que hace siempre. Hay un paraíso en él que ninguna oscuridad puede ensombrecer.

Cuando Bilal termina su relato, Jazzy desliza la cajita hacia él.

—Sé reconocer cuando me han derrotado.

Bilal delinea la tapa de la caja con dedos ociosos antes de mirarme directamente.

—¿Y tú, Emmett? —pregunta—. ¿Puedes reclamar la cajita?

Niego con la cabeza.

—Lo dudo, hombre.

Me sonrío.

—Deja que nosotros lo decidamos.

Siento el peso de sus miradas. Me he buscado la vida en los rincones y las callejuelas. Nunca hubo un escenario al que sintiera que pertenecía, pero la callada atención de Bilal me convence de que todo saldrá bien. Las palabras fluyen como un torrente desde mi boca.

—Mamá enfermó hace unos años —digo—. Fallo renal. Está avanzando en la lista de espera de trasplantes gracias a la influencia de Babel, pero ha sido difícil. Papá hace lo que puede, ¿saben?, pero es como si sus jefes estuvieran

contentos de verlo matarse por cada centavo. No lo sé, hombre. Tengo gente buena en mi barrio, pero es como si viviera en un mundo en el que la mayoría de las personas prefiere verme sentado en la fila de atrás, tomando lo que el mundo tiene por darme, y simplemente guardara silencio. Así es la vida, ¿no?

Encojo los hombros para indicar que he terminado, que es todo. Bilal asiente como si supiera exactamente cómo me siento. Empieza a pasar el *higashi* hacia mí, pero se detiene cuando Roathy se levanta. Casi espero que abandone la habitación, que nos diga que todo esto es una pérdida de tiempo. En cambio, comienza a hablar.

Nació en el Imperio Tríarco. El enorme conglomerado de países en la frontera con China probó ser una potencia económica en la última década, pero Roathy nos cuenta que él es uno de los miles de chicos que crecieron sin casa, peleando unos con otros por las sobras de basureros y callejones.

—Las peores peleas —dice— siempre fueron contra los perros.

A medida que sigue hablando, pienso que puedo entenderlo mucho mejor de lo que comprendo a Bilal. Roathy no es del tipo que le sonría a un mundo que lo olvida. Eso lo entiendo, y lo entiendo a él. La verdad lo vuelve peligroso. Dejó una vida a la que no puede volver. Cuando termina, Bilal mira entre nosotros dos, dudoso de cómo resolver esto de manera educada. Asiento en dirección de Roathy.

—Creo que él gana.

—No tan rápido —dice Katsu—. Todavía faltan Kaya e Isadora.

Hay un pequeño ruido de protesta a mi izquierda. Los ojos de Kaya están ensombrecidos y amenazadores sobre su máscara. Sé lo que dirá antes de siquiera abrir la boca.

—Hay algunas competencias que no deseo ganar.

Katsu parece molesto pero guarda silencio. La atención en la habitación se dirige hacia Isadora. Ella se levanta y se acerca para aceptar la cajita de las gentiles manos de Bilal. Suena un pequeño resuello cuando retira la tapa, toma el dulce y lo mete completo en su boca.

Escuchamos un crujido. El polvo llena el aire alrededor de sus labios, y dice:

—No tengo que contar mi historia para saber que ganaría.

Con eso, se retira. Su partida causa estragos entre el grupo como la medianoche en un cuento de hadas. La magia que Bilal había creado para nosotros comienza a escurrirse entre nuestras manos. Roathy sigue a Isadora. Los demás permanecemos y jugamos, pero ya no reímos. La conversación gira en torno a Isadora. Siempre ha sido la más callada del grupo, pero eso no quiere decir que no haya dejado pistas por aquí y por allá. Parece ser que alguna vez le dijo a Jazzy que no hay algo más importante para ella que ser madre. Y de vez en cuando ella y Katsu lamentan el hecho de estar por perderse la inminente transmisión de la Copa Mundial de Fútbol.

Sólo tras haber examinado estos hechos en pleno dirigimos la conversación al *verdadero* misterio sobre Isadora: su tatuaje. Todos han visto el ocho coronado que tiene en el cuello, pero queda claro que todos hemos escuchado explicaciones muy distintas al respecto.

—Es el número de su jugador de fútbol favorito —explica Bilal.

Azima niega con la cabeza.

—Me dijo que es el día en que murió su mamá.

—Pensaba que era un recordatorio de que quedaría entre los primeros ocho —dice Jazzy—. ¿No es por eso que tiene una corona?

Katsu ríe.

—¿Cómo habría sabido que debía quedar entre los primeros ocho? ¿Crees que se hizo el tatuaje después de subir a la nave?

—Es la más joven de una familia de ocho —dice Kaya con firmeza—. Por eso originalmente se hizo el tatuaje. Siempre sintió que estaba en último lugar. Eso dijo.

Cuando cuestionamos a Isadora al respecto al siguiente día, ella entornó los ojos juguetonamente.

—Pensaría que es obvio. Ocho. La cantidad de tontos que se necesita para descifrar el significado de un tatuaje.

Una noche de jugar a las cartas extrajo los colores del mundo oscuro que Babel intenta construir entre nosotros. Todavía excavamos y peleamos con fiereza por sumar cada punto, pero ya hay algo humano debajo de cada máscara. Conozco algunos de sus secretos y algunas de sus historias. Ahora sé que no soy el único que viene de un mundo fragmentado y que no soy el único



deseoso de arreglarlo.

Sólo Longwei mantiene su privacidad al límite. A medida que las semanas transcurren, nunca se sienta junto a alguien para platicar. No juega a las cartas durante el Sabbath. No cuenta historias sobre su infancia. Sus acciones son las únicas que hablan con fuerza: aborda cada evento como un poseso. El fracaso no es una opción. El segundo puesto es una marca de vergüenza, al parecer. Incluso en el silencio, Longwei está probando que la teoría de Kaya es correcta. Todos lo estamos. Ella dijo que cada uno de nosotros estaba roto. Aseguró que podía verlo en nosotros, brillante como la pintura en un lienzo. Escuchar la verdad de eso en cada una de nuestras historias me pone a pensar en cómo fuimos elegidos por Babel.

Recuerdo que me pidieron salir de clase de álgebra. El director me condujo a una sala de conferencias. Había tres de ellos. Todos vestían traje. Me asusté mucho.

Cuando me senté, deslizaron el primer contrato por la mesa y dijeron que había sido seleccionado. ¿Acaso no era un suertudo? Mi nombre había salido premiado en una lotería de miles de solicitantes.

Lo curioso es que nunca presenté solicitud para participar.

## DÍA 99, 16:35 HORAS

### A BORDO DEL GÉNESIS 11

**A** medida que nos vamos acercando a la Torre Espacial, aprendemos que ésta es una competencia de altibajos. Los huesos se rompen, los tobillos se tuercen, los músculos se distienden.

Babel nos empuja por los acantilados con la expectativa de que despleguemos las alas y aprendamos a volar. A veces lo hacemos.

Estoy parado frente al espejo. Ya no existe una barriga que me ajuste al traje. El abdomen marcado de cuero acanalado en realidad representa fielmente los músculos que tengo debajo. Babel y Karpinski se llevaron la suavidad de mi alma en semanas. Ha tomado un poco más deshacerme también de la *suavidad* física y lograr esculpirme en algo duro y poderoso.

Vandemeer espera en la sala junto a Kaya. Entrenamos cada mañana. Cada noche estudiamos a Edén y los adamitas. Cada día ambos me ayudan a subir con mucho esfuerzo en el tablero de marcación. Nuestra alianza está valiendo su peso en oro. Después de hacer abdominales y lagartijas, Vandemeer me interroga sobre los climas de Edén. Cuanto más aprendo, más misterioso parece aquel mundo. Edén no es la Tierra. Los adamitas no son humanos. Las similitudes existen, sin duda, pero subestimar nuestras diferencias podría matarnos. Es útil saber que casi toda la población adamita vive en una enorme ciudad. Es útil saber que su edad de mortalidad promedio es más del doble de la nuestra. Hasta las cosas pequeñas, como el hecho de que nunca se comunican por medio de movimientos de cabeza o de las manos, podrían importar cuando estemos en la superficie, frente a ellos.

Bajamos juntos a desayunar. También los demás han cambiado. Katsu sigue siendo enorme, pero ya ha endurecido los músculos de sus brazos y pecho. Kaya tiene razón sobre él. Hay días en que no puede esconder la tristeza que hay detrás de sus bromas astutas. En esos días, es más oscuro y más amargo que cualquiera de nosotros.

Bilal ha crecido varios centímetros, de hecho. Ahora se ve alto y bobalicón, pero sigue sonriendo todo el tiempo. El rostro de Jaime se ha adelgazado. El cambio enfatiza sus pómulos, que lo hacen parecer aún más un príncipe medieval. Poco a poco he estado disminuyendo mi desconfianza natural hacia él. Él me ha estado perdonando lentamente por todas las acusaciones tempranas. Sólo Azima no ha cambiado. Ella asegura que este tipo de caos está en su sangre. Dice que nació para sobrevivir en condiciones mucho menos amables.

Solía pensar que eso era cierto también para mí.

El entrenamiento de Vandemeer no sólo es físico. También es mental. Una lección que no puedo interiorizar es su petición de no obsesionarme con el tablero de marcación. A pesar de sus recordatorios sobre la psicología y el pensamiento positivo, siempre termino mirando el tablero después de cada actividad, cada refrigerio, cada todo:

1. LONGWEI	370,900 puntos
2. BILAL	363,300 puntos
3. AZIMA	362,750 puntos
4. KATSU	361,450 puntos
5. KAYA	348,050 puntos
6. JAIME	325,200 puntos
7. EMMETT	295,350 puntos
8. ISADORA	288,080 puntos
9. JASMINE	280,050 puntos
10. ROATHY	274,324 puntos

Me tomó meses alcanzarlos y mantener mi posición. Pero llegar aquí no es suficiente. Un tobillo torcido o un pulmón perforado o un hueso roto pueden detener el flujo de mi puntuación en cualquier momento. Ahora debo concentrarme en construir una ventaja duradera con respecto a los últimos en puntuación. Si hay algo que he aprendido es que nadie está a salvo. No hasta que se haga el recuento final y arribemos a Edén.

Otra cosa que he aprendido es que ninguno de mis competidores es la liebre perezosa de las fábulas de Esopo. Todos corren sin parar. Todos se levantan cada mañana con un propósito.

Casi todos gozan de cierta habilidad que sigue sumándoles puntos. Azima nunca ha perdido un combate. Bilal y Jazzy están en un nivel muy superior en el aprendizaje de aula. Katsu es uno de los manipuladores de nyxia más brillantes que he visto, y Kaya siempre está un paso adelante en la formulación de estrategias. Jaime es bastante bueno para todo, y Longwei es muy bueno en todo. Sé que puedo competir con cualquiera de ellos, pero me veo obligado a avanzar un paso a la vez. Es un juego de pequeñas victorias.

Esta mañana Defoe nos pone a hacer sujeciones. De todos los ejercicios de Babel, es mi favorito. Un pódium de superficie plana se alza entre dos competidores. Defoe manipula la nyxia y la oculta bajo una tela. Cuando descubre la cortina debemos luchar para obtener el control del artículo de nyxia.

Tomo mi lugar frente a Bilal. Una respiración profunda me permite empujar lejos mis pensamientos. Voy a un lugar de piedra fría y agua serena antes de que Defoe dé el banderazo de salida.

Un reloj de madera rústica. Bilal y yo corremos por la nyxia a la vez, pero soy más veloz que él. Puedo sentirlo en mi mente, dando empujones, tratando de alcanzar lo que ya sostengo entre mis manos mentales. Cierro los ojos y me aferro con más fuerza a la imagen del reloj, con sus números negros y sus manecillas doradas. Cuando he terminado, empujo el objeto hacia atrás contra Bilal y manipulo la sustancia para obtener un libro encuadernado en piel.

—Tiempo —anuncia Defoe.

Los dos abrimos los ojos y mi creación está sentada en el pódium, con título y todo.

Bilal sacude la cabeza con incredulidad pero me felicita:

—¡Buena atracción!

Los puntos van sumando a cuentagotas. Pequeñas victorias, me repito. Conseguí los puntos y Bilal no. Sólo necesito que eso ocurra unas cien veces más. Casi todos los días puedo ser mejor que todos, excepto con Longwei. Su fuerza en este ejercicio se siente como avanzar frente a un camión de dos toneladas. El tipo ni siquiera sonrío cuando gana. No estoy seguro de verlo sonreír hasta que una nave espacial lo conduzca a las costas brumosas de Edén. Quizá ni siquiera entonces.

Bilal y yo caminamos al final de la fila y observamos mientras Longwei se yergue frente a Katsu. Cierra los ojos y mantiene su cuerpo completamente quieto. Vemos cómo Defoe retira la cubierta y apenas logramos atisbar la forma y tamaño antes de que Longwei lo sujete. Katsu gruñe mientras el característico medallón de oro de Longwei cae repiqueteando sobre el pódium. Ni siquiera sonrío cuando Defoe nos da el resto del día libre.

—¿Cómo hiciste eso? —pregunta Bilal—. Siempre me dejas varado afuera de la reja.

—No lo sé. Todo tiene que ver con la concentración. No puedes estar pensando en ninguna otra cosa.

Ése es el discurso que le ofrezco cada día. Bilal, quien viene a mi habitación en Sabbat y me cuenta historias. Bilal, quien lee a Kaya y a mí versos de sus poemas favoritos, quien nunca deja de sonreír. Pero él está en segundo lugar, así que, ¿debería ayudarlo? ¿Debo contestar sus preguntas si soy el que está luchando por ponerse al día?

—No sé tú, pero yo estoy agotado —dice Bilal—. Si mañana no fuera Sabbat, lo más probable es que me habría tomado el día libre para ir a que me revisaran la rodilla.

La rodilla ha estado molestándole desde hace una semana. Su médico piensa que podría tratarse de un menisco roto. Una herida así podría mantenerlo fuera al menos por una semana si necesita cirugía. Después de mi tiempo en la unidad médica, no le deseo mala salud a nadie. Pero todos estamos propensos a lastimarnos. Jazzy estuvo fuera una semana completa por un esguince en la parte alta del tobillo. Isadora debió descansar por algún tipo

de vértigo espacial. El mecanismo aceitado de Babel se impulsará con o sin nosotros. Longwei es el único que no ha necesitado un solo día libre.

Y tiene sentido: es más máquina que hombre.

—Estás en segundo lugar —digo a Bilal—. Con gusto cambiaría papeles contigo. Esas primeras semanas me costaron muchísimo, y ahora a duras penas consigo mantenerme a flote.

—Sólo he tenido suerte. Entonces qué *sondeas*, ¿le sigo?

Asiento.

—Confía en mí, *sondeo*.

*Sondear y bandazo y charla de asiento*. La jerga se ha ido desarrollando en los últimos meses. Un híbrido de palabras de la Tierra y algo que estamos creando nosotros mismos. Todos hemos agregado frases a la mezcla, cada quien desde su rincón del mundo. Jaime fue el primero, cuando me dijo que era un *bandazo*, el día que me puse como energúmeno con él. Eso y *batazo*, se alternan como la mejor manera de decirle a alguien que está comportándose como un idiota. Yo agregué lo de *sondear*. Azima creó *charla de asiento*. Jazzy comenzó con el popular *ve a chuparte el dedo*. Tengo la misma lengua madre que ella y ni siquiera estaba seguro de qué quería decir con eso. La nueva jerga le da a nuestro grupo la sensación de familia. Como la mayoría de las familias, tenemos rivalidades y peleas y guardamos cada vez más secretos unos de otros. Como la mayoría de las familias, nos criticamos con más frecuencia de lo que nos felicitamos.

—Hey, ve a revisarte esa rodilla mañana —le digo a Bilal—. Yo voy a ponerme al corriente con las horas de sueño, así que no estoy seguro de tener tiempo para pasar el rato, a menos que sea durante el desayuno.

Bilal asiente y juntamos los puños. Se lanza en su dirección y yo en la mía. Kaya me espera en nuestra habitación.

—Recuérdame por qué acabo de mentirle así a Bilal. Siempre me siento culpable por hacerlo. Es como mentirle a un ángel.

—Él es un ángel, sin duda —contesta Kaya—. Y por eso no encaja en nuestras actividades de mañana.

Pongo los ojos en blanco.

—Déjame adivinar... ¿más exploraciones?

La competencia no es lo único que ha cambiado. El interés de Kaya por Babel ha crecido hasta transformarse en una obsesión. Casi me siento culpable por ello. Descubrir la habitación de cero gravedad sólo la hizo más curiosa. Yo sueño con escalar en el tablero de marcación; Kaya sueña con lo que está detrás de aquella puerta cerrada del *Génesis II*.

No ayuda que Vandemeer haya comenzado a imprimir diarios que nos da a leer. Dice que es investigación de refuerzo positivo. Cree que ofrecernos información sobre Babel y los adamitas nos hará creer que lograremos bajar a Edén. Las lecturas densas que se suponía debían poner la mirada de Kaya sobre el Edén hicieron lo opuesto. Se la pasa encontrando cosas nuevas que alimentan sus sospechas. Está convencida de que Babel oculta algo, y cree que nosotros somos los detectives adecuados para resolver el acertijo. No es difícil entender su obsesión. Ella florece cuando encuentra soluciones a los problemas. Aquella puerta es el único misterio que no ha podido resolver.

Me obliga a llevarla a la habitación de cero gravedad, aunque nunca hemos logrado pasar más allá del segundo compartimento hermético. A juzgar por la expresión en su rostro, lo de mañana implicará más exploraciones. Realmente me sorprende cada vez que volvemos sin un infante de Babel como escolta. A Vandemeer no se le escapa nada. Quizá notó que la tarjeta no está y no ha actuado porque sabe que para Babel todo error conlleva un costo. Me viene a la mente una imagen de Karpinski atado y de rodillas. Si es así como Babel lidia con los suyos, sería sabio que Vandemeer mantuviera la boca cerrada.

—Más exploración —confirma Kaya—. Pero esta vez tengo una sorpresa para ti.

Río.

—Como tú digas. Tengo una cita para llamar a casa y una tarde en el sauna. ¿Quieres que nos veamos a la hora de siempre?

Ella asiente.

—Descansa, Emmett.

## DÍA 100, 10:33 HORAS A BORDO DEL GÉNESIS 11

**L**as comidas son impredecibles durante el Sabbat. El horario de todos cambia drásticamente. La gente come tarde, o temprano, o no come. Una vez, Katsu durmió el día entero. Despertó justo a tiempo para iniciar otra semana de interminable fatiga.

Así que sólo es por tonta suerte que me topo con Bilal de camino al desayuno. Intercambiamos saludos de buenos días y descendemos juntos dando tumbos por las escaleras. Como es natural, Longwei es la única otra persona que está despierta tan temprano. Nuestro irritante líder ni siquiera levanta la mirada mientras Bilal y yo recorremos la oferta del bufet. Se siente tan normal bromear con Bilal y sentarse a comer que casi no noto la manera tan extraña en la que se está comportando. Siempre ha sido un poco desmañado, pero hoy está decididamente nervioso. Su cabello normalmente peinado luce caótico. Mientras mastico un pedazo de tocino, me doy cuenta de que está sonrojado. Y sudoroso.

Le apunto con mi tenedor.

—Hey, ¿qué demonios te pasa hoy?

Sus ojos revolotean rápidamente hacia el final de la mesa, en dirección a Longwei. Está parado frente al bufet, de espaldas a nosotros, revisando entre los platillos. Bilal regresa, satisfecho de saber que nadie escuchará lo que pretende compartir.

—Anoche, Azima me besó.

Ahora lo miro fijamente.



—Perdón, creo que se averió tu máscara, Bilal. Escuché que dijiste que Azima te *besó* anoche.

Su rostro se torna un tono más intenso de carmín.

—Eso dije.

—Azima, ¿te besó?

Asiente.

—En los labios.

Una enorme sonrisa me divide el rostro en dos. Con razón luce como si fuera el fin del mundo. Bilal debe ser el chico más lindo del mundo, pero no es difícil suponer que éste ha sido su primer beso. Río y extendiendo la mano para juntar los puños. Bilal responde, medio riéndose también, pero luego niega con la cabeza.

—No debería reír. No es honorable.

—¿Besarse? —pregunto—. Amigo, no tiene nada de malo besarse un poco. Bilal vuelve a negar con la cabeza.

—Pero debo pedir la aprobación de sus padres.

—Buena suerte —le contesto, señalando con el pulgar—. Sólo están a unos cuantos millones de kilómetros hacia allá.

—Exactamente —contesta Bilal, con el rostro marcado por la preocupación—. No es correcto...

Lo interrumpe el ruido de un plato al quebrarse. Ambos levantamos la mirada como pájaros sorprendidos. Longwei está en pie junto al borde de la mesa y sus huevos son un revoltijo de blanco y amarillo en el suelo. Pero él no está mirando el plato caído o el desastre culinario que ha causado, sus ojos están fijos sobre Bilal. Me toma un segundo darme cuenta de que también él está sonrojado.

—¿Podemos ayudarte, Longwei? —pregunto.

Está abriendo y cerrando sus manos.

—Yo besé a Azima.

Todo el rubor se escurre del rostro de Bilal. Ambos se lanzan cuchillos con las miradas mientras yo empiezo a estallar en carcajadas. Es demasiado divertido para no reírse. Todo este tiempo, Longwei se erigió como el competidor intocable. Trabaja muy duro y es más listo y rápido que cualquiera

de nosotros, pero con sólo cuatro palabras alteró la imagen que tengo de él. Es difícil hasta imaginarlo besando a alguien. Normalmente evita cualquier cosa que no le granjeé puntos en el tablero de marcación.

Sin embargo, ver a Bilal detiene mi diversión. La mirada que está lanzando a Longwei es de furia. En realidad lo que me perturba no es mirar en él enojo, sino la ausencia de sonrisa.

—Escuchen, chicos —digo, tratando de mediar—. Estoy seguro de que todo esto es una equivocación.

Longwei me ignora.

—Yo la besé primero.

Antes de que Bilal pueda contestar, Longwei abandona furioso la estancia. Me obligo a contener la risa, ¿en verdad lo dijo?, ¿que él besó a Azima primero? ¿Ése es su argumento? Bilal está respirando profundamente mientras busco las palabras correctas. Por suerte, él las encuentra primero.

—Pero, ¿cómo pudo hacer eso? —pregunta.

Me encojo de hombros.

—Ya no es el año 2020, hombre. Una chica tiene derecho a besar a quien quiera.

—No, no eso —contesta Bilal—. Estoy de acuerdo en que es su derecho... pero, ¿Longwei? ¿Cómo pudo besar a Longwei? Debo ducharme, me siento sucio...

Comienza a caminar en la dirección equivocada.

—Bilal —digo—. Por allá. Tienes que ir por allá.

Él asiente y cambia de dirección.

—Longwei, entre toda la gente...

Espero a que doble la esquina antes de estallar en carcajadas. Tendré que dar las gracias a Azima después. Éste podrá ser mi momento favorito a bordo del *Génesis II*. Todavía recuerdo el discurso que nos dio sobre encontrar a un hombre digno de ella, pero no sabía que estaba realizando entrevistas. Ninguna de sus selecciones me sorprende. El nombre de Longwei ha estado en primer o segundo lugar en el tablero de marcación desde el principio, y Bilal es el tipo más amable que yo haya conocido jamás. Además, ha competido bien. Ambos son dignos, cada uno a su manera, pero me resulta difícil

imaginar a Azima conforme con cualquiera de los dos.

Suspiro y tomo una nota mental para hablar más tarde con Bilal. Conociéndolo, nunca pensaría en tomarla contra Longwei, pero estoy seguro de que va a estar dándole vueltas al asunto en la cabeza. Comienzo una segunda porción de desayuno cuando Vandemeer me localiza.

—¿Listo para bajar a la Sala de Contacto?

Caminamos juntos por los pasillos. También Vandemeer tiene el Sabbat libre, pero a veces los pasa trabajando con nosotros de todos modos. No podría haber pedido un médico más dedicado. Siempre está sermoneándome para que no revise los tableros de marcación, pero mientras caminamos hacia la Sala de Contacto, está mirando cada uno de ellos.

—Es Sabbat, Vandemeer. Las puntuaciones no van a cambiar pronto.

—Lo sé —dice, sonriendo—. Sólo estoy orgulloso de tu progreso.

—Sí, bueno, no cantemos victoria todavía. Falta mucho por hacer.

—Qué positivo.

Vandemeer desliza la tarjeta para que entremos a la Sala de Contacto. Un puñado de técnicos está sentado frente a pantallas resplandecientes. Diviso alineaciones lunares, mapas solares, toda esas cosas. Ya he estado aquí un par de veces para llamar a casa, y todavía no entiendo ni un poco las funciones de toda esta maquinaria.

Vandemeer se dirige hacia la sala de transmisiones e inicia una conversación con un técnico. Pero tan pronto como abro la puerta, me percató de que ya hay una llamada en curso. Jazzy está sentada en la silla de recepción. Una mujer aparece en la pantalla frente a ella. Luce frágil como un pajarito y tiene la cabeza completamente afeitada. Pero ni siquiera el cáncer puede atenuar el hermoso brillo azul en sus ojos. Las dos voltean a mirarme, y no es difícil ver de quién heredó Jazzy su belleza.

—El error es mío, Jazzy. No me di cuenta de que llegué demasiado temprano.

Hago ademán de retirarme, pero Jazzy gesticula hacia mí y me invita a regresar.

—¡Emmett!, ¡ven a conocer a mamá!

Algo en su sonrisa emocionada me atrae hacia adelante. Sólo le resta un

minuto a su llamada, ¿y está invitándome a pasar? Jazzy se desliza a un lado para hacerme espacio y echa un brazo alrededor de mis hombros cuando me he sentado.

—Mamá, éste es mi amigo Emmett —dice.

La mujer me dedica una sonrisa de concurso de belleza.

—¿Estás cuidando a mi niña allá arriba?

No puedo evitar sonreír al escuchar el acento sureño tan familiar.

—Sí, señora.

—Es uno de los buenos, mamá —dice Jazzy, sorprendiéndome.

Antes de que la madre de Jazzy pueda hacer otra pregunta, me disculpo silenciosamente para dejar que se despidan apropiadamente. Siento un calor que trepa por mi cuello y baja por mi espalda mientras merodeo cerca de la puerta y espero a que terminen su llamada. Nunca había pensado en Jazzy como una amiga, pero supongo que ella no es como Roathy ni Longwei. Siempre ha sido gentil conmigo. Lo único que puedo tener en su contra es que compite por tener lo que es mío. Nunca pensé en ella como amiga porque he mantenido las dos manos aferradas a la noción de que es mi rival, y nada más.

Su llamada se interrumpe y ella se levanta. La veo tomar un momento en silencio para reponerse. Eso es algo que siempre he notado de Jazzy. Sabe cómo hacer respiraciones profundas mientras está fuera del escenario. Es la razón por la que siempre está tan serena y lista para lo siguiente. Antes de salir de la habitación, da un apretón fugaz a mi brazo.

—Me alegra que pudieras conocerla —susurra.

Su partida me deja un sabor a culpabilidad. Detesto que ella sólo sea un nombre más en el tablero de marcación.

Vandemeer aparece a mi lado.

—Un minuto hasta que comience la transmisión.

Asiento y tomo mi lugar mientras el médico cierra la puerta. Ya he tenido unas cinco o seis llamadas, aunque a veces la señal es demasiado débil y hace imposible establecer la conexión. Mamá no ha aparecido en ninguna porque ya ha comenzado su tratamiento. Babel cumplió su palabra, aceleró el proceso, pero eso significa que ella está luchando con mayor dificultad por mejorar. Significa que está demasiado enferma y agotada como para hacer los largos

viajes al centro de comunicaciones de Babel. Eso no hace que sea más fácil sobrellevar su ausencia. Cada vez que se enciende la pantalla, tengo la esperanza de encontrarla ahí, junto a papá. En ese sentido, la esperanza obra de forma muy extraña. No importa cuántas veces no ha estado ahí, siempre espero ver su rostro en la siguiente transmisión.

La pantalla transmite imagen, sólo está papá.

—Mi muchacho —dice—. Te ves estupendo, Emmett.

Debe ser verano en Detroit. Viste una playera negra sin mangas y lleva el cabello muy corto. Puedo imaginarlo en la silla del barbero diciéndole a Terry que se acerca el verano y que debe lucir apuesto si su esposa está por sacar la ropa de verano.

—La última vez me dijiste que estabas trabajando muy duro —dice—. ¿Todo ese trabajo está rindiendo frutos?

Olvido qué detalles le he dicho y cuáles he mantenido ocultos. Sabe que alguien fue acuchillado por accidente, pero desconoce que ése fui yo. Sabe que Babel nos metió en una lotería, aunque no conoce la letra pequeña. No estoy seguro de si este miedo que siento es infantil o pertenece al mundo de los adultos. El miedo de contarle la verdad completa y sin filtros. Sólo pienso que es hora de que yo cargue mi propio lastre en vez de poner a papá a levantar lo pesado.

—Sí —digo, sonriendo—. He estado subiendo en el tablero de marcación. Va bien.

Él asiente, me dice que siga adelante, siempre impulsándome a ser mejor. A veces me enredo tanto en lo que está pasando a bordo del *Génesis II* que olvido que hay alguien en la faz de la Tierra que reza y espera y sueña con lo que podría conseguir si logro triunfar. Me dijo que lo hiciera por mí, para pelear por *mi* futuro, pero no tiene la menor idea de cuánto deseo esto por él, y por mamá.

—¿Entonces todo bien, muchacho? —pregunta.

—Todavía tengo mucho por delante, pero estoy sano y son buenas mis posibilidades.

Papá sonríe como si no nos separaran miles de millones de kilómetros. Parece listo para preguntar más, sobre la nave o sobre mí o sobre el espacio.

Pero estoy cansado de este lugar. Demasiado cansado para desperdiciar nuestros preciados minutos hablando de él.

—¿Cómo está mamá? —pregunto—. La extraño. Los extraño.

—Bien. Muy bien, hijo. Parece que el tratamiento está funcionando.

Nunca decimos las palabras. *Crónico, insuficiencia, muerte*. Hablamos sobre su enfermedad sin hablar de ella. Todavía estaba pequeño cuando mamá descubrió lo de su padecimiento renal, cuando por primera vez empezó a decaer en espiral. Papá cargó con todo después de que ella perdió su trabajo, después de que el dinero del seguro se agotó. Todo era tan difícil de entender para mí entonces. Me enfadaba verla tan cansada. Pensaba que eso significaba que yo no le importaba. A medida que crecí fui comprendiendo un poco más, pero a veces guardas esos rencores en las grutas más oscuras del corazón.

Asiento.

—No está trabajando, ¿o sí?

—Todavía no, pero extraña el puesto de oficina que tenía en Moore Square. Quiere volver, ¿sabes? La hacía sentir normal. Hubo un tiempo en que volvía a casa y hablaba de lo que hacía allí pero, ya sabes lo que opina sobre hablar del trabajo.

—*El trabajo no es para la casa* —digo con una sonrisa.

Suelta una carcajada.

—Exactamente. Entonces está mejor, pero todavía no puede viajar. Por eso no está aquí ahora. Este lugar está como a seis horas en coche. No creo que ella pueda lidiar con esa clase de distancia, ¿sabes? Pero el otro día preguntó si podía llevarla a la tienda, Emmett. Ahí fue cuando supe que estaba dando un giro en su tratamiento.

—¿La tienda?

—Quería comprar algo de ropa para el trabajo. Hombre, no sabes lo bien que le sienta la ropa casual de oficina.

Levanto una ceja al escuchar eso. Tiene razón. Es buena señal. En algunos de los puntos más bajos, hablaba de regalar ropa. Se comportaba como si no le sirviera de mucho, no en el rumbo al que se estaba dirigiendo su vida. La idea de que quiera ropa nueva es una señal esperanzadora.

—Hay un vestido en particular —está diciendo papá—. Vaya... Me

regresa en el tiempo...

Suelto un gemido.

—Papá. ¿Es en serio...?

—Hey, es la razón por la que estás aquí en primer lugar.

—Cinco minutos —le recuerdo—. Tenemos cinco minutos, ¿y de esto me hablarás? Estás mal de la cabeza... ¿lo sabes, verdad?

Papá ríe de nuevo.

—Ya verás cómo está algún día. Confía en mí. En fin, está mejorando cada día. Yo estoy bien. Ella no pudo venir hoy, pero sí tengo una sorpresa para ti.

Miro cómo se inclina hacia un lado y golpea sus nudillos contra una puerta lateral. Unos cuantos segundos más tarde, ésta se abre con un suspiro y PJ McQueen entra a la cabina, su sonrisa es más grande que la pantalla y sus ojos revolotean por todos lados, emocionados.

—¡Mi hermano! ¡Miren en qué se ha convertido! —PJ se sienta junto a papá, sonriendo todavía de oreja a oreja—. Hey, Emmett. Sé que ya estabas cansado de morder el polvo durante nuestros enfrentamientos en el barrio, pero no tenías que dejar el Sistema Solar por pura vergüenza, hombre.

La risa me sacude el cuerpo entero.

—Por favor, PJ. Eres hábil, pero no tanto.

—Claro, claro. Este negro sale al espacio, la gravedad le destruye la cabeza y ahora se comporta como si no lo hubiera hecho trizas a diario.

Vuelvo a reír y le lanzó una mirada a papá.

—¿En qué estabas pensando cuando trajiste a este payaso? Se supone que está siguiendo un estricto régimen de entrenamiento, papá. Los reclutadores ofrecerán las becas el año entrante. ¿Ya hiciste los dos mil tiros libres de baloncesto de hoy, PJ?

Hace una mueca.

—Vamos, tenía que tomarme el día libre para hablar con una celebridad.

—¿Celebridad? No sé lo que te haya dicho papá, pero no soy una celebridad.

—Claro que lo eres —dice PJ—. El mundo entero está perdiendo la cabeza. El proyecto de Babel se hizo viral la semana pasada.

Frunzo el ceño.

—¿Se hizo viral qué?

—Los Archivos Babel —dice—. Todos en la escuela están hablando de eso, hombre. Además, un montón de chicas empezaron a asegurar que ellas tuvieron algo que ver contigo también. No te preocupes: cerré la fábrica de rumores y allané el camino para cuando regreses.

Sacudo la cabeza, confundido.

—¿De qué estás hablando?

PJ sonrío, y hace como si se sacudiera el hombro con la mano.

—Bueno, le dije a la mayoría de las chicas que lo olvidaran. Pero creo que Shae Westwood está en primera fila para salir contigo cuando hayas vuelto. Sólo llámame tu alcahuete intergaláctico.

—No eso, PJ —le digo—. Lo otro. ¿Qué son los Archivos Babel?

—Una investigación —contesta papá—. ¿No se las han mostrado?

—No —me encojo de hombros—. Estamos en el espacio.

—Vaya, muchacho —dice, juntando las palmas de la mano de la emoción—. Es bastante genial. Hay toda una página dedicada a ti. Tomaron la fotografía más reciente del anuario y entrevistaron a algunos de tus maestros.

La cabeza me está dando vueltas.

—¿Escribieron un artículo sobre mí?

—Sí, sobre ti y los demás reclutas. Bastante genial. Siempre hablas de los demás chicos, y ahora sé cómo lucen, ¿sabes? Le dio rostro a tus historias. Ahora sé a lo que te referías sobre ese chico, Longwei.

—Pero —interrumpe PJ—, ¿ni una sola mención a los Excelentísimos Hermanos? Qué vergüenza, hombre. Era nuestro momento para brillar. Espero alguna mención en futuras entrevistas.

Yo río de nuevo.

—Pero, ¿quién lo publicó?

Papá abre la boca para responder, pero mientras se mueven sus labios, el sonido se va. Escucho la vibración de un bajo y luego un chillido agudo. Su voz se vuelve a escuchar, luego se interrumpe y queda muda otra vez. Después de treinta segundos de interferencia, me levanto de un brinco y abro la puerta.

—Hey —llamo al técnico de comunicaciones más cercano—, no funciona el sonido.



La mujer hace una mueca mientras mira su pantalla fulgurante antes de despegarse de su estación. Frunciendo el ceño de nuevo, camina hacia mí. Mientras llega a la entrada, la pantalla parpadea en dos ocasiones, y cuando la imagen vuelve, también lo hace el sonido.

—... en la mañana o algo así. Pero como dije, están perdiendo la cabeza con todo eso —se escucha una pausa—. ¿Emmett? ¿Estás ahí, Emmett?

—Ya parece estar funcionando —dice la señorita.

Me apresuro de vuelta a mi lugar.

—Sí. Lo siento. Estaba fallando la señal.

—Ah, bien. Bueno, como te decía, en Las Vegas están organizando apuestas sobre ustedes. No tienen la menor idea de a qué le están apostando, pero es bastante genial. Y no vas a creer...

La imagen desaparece. En la esquina, veo que los cinco minutos reglamentarios han terminado. En el reflejo oscuro de la pantalla, luzco agotado. Suspirando, me levanto con un impulso y vuelvo a pasar por la Sala de Contacto. Vandemeer está esperando afuera. Casi comparto con él mis sospechas, pero recuerdo que hasta el confiable Vandemeer está bajo escrutinio severo. Todavía lleva puesto el reloj de Babel, y vive gracias a los cheques de su patrón. Está a su merced tanto como yo. Así que le cuento que mamá está mejorando y enumero algunas de las estadísticas de PJ, pero no le menciono el fallo técnico ni mis sospechas al respecto.

No le comparto que noté cómo el sonido comenzó a fallar precisamente cuando papá entró en detalles sobre las investigaciones de Archivos Babel. No le digo que creo que el problema fue intencional, porque nada en esta nave se avería o falla, jamás. Si Babel quiere que algo funcione, funcionará. Entonces, ¿qué estaba diciendo que no quieren que yo sepa? Sea lo que sea, me preparo. Sólo es una cosa más que hay que cuidar, un cambio más que espera en el horizonte.

## DÍA 100, 14:45 HORAS

### A BORDO DEL GÉNESIS 11

Lo mejor del Sabbat es el tiempo en el vapor. Me instalo dentro, desnudo, sudoroso y relajado. Podía llegar a hacer mucho frío en Detroit. Mi placer culposo era simple: las duchas calientes. A veces caminaba directamente a casa de la escuela y me desnudaba. No me molestaba en usar jabón ni champú; sólo quería desaparecer en el calor. El agua caliente sólo duraba unos cuantos minutos en casa, pero aun así era mi parte favorita del día.

Los dispositivos de Babel nunca fallan. Si quiero darme un baño de vapor, el vapor estará listo para mí. Si quiero desaparecer en el simulador y fingir que escalo los Alpes, puedo hacerlo. No son una empresa de tecnologías vacilantes. Saber esto es reconfortante y preocupante a la vez. Reconfortante, porque sé que llegaremos a Edén. Después de ver todos sus artilugios, no siento temor de morir en una explosión extraña o un descenso accidentado. Y preocupante, porque Babel no es una empresa que comunique sus planes de respaldo. Lo más probable es que tengan planes B, C, D y hasta Z, y ni siquiera estoy seguro de que todos comprendamos todavía el plan A. Es como intentar completar un rompecabezas al que le faltan muchas piezas.

Cuando siento que mis dedos comienzan a arrugarse, oprimo por un momento el botón para abrir. Las escotillas se deslizan hacia afuera y el vapor resuella frente a mí como una bruma lunar. Me doy un duchazo veloz y me seco con la toalla antes de encaminar mis pasos hacia la cafetería.

Esperaba encontrar ahí a Bilal, y así es, pero está lejos de estar solo. Ni siquiera he terminado de descender las escaleras cuando logro escuchar el

primer fragmento de conversación entusiasta.

—Esto significa que somos famosos —está diciendo Katsu—, si todo el mundo está leyendo sobre nosotros.

Jazzy agrega:

—Siempre me pregunté qué se sentiría ser una celebridad. Empecé a odiar los concursos de belleza después de un tiempo, pero estar en el escenario tiene su lado divertido.

Doblo la esquina y todos levantan la mirada. Katsu se pone en pie de un brinco, levantando los dos brazos como si hubiera terminado un maratón.

—¡Emmett! ¡Somos famosos, hombre! ¡Llámame Hollywood!

—Hollywood —repito, mirándolo—. ¿Esto tiene que ver con los Archivos Babel?

Katsu emocionado me da un golpe en el brazo y voltea la mirada hacia los demás.

—También él se enteró. Es increíble.

Paso junto a Katsu y tomo el asiento vacío frente a Azima. Ella está trenzando el cabello de Isadora, quien a su vez está trenzando el de Jazzy, y ésta dibuja un tatuaje en el brazo de Jaime. Es el tipo de cosa que sólo sucede en Sabbat. Son los alientos profundos que todos tomamos entre carreras de velocidad interminables. Es la única vez en que podemos relajarnos y comportarnos como gente normal.

Bilal me saluda con la mano desde el otro extremo de la mesa. Se ha duchado y parece normal otra vez, pero todavía puedo ver un poco de rubor en sus mejillas. Está comiendo una rebanada de tarta. Me esfuerzo por no mirar a Azima después de mirarlo a él. Como es natural, Longwei no está presente en las festividades. Tiende a desaparecer cada vez que se congrega una multitud. Observo que Kaya y Roathy también están ausentes.

—¿Cuántos de ustedes escucharon al respecto? —pregunto.

—Todos —contesta Azima—. De una manera o de otra.

Asiento.

—Me pregunto por qué lo hicieron público.

—¿A quién le importa eso? —contesta Katsu—. Soy famoso. Cuando vuelva a Japón, saldré con supermodelos. Voy a conducir coches de lujo,

firmaré contratos de publicidad con marcas de ropa deportiva, ¿sabes? Seré de quien hablen los comentaristas por unos cuantos minutos. El tipo que porta esas grandes gafas de sol.

Isadora ríe.

—No creo que seamos ese tipo de famosos, Katsu.

—¿Por qué no? —pregunta—. Somos como... ¡astronautas sexis!

Jazzy hace una mueca.

—¿Siempre tienes que darle un toque extraño a todo?

—¡¡Sí!! —contesta Katsu con orgullo—. Estoy aquí para darle un toque extraño a todo. Y eso ya lo saben.

—Tiene algo de razón —digo—. Sobre el hecho de que somos celebridades. Somos la gente más joven en ir al espacio. Estoy bastante seguro de que es algo importante.

—¿En verdad lo crees? —pregunta Bilal con la boca repleta de tarta—. ¿Todos seremos famosos?

Jazzy lanza otra mirada en su dirección.

—Eres el chico más lindo del mundo, Bilal, pero tienes los peores modales que haya visto jamás a la mesa.

Él termina de masticar y sonríe.

—Mi familia nunca tuvo mesa.

Antes de que Jazzy pueda avergonzarse demasiado por su comentario, Azima continúa:

—Yo no quiero ser famosa.

—¿En verdad? —Isadora suena estupefacta—. Si eres famosa, puedes hacer lo que quieras. Puedes ir a todas las fiestas. Conseguir los mejores lugares en los restaurantes. Yo sí quiero serlo.

—La gente famosa se corrompe —dice Azima—. Es infeliz. Todos saben eso.

—Tampoco yo quiero ser famoso —agrega Bilal con rapidez—. Demasiada atención.

Noto que él mira esperanzado en dirección a Azima y tengo que reprimir una carcajada. Katsu mira alrededor de la mesa, estupefacto.

—Entonces ustedes dos vayan a vivir sus vidas tranquilamente mientras

Isadora y yo vamos de fiesta. Emmett, Jaime: ¿vendrán a bailar con nosotros o se quedarán a aburrirse?

Jaime se encoge de hombros.

—En realidad no bailo.

Katsu suelta un gemido antes de girarse hacia mí.

—Emmett, por favor, por favor, dime que irás de fiesta conmigo.

—¿En Japón o en Detroit?

Katsu ríe.

—Podemos encontrarnos a medio camino.

—Entonces... ¿en el océano?

Ahora ríe con más entusiasmo.

—Todos están invitados oficialmente a mi fiesta en medio del océano. Comeremos la mejor comida y bailaremos en barcos de lujo y lo que sea que haga la gente famosa. Y sólo para asegurarnos de que venga Jazzy, tendremos un tema astronáutico muy sexi.

Todos ríen tras ese comentario. Por un momento, hablan de sus celebridades favoritas. Bilal está obsesionado con algún filósofo de Palestina. Isadora confiesa que quiere salir con todo el equipo de fútbol de Brasil. Me quedo escuchando algún tiempo y casi olvido que debo estar en otro lugar. Me disculpo y me dirijo de vuelta a nuestra habitación, esperando no haber hecho esperar demasiado a Kaya.

Mientras llego al área común, escucho el ruido de la ducha, así que me siento a la mesa y comienzo a leer uno de los reportes sobre los adamitas. Ésta es una teoría de un científico sobre la mitología adamita. Alguna vez me habría quedado dormido después del primer párrafo, pero las pruebas de Babel me han afilado la mente. Las cosas que alguna vez fueron difíciles de entender ahora resultan sencillas. Me pregunto si éste es el estudiante que pude haber sido sin tantas distracciones. Si hubiera podido llegar a casa y pasar horas haciendo las tareas escolares en vez de tener que cuidar de mis primos. Lo archivo bajo la *N* de *Nunca lo sabré*.

Cuando Kaya está lista, tomamos nuestra ruta habitual. Los mismos puestos de control y cámaras y paneles secretos. A estas alturas, estoy bastante seguro de que cualquiera de nosotros podría hacer el trayecto con los ojos vendados.

Si Babel está al tanto de nuestras diversiones nocturnas, no lo han externado. Quizá no les preocupe que exploremos un poco, siempre y cuando no nos metamos en problemas. O bien conocen perfectamente cuál es el límite de nuestra exploración.

Mientras caminamos, la pongo al día con las noticias. No ha oído de los Archivos Babel todavía, y parece ser que desde hace tiempo conoce del interés de Azima por Bilal. Siempre me sorprende descubrir que pasa tiempo con los demás competidores, pero supongo que tiene sentido. Cuando las noticias han terminado, me comparte una nueva estrategia que desarrolló para la Conejera. Río, porque es el tipo de plan brillante que sólo ella podría concebir.

Esperamos en la antecámara y luego entramos a la zona sin gravedad. Kaya ya no juega sobre las paredes ni lanza golosinas en el espacio vacío. Su yo divertida ha sido poco a poco remplazada por su yo obsesiva. Desde su fascinación con Babel, ya no se anda con bromas. En cada momento guardo la esperanza de que logremos cruzar la puerta y entonces, finalmente, tendremos una respuesta y podremos continuar. Kaya finge vivir una gran aventura, pero en secreto creo que ella sólo quiere hallar la respuesta al acertijo. Se impulsa directamente al segundo compartimento hermético y posa sus pies en el marco expuesto. Llegados aquí, lo único que puedo hacer es seguirla.

—¿Notas algo en mi collar? —pregunta.

En el transcurso de la competencia, Babel nos ha dotado con más y más nyxia. Yo tengo tres pulseras en la muñeca de un brazo y un anillo en la mano del otro. Kaya es la única que mantiene su nyxia en forma de collar. Cuelgan pequeños adornos nyxianos bajo su clavícula, con formas de estrellas y corazones y alas. Lo miro y asiento.

—No está el girasol.

—Bien hecho —dice—. Necesitaba manipular esto —alcanza dentro de su bolsillo y retira un cilindro negro perfecto—. Me tomó una cuantas semanas hacer que quedara perfecto. Pruébalo.

Tomo el cilindro de su mano y lo alinee con el hueco de la puerta. Embona a la perfección. Kaya gesticula para que lo oprima con decisión hacia adelante, y empujo hasta que queda alineado con el resto de la puerta. Los dos

escuchamos un pequeño *clic*. Con un crujido se activan los mecanismos. Mis ojos se abren como platos mientras la puerta se desliza.

—Eres una genio —digo atónito—. Una genio, Kaya.

Flotamos hacia una antecámara y la gravedad se abate espesa sobre nuestros hombros. Cada quien cae sobre una rodilla y nos toma unos cuantos segundos levantarnos. La siguiente puerta tiene una manija.

—¿Qué hacemos, seguimos? —pregunto.

—*Por supuesto* que seguimos. Llevo *meses* imaginando lo que hay dentro.

Juntos cruzamos el umbral hacia un nuevo pasillo brillantemente iluminado. Se parece a todos los demás, pero hemos aprendido mucho y nos damos cuenta de que no hay cámaras. El pasillo continúa veinte metros, luego hace una curva cerrada y un descenso. Caminamos veinte metros más, después atravesamos otra curva cerrada. No hay escalinatas, no hay pisos desgastados, nada.

—Ni siquiera usan *nyxia* en estos pasillos —comenta Kaya.

Asiento, aunque no lo había notado. Las paredes están hechas de algún tipo de nanoplástico forrado con el ocasional soporte de metal. Algo en la distribución me inquieta. Estoy por decir a Kaya que deberíamos volver, cuando miramos una puerta tras otro cambio de dirección en el pasillo. Como los muros allí, ésta no tiene *nyxia* en su marco. Pero sí un escáner. Nos detenemos frente a él. Decido no usar la tarjeta todavía.

—Finalmente —susurra emocionada Kaya—. Finalmente veremos qué hay aquí.

Trato de parecer emocionado, pero hay algo extraño en todo esto. La puerta es distinta a las demás.

Nos paramos ahí incómodamente hasta que Kaya me mira.

—Bueno, adelante.

—No sé si deberíamos hacerlo —le digo—. Me da mala espina.

Kaya me mira como si dijera disparates.

—Emmett, llevamos semanas, no, *meses*, intentando entrar. Si nos detenemos ahora, será como leer toda una novela para abandonarla antes del final.

—No se siente correcto.

—Pero ya estamos aquí. No podemos detenernos.

Trago saliva y asiento:

—Tú decides.

Deslizo la tarjeta y la puerta se libera.

La iluminación nos obliga a entrecerrar los ojos. Parpadeo dos veces antes de empezar a distinguir formas, vagas y etéreas. Mis ojos se ajustan lentamente. Unos brazos mecánicos articulados se extienden desde los techos altos. Cinco, diez, veinte por lo menos. Cuelgan de manera ominosa por toda la habitación, y las puntas terminan con perforadoras afiladas y cuchillas serradas brillantes. Hay pantallas de plasma empotradas a las paredes. No logro descifrar los diagramas ni los números verdes que destellan a lo largo de su superficie. Una luz azul resplandece a través de todo el recinto como si bombeara sangre. Bordea los paneles blancos del piso y rodea las articulaciones de las herramientas metálicas.

Kaya da el primer paso adentro. En ese momento, las baldosas del suelo cambian de color blanco a negro. Es como si una sombra hubiera caído sobre ellas, como si un monstruo enorme se elevara ahora sobre nosotros. Las luces pierden su reflejo, y en el fulgor que se desvanece observamos la función de ese lugar.

Un hombre. Tres tiras lo cruzan a lo ancho y lo mantienen suspendido y oprimido contra el muro lejano. Su rostro está oculto a medias por una capucha que le cubre hasta la curva ascendente de sus labios. Un par de serpenteantes cordones blancos entran por las comisuras de sus labios. Unos cables blancos idénticos desaparecen dentro de su pecho desnudo, sus brazos, su abdomen. Justo debajo de su garganta hay una herida abierta. Los bordes alrededor lucen humeantes y putrefactos. Casi parece como si *algo* hubiera estado adherido ahí pero alguien recientemente lo hubiera arrancado.

Kaya y yo nos sentimos atraídos hacia el interior de la habitación de la misma manera que un paseante observa un edificio que se incendia. Babel olvidó acordonar la zona, podemos acercarnos al fuego tanto como queramos. No hay ruido, excepto por el pulso lento y constante de un monitor. Los latidos son tan espaciados que me descubro esperando a escuchar el siguiente.

—Está vivo —susurro. Pero ¿quién es? ¿Y por qué lo mantiene Babel aquí,



cautivo?

—Mira sus cicatrices —interrumpe Kaya, en un tono suave y triste.

Su piel parece arcilla descolorida. Alguna vez debe haber tenido un color intenso y hermoso. A lo largo de sus brazos, noto las quemaduras. La piel se ampolló en algunos lugares y se desprendió en otros. Todo su hombro izquierdo está teñido de tenues moretones. No es necesario decirlo, pero Kaya lo pronuncia igualmente:

—Ha sido torturado.

Nos detenemos. No lo suficientemente cerca para extender la mano y tocarlo. Mis ojos escrutan hacia abajo. Viste sólo ropa interior y unas extrañas armaduras de piedra sobre sus rótulas. Apunto hacia ellas.

—¿Qué son? —pregunto.

Kaya se arrodilla, emite un ruido pensativo.

—He visto cruces así.

—¿Cruces?

Extiende los dos brazos.

—Cruces.

Y tiene razón. Cada rótula tiene moldeada encima una piedra central. De ella se extienden brazos dentados hacia arriba, afuera y abajo. Entrecierro los ojos para mirar más de cerca. El metal parece injerto en su piel, casi como escamas. Rodeo la mesa hasta el otro lado y escucho a Kaya tragar una bocanada de aire.

—Con cuidado —susurra.

—Lo tendré.

Desde otro ángulo, recibo mi primera impresión de lo grande que es aquel hombre. No alto, sino compacto y musculoso. Es más grueso del pecho a la espalda que la mayoría de los troncos de los árboles. Dudo que pudiera rodearlo por completo con mis brazos. Sus hombros son anchos también, de manera poco natural. En sus codos detecto piedras que combinan con las que tiene en las rodillas. Encajan a la perfección en su piel. Por primera vez me percató de que no es humano. Es un adamita. Aquí, en la nave.

—Kaya —digo—, es uno de ellos.

—Un adamita —confirma—. ¿Cómo es posible que le hicieran esto?

El monitor hace *bip* y nos sobresalta. Ambos logramos ver la mirada de pánico de la criatura frente a nosotros. Le dedicamos un breve momento de sonrisas avergonzadas. Pero un movimiento las borra de nuestras caras.

Aunque una tira se extiende bajo su pecho y sobre sus bíceps, la mano del cautivo empieza a elevarse. El monitor hace tictac en el silencio. La mano sube como un fantasmagórico puente levadizo. Estoy lo suficientemente cerca para notarlo todo: cómo se abultan las venas, cómo la mano frágil se aprieta en un puño poderoso, cómo los labios de aquella criatura se separan casi imperceptiblemente. Me levanto horrorizado frente a él, incapaz de moverme más, incapaz de hablar.

Los adornos que recorren el cuello de Kaya tiemblan. Se elevan imposiblemente en el aire, girando sobre sus broches como pequeños planetas. Kaya está mirando hacia abajo y yo estoy boquiabierto. Vemos las manos invisibles deslizar la nyxia hacia arriba, milímetro a milímetro. Ambos estamos aterrados, pero los instintos de Kaya finalmente entran en acción. Recupera sus adornos con una mano y jala el collar de vuelta hacia su pecho.

Un trueno rompe el silencio.

Kaya se arroja al suelo y lanza un grito estrangulado y agudo. Siento una presencia serpentear por el aire, y me siento forzado a retroceder mientras algo grande y poderoso irrumpe a través de la distancia que nos separa. Es viento y lluvia y caos. Batallo para moverme hacia adelante mientras Kaya comienza a gritar.

Resuenan voces desde un mundo distante. La criatura atada a la pared aprieta su puño y los ojos de Kaya se abren como platos. El collar se cierra sobre su garganta enterrándose en la carne. Estoy cerca y me apresuro a ayudar, pero mis manos no logran liberar la tensión de la nyxia sobre su cuello. Un clic se escucha al tiempo que uno de los adornos se quiebra. Sale por el aire, y el cautivo lo manipula para volverlo humo y lograr reunir la sustancia alrededor de un puño. Comienzo a gritar, a pedir ayuda, a quien sea... Los ojos de Kaya están inyectados de sangre, su rostro aterrado. Sus manos pelean y arañan, pero ninguno de nosotros puede liberarla del collar que la oprime y cada vez más y más.

Las lágrimas ruedan por mis mejillas y grito una vez más cuando la nyxia

alrededor de su cuello tira hacia arriba. El cuerpo de Kaya se eleva en el aire hasta que sus pies apenas tocan el suelo. Intento jalar su cuerpo de vuelta hacia abajo, pero no poseo la fuerza suficiente. La criatura es demasiado poderosa. Kaya ya ha dejado de arañarse el cuello, una mano cae flácida a un costado, luego lo hace la otra. Escucho un ajeteo y grito a todo pulmón mientras las luces de la habitación parpadean dos veces. El hombre en la pared escupe una maldición entre dientes apretados.

Es Defoe.

Su traje color carbón forma ondas. Primero es una tela para un momento después transformarse en una coraza de armadura negra. Sujeta poderosamente y con ambas manos el puño del cautivo. Las sombras emergen en tajos hacia todas direcciones. Defoe gruñe, luego embiste el hombro reforzado de nyxia contra el estómago del cautivo. Prendido al lugar y ciego, éste no puede defenderse del golpe. Defoe embiste nuevamente con el hombro y el aire escapa por los gruesos labios de la criatura. Con un tirón, Defoe arranca la nyxia al cautivo. Una veloz manipulación funde la sustancia con su armadura, finalmente Defoe se acomoda y asesta tres golpes más: vientre, vientre, ingle.

Kaya se desploma sobre el suelo. Logro meter los dedos entre su collar y su cuello para liberarla. Tiene profundas marcas rojo oscuro excavadas como trincheras. Defoe se gira rápidamente mientras la nyxia se estremece de nuevo en su traje, se agacha y levanta a Kaya de un brazo. Yo la sostengo del otro lado con mi cuerpo y la arrastramos fuera de la habitación. La oscuridad llena los bordes de mi línea de visión.

Esto no es real. Esto no puede estar pasando.

—¡No respira! —grito—. No está respirando.

Tampoco se mueve.

—Dios, no está respirando.

Defoe cierra la puerta y la tiende sobre las baldosas. Resuenan pisadas sobre nuestras cabezas. Kaya mira fijamente al techo con los ojos enrojecidos. Vandemeer y el resto de asistentes corren hacia nosotros. La esperanza recorre mi cuerpo. Pueden salvarla. Tienen que hacerlo. Me tambaleo hacia atrás mientras se deslizan alrededor de su cuerpo y comienzan a examinarla. Vandemeer procede con resucitación cardiopulmonar. Alguien ya prepara los

desfibriladores. Esperan que la electricidad reanime su corazón. Vandemeer le da respiración boca a boca y oprime las manos contra su pecho. Yo sólo aguardo el final de película: el aliento entrecortado que reanuda su ritmo, los ojos que parpadean y se abren de golpe. La promesa de que no todo ha acabado.

Pero mis esperanzas se esfuman. Vandemeer retrocede. Su rostro luce descompuesto.

—Hora del deceso —pronuncia—: 21:02.

Mientras me escoltan fuera de ahí, miro a Kaya por última vez. Parece un pétalo deshojado que ha caído demasiado pronto. Nadie baja sus párpados, así que sigue mirando el mundo que dejó atrás. Recuerdo el segundo libro que leímos juntos. Un puente a tierras imaginarias. Recuerdo nuevos mundos hechos para explorarlos juntos, pero también recuerdo al astronauta solitario y a su amiga muerta. El corazón vacío de él, la ausencia inolvidable de ella. No necesito fingir que entiendo al chico del libro. Ya no.

## DÍA 100, 22:15 HORAS

### A BORDO DEL GÉNESIS 11

—**¿E**stás seguro? —pregunta de nuevo Vandemeer. Asiento.

—Era un adamita.

—A bordo de la maldita nave —dice en voz baja. Sus ojos revolotean hacia su reloj. Siempre mide sus palabras con cautela, porque Babel *siempre* está escuchando. Por primera vez entiendo que lo están observando a él tanto como a nosotros—. Es la primera vez que escucho hablar de eso.

—Lo tenían atado. Lo estaban torturando. Por eso la mató. Pensó que ella era uno de los malos. Así que la mató en su intento por escapar.

Vandemeer luce incómodo.

—¿Por qué estaban allá abajo, Emmett?

No tengo respuesta para eso. Decir que fue culpa de Kaya se siente como una traición. Ella es la que siguió escarbando. Ella quería seguir adelante. Pero si yo no le hubiera mostrado la tarjeta que hurté, ella seguiría con vida.

¿Es eso lo que él quiere oír? La culpa me pesa más con cada segundo que pasa. Sin saber cómo brindar algún consuelo, Vandemeer se ocupa con las vendas de mi mano por enésima vez. Tengo cientos de cortadas diminutas por haber tratado de arrancarle el collar de nyxia. Sin embargo, las verdaderas heridas están debajo de la piel. Nunca olvidaré el trazo rojo hendido a lo largo de su delgado cuello. Nunca olvidaré esos ojos oscuros y juguetones inyectados de sangre. Nunca me lo perdonaré.

Me es imposible dormir. Vandemeer me conecta a distintas máquinas, y me fuerza a estirar la mano. Cada hora despierto gritando presa de horribles

pesadillas. Medicado y hecho polvo, no estoy listo para la visita de Defoe cuando éste llega. No tengo idea de qué día sea, de cuánto me haya perdido de la competencia. Apenas y puedo saber si realmente sigo con vida. Aparece al pie de mi cama de hospital, y la luz se estremece sobre su traje.

—Emmett —comienza—. Vine a discutir tu castigo.

La idea casi me hace reír. No hay nada que pueda hacer para castigarme. No importa lo que sea, no será suficiente. ¿Siquiera sabe lo que significaba Kaya para mí? ¿Entiende el tipo de persona que perdimos? No puede castigarme y no puede concederme el perdón. Nadie puede hacerlo.

—*La vara y la corrección* —continúa Defoe—. Erone confirió la vara de la disciplina. La vara responde a los errores del pasado; la corrección instruye sobre las acciones futuras. Juntas acarrearán sabiduría. Espero que la muerte de Kaya te haya mostrado el significado de nuestras reglas, el propósito detrás de nuestros límites.

La ira me enciende el cuerpo. La culpa es mía, pero las manos de Babel no están limpias en esto.

—Ustedes lo estaban torturando —digo—. Por eso nos atacó.

—Estábamos haciendo pruebas —dice Defoe—, igual que los adamitas lo han hecho con nuestra gente.

—Él mató a Kaya porque pensó que ella era una de *ustedes*.

Defoe me observa. Su rostro es duro como la roca.

—¿Así que es nuestra culpa que ignoraras las reglas? ¿Es eso en verdad lo que piensas?

Las lágrimas ruedan ardientes por mi rostro. No, no es lo que pienso. Sé el papel que jugué en todo esto. Defoe gira su dispositivo de datos y me muestra el tablero de marcación iluminado nítidamente. Mi puntuación sufrió un golpe devastador.

—Hemos restado treinta mil puntos a tu marca. Diez mil por robar a tu asistente médico, diez mil por desobedecer los protocolos espaciales, y diez mil más por poner en peligro la vida de *todos* en esta nave.

—¿Creen que me importa mi puntuación ahora? ¿En verdad creen que me importa eso?

Defoe endereza su corbata, ya de sí perfecta.

—¿Es así como vas a responder? ¿Vas a renunciar ahora que Kaya murió? Habría pensado que la vida de ella valía mucho más para ti que eso. Para tu información, el adamita fue retirado de la nave. No mencionarás su presencia a nadie más. No volverás a romper nuestras reglas. Y si es que te conozco al menos un poco, no insultarás la memoria de Kaya con tu renuncia. Ella esperaría más de ti.

Abandona la habitación. Me recargo contra la cama, hiperventilando. Por enésima vez, el recuerdo de Kaya me destroza. Odio que Defoe tenga razón. Odio que haya sido él quien me recordara quién era ella y qué habría querido. Sé que pelearé por ella. Sé que seguiré adelante, aunque no merezca estar aquí en vez de ella.

Defoe cree que me conoce. Sabe que no me perdonaré por esto, pero ignora que tampoco perdonaré a Babel. Con todos sus aspavientos, Babel es tan oscuro y peligroso como siempre imaginamos que era. La manera de abordar la muerte de Kaya. La tortura al adamita. Todo.

Están dispuestos a hacer lo que sea necesario para obtener lo que ambicionan. Mi ritmo cardíaco se eleva con sólo pensarlo. Yo imaginaba que podríamos tener algo de control. Que si nos lo proponíamos, podríamos dictar nuestros términos a Babel, porque somos nosotros los que asegurarán el éxito en Edén. Pero eso es mentira. Sin ellos, sólo estamos atrapados fuera de nuestro planeta. A miles de millones de kilómetros de casa, y sin una pizca de control sobre nuestro futuro.

La verdad es asombrosamente simple. Somos esclavos aquí. Babel tiene la comida, el dinero, los recursos. Babel controla la nave espacial. Babel dictará quiénes de nosotros llegarán a Edén. Y si somos buenos chicos, quizá algún día volvamos a casa. La muerte de Kaya desveló la cruda verdad. Sé que hay una sola cosa que puedo hacer, por ella, por mí y por mi familia.

Si Babel nos mantendrá encadenados, entonces iré adonde no puedan seguirme.

Iré a Edén.

## DÍA 101, 8:01 HORAS

### A BORDO DEL GÉNESIS 11

**E**l mecanismo de Babel no acepta demoras. Al día siguiente ya habían retirado el nombre de Kaya de todos los tableros de marcación. Los chicos lo discuten mientras me siento a desayunar. Creen que renunció. No logro decirlo. Merecen escucharlo de alguien que no sea Babel, pero estoy demasiado avergonzado para mirarlos a los ojos. Lleno un plato de comida para matar el tiempo, pero no pruebo un solo bocado.

Es entonces cuando Defoe entra en la sala común. Su traje negro podrá comunicar luto, pero sus ojos y su voz no suenan tristes al comunicar la noticia. Para él, Kaya sólo era un prospecto de explotación. Lo odio por eso.

—Anoche, Kaya murió en un accidente.

La verdad golpea como un relámpago. El grupo lo mira fijamente. Mi boca ruega que yo lo explique, gritar que fue Babel quien la asesinó, pero Defoe me amilana con su mirada. Hace una pausa para que el grupo reaccione. Ésta será una lección. Nadie está a salvo. Todos pueden caer, hasta el más capaz del grupo. Escucho a los demás susurrar y me odio por guardar silencio. Esto no es correcto.

—Sólo quedan nueve.

Hace otra pausa para que entendamos bien eso. Quiero odiarlo por esto, pero es lo mismo que pensé cuando me levanté esta mañana. Una persona menos con quien competir. No podría lavarme el sentimiento de culpa por haber pensado algo así, ni aunque me aseara con toda el agua caliente que hay en el *Génesis 11*.



—Esto cambia nuestros planes. No pensamos que perderíamos a uno de ustedes antes de llegar a Edén. Sin Kaya, sólo quedan tres competidoras. Nuestras proyecciones muestran que son necesarias al menos tres mujeres para el funcionamiento óptimo del equipo. Creemos que esto habría ocurrido de manera orgánica durante la competencia, pero la muerte de Kaya nos obliga a cambiar de estrategia.

Roathy golpea el puño contra la mesa.

Estoy demasiado cansado, demasiado perdido para entender. Los demás parecen reaccionar con enojo, así que Defoe prosigue.

—Jazzy, Isadora, Azima: ustedes llegarán a Edén.

Las tres parecen atónitas. No era probable que Azima perdiera, pero Jazzy e Isadora se contaban entre las últimas posiciones. Iba a ser suficientemente difícil alcanzar a cualquiera de ellas después de mi castigo. Ahora ni siquiera puedo esperarlo. Lanzo una mirada al tablero de marcación:

1. LONGWEI	373,900 puntos
2. BILAL	365,300 puntos
3. AZIMA	364,750 puntos
4. KATSU	363,450 puntos
<del>5. KAYA</del>	<del>351,050 puntos</del>
6. JAIME	328,200 puntos
7. ISADORA	292,080 puntos
8. JASMINE	283,050 puntos
9. ROATHY	277,324 puntos
10. EMMETT	268,350 puntos

Treinta mil menos. La penalización de Babel parece tan pequeña ante la culpa que siento. Estoy sólo nueve mil puntos debajo de Roathy, pero se siente como si fueran noventa mil. Si Kaya no está aquí, ¿de qué manera puedo seguir adelante?

Por un segundo, me preocupa ganar, me preocupa el dinero, mi familia.

Pero ese segundo se desvanece rápidamente cuando recuerdo el nombre tachado de Kaya en el tablero de marcación. Detesto a Defoe por fijar nuestros ojos en la competencia en vez de hacia ella. Odio que estemos pensando en vencer al otro en vez de honrar a la persona que hemos perdido. A la persona que asesiné. Es el tipo de odio y de rabia que no puede convertirse en algo más, que no puede transformarse en combustible para avanzar.

A medida que la semana transcurre, pierdo todo. El tanque de natación me hace sentir como si me estuviera ahogando. La clase en el aula se percibe como una voz distante. En la arena, no me puedo obligar a lanzar un golpe. Bilal se sienta junto a mí en el descanso de comida.

—Si quieres hablar —me dice—, estoy aquí.

No insiste cuando niego con la cabeza. No pregunta por los puntos que perdí ni qué fue lo que pasó. Sólo permanece a mi lado y honra la ausencia de Kaya con su silenciosa presencia. Apenas puedo encontrar las palabras para agradecerle.

Defoe es el único que sabe lo ocurrido, y es el único que sigue adelante como si nada hubiera cambiado. Entonces me doy cuenta de que, para él, *nada* ha cambiado. Lo archivo bajo la *C* de *Canalla*. Nos escolta abajo, a la Conejera, para un interminable día más de una interminable semana. Me quedo en pie sin mediar palabra hasta que Jaime dice algo sobre necesitar una nueva estrategia. Estallo en carcajadas. Es abrupto y estremecedor. Pero no puedo evitar más que reír desde mi vientre al recordar una de las últimas cosas que Kaya me dijo antes de morir. Su nueva estrategia para la Conejera.

—Está bien —digo—. Esto es lo que vamos a hacer. Por Kaya.

Azima, Isadora, Jaime y yo nos formamos cerca del centro de la habitación. Defoe desliza el dedo por su dispositivo y la sala se activa, agitándose. El bosque digital parpadea en la pantalla de la pared y comienza la carrera. Isadora se mueve hacia el extremo izquierdo, como lo planeamos. Ella fija un paso constante mientras Jaime, Azima y yo transformamos nuestros anillos nyxianos en gruesos escudos de mano. Mientras aceleramos el trote, nos acercamos al centro de la habitación, donde la red de malla nos separa del equipo contrario. A mi señal, todos saltamos por encima de la malla, hacia territorio enemigo.

—¡Por Kaya! —grito.

El equipo hace eco de mi grito de batalla, y nuestros adversarios lucen aterrados mientras golpeamos estrepitosamente contra su formación. Se hace el caos. Yo embisto a Longwei y pateo para hacer tropezar a Bilal. Jazzy casi se escapa de la embestida, pero Azima la toma por el brazo y todo el grupo cae. El pie de alguien se engancha alrededor de mi cuello, pero lo único que puedo hacer es reír mientras nos deslizamos indefensos a la pared trasera de la habitación. La estancia se ilumina como fuegos artificiales.

Pero Isadora todavía está corriendo tranquilamente del otro lado de la malla, y unos cuantos segundos después se detiene el mecanismo que mueve la cinta.

Defoe luce radiante, y aplaude mientras camina hacia nosotros.

—Por fin, alguien está pensando de manera original.

Me mira, como si hubiera sido mi plan.

—Idea de Kaya —digo con firmeza—. A ella se le ocurrió.

—Por Kaya —repite Azima.

Ella echa un brazo alrededor de mi hombro y los otros se arriman también. Todos repiten la frase mientras dejamos la Conejera juntos. Esa tarde me quedo un rato más en la sala común. Temo volver a mi habitación, junto a la de Kaya. Temo despertar en mi primer Sabbat sin ella como compañera de equipo, como amiga. Sin embargo, poco a poco los otros se retiran, y me veo obligado a volver adonde la vi por primera vez.

Mi traje resplandece y la puerta se abre. Me dirijo a mi habitación y comienzo a desvestirme. El espejo no indica que mi corazón se haya roto. Tampoco tiene manera de medir mi desesperanza. Sólo marca los latidos y cuenta las calorías, como si ésa fuera la manera de comprender una vida. Me siento en la orilla de la cama hasta que escucho que alguien llama. El sonido reverbera por las paredes. Arrastro mi traje al otro lado de la habitación y lo escaneo, la puerta se abre rápidamente.

Mis amigos irrumpen en la habitación.

Katsu sostiene un bote abierto de helado.

—¡Pijamada! —grita.

Bilal lleva almohadas y cobijas. Las arroja al suelo y me da un abrazo.

Jazzy, Azima y Jaime se enfilan dentro de la habitación en seguida.

—Gracias —susurro—. Muchas gracias.

Bilal asiente en dirección a Jaime.

—Fue su idea.

Jaime me mira y asiente a su vez.

—No queríamos que estuvieras solo.

Su gentileza me derriba. Le tiendo mi mano y él me ofrece la suya.

—Siento tanto todo —le digo—. Todo eso del principio.

Él niega con la cabeza.

—No es nada. Ya pertenece al pasado.

Después de que Jaime explicó su idea a los demás, Katsu bajó a las cocinas y robó el helado. Bilal encontró películas que podíamos ver y Jazzy juntó unas almohadas extra.

La noche se desdibuja. Comemos directamente del enorme galón de helado y miramos viejas caricaturas de Disney en distintos idiomas. Todos honran a Kaya diciendo algo lindo sobre ella. Me sorprende la frecuencia con la que ofreció amabilidad a todos. Yo creía egoístamente que ella sólo hablaba así conmigo, pero en sólo unos cuantos meses ayudó a cada uno de ellos cuando lo necesitaron.

Me quedo dormido en el suelo junto a Bilal. Katsu duerme junto a él, roncando como motor de avioneta. Jazzy y Azima duermen en mi cama mientras que Jaime se retira al sofá. La ausencia de Kaya reúne a los chicos y chicas rotos, aunque sea por sólo una noche.

## **INTERLUDIO**

**LOS ARCHIVOS BABEL MARCUS DEFOE**

—Éste no es un reportero corrupto que esté escarbando en busca de chantaje —explica Roman—. Lo publicaron en *Time*. Algunos de nuestros objetivos ya no sirven, en principio.

Nuestro coordinador de operaciones en la Tierra se pasa la mano por el cabello desaliñado. Roman Beckett es todo fanfarronería y urgencia. Logró volverse socio porque algunas de sus decisiones operativas iniciales impulsaron a Comunicaciones Babel en su ascenso actual. Sin embargo, el fuego, por más luminoso que sea, siempre puede apagarse, y este error podría resultar imperdonable.

Tengo el artículo abierto en mi dispositivo. Veintitrés páginas que documentan la vida y la historia de cada competidor que reclutamos. La información es casi tan buena como la que teníamos nosotros al inicio. Con todo, la inteligencia es impresionante. El hecho de que siguieran nuestro rastro en cada visita domiciliaria apesta a traición. El trabajo de Roman es pescar a los desertores y mantener los secretos de la empresa en los bolsillos correctos. Y esta vez, no lo hizo.

En el cuadrado digital encima de él, Katherine Ford se acomoda un mechón de cabello rubio detrás de la oreja derecha. Es nuestra experta en tecnología y la especialista en nuevos desarrollos. Roman lleva los últimos veinte minutos tratando de trasladar parte de su carga de responsabilidad sobre los hombros de ella, y Katherine no parece contenta.

—Nuestros programas criptográficos funcionan correctamente —explica ella—. Esto sucedió en tu división, Roman. Te agradecería que no desearas implicar a ninguno de mis departamentos en este lío.

—Eso lo sé, Katherine —Roman contesta acaloradamente—. Usaron técnicas de la vieja escuela para evitar ser detectados. Rollo de película fotográfica. También máquinas de escribir antiguas. Una carga de archivos en soporte digital que sólo duró una fracción de segundo y directamente

comenzaron a imprimir.

—Puñado de sanguijuelas —crao David Requin—. Sin nada mejor que hacer.

Requin es un hombre frío, tan frío como es posible. Me resisto a frotarme los ojos. He pasado demasiado tiempo mirando las pantallas fijamente. Esta reunión ni siquiera debería estar en marcha. Todavía estábamos a unos cuantos meses de nuestra siguiente llamada, pero la emergencia exigía toda nuestra atención. Ahora el mundo sabe que llevamos a unos jóvenes reclutas al espacio. Las principales cadenas de noticias transmiten segmentos especiales con sus propias teorías acerca de lo que estamos haciendo y sobre las torcidas redes que vinculan a los chicos que reclutamos.

—¿Sanguijuelas? —pregunto sin aspavientos—. Sólo porque alguien nos espío, a *nosotros*, una vez, ¿los vuelve sanguijuelas? Estás siendo estrecho de miras otra vez, Requin.

Requin sólo se encoge de hombros.

—Sabes a qué me refiero. Lo único que hacen es alimentar a los adictos a las teorías conspiratorias. Quieren recorrer la cortina y desnudar al mago. Bien por ellos. No se esperan que tengamos decenas de telones frente a cientos de magos. Contamos con tantas compuertas que a veces hasta yo olvido dónde están. Así que opino que sigamos adelante, dejemos que crean que saben la mitad de todo esto. Eso no cambia nuestros planes. No lo olviden, estamos completamente solos acá afuera.

Roman asiente mientras Requin habla, pero los ojos de Katherine son más agudos. Ella ve lo que otros no. Ese artículo no es un golpe que sólo dejará un moretón y con el tiempo sanará; es una herida que puede infectarse.

—Entiendes lo que significa este escenario, ¿cierto? —pregunto—. Conocen lo suficiente de nosotros para imaginar que lo averiguaríamos, y cómo lo haríamos, así idearon una manera de evitarlo. ¿Meras sanguijuelas? Suena más a futuros empleados.

Roman suelta un bufido.

—Debes estar bromeando.

—Claro que estoy bromeando, pero uno no puede simplemente abrir la billetera para sepultar todos los problemas. Esta línea de investigación nos

coloca bajo la lupa, Roman. Es la primera grieta en el muro, el banderazo de salida para que otros medios comiencen a investigarnos. Si dos simples periodistas pueden ponernos una bolsa en la cabeza y asestar unos cuantos golpes, ¿qué crees que alguien con grandes recursos pueda intentar?

Esta vez Roman no suelta un bufido.

—Yo me encargo —resopla.

—No, no lo harás —le doy un golpecito a mi dispositivo. Aparece un círculo azul en la esquina de las pantallas conectadas a la red—. Adjunté la estrategia de comunicación pública, las respuestas a las preguntas esperadas y una tabla de objetivos para nuestro equipo de transmisiones en las próximas semanas. El primer paso es acelerar el cumplimiento de beneficios financieros tangibles para las familias. Hagamos publicidad a nuestra generosidad. La implementación del plan puede iniciar mañana.

Roman luce furioso, pero los tres tocan sus pantallas y comienzan a descargar los archivos. Unas flechas verdes corren alrededor de unos círculos azules, y los documentos se duplican en los discos duros. Los tres evalúan los resúmenes. Requin es el primero en completar la lectura.

—Excelente. Bueno, pues con eso está decidido.

Katherine asiente:

—La próxima vez, preferiría que Roman aceptara y resolviera sus propios problemas.

—Estoy de acuerdo. Tengo mi propio circo que administrar —digo.

El cuello de Roman se torna rojo brillante, pero por una vez mantiene la boca cerrada. Su primera decisión inteligente del día. Aún no se arruina, pero debió atajar a los periodistas, debió averiguar lo que estaba pasando. Cuando sueltas la rienda, cometes errores. Todos nos hemos equivocado en el pasado, pero últimamente Roman es el único que parece errar. Babel no protege a los débiles: amputa los miembros inútiles, reconstruye y conquista. Roman lo sabe, y también siente lo cerca que está de él la guillotina.

—Hablando de circos —añade Requin, cambiando de tema con una amplia sonrisa—. Estamos listos para ti, Marcus. La Hidrovía ya es completamente operativa. Es una atracción divertidísima, hasta para un anciano.

No puedo evitar sonreír.



—Más vale que no estés haciendo trampa.

Requin suelta una carcajada.

—No hay necesidad, viejo amigo. No esta vez.

—¿Te interesa apostar? —lo cuestiono.

La pregunta limpia la sonrisa de su rostro. Nuestras apuestas son colosales. Hace sólo dos años, Roman perdió su colección de Picasso contra Katherine durante el Derby de Kentucky. Yo nunca pierdo una apuesta, porque es mi costumbre conocer los resultados antes de poner el dinero sobre la mesa.

Requin responde:

—¿Qué tal otra clase de apuesta?

—¿De qué tipo? —pregunto.

—Sobre la elección de comandante.

Katherine sonrío.

—¿Puedo participar?

—De ninguna manera —contesto—. Ésta es una apuesta sólo para ratones miopes.

—Ni hablar —contesta Katherine—. Los dejaré con sus apuestas de adolescentes. Tengo una empresa que dirigir.

Su pantalla parpadea y queda en negro. Roman sigue sus pasos, agradecido del pretexto para irse, y sólo quedamos Requin y yo enlazados en llamada. Cada minuto de transmisión cuesta una fortuna, así que voy al grano.

—Erone casi logró liberarse de sus cadenas. Un par de reclutas robaron una tarjeta de acceso y le acercaron un poco de nyxia. Llegué justo a tiempo para detenerlo. Consiguió matar a Kaya.

—Quizá deberías tener más cuidado —sugiere Requin inútilmente—. Si hubiera logrado vencerte, habría hecho pedazos la nave.

—Lo dudo —afirmo—. Conociendo a Erone, habría seguido el patrón de vuelo para hacer pedazos tu nave. Comparado contigo, a mí me tiene cariño.

—Bueno, es cierto que fui yo quien lo atrapó —ríe Requin.

—¿Algo más?

Requin frunce el ceño.

—Espera, ¿qué apostaremos?

—No, gracias —le digo—. No apuesto cuando sé que perderé.

—¿Y cómo podrías saberlo?

—Me levanto temprano cada *amanecer* —dejo que la palabra quede suspendida en el aire. Requin se carcajea como un chiquillo al que atraparon robando bocadillos—. Ya sabes lo que reza el refrán, al que madruga y todo eso.

—¿Entonces admites tu derrota?

—Sí. Al menos hasta que pueda encontrar los ases que normalmente guardo bajo las mangas.

—Hasta entonces.

Requin asiente, y la conexión termina.

**SEGUNDA PARTE**

**AGUJEROS NEGROS**

## DÍA 188, 7:48 HORAS

### A BORDO DEL GÉNESIS 11

1. LONGWEI	686,900 puntos
2. KATSU	633,450 puntos
3. BILAL	529,300 puntos
4. AZIMA	528,750 puntos
5. JAIME	519,200 puntos
6. JASMINE	474,050 puntos
7. ROATHY	470,324 puntos
8. EMMETT	468,350 puntos
9. ISADORA	413,080 puntos
<del>10. KAYA</del>	<del>351,050 puntos</del>

**V**andemeer espera en la sala. Durante algunas semanas después de la muerte de Kaya, él y yo no lográbamos encontrarnos. Él descuidó sus deberes y yo los míos. Luego fue como si ambos nos espabiláramos en el mismo momento. Su alianza con Babel se volvió secundaria para mí. Ahora, por Kaya, luchamos juntos.

Estoy bastante seguro de que Vandemeer cree que si logra llevarme hasta Edén, podrá perdonarse su fracaso en protegerla. No quiero contradecirlo, pero no funcionará. Nunca funciona así. Una culpa como ésta no desaparece. Puedes hacerla a un lado, pero siempre estará ahí, acechándote.

Después de hacer el calentamiento, camino hacia la puerta de Kaya e inclino la cabeza. No sé mucho de Jesús ni de Dios, pero me imagino que estamos más cerca de ellos aquí en el espacio. Quizá puedan escucharme, aunque no nos dirijamos la palabra. Repito las mismas palabras cada día.

Vandemeer me mira.

—¿Qué pides al rezar?

—Descanso.

—¿Y a quién le rezas?

—No estoy seguro.

El desayuno inicia y termina. Todos nos tratamos como amigos obligados a enfrentarse como enemigos. Esa dicotomía resulta más agobiante que simplemente odiarnos los unos a los otros. A veces pienso que Longwei tiene razón. No pierde el tiempo construyendo amistades. Quizá por eso sea tan bueno. Toda su energía se dirige a tratarnos como rivales. Quizá sea más fácil así.

Pero la muerte de Kaya me cambió, lo cambió todo. No puedo volver a la competencia impasible ni a la victoria despiadada. No quiero. Kaya nos hacía sonreír. Ofrecía ayuda a quien lo necesitara, incluso si temíamos solicitarla. Por ella, intento ser mejor de lo que fui. Bilal insiste que hablemos de ello, pero no puedo compartir mi vergüenza con él.

Los extenuantes meses han transformado la competencia. Nuevas estrategias, nuevas tendencias, nuevas formas de lastimarse. La mayoría de los retos llevan consigo el legado de Kaya. Ella tenía un cerebro que entendía cada desafío en pequeñas partes por ensamblar, y siempre lograba completar el rompecabezas. Observar cómo seguimos imitando sus tácticas después de todo este tiempo hace que el agujero en mi corazón se haga un poco más grande, un poco más profundo.

Seguimos la rutina y nos dirigimos a la arena de combate. A estas alturas, todos somos letales. La práctica hace al maestro, y Babel nos ha transformado en asesinos. La única pregunta es ¿por qué?

El nuevo edicto de Babel también ha cambiado las cosas. Las chicas son inmunes, tienen su lugar garantizado. Vandemeer lleva meses obsesionado con ello. No le parece que el fallo sea ético. Pasó semanas revisando con lupa los

contratos para argumentar en contra. Pero existen tantos vericuetos embozados en las cláusulas de Babel que con el tiempo se dio por vencido. Yo no me molesto en preocuparme por eso, si la decisión de Babel fue justa o no.

Nada de eso importa. Babel habló. Y cuando Babel habla, las reglas se escriben en piedra. Lo único que puedo hacer es tratar de obtener mi lugar a pesar de ellas. No es fácil. Isadora ya no tiene que acumular puntos para sí misma. Así que ahora construye su estrategia para beneficiar a Roathy. En la arena, apenas lucha contra las demás chicas, pero contra nosotros pelea con uñas y dientes. Últimamente, ninguno de ellos dos socializa con el resto de nosotros.

Arriba, el avatar de Kaya titila brevemente en la pantalla. Toma ocho segundos para que se registre la victoria por ausencia y los puntos se agreguen a la cuenta de Azima. Ocho segundos bastan para llevarme de vuelta a esa habitación brillante repleta de cosas oscuras. Sacudo la visión de mi cabeza mientras remplazan el avatar de Kaya. Detesto que mi imagen de ella se haya movido lentamente hacia esta proyección digital, hecha por Babel. Ella era mucho más que una figura delineada en píxeles.

A continuación es turno de Longwei y Bilal.

Por algún tiempo Longwei intentó transformar a Bilal en su nuevo rival. Quería declarar la guerra contra mi amigo por el cariño de Azima. Pero sólo hay cierta cantidad de odio que puedes acumular contra alguien que no responde a la agresión. Cualquier oportunidad de consolidar una rivalidad terminó con la nueva creencia de Azima de que los adamitas podrían representar una mejor opción de marido allá en Edén. A Bilal le tomó unos cuantos días superar su corazón roto al escuchar semejante pronunciamiento.

Nuestros contendientes en primer y tercer lugares se saludan al centro. Defoe da la señal y Bilal avanza, pero Longwei se desliza hasta el fondo. Nuestros ojos siguen la acción mientras Longwei salta en el trampolín hasta el segundo nivel y se escurre fuera de vista. Desde nuestro puesto de observación, todavía podemos ver la coronilla de su cabeza subir y bajar por el borde exterior. Luego salta en el trampolín hasta el tercer nivel. Agachándose, da un giro para regresar por la cresta acolchada. Bilal se abre paso cautelosamente a través del segundo nivel. Revisa todos los recovecos y

rincones en los que nos ocultamos normalmente. Es más alto que Longwei, más visible. Todos miramos mientras sus caminos llegan a un punto de intersección.

Y entonces Longwei salta.

Su mechón de cabello se agita y sus ojos parecen salvajes mientras se alza en vuelo. Las hachas cortas de Bilal se levantan, pero no con suficiente rapidez. El impacto que recibe sacude ambas armas fuera de sus manos y se tambalea hasta el borde del segundo nivel. Antes de que pueda recuperarse, Longwei le conecta una patada en la espalda baja y Bilal sale disparado. Todos soltamos un grito ahogado mientras éste cae por la orilla. El ángulo en que se estrellará se antoja maligno. Mi estómago siente vértigo cuando un hueso se quiebra limpiamente en dos y Bilal se desploma sobre un charco de un color rojo intenso. Todos miramos el hueso blanquísimo que sale hacia arriba a través de su traje negro. Tan sólo verlo es suficiente para sentir como si alguien nos hubiera volteado la piel.

Corro en pos de él. El dolor es evidente en su rostro, gritos agudos se desgarran en sus pulmones. Puedo escuchar a los asistentes justo detrás de mí. Antes de poder llegar a él, Longwei brinca hacia abajo. Sin embargo, en vez de ayudar, baja su espada de nyxia desafilada sobre el cuello de Bilal. En la pantalla, el avatar de Bilal pierde la cabeza. El Bilal de verdad está gritando de dolor, y Longwei comienza a alejarse. La furia lo vuelve todo rojo. Me alejo de Bilal, consciente de que los asistentes están ahí, y que ellos pueden hacer más por él que yo. Longwei no se da cuenta de que me acerco. Un segundo después, bajo los dos hombros y lo ataco por la espalda. El choque me sacude de la mandíbula a la cadera. Salimos rodando y termino encima de él.

—Pedazo de malnacido.

Trata de liberarse, pero soy más grande que él. Le sujeto los brazos hacia atrás con las rodillas y le arranco la máscara nyxiana del rostro. Cae con un repiqueteo y propino un golpe hacia abajo. Su cabeza da contra el piso. Está borboteando en mandarín mientras su nariz sangra. Lo ignoro, haciendo su mano a un lado y golpeando otra vez. Dos más y sus ojos se aturden.

Todavía le estoy gritando, vociferando todas las maldiciones que conozco,

cuando Vandemeer me quita de encima. Logro asestar una patada contra las costillas de Longwei antes de que Vandemeer me pueda empujar a un lado y caminar conmigo fuera de la arena. No veo a los demás, pero puedo sentir sus miradas clavadas en mí mientras me escoltan fuera de la habitación.



## DÍA 188, 13:13 HORAS

### A BORDO DEL GÉNESIS 11

**V**andemeer no me reprende demasiado. En lugar de eso, me pide practicar yoga. Inhalo, exhalo, me estiro, giro los hombros y descubro que el enojo se repliega hasta los rincones más distantes de mi cerebro.

—Debo verlo —le digo cuando terminamos.

—¿A Bilal? —pregunta Vandemeer.

—Cuando estuve allá abajo, pensaba que todos me habían abandonado. No dejaré que él se sienta así.

—Tu herida fue causada directamente por nyxia. Es el protocolo estándar no permitir que los visitantes entren en esas situaciones. La herida de Bilal, en cambio, sucedió de manera natural. Te dejarán visitarlo. Te llevaré después de la práctica en la Conejera —ofrece Vandemeer—, ¿qué te parece?

—Me parece una mierda —digo, “los puntos antes que las personas”, eso es lo que nos enseña Babel. Eso es lo que solía pensar antes de que Kaya muriera—. Suena a que es más importante la clasificación que mi amigo.

—Piénsalo, Emmett —contesta Vandemeer con impaciencia—. Está entrando a cirugía justo ahora. No sabrá que estás ahí, y no te dejarán verlo todavía. No hasta esta noche. No tiene sentido que desperdices una oportunidad de sumar puntos, de seguir luchando. Has trabajado demasiado duro...

Aprieto los dientes con fuerza. Tiene razón, pero aun así me siento como un *bandazo*.

—¿Todavía están almorzando?

—Ya les toca ir a la Conejera —dice—. Te llevaré abajo.

Lo único que puedo ver en mi cabeza es el hueso expuesto de Bilal. Mientras caminamos, Vandemeer intenta que recuerde todas las notas que estudiamos antes, pero estoy demasiado distraído para eso.

Le pregunto por Bilal.

—¿Cuánto tardará en recuperarse?

Vandemeer hace una mueca.

—En la Tierra le tomaría un año.

—¿Pero aquí? —pregunto—. No fue una herida nyxiana como la mía.

—No, no lo fue. Aquí será mucho más rápido. Clavos y placas de nyxia, tratamiento sanguíneo avanzado y reconstrucción de tejido muscular. Volverá a la arena en un mes.

—Es una eternidad.

Vandemeer me detiene frente a la Conejera.

—Sé que te agrada. Es un buen chico, de buen corazón. Pero sólo queda una cantidad limitada de lugares para el viaje a Edén. Hemos estado trabajando duro para asegurarnos de que uno de esos lugares sea para ti. No te rindas ahora, ¿entiendes?

Asiento con la cabeza con sentimiento de culpa y me uno a mi equipo. Con Bilal en la unidad médica, los equipos ahora cuentan con el mismo número de miembros, para variar. No es que eso importe. Los últimos meses, nuestro equipo ha dominado la Conejera. Otra manera de honrar la memoria de Kaya. Usamos sus estrategias y nunca perdemos.

Romper la ilusión de que estábamos en habitaciones separadas corriendo en simulaciones separadas cambió todo. Ahora deben cuidarse de la red. Ahora los grupos tienen que decidir a quién mandaran al otro lado. Defoe dejó de programar a los lobos digitales que nos perseguían. Ahora los lobos somos nosotros.

Una mirada me muestra que Longwei todavía está aturdido. Estoy sorprendido de que siquiera esté aquí. Me propongo como voluntario para cruzar al lado de nuestros adversarios. Siempre es mejor ser agresivos con una criatura herida. Jaime e Isadora vigilarán el extremo frontal de nuestra cancha y pedimos a Azima que corra en nuestra zona segura. Defoe se para en

su plataforma como jefe supremo. Con un parpadeo, la habitación se activa.

Ahora una de las claves es el engaño. Si el otro equipo ve un escudo, da por hecho que estás patrullando las fronteras. Si ven largas pértigas, sabrán que tratarás de cruzar hacia su territorio. Manipulo mis anillos nyxianos para moldear un escudo y me alinee con Jaime e Isadora. Los tres escudos simulan una formación de tortuga: parece que fortificamos la defensa con la esperanza de que Azima sea más veloz que los corredores de ellos.

Nuestros ojos tienen que pasar rápidamente de la pantalla al otro equipo, a la pantalla y de vuelta a ellos otra vez. Los sentidos se afilan cuando debes temer de todo lo que te rodea. Vemos a Katsu y Roathy avanzar hacia la frontera, corren al mismo ritmo que nosotros. Justo a unos pasos, sólo la red de malla nos separa. Los dos formaron con nyxia los escudos estándar.

Entonces Katsu grita.

—¡Miren a esos *bandazos*! No tienen la menor oportunidad.

—Sentiríamos más miedo si pudieras siquiera saltar sobre la red, Katsu — grito como respuesta.

Él ríe sonoramente. Sin embargo, a causa de unas ramas que cuelgan muy bajo y se materializan desde las pantallas del frente, nuestra atención se ve forzada hacia adelante. Nos agachamos y esquivamos. Uso la distracción para transformar mi escudo en bastón. Planto una rodilla hasta que el movimiento de la caminadora me lleva al mero fondo de la habitación. Con un movimiento uniforme al costado salto hacia el territorio enemigo.

A Roathy le toma unos cuantos preciosos segundos darse cuenta. Avisa de la invasión, pero ya he cruzado, y soy peligroso y estoy hambriento. Jugar al lobo es mi momento favorito. Si te mueves demasiado pronto, el equipo entero confluye para eliminar la amenaza. Si demoras demasiado, pones a tu equipo en un aprieto. Quince metros más adelante y diez metros a la derecha, Longwei está corriendo en guardia con Jazzy. Katsu y Roathy están directamente enfrente. Si cualquiera de los dos cae, Jaime e Isadora estarán listos para sujetarlo.

Nuestro posicionamiento es perfecto. Mi adrenalina se dispara con sólo pensar en Longwei. Quiero tener otra oportunidad contra él. Si lo golpeo con fuerza con el bastón, podría romperle uno o dos huesos. Más adelante, un

sendero desciende hacia las barrancas.

Mis ojos revolotean hacia atrás, en dirección a Jaime, para recibir la señal. Comienza a levantar un puño cuando Isadora toma su escudo y golpea con él contra la parte trasera de las piernas de Jaime. Él aúlla un grito de dolor y sale despedido. Golpea el muro trasero antes de saber siquiera lo que pasó. Isadora transforma su escudo de vuelta en anillo y deja de correr.

Asintiendo calladamente hacia Roathy, quien deja que la caminadora la lleve fuera de la carrera. Emito una maldición mientras Roathy y Katsu escalan la barrera. Se tambalean hacia nuestro lado, Azima puede verlos. Pero está indefensa. La traición de Isadora nos invade. Añadió un elemento al juego que no debería existir. Nuestro equipo es un equipo: dejamos fuera las pugnas individuales y siempre competimos para ganar.

Pero ella ya aseguró su lugar en Edén. Deberíamos de haber sabido que se aprovecharía de eso para dar ventaja a Roathy en algún momento. Miro a mi alrededor y sé que los números sólo empeorarán. Eso me obliga a acelerar el paso. Jazzy y Longwei descienden por una angosta repisa central. Ambos blanden pértigas de equilibrio moldeadas con nyxia, como yo. Jazzy es quien las inventó; dijo que su equipo de atletismo de la secundaria usaba algo parecido. Las varas flexibles nos permiten lanzarnos hacia alturas imposibles. Y golpear las piernas de los competidores para derribarlos. El aditamento ha hecho que el campo de Babel sea mucho más navegable.

Por el rabillo del ojo observo que Roathy y Katsu han arrinconado a Azima. Me concentro en la posición de mis pies y clavo la vara dentro del hule. Ésta se sacude, se tensa y me lanza dos metros en el aire. A mi derecha escucho un grito. Azima tiene los brazos envueltos alrededor de Katsu. Los dos ruedan hacia el cañón más cercano, y sólo Roathy permanece en pie sobre la banda.

Cuando las luces palpitan, sé que estoy solo. Tres contra uno.

Mis pies caen con un golpe estrepitoso. Y luego estoy corriendo a toda velocidad. Brinco con dos zancadas que me llevan casi al nivel de Longwei y Jazzy. Antes de que Roathy pueda cruzar de vuelta a nuestro lado, me dirijo hacia el centro y vuelvo a plantar la vara en el caucho. Mis antebrazos absorben el impacto y cruzo el aire. El tiempo se detiene por completo. Ya no

logro asir la nyxia, pero en vez de caer, se transforma. Estoy demasiado perdido en la adrenalina de mi salto como para imprimirle algún mandato preciso. La oscuridad se extiende como la exhalación de humo de una granada de mano. De mis pulmones surge un grito de guerra y mi cuerpo se acomoda en paralelo con el suelo.

Longwei está girando su escudo, pero la oscuridad desciende sobre él. Mi nyxia se envuelve en sus hombros y lo sujeta como una red. Él se derrumba mientras yo aterrizo. Mi hombro encuentra el de Jazzy, pero de alguna manera ambos nos mantenemos erguidos, en pie. Ella me lanza una mirada aterrada y luego clava su pértiga en el suelo. Sé que si se aleja de un brinco, nunca la atraparé. Desesperado, la ataco y golpeo la parte inferior de su cuerpo con un fuerte empujón. Ella grita mientras el ángulo de su caída la dirige hacia la barranca más próxima.

Salto a mi izquierda, doy pasos ligeros entre retazos de fisuras, y me enderezo. La adrenalina se convierte en carcajada. Las luces palpitan cuando Jazzy y Longwei son eliminados. Soy un titán que cae del cielo. Roathy se está impulsando sobre la barrera de malla. Vuelvo a reír y me arrojo a él, quien en seguida rueda hacia un lado, pero a costa de su punto de apoyo. Da un salto sin impulso, yo continúo corriendo y hago un gesto de victoria con los puños en el aire cuando él se queda corto.

La caminadora se detiene con un parpadeo. Me dejo caer sobre mis rodillas y levanto los brazos triunfante. Jaime y Azima se acercan a toda prisa desde el fondo de la habitación para celebrar conmigo la victoria. Isadora me mira con gesto adusto desde su lugar atrás, pero no importa. Siento como que conquisté galaxias, siento que debería ir a Edén. Es la primera vez desde que murió Kaya que siento que merezco ganar.

## DÍA 189, 2:13 HORAS

### A BORDO DEL GÉNESIS 11

**M**i festejo dura poco. La figura pálida de Bilal me deprime. Las placas de su pierna muestran más metal que hueso. Los cirujanos de Babel lo dejaron con cicatrices del grosor de un dedo en cinco puntos distintos. Le afeitaron la pierna derecha por completo. Nunca había notado cuán velludo es. Al igual que yo, está volviéndose hombre en la negra profundidad del espacio, tendido sobre un catre en una unidad médica a millones de kilómetros de casa, lejos de la gente que pueda ayudarlo en un momento como éste.

Cuando despierta, abre los ojos, aturdido. Pero sus palabras son suficientemente claras.

—Emmett —carraspea—. Hey, hazme un favor.

Tomo su mano y le doy un ligero apretón.

—Lo que sea. ¿Qué necesitas?

—Longwei. Dile que es un imbécil.

Una carcajada desgarrar mi garganta. Bilal logra una media sonrisa antes de sacudir la cabeza.

—Sólo estoy bromeando. Dile que sé que fue un accidente. Lo perdono.

Trago saliva mientras Bilal me aprieta la mano y se recuesta, cierra los ojos.

—No quiero que se sienta culpable —agrega. Luego se queda dormido.

Sólo puedo sonreír. Si yo estuviera en su lugar, estaría furioso, pero Bilal es Bilal. Me siento a su lado, dormitando por breves momentos y espero a que llegue la mañana. Sé que debo irme o sacrificaré el desayuno.

—Regresaré. Todos los días. Como lo hizo Kaya por mí. Lo prometo, volveré.

Mientras paso junto a los tableros de marcación, intento no ver lo cerrada que está la competencia. Estoy apenas arriba de Roathy. Si los eventos terminaran hoy, iría a Edén. Pero todavía falta tiempo, y tengo trabajo que hacer. Incluso tras la severa penalización que me impuso Babel, estoy muy cerca de lograrlo. Es como si tuviera la mano de Kaya sobre mi espalda, empujándome, diciéndome que haga lo imposible.

Después de mi desempeño en la Conejera, sé que estoy destinado a ir a Edén. Puedo superar esto. Vuelvo a mirar las marcaciones y sé que un mes fuera hará que Bilal caiga en picada. Su puntuación se estancará, y aunque yo venza a Roathy, Roathy todavía puede ganarle a Bilal. Una parte de mí se pregunta cómo podría siquiera sobrevivir en Edén sin mis dos personas favoritas.

Longwei me lanza una mirada. Yo, lo observo. Reviso el daño. Tiene un ojo morado y unos cuantos moretones prominentes. Para mi gusto, no es castigo suficiente. Rompe el contacto visual conmigo y llevo mi atención al desayuno. Casi no se escucha ruido en la mesa. Cuando hay silencio, casi siempre es señal del mal humor de Katsu. Si él no hace bromas, normalmente nadie habla durante el desayuno.

—¿Y Bilal? —pregunta Azima—. ¿Está bien?

—Durmió toda la noche —digo—. Está recuperándose de la cirugía.

—Excelente momento para salir herido —dice Katsu con voz amarga—. Bueno para nosotros, supongo.

—No seas un *bandazo* —le reclamo—. Está realmente lastimado. Podría pasarle a cualquiera de nosotros.

Katsu sacude su tenedor en mi dirección.

—No a mí, tengo una estrategia secreta.

Jazzy se inclina hacia él.

—¿La tienes? ¿Cuál es?

Katsu se da unas palmaditas en la barriga. Ya adelgazó un poco, pero todavía nos supera en volumen por unos veinte o veinticinco kilogramos.

—Apelo a mi relleno. Así es menos probable que los huesos debajo se

quiebren.

Todos reímos, pero la alegría pronto enmudece. Eso sucede mucho ahora. Las bromas no son tan divertidas como deberían serlo. La dicha se nos escurre entre los dedos porque tratamos de asir y alcanzar todo lo demás. Ya estamos más allá de estar rotos. Ahora estamos en una etapa donde Babel reúne los trozos quebrados y nos transforma en algo distinto. Logro atisbar partes de eso en mí, en los demás. Defoe planea que cambiemos. Pienso en mis amigos sentados en clase de álgebra o dando vueltas alrededor de la pista en clase de gimnasia. ¿Cómo podrían ser tan veloces, tan duros o tan listos como lo seremos nosotros? No anhelan como nosotros. No morirán por lo que nos sacrificamos. No han visto lo que veremos.

Entonces recuerdo a Bilal. Él no es un producto de Babel. Goza de una dicha que no pueden trastocar.

—Longwei —digo, recordando la solicitud de mi amigo—. Bilal me dijo que te perdona.

Todos se quedan mirando. Longwei se gira lentamente.

—¿Por qué?

—Sabe que fue un accidente —digo intentando mantener el odio fuera de mi voz audible—. No quiere que te sientas culpable por lastimarlo. Sólo transmito el mensaje.

Por sólo un segundo, la fachada resuelta de Longwei se resquebraja. Veo un dolor más profundo y oscuro en sus ojos, pero desvía la mirada y se concentra en el desayuno. El resto permanece callado.

—Es injusto que algunos tengan pase libre —los ojos de Azima revolotean brevemente hacia Isadora—. Bilal es una buena persona. Si alguien merece llegar a Edén, es él.

Antes de que pueda mostrarme de acuerdo, todos los asistentes médicos entran a la habitación. A Vandemeer parece que lo hubieran levantado con un salpicón de agua fría. Entro en pánico y reviso la mesa. Sólo faltan Roathy y Bilal. Los otros médicos reúnen a sus postulantes, y temo que haya pasado lo peor. Otra muerte, otra Kaya.

—¿Qué pasa? —pregunto.

Vandemeer mira hacia la salida.



—Hemos llegado a la Torre Espacial.

**DÍA 189, 20:28 HORAS**  
**A BORDO DEL GÉNESIS 11**

**N**os reunimos frente a un muro completamente negro cerca del fondo de la nave. Tiene el brillo característico de la nyxia. Por primera vez, vemos a nuestra tripulación en su totalidad. El *Génesis II* es una pequeña aldea de astronautas y médicos, técnicos e infantes. Miran mientras Defoe conduce la marcha.

Estamos alineados en orden, del primero al último, entre el muro de nyxia y la tripulación. Se me estruja el estómago con anticipación. Por las filas, se va pasando la voz de que faltan unos treinta días para que termine la competición y estemos listos para dejar la nave. Nos espera un nuevo desafío. No importa cuál sea el diseño, sé que será más duro. Babel siempre exige más, nunca menos.

Mis ojos se mueven hacia el tablero de marcación a nuestra derecha:

1. LONGWEI	689,900 puntos
2. KATSU	640,450 puntos
3. AZIMA	532,750 puntos
4. BILAL	532,300 puntos
5. JAIME	520,200 puntos
6. JASMINE	478,050 puntos
7. EMMETT	473,350 puntos
8. ROATHY	471,324 puntos

9. ISADORA

415,080 puntos

~~10. KAYA~~

~~351,050 puntos~~

Ocho de diez irán. Ya estoy arriba de Roathy, pero tampoco lo aventajo bastante para dormir tranquilamente en las noches. Mis ojos se dejan llevar hacia la puntuación de Bilal. Su desempeño ha sido excelente, pero su herida podría dejarlo fuera por unas cuantas semanas. Sé que puedo vencer a Roathy, pero, ¿y si los *dos* descalificamos a Bilal en el proceso? Ya me hice promesas a mí mismo, a papá y a mamá, a la memoria de Kaya, de que iré a Edén. Pero si puedo, llevaré conmigo a Bilal.

Afuera, el metal besa al metal. La nave se estremece y puedo sentir la vibración en ambas piernas. Sorprendentemente, Defoe nos está entregando con una mínima ceremonia. Aunque nuestros logros más importantes estén escritos en negritas en el tablero de marcación, hay otros éxitos que se han hecho a un lado y olvidado. Somos viajeros espaciales. Astronautas. Cuando sea mayor, contaré a mis hijos este viaje. Nadie más, ni PJ ni alguno de los Excelentísimos Hermanos, podrá hablar de lo que hablaré. No podrán contar las historias que yo contaré.

Pero Edén todavía está fuera de nuestro alcance. Treinta días más, pienso, sólo treinta días más.

Lanzo una mirada hacia Bilal. Su asistente lo trajo en silla de ruedas a la habitación, una dura férula de nyxia le cubre la pierna. Incluso herido, sonrío bajo la máscara de traducción. Así es Bilal, siempre sonriente. De pronto cesa el estruendoso crujido metálico y todos nos erguimos un poco más. Defoe se separa de la multitud para pararse frente a nosotros. Su traje de nyxia reluce como el afilado borde de un cuchillo.

—Gracias —dice, con un gesto amplio—. A la tripulación por su precisión, a los médicos por sus cuidados, a los competidores por su fortaleza. Acabamos de completar una travesía que marca una nueva era en la incursión de los viajes espaciales. Es un honor estar al mando de una misión como ésta, con gente como ustedes. Este día, junto con los días que lo precedieron y los días que lo seguirán, quedará registrado en la historia junto con otros

indicadores del progreso humano. Ustedes serán recordados por siempre.

Nuestros asistentes médicos dan un paso adelante para pararse detrás de sus parejas. Queda un espacio vacío a mi derecha, donde debería estar Kaya. Vandemeer me da una palmadita gentil en el hombro mientras Defoe despacha a los astronautas y técnicos. Todos se mueven de nuevo hacia el vientre de la nave, y cuando las últimas pisadas se desvanecen, Defoe prosigue.

—Ahora entraremos a la siguiente fase de la competencia. Tendrán treinta días más, sin descanso: no habrá Sabbath. En ese tiempo, podrán sumar puntos a sus marcas por medio de una competencia llamada la Hidrovía. Ahí podrán aprender a navegar en condiciones similares a las que se enfrentarán en Edén. La única gran diferencia es que ahora lo harán como equipo.

Todos nos ponemos tensos. Tras unas cuantas miradas de soslayo asentimos: no somos un equipo. Tenemos a nuestros amigos y enemigos aquí, pero de ninguna manera somos un equipo. Y si tenemos que trabajar juntos, ¿cómo ganaremos terreno? ¿Cómo obtendremos puntos o evitaremos que los demás los consigan? Vuelvo a lanzar una mirada hacia el tablero de marcación y sonrío. ¿Será posible que ya haya asegurado mi lugar por un tecnicismo? Si Roathy, mi más cercano competidor, no puede ya ganar terreno, entonces estar unos puntos por arriba de él es una excelente noticia.

Roathy e Isadora parecen pensar lo contrario. El rostro de él luce tenso y furioso. El de ella contiene una ira más suave y bonita. Bien. Quiero que estén rabiosos y desconcentrados. Los quiero separados y rotos. Quiero que paguen por lo que trataron de hacerme.

—¿Comenzamos? —pregunta Defoe.

La pregunta nos lleva de vuelta al inicio. Hemos avanzado mucho, pero todavía no sabemos nada. Nada de lo que nos espera detrás de esta pared, nada sobre cómo es realmente Edén. Los muros se activan con un chirrido. Nuestra respiración se detiene mientras una pared se parte en dos. Una ligerísima tajada de luz separa los bordes perfectos de los muros que se retraen. Suena como un enorme motor que está en marcha. Miramos y esperamos mientras el hueco crece.

La estancia tiene techos altos y está bien iluminada. Un hombre se adelanta en cuanto la abertura es lo suficientemente amplia. Luce ya mayor, envejecido,

y su rostro tiene algo familiar. Su cabello parece de plata fina, pero está desordenado porque no deja de pasarle la mano encima. Cabizbajo, con la nariz torcida y arrugas de preocupación. Lleva puesto un traje nyxiano como el de Defoe. Mientras las paredes se siguen abriendo, y mientras él y Defoe se dan la mano, los vemos por primera vez.

La visión es desgarradora. Es como vernos en un espejo de feria. La imagen refleja colores y texturas, pero las formas y los detalles están distorsionados. Ellos son diez y nosotros nueve. También ellos llevan máscaras nyxianas, pero los rostros y ojos de ellos están dibujados con distintos colores y distintas expresiones. Nos quedamos mirando los unos a los otros, sin palabras.

Diez de ellos. Hay diez de ellos. Había diez de nosotros. La rabia me quema la garganta y toma el lugar del oxígeno. No quiero que estas diez personas existan, porque su presencia sólo puede significar una cosa. No somos los únicos que están compitiendo por la oportunidad para viajar a Edén. No somos el único *Génesis*. Cada rostro nuevo es una nueva amenaza. Una persona más en mi camino.

Babel volvió a cambiar la jugada.

## DÍA 0, 20:42 HORAS

### A BORDO DE LA TORRE ESPACIAL

**Q**uiero que sean una ilusión. No lo son.

Una chica se para frente a su grupo. El cabello oscuro descansa en una gruesa trenza sobre su hombro. Los meses en el espacio no han hecho que se aclare su piel profundamente bronceada. Entorna ambos ojos y puedo ver que nos está tomando la medida, observando cada detalle de nuestro equipo. Espero una expresión de sorpresa o de miedo o de preocupación, pero es como si fuéramos un nuevo desafío, una nueva Conejera. Es como si ella ya estuviera viendo cómo va a derrotarnos.

A sus espaldas se yergue una pelirroja alta y desgarrada. También otras dos chicas de piel oscura y cabello oscuro; una parece venir de India y la otra, de Oriente Medio. Aquel grupo también cuenta con dos chicos más altos que Katsu. Uno es por lo menos doce centímetros más alto que yo, y está forrado de músculo. Sus hombros son amplios debajo de un rostro que cualquier escultor consideraría digno de trabajar. El otro chico es grande y fornido; su rostro está plagado de pecas.

Como nosotros, ellos también parecen contar con una pareja de enamorados. Una rubia y un rubio, los dos impresionantes. La chica tiene los ojos más azules que haya visto fuera de una revista. El chico se peina el cabello hacia arriba como un famoso jugador de fútbol. Los últimos dos chicos se yerguen hombro con hombro, aunque no se parecen en nada. Uno es pequeño y de apariencia cruel, un chico grueso con aspecto feroz. El otro tiene rizos dorados sobre un rostro bronceado. Sus ojos son tan sorprendentes que

parecen de un color especial, un verde bañado en azul. Los dos son los típicos contrarios: Jekyll y Hyde.

En la pared a nuestra derecha, algo repiquetea. Dejamos de mirarnos unos a otros lo suficiente como para ver cómo cambia el tablero de marcación. Se agregaron diez espacios más. Los nombres se mezclan y el puntaje nos organiza. Todos observamos mientras nuestra clasificación en la competencia se modifica:

1. MORNING	1,070,200 puntos
2. LONGWEI	689,900 puntos
3. KATSU	640,450 puntos
4. PARVIN	570,200 puntos
5. HOLLY	542,700 puntos
6. <b>OMAR</b>	540,000 puntos
7. AZIMA	532,750 puntos
8. <b>BILAL</b>	532,300 puntos
9. <b>JAIME</b>	520,200 puntos
10. NOOR	515,050 puntos
11. <b>ANTON</b>	502,290 puntos
12. JASMINE	478,050 puntos
13. <b>EMMETT</b>	473,350 puntos
14. <b>ALEX</b>	472,200 puntos
15. <b>ROATHY</b>	471,324 puntos
16. ISADORA	415,080 puntos
17. IDA	390,400 puntos
18. <b>LOCHE</b>	357,500 puntos
19. <b>BRETT</b>	327,000 puntos

Mi corazón deja de latir. No puedo absorber toda la información de golpe,

así que la desmenuzo y la analizo en trozos pequeños, más manejables. Para empezar, estoy en decimotercer lugar. No es exactamente el número de la suerte, pero parece una posición sólida.

Ahora algunos nombres están destacados en negritas. También usaron estilo de cursivas para marcar a los líderes y el resto de las chicas. Después de la muerte de Kaya, Defoe garantizó la entrada de ellas. Algo que todavía no sabemos es por qué Babel hizo eso, pero mi nombre está en negritas en el tablero de marcación, y eso es lo que en realidad importa. El mío y el de ocho más. Somos los últimos que estaremos peleando por un lugar. Me doy cuenta de que si tu nombre está en negritas, quiere decir que puedes perder tu lugar. Al menos tres serán eliminados. Estoy más cerca de los tres últimos lugares de lo deseado. Estoy en peligro real.

La última pieza de información llega como una ocurrencia tardía e inconfesable: Babel borró el nombre de Kaya del tablero de marcación. Su ausencia casi arrasa los muros que he estado reconstruyendo con Vandemeer. Aprieto bien mis párpados, susurro una oración y prometo que no la olvidaré, aunque Babel lo haga. El resto de la habitación permanece en silencio. Nadie habla durante algún tiempo. Sabíamos que Babel cambiaría la jugada, pero este tipo de alteración nos era inimaginable.

Longwei es el primero en encontrar su voz.

—Esto es basura.

No puedo evitar reír. Su puntuación, a nuestros ojos tan insuperable, es casi la mitad del nuevo puntero, Morning. Encuentro el nombre en el traje de la chica de la trenza oscura, la que está parada frente a los demás. Mientras observamos, ella se da la vuelta y se pasea por las filas de su equipo, susurrándoles algo, quién sabe si alguna información, alguna arenga. Es obvio que no contamos con alguien como ella.

Tenemos a Longwei, que es talentoso y odioso a la vez. Jaime, que lleva a cabo cada tarea de manera competente pero nunca muestra una excelencia que valga la pena recalcar. Azima, que no se ha ofrecido como voluntaria ni una sola vez para dirigir nuestras competencias de grupo. Katsu, quien no puede tomar nada en serio. Los demás, yo incluido, no hemos logrado calificar lo suficiente como para exigir respeto. Si Bilal no estuviera herido, lo



identificaría como el que más probabilidades tendría de alzarse hasta una posición de liderazgo.

—*Génesis 11*, les presento al *Génesis 12*, su competencia —anuncia Defoe. Nos toma un momento darnos cuenta de que *nosotros* somos el *Génesis 11*. Nunca nos identificamos así porque el desafío siempre fue una lucha individual—. *Génesis 12*, yo soy Marcus Defoe, uno de los directores de Comunicaciones Babel. Deben saber que los dos equipos atravesaron exactamente el mismo entrenamiento. Las mismas rutas en la Conejera, las mismas batallas en la arena, las mismas exploraciones de un Edén simulado. Las puntuaciones que observan son un reflejo de lo que lograron con las mismas oportunidades. Dicho eso, nuestros números para el descenso a Edén han cambiado.

El temor retumba a través de mi cuerpo. Está cambiando la jugada. El aire se escapa de las promesas de Babel.

—Uno de los postulantes a bordo del *Génesis 11* murió durante nuestro vuelo. Acordamos entonces que nombraríamos a tres capitanes para tres unidades distintas de minería. Lo más probable es que tomemos a los primeros tres para esas posiciones. Así que, aunque ya hayan calificado para Edén, todavía necesitan esforzarse. Nuestros tres capitanes obtendrán el doble del salario pactado a perpetuidad. Ése será su incentivo. El resto competirá por ir a Edén. Cada unidad se conformará de cinco miembros para poder maximizar la extracción de nyxia y la movilidad sobre Edén. Eso significa que quince de los veinte lo lograrán.

Eliminaron a una persona más. Vuelvo a mirar al tablero de marcación. Me libro de estar entre los últimos cuatro por sólo mil puntos. Todo se está desmoronando. Defoe se retira, y el hombre de cabello plateado hace su entrada. Su voz es más profunda que un pozo.

—Me llamo David Requin. Hicimos nuestro mejor esfuerzo para simplificar las cosas en el tablero de marcación. Los que están en cursivas se encuentran a salvo. Su viaje a Edén está básicamente asegurado. Felicidades —hace una pausa y comienza a enlistar los nombres que permanecen en la competencia—: Jaime, Anton, Emmett, Bilal, Alex, Roathy, Loche, Omar y Brett. Un paso adelante.

Se escucha el movimiento de los pies mientras obedecemos. Cinco de su lado. Cuatro del nuestro. Bilal parece un blanco fácil en su silla de ruedas. Si se pierde unas cuantas semanas, ya está en serios problemas. Lanzo otra mirada al tablero de marcación. Loche y Brett están en el agujero más profundo. Miro el frente de sus trajes. Loche, el enamorado de cabello bonito peinado hacia atrás. Brett, el chico desmañado con el rostro lleno de pecas. Descarto a Omar. Está demasiado avanzado, por mucho. ¿Pero los otros dos? Podrían ser mi mayor amenaza.

Los dos que parecen opuestos: Alex, atlético y de cabello rizado, sólo está mil puntos detrás. Anton, pequeño y malvado, está más adelante. Tengo nuevos enemigos para agregar a los viejos.

Requin y Defoe dejan que se extienda el momento incómodo. A medida que pasan los segundos, mis anillos nyxianos danzan con energía nerviosa. Quieren transformarse en navajas afiladas o escudos estables. Volví a la delgada línea entre agujeros negros. ¿Soy yo el peligro? ¿O lo son ellos? Anton sonrío maliciosamente y decido que ellos lo son. Ellos son los peligrosos.

Requin explica.

—Todos estarán luchando por un lugar. Los nombres en negritas todavía están indefinidos. Mientras su nombre permanezca así, todavía tienen una posibilidad matemática de unirse a los nombres en cursivas y asegurar su llegada a Edén. Pero recuerden, las negritas también son indicativo de lo contrario: si su nombre está en negritas, todavía es matemáticamente posible que pierdan su lugar. Todos tienen treinta días para decidir sus destinos. Nos reservamos el derecho de retirar a *cualquiera* que no cumpla con nuestros estándares en la Hidrovía. Si no pueden operar ahí, no los queremos en el planeta. ¿Entendido?

Todos asienten. Tengo la misma sensación que al principio. Todos son una amenaza.

—Asistentes médicos —llama Defoe—. Escolten a sus participantes a su nuevo alojamiento. La primera ronda comenzará mañana temprano. Competidores, descansen. Van a necesitarlo.

Nos conducen a través de la Torre Espacial. Morning camina frente a su grupo. Los demás marchan a sus espaldas como soldados entusiastas. No lucen

agotados ni pesarosos. Quizás algunos de ellos, los rezagados, parecen serios, pero el resto del grupo se muestra emocionado con lo que viene. Los escucho reír juntos. Nuestro grupo camina en silencio. Ni siquiera Katsu bromea ahora.

Nuestras nuevas habitaciones son más pequeñas, diez compartimentos que se distribuyen como un panal alrededor del mismo espacio de convivencia. El *Génesis 12* se enfila hacia las habitaciones idénticas en la planta bajo la nuestra. Tengo cientos de preguntas sobre la estación, pero no las externo porque sé que tampoco Vandemeer conoce las respuestas. El *Génesis 12* también fue una sorpresa para él. Todavía puedo ver la maquinaria dando vueltas en su cabeza. Primero el adamita esclavizado. Ahora un grupo secreto de postulantes. ¿Qué más le han ocultado a él? ¿A nosotros?

Nos separamos del grupo. Vandemeer hace el escaneo para que entremos a la habitación. Saca su dispositivo de datos y presiona unos cuantos botones. Una de las paredes empieza a retraerse como cortina de ventana.

—Treinta días —me recuerda Vandemeer—. Sólo en caso de que necesites un incentivo. Por esto estás peleando. Aquí es adonde vas.

Los bordes de la ventana están oscuros. El pavoroso negro del espacio. Pero en el centro, Edén. Me corta la respiración. Un azul más oscuro que el que recuerdo de los retratos de la Tierra. Un mar que esconde sus peligros en la oscuridad. El verde y marrón de sus continentes está más difundido, separado en dos y cuatro y veinte por las gruesas lenguas de río. Las arremolinadas tormentas blancas cubren montañas y planicies, islas y junglas. Es familiar y extraño, todo a la vez.

Vandemeer asiente en dirección del nuevo mundo.

—Nadie en esta nave puede alejarte del triunfo. Sólo contra ti compites, recuerda eso muy bien. Y pelea. Por ti y por Kaya. Tú llegarás a Edén, Emmett.

## DÍA 1, 9:45 HORAS

### A BORDO DE LA TORRE ESPACIAL

**C**aminamos en hilera tras Defoe y Requin hasta la Hidrovía. Un alboroto natural serpentea entre ambos grupos. Su tripulación definitivamente parece más organizada, pero ése podría sólo ser el efecto de ver a Morning marchando intrépidamente por los pasillos. Trato de imitar su tranquilidad y concentración, pero Katsu empieza con su fanfarronería. El intercambio me hace sentir tanto en casa que empiezo a sonreír de oreja a oreja. Me recuerda a PJ cuando caminaba hasta media cancha antes de los partidos de la liga recreativa, encontraba al mejor jugador del otro equipo y gritaba su número.

—Mira qué adorables se ven —dice Katsu—. Marchando al paso como patitos.

—Por lo menos sabemos cuál es el grupo de los atractivos —responde Anton.

—¿Los atractivos? —Katsu suelta una carcajada odiosa y apunta con el dedo a Anton—. Me he encontrado cosas en las cloacas que se veían mejor que tú, pequeño hombrecillo.

Las mejillas de Anton se tornan rojo ardiente.

—Si estuviéramos en Rusia, te hundiría en un río, lindo, sin ruido. No pareces ser del tipo que flota. Irías directo al fondo, grandote.

Katsu ríe ahora incluso más sonoramente.

—Eres adorable, como un muñequito.

Las mejillas de Anton brillan aún más, pero Morning le lanza una mirada desde el frente del grupo. Se siente como un latigazo. Anton se muerde la

lengua y reanuda la marcha.

Defoe y Requin nos conducen por una red de pasillos con forma de túnel. El camino termina en una escotilla enorme que se abre cuando escanean sus dos tarjetas de acceso. Las luces zumban por arriba y se reflejan en los rápidos que corren debajo.

Un río. Babel tiene un maldito río en su estación espacial. Nos paramos en una plataforma de observación sobre las espumeantes zanjas. La Hidrovía mide unos cien metros a lo ancho. Serpentea entre rocas artificiales y vida vegetal sinuosa. De color azul oscuro, se extiende unos doscientos metros antes de doblar por una esquina. Abajo, se mecen dos barcos anclados.

Miro a un lado y me sorprende ver a Bilal, empujado en la silla de ruedas por su cuidador. Parece como si hubiera pasado por siete infiernos abajo, en la unidad médica. Tiene los ojos hundidos y está flaco como una varita. Me asombra incluso verlo aquí.

—Bienvenidos a la Hidrovía —dice Requin mientras caminamos por una rampa angosta.

Babel improvisó muelles y rampas de desembarco. Defoe conduce al equipo del *Génesis II* hacia la izquierda; Requin lleva al del *Génesis 12* hacia la derecha.

—Hasta luego, gárgola —dice Katsu y le sopla un beso al ruso.

Antes de que Anton pueda responder, Morning lo empuja hacia la rampa de desembarco. Ella es una cabeza más alta y es más fuerte de lo que parece. Katsu podrá reírse todo lo que quiera, pero el equipo de Morning parece más concentrado que el nuestro, y no es difícil ver que es gracias a ella. La veo sobre la cima de la rampa mientras los otros pasan en fila junto a ella. Asienten con respeto. Es lo que habría sido Kaya para nosotros si siguiera con vida.

Mientras cruzamos por nuestra rampa, siento nudos en el estómago. Estamos en más problemas de lo que pensábamos. Yo estoy en más problemas de lo que pensaba. El *Génesis 12* es aquello en lo que Defoe nos podría haber transformado, pero nuestras piezas no se ensamblaron como un rompecabezas. Nos lanzaron uno contra el otro como gladiadores. Hay demasiada sangre podrida entre nosotros para poder cambiar ahora.

El barco es otra maravilla más de la interminable innovación de Babel. Cada barandal es elegante, cada sección de duela, la perfección. Aunque los tablones huelen a que están recién esmaltados, crujen bajo nuestro peso como toda la buena madera debe crujir. En el centro hay un trono nyxiano. Una silla de capitán, lo más probable, pero luce majestuosa. Redes de nyxia se entretejen desde la base de la silla y a lo largo de los tablones de madera, enlazando el trono a ocho consolas nyxianas construidas contra los barandales del barco. Descubro que estoy buscando remos o velas o cuerdas, pero no hay nada. Sólo la silla del capitán y las consolas.

—Bienvenidos a su sesión tutorial —dice Defoe, atrayendo todos los ojos de nuevo hacia él—. El barco es una réplica de una embarcación que usan los adamitas en Edén. Los próximos treinta días necesitarán navegar la Hidrovía, ahuyentar a los depredadores y participar en asaltos a barcos. Los queremos preparados para todo lo que pueda pasar en Edén. Viajar sobre agua es una necesidad primordial en el planeta. Los pondremos a prueba tres veces al día. Todas las competencias serán en la Hidrovía.

—¿Cuánto valen? —pregunta Isadora. Roathy está parado detrás de ella como una sombra demacrada. Lucen preocupados, como deben estarlo—. ¿Cuántos puntos?

—Se harán dos rondas por equipo al día, que valen tres mil puntos cada una. Hay un total de ciento ochenta mil puntos en juego. Cada miembro del equipo ganador recibirá el bono. El equipo perdedor no recibe nada. El tercer evento cada día serán batallas individuales de nyxia. Ahí es donde pueden subir o caer dentro de sus propios rangos. ¿*Sondean?*

Defoe hace que la jerga suene como si fuera propia. Todos asentimos porque todos *sondeamos*. La mayoría de los puntos será por medio del trabajo en equipo, pero todavía hay oportunidad de una victoria desde el propio trabajo. Lanzo una mirada al otro barco. Requin está parado a un lado mientras el *Génesis 12* explora su nave. Morning ya está lanzando indicaciones y dirigiendo a miembros de su equipo a estaciones específicas. Tenemos que empezar a movernos. También Defoe lo nota. Aplaude con firmeza.

—Tienen treinta minutos para familiarizarse con la embarcación, definir al capitán y determinar de qué estaciones nyxianas se encargará cada uno de

ustedes durante las próximas semanas. El *Génesis 12* tiene un participante más que ustedes, así que irán dejando fuera a una persona por día en orden de rotación —lanza una mirada hacia Requin y baja la voz—. Primero elijan a su capitán. El manipulador más fuerte de nyxia en el grupo deberá operar la estación trasera. Pura fuerza y vigor. La estación delantera necesita poder explorar. Los conductores van a la derecha e izquierda. El resto tendrán que descifrarlo ustedes mismos —lanza una mirada a su reloj—. Ya sólo tienen veintinueve minutos. A trabajar.

Defoe abandona el barco y las discusiones comienzan.

—Yo debería ser el capitán —dice Katsu.

—Yo estoy en primer lugar —revira Longwei.

—Estás en segundo —espeta Katsu, apuntando al tablero de marcación con el pulgar—. Y los puntos no importan.

—Los puntos son lo único que importa —contesta Longwei.

—No eres un líder —Katsu mira alrededor y se encoge de hombros—. Ni siquiera hablas con nosotros. ¿Cómo se supone que vas a dirigirnos? Nadie te seguiría.

Longwei peina su mechón a un lado y guarda silencio. Sus ojos muestran enojo. Antes de que Katsu pueda reclamar el asiento del capitán, Jaime da un paso hacia adelante.

—Yo debería ser el capitán —dice—. Puedo hacer múltiples tareas mejor que nadie. Y de hecho, tomaré el comando del barco muy en serio. Tú lo único que haces es hacerte el gracioso, Katsu.

—Levanten la mano si recuerdan *cualquier cosa* que Jaime haya hecho mejor que cualquier otro —dice Katsu. Cuando el grupo titubea, sonrío—. He dicho.

—¿Qué hay de mí? —sugiere Azima calladamente—. Yo puedo dirigir.

Inicia una nueva ronda de discusión. Frustrado, miro hacia el otro barco. Unos cuantos pasos me llevan a nuestro barandal derecho, lo suficientemente cerca como para escuchar al *Génesis 12*. Todavía no están en sus estaciones, pero no están discutiendo sobre quién debería ser capitán, porque ya tienen el suyo.

—Omar, te encargarás de la estación trasera —instruye Morning—.

Agregaré mi fuerza a la tuya con la mayor frecuencia posible. Anton y Alex, en las alas, por favor. Trabajan juntos mejor que nadie.

Todos acatan sus órdenes. Ya han decidido quién no participará ese día. Ida, una mitad de la pareja de chicos atractivos que bien podrían ser modelos, se para en el muelle. Los demás se mueven en silencio a sus estaciones. Morning está por girar otra instrucción cuando se percata de que estoy observando. Levanta una ceja, me lanza un guiño inesperado y se despide con la mano.

Todavía estoy mirando fijamente cuando tuerce una de sus muñecas. Se desliza su pulsera nyxiana. Una oscuridad como humo lo inunda todo, extendiéndose y formando un muro entre nuestros dos barcos. No se arremolina alrededor de nosotros ni nada por el estilo, pero el sonido se anula por completo. Además de los trucos de Defoe, es la cosa más impresionante que haya visto hacer con nyxia, e hizo que pareciera fácil.

Estoy de regreso. Nuestro equipo todavía está discutiendo.

—Yo seré el capitán.

Es ahora o nunca. Con un movimiento veloz, dejo que mis anillos nyxianos se transformen. Se reúnen peligrosamente alrededor de mis nudillos y se acomodan en puños, afilados por el hierro y acolchados de negro.

—¿Alguien quiere pelear conmigo por ello? —el barco queda en silencio—. ¿Katsu? ¿Longwei? ¿Jaime?

Los he aplastado en la arena. Es el único lugar donde no importan nuestras puntuaciones. Saben el daño que puedo hacer. Cuando nadie habla, apunto al frente del barco.

—Defoe dijo que necesitamos ojos. Jazzy ha tenido la mejor visión en la Conejera todo el año, siempre está en calma y ha obtenido la máxima puntuación en todas las pruebas de patrones. ¿Alguna objeción? —ninguna. Jazzy asiente hacia mí, pero no se mueve—. Adelante, Jazzy. Échale un ojo a la consola delantera y trata de descifrar qué puede hacer.

Con una mirada nerviosa hacia los demás, Jazzy se dirige hacia la proa. Bien. Después apunto hacia Katsu y Longwei.

—Ustedes son los dos manipuladores más fuertes. Necesitamos que uno de ustedes impulse el barco y que el otro sea uno de nuestros conductores. ¿Cuál



quieren ser?

—Impulsar —dicen ambos al unísono.

Trato de no suspirar ni poner los ojos en blanco.

—Longwei, siempre fuiste el más fuerte para asir y el que más lejos llegó con el ejercicio de formas tridimensionales. Ve hacia la consola de impulso. Katsu, eres el más veloz con las cosas técnicas. No hay nadie en quien confíe más para conducirnos que tú, pero necesitarás un compañero. ¿A quién eliges?

Mira a los demás. Su enojo se desvanece mientras considera mi pregunta. Darle la opción le hizo olvidar que acabo de quedarme con la silla del capitán. Es una táctica digna de Kaya. Una palabra incorrecta o alguna objeción nos podrían haber llevado de vuelta al principio, arrebatándome el liderazgo. Espero con paciencia mientras sopesa a cada persona. Finalmente se encoge de hombros.

—Jaime.

Jaime suelta un sonrisita socarrona.

—Pensaba que no había hecho nada que te impresionara.

—Exactamente ésa es la razón por la que te quiero en mi equipo. Para llevarme toda la gloria cuando dominemos la Hidrovía.

—Sí, sí. Vayan a sus estaciones —ordenó.

Eso hace. Sólo quedan Roathy, Isadora, Azima y Bilal.

—Roathy e Isadora, ¿quieren trabajar juntos?

—No responderemos ante ti —contesta Roathy.

—¿No? Entonces comenzaremos cada día lanzándolos por la borda. Y no sumarán ni un solo punto.

Los dos enamorados intercambian miradas. No estoy seguro de que en realidad pueda ordenarle a la tripulación que lo haga, pero sé que están en una situación muy comprometida. Isadora ya tiene pasaje garantizado a Edén. Roathy no. Si esta parte de la competencia depende del trabajo en equipo, va a necesitar que todos subamos en el tablero de marcación. Por ahora los dos tendrán que acatar las reglas, aunque no lo deseen.

Isadora asiente.

—Si estamos juntos, trabajaremos mejor.

—Diríjense hacia atrás, a las estaciones de la derecha e izquierda. Van a

tener que averiguar lo que hacen —luego mi mirada vuelve a Bilal y Azima—. Bilal, ¿puedes encargarte de una estación?

Él asiente.

—Por ahora no puedo moverme, pero sí puedo atar mi silla a la consola.

—Bien, tú y Azima irán en las estaciones delanteras que flanquean a Jazzy. A moverse. Ya estamos cinco minutos detrás del *Génesis 12*.

Avanzo hacia la mitad del barco, asombrado de que mi plan haya funcionado. Dejaron que sea su capitán. Tomo mi lugar, y al principio es como cualquier otra silla de gélido respaldo. Unos escalofríos me recorren la espalda, y la piel de mis piernas y brazos se eriza. Es entonces cuando la nyxia cobra vida. Y estoy *consciente*. Del agua bajo el barco, de la maquinaria y los engranes metálicos, de cada uno de los miembros de mi tripulación. Puedo sentirlos a través de los enlaces de nyxia, como si todos fuéramos parte de un mismo cuerpo.

—¿Hola? —pregunto.

—Un poco más fuerte, capitán —dice Bilal.

Me aclaro la garganta.

—¿Mejor?

Escucho las afirmaciones de todos los miembros alrededor. Mis palabras no son lo suficientemente sonoras para poderse escuchar de manera natural sobre el río, pero crepitan por los enlaces nyxianos como si fueran audífonos inalámbricos. Antes de que pueda dar la primera orden, se disuelve la barrera de sonido de Morning. Todos levantamos la mirada mientras su barco ruge hacia el agua, con los motores zumbando como tren de carga. Babel colocó cuerdas para nuestra zona tutorial, pero ellos están usando el poco espacio que tienen para moverse y girar y probar. Hay un rastro de humo negro detrás de su barco. La competencia no comienza hasta dentro de veinte minutos, pero ya me siento muy detrás. Es hora de moverse.

—Obtengamos un reporte de cada estación. Siguiendo las manecillas del reloj, ¿de acuerdo? —todos se muestran de acuerdo—. Jazzy, ¿qué está pasando allá adelante?

Tiene la manos apretadas sobre las agarraderas de su consola. Cada estación tiene una especie de madriguera tallada frente a ella. La depresión

hace que ella se levante con suficiente altura para poder ver por encima del barandal del barco, pero lo suficientemente abajo para no bloquear mi vista.

—Tengo escaneos de pulso —contesta—. Miren.

Oprime el botón. Los demás se inclinan sobre el barandal para poder mirar. Una sustancia ahumada se arrastra desde la proa del barco y se extiende sobre el agua como neblina. Recorre cien metros frente a nosotros antes de desvanecerse en la nada. Jazzy mueve los hombros y todos vemos una lectura digital en la superficie de espejo negro de su consola.

—¿Puedes decirnos qué significan las marcas? —pregunto.

Ella asiente.

—Sólo hay que tocar la pantalla y lo explica: profundidad del cauce, velocidad de corriente, esas cosas.

—Perfecto. Continuamos siguiendo las manecillas del reloj: Azima, ¿qué opera tu estación?

A ella le asigné una de las estaciones diagonales que Defoe no explicó. Todos miramos cómo la nyxia conectada al barandal frente a ella se extiende hacia arriba y hacia afuera. Su manipulación toma la forma de un cañón arponero.

—Por lo visto estoy jugando como defensa —dice—. ¿Le disparo al *Génesis 12*?

Nos ofrece una sonrisa de oreja a otra y todos reímos. Después sonrío, asiento y confirmo:

—Quizá pronto... ¿Y tú qué tal, Jaime?

—Es un poco confuso porque todavía no nos estamos moviendo. La primera opción es para los timones y controles, estoy bastante seguro. Pero la segunda indica algo sobre *succión*.

Lo vemos tocar la pantalla. Un segundo después, el barco da un fuerte tirón. Las cuerdas que nos anclan al muelle improvisado empiezan a desenrollarse. Todos nos sujetamos con fuerza mientras el barco flota hacia la derecha, virando contra la corriente al arrastrarse hacia los enormes soportes de metal del muelle de observación. Los ojos de Jaime se abren por completo mientras vira y el barco entero se inclina. Hay un sonido de succión y nuestro barco se arrastra hacia arriba, por la pared. Quedamos volteados

aterradoramente de costado, pero nadie cae por la borda. El fondo de nuestro barco ya está completamente sujeto. Estamos colgados, desafiando la gravedad.

—¡Estás despedido! —retumba Katsu desde el otro lado del barco. Todos volvemos a reír.

—¿Puedes retomar la orientación original, Jaime? —pregunto.

Jaime manipula su estación de nuevo y el barco se desliza y baja suavemente por la pared. Con un chapoteo y una sacudida, estamos de regreso en el agua. Inclino la cabeza otra vez a la derecha.

—¿Y tú qué tal, Roathy?

—Igual que Azima —reporta—. Una estación defensiva. Pero ella usó uno de los programas predeterminados. Parece que estas cuatro estaciones se pueden manipular para transformarse en cualquier cosa. Miren.

Su consola se extiende más allá del barandal, formándose hacia arriba y afuera como lo hizo la de Azima. Pero en vez de un arpón, su nyxia se transforma en una mano gigante. Es casi tan grande como nosotros, e imita los movimientos de Roathy. Él saluda, y ésta saluda. Un segundo después, un enorme dedo medio se levanta para dedicarnos una seña obscena.

—Muy útil, ¿no? —pregunta Roathy inocentemente.

No puedo evitar reír.

—Definitivamente útil. Estupendo. ¿Longwei?

—Pregunta a los demás primero —contesta—. Mi estación hará mucho ruido, creo.

—De acuerdo. ¿Isadora?

—Estación de defensa —afirma secamente. Pero no juega nuestro juego. Esperamos a que nos dé una demostración, pero sólo responde a nuestra petición con una mirada desafiante. No es momento de enfrentarla, papá me enseñó a elegir mis batallas. Ella quiere ganar por el bien de Roathy. No tiene que reír ni hacer bromas, mientras pelee y se esfuerce cuando la competencia comience.

—Entendido —mascullo—. ¿Katsu?

—La estación está lista, capitán. Estoy empezando a percibir a Jaime a través del enlace. Lo tendremos claro antes del final del día.

—Bien —digo—. Finalmente, ¿Bilal?

—Estación de defensa —dice emocionado. Su nyxia se transforma en un cañón de metal. Da dos golpes con los dedos y un disparo doble de partículas láser se lanza contra la pared, como bolas de fuego. La sustancia se disuelve al golpear, pero no sin dejar aros de humo en los gruesos terraplenes de la Hidrovía. Katsu suelta un elogioso aullido.

—No necesito las dos piernas para disparar un cañón. La estación funcionará a plenitud, capitán.

—Perfecto; Longwei, empecemos a movernos.

Un segundo después, los motores se activan con un rugido. A nuestra derecha, el *Génesis 12* hace un círculo, dejando estelas en cada dirección. Sobre ellos, un reloj digital marca los segundos hacia nuestro horario de inicio. Sólo siete minutos. El área de ensayo es pequeña, pero en este momento lo pequeño es bueno.

—Katsu y Jaime, hacia la cuerda y luego a la derecha.

Por primera vez, los percibo trabajando por el enlace nyxiano. Sus comunicaciones avanzan por un enlace corriente distinto. Como capitán, tengo acceso a todo. Sólo necesito extender la mano para acceder a sus comunicaciones. El motor vuelve a rugir y nos movemos suavemente hacia adelante. Jaime y Katsu operan sus consolas con determinación y fuerza. Todos esperamos, un poco sin aliento, mientras el barco se acerca a la barrera de cuerda. El frente comienza a girar, casi demasiado tarde. Las cuerdas se estiran al menos tres metros antes de que volvamos a rotar hacia el cuadro de práctica. No es perfecto, pero es un comienzo.

—Bien —digo por el enlace—. Escaneo de pulso, Jazzy.

Ella vuelve a ingresarlo. Un segundo después, su pantalla se ilumina con información.

—Barco a cuarenta metros, muelles a cien metros —reporta.

—Longwei, impúlsanos por aquí en diagonal —digo. El otro barco se mueve en una dirección parecida, pero podemos llegar antes—. Bilal e Isadora, transformen sus estaciones en manos gigantes. Si el otro barco cruza nuestro paso, denles un lindo empujón en la dirección contraria.

Jaime y Katsu mantienen firmes los timones mientras Longwei agrega más

poder a los motores del barco. Busco por el enlace y lo encuentro, esforzándose por darnos combustible. No sé qué hacer exactamente, pero coloco mi mente detrás de la suya y doy un empujón. El barco se impulsa hacia adelante. Cruzamos el cuadro a tres veces la velocidad de lo que lo hicimos antes. El *Génesis 12* cambia de curso mientras avanzamos velozmente, fallando el impacto por unos buenos diez metros. Bilal los saluda con la mano mientras pasamos; Isadora les muestra un puño furioso.

—Otro giro —anuncio—. Hagamos una curva más cerrada esta vez.

Quito el acelerador y dejo sólo a Longwei. El barco reduce la velocidad mientras Katsu y Jaime nos mueven de golpe hacia la izquierda. Unos cuantos miembros de la tripulación se tambalean y caen sobre una rodilla, pero es un giro perfecto, y enfrentamos la Hidrovía de nuevo.

—Perfecto —digo por el enlace. Levanto la mirada y veo que nuestro tiempo ya casi ha llegado al cero. La otra tripulación todavía está haciendo círculos en un rincón del área de ensayos—. Vamos a instalarnos por la entrada a la Hidrovía. Bajemos nuestro uso de nyxia poco a poco y conservemos energía.

Longwei nos dirige lentamente hacia ahí. Toma medio minuto, pero la nariz de nuestro barco se vuelve a introducir suavemente contra las cuerdas y estamos en posición de arranque. Me levanto y camino por el barco. Lo siento como algo que haría un capitán. Le digo a Jazzy que tiene total libertad de decirme lo que sea y cuando sea. Le pido que hable con más determinación y que sea más vocal de lo que ha sido hasta ahora, tanto como necesite serlo. A nuestras estaciones de defensa les recuerdo que Babel no cree en las competencias sencillas. Algo planean, y tenemos que estar listos. Jaime y Katsu están teniendo una pequeña discusión sobre los timones. No los interrumpo; podrán resolverlo. Finalmente, hablo con Longwei.

—¿Qué te parece? —pregunto.

—Es como andar en bicicleta. Sencillo, pero veo que puede cansar después de algún tiempo.

Asiento con la cabeza.

—¿Pudiste sentir cuando agregué mi fuerza?

—Nuestra velocidad casi se duplicó. ¿Con qué frecuencia crees que

puedas hacer eso?

—Con la mayor frecuencia que me sea posible —le prometo—. Cuando empecemos...

Hay un ruido sordo y nuestro barco se mece de lado a lado. Todos levantamos la mirada. El *Génesis 12* ancló justo a un lado de nosotros. Alex, con sus rizos dorados y ojos de otro mundo, saluda alegremente a nuestra tripulación con la mano. Morning está en pie al fondo del barco con el chico enorme como una estatua llamado Omar, a quien eligió para dar el impulso. También están discutiendo. Sólo quedan cuarenta segundos antes de comenzar, pero Anton no puede resistir acercarse desde su estación.

—Mismo barco —grita—. Misma ruta. Mismo entrenamiento. ¿Cuál va a ser su pretexto cuando los hagamos trizas hoy, y al siguiente día, y al día que le sigue?

Mis ojos vagan hacia Morning. Una sonrisa llana descansa sobre su rostro. Conoce a Anton lo suficientemente bien como para saber cuándo su enojo trabaja contra él y cuándo contra la oposición. Justo ahora, ella desea que él nos irrite, que nos inquiete para inducirnos al error. ¿Qué haría Kaya en una situación como ésta? Quiero ser un líder, pero sé que no soy ella.

—¿No se supone que debes estar al frente del barco? —pregunta Katsu.

Anton lo mira fijamente.

—¿Qué dices?

—La tradición dicta que a los mascarones los tallen en la proa. ¿Cómo lograste soltarte?

Las mejillas de Anton arden rojas como el fuego.

—Te estás metiendo con la persona equivocada.

Katsu ríe.

—¿Alguna vez leíste algo sobre Napoleón? ¿Un sujeto pequeño y adorable, siempre enfadado?

Sucede rápidamente. Anton lanza un revés. Un borrón negro cruza la distancia entre nuestros barcos y el rostro de Katsu se hace hacia atrás como si hubiera recibido una bofetada. Antes de que cualquiera de nosotros pueda reaccionar, Anton impulsa ambas manos y una oscuridad se forma alrededor de Katsu como una prisión. Adentro de la negrura, Katsu grita. El rostro de

Anton brilla de rabia y de dicha. Azima se adelanta e intenta liberar a Katsu, pero no logra penetrar la creación de Anton. Escuchamos los gritos de nuevo.

Morning comienza a moverse hacia adelante, pero yo me muevo con mayor rapidez. Planto un pie sobre nuestro barandal y salto al otro lado. El rostro de Anton se retuerce de miedo cuando ve cómo cruzo sobre el hueco y me acerco a él. Trata de redirigir su nyxia pero no es lo suficientemente veloz. La colisión me sacude la mandíbula, pero envuelvo los dos brazos alrededor de él mientras rodamos por la cubierta del *Génesis 12*. Anton suelta un grito estrangulado mientras los demás miembros de la tripulación se tambalean hacia adelante. Transformo mis anillos en una sola garra y coloco mi navaja contra su cuello. Entonces Anton deja de retorcerse y aprieto mis piernas alrededor de las suyas.

—Suéltalo —gruño.

—No —escupe Anton—. Se merece...

Oprimo la punta de un nudillo contra su cuello y la deslizo un par de centímetros en la carne. Salpica sangre. Un gorgoteo escapa de los labios de Anton.

—¡Está bien, está bien! ¡Sólo detente!

Disminuyo la presión lo suficiente para que pueda quitar su creación. La nyxia se retrae en el aire sobre nosotros y vuelve a tomar la forma de anillos sobre sus dedos. Los dos estamos jadeando y sudando. Sin embargo, no lo suelto, no mientras sigo a bordo de su barco, y rodeado por su tripulación. Nos ponemos en pie con torpeza; el filo de la navaja de mi nudillo todavía amenaza su cuello. Nadie me quita la mirada de encima, pero yo observo directamente a Morning, y digo resuelto:

—Si vuelve a atacar así a algún miembro de mi tripulación, es hombre muerto.

La cabeza de Morning se ladea hacia la izquierda mientras me examina.

—No lo lastimarías.

Sonrío como un lunático.

—Ponme a prueba.

Hay respeto en sus ojos. Puedo ver que la he sorprendido. Después de un segundo, finalmente asiente.



De vuelta en el barandal, empujo a Anton a un lado. Alex, el del cabello rizado, lo levanta, y el *Génesis 12* mira indefenso mientras planto un pie en su barandal y salto de regreso a mi barco. Me tambaleo al aterrizar, pero Isadora y Azima me ayudan a no caer. Como si fuéramos uno, los miramos por el espacio que nos separa. Si no había odio antes, ahora lo hay. Con los ojos clavados en los de Morning, doy la orden.

—Todos de vuelta a sus estaciones. Tenemos una carrera que ganar. ¿Sondean?

Mi equipo responde con un grito de guerra. Soy el capitán. No tan astuto como Kaya, ni tan talentoso como Longwei, pero dispuesto a saltar por la borda por cualquiera de ellos. Quizás eso sea lo único necesario.

Azima auxilia a Katsu y me aseguro de que se haya recuperado mientras Defoe y Requin llegan. Como a unos treinta metros sobre nosotros, una rampa con barandales recorre un costado de la Hidrovía. Miran hacia abajo desde ahí, plenamente conscientes de lo que acaba de ocurrir y obviamente despreocupados. Quieren pelea, competencia. Gustan de la sangre temprana. Defoe se dirige a nosotros.

—Una vuelta —llama hacia abajo—. Comenzaremos con una sola vuelta. El primer equipo en regresar a la bahía donde ensayaron, gana. Éste no es un ejercicio de ataque; sólo es una carrera. Por favor, permanezcan en sus barcos por hoy.

Requin oprime un botón y las cuerdas se sueltan.

—¡Ahora, Longwei! —grito.

Rugen los motores y ambos barcos se impulsan hacia adelante.

—Escaneo de pulso, Jazzy —me toma un segundo trazar mentalmente mi camino de vuelta a la consola de Longwei. Cuando tengo el rastro, agrego mi fuerza a la suya y salimos disparados hacia adelante. El enlace merma un poco mi energía, pero nos adelantamos al *Génesis 12* mientras los rápidos se agitan con locura—. ¿Cómo luce todo, Jazzy?

—Piedras bajo aguas poco profundas, justo delante —reporta—. Tenemos que virar hacia la derecha, al muro lejano.

—Bien, adelante —ordeno.

Katsu y Jaime se enlazan y comienzan a llevarnos en esa dirección.

Escatimo una mirada al *Génesis 12*. Su ruta no los abre tanto. Se adelantarán un poco. El río hunde la nariz de nuestro barco y recibimos nuestra primera sacudida debido a las corrientes.

—Sigue escaneando, Jazzy.

—¡Emmett!

La llamada proviene de Bilal. Está apuntando hacia adelante. En el techo distante acaba de abrirse una escotilla. Está justo delante de la curva del río, todavía un poco más lejana, pero Babel planea algo. Todos esperamos y miramos mientras Longwei y yo impulsamos el barco más allá de la profundidad escarpada y hasta una porción más angosta del río. Algo oscuro cae de la apertura, gira y toma vuelo.

—Alerta —grito—. Convertir a armas de largo alcance.

La masa oscura se divide. Dos de los pájaros se dirigen hacia el *Génesis 12* y los otros dos se enfilan directo hacia nosotros. Jazzy vuelve a reportar aguas de poca profundidad mientras Bilal convierte su consola en un cañón. Nuestro barco salpica al moverse hacia el centro de la Hidrovía. Por encima, los pájaros se están acercando y ahora comienzan a volar bajo.

—¿Órdenes? —pregunta Bilal.

—Apunta cuando estés listo. ¿Roathy? ¿Isadora?

—Cañones listos —responde Isadora.

—¡Fuego!

Nuestro barco se bambolea con el retroceso que producen los disparos. Las partículas láser se baten en el aire, chisporrotean de calor y separan a los pájaros que llegan. Uno se mueve hacia abajo para evitar el impacto, pero el otro se desvía justo hacia la segunda explosión. Vemos que las alas anchas se enredan, y cae salpicando en el río. Bilal logra disparar otra ronda, pero el pájaro se aleja de tajo y nos deja atrás.

—No le quites el ojo de encima, Bilal —llamo—. Sigue disparando si lo tienes a la vista.

—El tramo que sigue es bastante recto —transmite Jazzy—. Todavía no puedo ver qué hay después de la curva.

—Longwei, ¿cómo vas?

—Aumentemos la velocidad —contesta—. Si agregas tu poder, podremos

avanzar mucho más.

Le lanzo una mirada al *Génesis 12*. Estamos a cierta distancia detrás de ellos, pero no a una ventaja que sea imposible revertir. Me muevo por el enlace y encuentro a Longwei. Juntos bombeamos los motores y aceleramos los saltos de velocidad. Defoe y Requin se mueven por encima, mirando nuestro progreso desde un puesto de control lejano. Parecen complacidos, pero es difícil observarlos mientras aceleramos más y los rápidos salpican radiantes contra los costados del barco. En pocos segundos hemos rebasando al *Génesis 12*.

Atrás se disparan un par de cañones láser.

—Volvió el pájaro —gruñe Roathy. Otra ronda de disparos palpita en el aire—. Está dando la vuelta hacia ti, Bilal.

Bilal responde afirmativamente. Veo cómo da una nueva forma a la nyxia mientras nos acercamos al primer cambio en el cauce del río.

—¿Puedes escanear lo que nos espera tras el giro, Jazzy? —pregunta Katsu.

Él y Jaime están concentrados. No habían pronunciado palabra en todo el curso, excepto por el enlace nyxiano sensible que comparten permanentemente. Jazzy trata de dirigir su escaneo de pulso en esa dirección, pero se disipa antes de poder llegar tan lejos.

—Vamos a entrar a ciegas —dice—. Cuarenta metros más adelante.

Todos nos sujetamos con fuerza a nuestras estaciones cuando aquel pájaro ataca de nuevo. Ahora vuela justo sobre Bilal cuando éste oprime el gatillo y una red nyxiana bellamente tejida brota de un cañón. El pájaro de aspecto metálico grazna sorprendido mientras la cuerda que lo sujeta se hunde en el río. Un hurra se deja escuchar entre la tripulación.

—Buen tiro, Bilal —digo—. Longwei, ¿quieres que me retraiga un poco?

—No —resopla—. Mira lo adelantados que estamos.

Miro hacia atrás. Tiene razón. Estamos a la cabeza unos treinta metros y nos estamos distanciando más a cada segundo. El *Génesis 12* todavía batalla contra esos pájaros. Realmente podemos ganar, pienso. Pero la idea se desvanece cuando rodeamos la curva. Jazzy anuncia que hay peligro, y todos los miembros de la tripulación se aprestan a mirar. Un muro de roca sólida se

extiende a lo ancho de toda la Hidrovía. Al otro lado de éste, el río sigue su curso sinuoso, pero no veo la manera en que podamos avanzar.

—¡Apaga los motores, Longwei!

Lo hace, pero todavía llevamos demasiado ímpetu.

—Katsu y Jaime, ¿pueden hacernos derrapar hasta detenernos?

—Podemos intentarlo. Todos, sujétense —dice Katsu—. Jaime, corta la potencia a la cuenta de tres...

Todos nos aferramos a nuestras consolas. Me doy cuenta de que llevo todo ese tiempo sujetando los brazos de mi silla con todas mis fuerzas. Escucho un sonido sordo, algo que raspa, mientras el sonido de nuestros motores se ahoga. Tanto Katsu como Jaime operan sus consolas al mismo tiempo, pero el barco gira con demasiada rapidez. Incliniéndose hacia el lado de Katsu, parece que fuéramos a volcarnos.

—Jaime, ¡dale succión!

El giro hace que descienda nuestra velocidad, pero puedo sentir que el barco da un giro durante su progreso, queriendo volcarse. Jaime toma su consola justo a tiempo. Se escucha el zumbido de una succión y el barco se equilibra mientras su costado trata de jalarnos a todos hacia los terraplenes de metal más cercanos.

Cuando nos mecemos de vuelta a una posición normal, le digo:

—Está bien, suéltalo —eso hace. El resto de la tripulación está respirando con fuerza, con pánico en los ojos—. Jazzy, ¿qué estás viendo?

Ella se inclina hacia un lado y nos muestra.

—Cruza de un lado al otro, sin aperturas. ¿Quizá podamos escalar por encima con las succiones?

En pie, echo una mirada sobre la extensión de piedras, con la idea de que quizá pueda funcionar. Pero Azima lo descarta por completo.

—Es demasiado sinuosa. Las múltiples salientes destrozarían completamente el barco.

Jaime asiente.

—No creo que podamos cruzar así.

—¿Entonces? —pregunto.

Todos nos miramos indefensos cuando el *Génesis 12* llega a toda

velocidad por la curva. Ya lidiaron con sus pájaros. Espero a que vean el muro de piedra, que corten sus motores y se detengan como nosotros. En cambio, mantienen la marcha y se dirigen directamente hacia el muro. Todos miramos mientras Morning ordena.

—¡Esperen! ¡Todavía no! —están a veinte metros del muro de roca cuando finalmente grita—: ¡Ahora!

El *Génesis 12* se sumerge. Vemos cómo se extiende nyxia desde cada consola, como una armadura. Las ocho estaciones forman un elegante domo negro que sella el barco por completo. Al mismo tiempo desciende como submarino, bajo la superficie del agua, bajo las rocas, y queda fuera de vista.

Y así, sin más, desaparecen.

—Santo... —susurra Katsu por el transmisor—. ¿Cómo hacemos eso?

Jazzy revisa rápidamente su consola, pero antes de que pueda continuar su inspección, escuchamos los ruidos de algo que raspa otra vez.

—¿Qué es eso? —pregunto—. ¿Encallamos?

Pero la respuesta llega salpicando por el costado del barco. Jazzy grita mientras el primer pájaro cae sobre cubierta con un ¡paf! Tiene los ojos color rojo y su cuerpo parece mitad metal, mitad pesadilla. Intenta morder a Azima con el pico afilado como una espada. Ella agacha un hombro pero no puede evadir el barrido de las alas extendidas del pájaro. El golpe la arroja con fuerza contra el barandal. Ella se desploma, pero antes de que el ave pueda partirla en dos, la luz de un cañón de pulso lo colorea de blanco. El cañón le dispara clavos en el pecho, y lo lleva retorciéndose por la borda.

Roathy asiente hacia nosotros.

—Creo que esta vez le di.

Todos estamos jadeando cuando volvemos nuestra atención a la ruta. Jazzy encuentra una pantalla que no había visto antes, y la nyxia se transforma en un domo sobre nosotros. Con cuidado, Jaime y Katsu nos sumergen y navegan por la cueva subacuática. Finalmente emergemos del otro lado pero ya estamos demasiado atrasados. El *Génesis 12* es un punto distante que da la vuelta por una curva a lo lejos. Deberíamos estar orgullosos de nuestra proeza, pero cuando cruzamos la meta lo hacemos en segundo lugar. No hay orgullo sin puntos. Las puntuaciones cambiaron incluso antes de que llegáramos. Quiero

decir algo positivo, comportarme como un capitán, pero no acude nada heroico a mi mente mientras atracamos. Anton ni siquiera necesita mofarse de nosotros. Sus celebraciones ya son burla suficiente. Nos dirigimos de vuelta a nuestras habitaciones, tratando de ignorar su victoria y nuestro fracaso.

## DÍA 2, 8:15 HORAS

### A BORDO DE LA TORRE ESPACIAL

**A** la mañana siguiente soy el primero en salir al área común. Siento que es algo propio de un capitán. Levantarse el primero. Pensar en cómo cambiar la jugada y vencer los pronósticos. Sé que sólo quedan veintinueve días para probar que soy digno de ir a Edén. Hasta el aire que respiro tiene un sabor a firmeza. Es la conclusión de todo mi arduo trabajo. Si gano, será también el inicio de algo más.

Tomo lugar frente a la ventana que mira en dirección a Edén, el astro que está suspendido en la oscuridad del espacio como una promesa silenciosa. La vista del extraño planeta me hace pensar en una vieja canción de Alabama Shakes. Me desplazo por mi reproductor hasta encontrarla. Comienza con ecos ligeros de sonido antes de que los instrumentos se eleven y la voz de Brittany Howard haga estallar cada nota con color.

También recuerdo el video musical de la canción. Un astronauta negro se despierta en el espacio y se da cuenta de que se quedó dormido al cruzar el Universo y ahora yace en la profundidad de la nada. Se sienta en la silla de comando tratando de ponerse en contacto con casa, pero sólo está su voz, sólo la comprensión de que todos los demás se han ido. Hasta que un sol extraño acaricia el horizonte. No descubres lo que le sucede a él, pero hay una extraña esperanza en esa luz dorada.

Alguien toca mi hombro justo cuando reproduzco por segunda vez la canción.

Me sorprende ver a Morning. Está vestida con el uniforme completo,

menos el traductor nyxiano. Sin la máscara parece una persona completamente distinta. La intensidad de sus ojos se compensa con la suave forma de su barbilla, la sonrisa casual de sus labios. Indica un asiento vacío junto a mí, y yo confirmo: puede acompañarme. Una mirada veloz muestra que la habitación está llena de sillas vacías que ella podría haber elegido. La idea de que quiera sentarse conmigo despierta mi curiosidad. Retiro un audífono de mi oído mientras ella cruza las piernas junto a mí y su mirada absorbe el distante Edén.

—No puedo creer que estemos tan cerca —dice.

—Algunos más cerca que otros.

Asiente. Su lugar en Edén está garantizado. Su capitania, también. Debería relajarse y seguir adelante sin mayor esfuerzo durante los últimos veintinueve días, pero percibo que tiene en mente otras metas. Hay algo más grande que cabalga sobre sus hombros, algún peso que no puedo discernir del todo. Mis metas son mucho más simples: llegar al corte final y volver a casa de una maldita vez.

—¿Eres de Estados Unidos? —pregunta.

Mi máscara está colocada en la mesa más cercana. Me doy cuenta de que es la primera vez en un tiempo que puedo sostener una conversación sin ella.

—De Detroit. ¿Y tú?

—San José —contesta—. Pero hemos vivido por todos lados.

Asiento con la cabeza antes de mirar de reojo la etiqueta con su identificación.

—Morning. *Amanecer*. Nunca antes había escuchado ese nombre.

Ella mira de nuevo hacia Edén.

—Lo eligió mi abuelita. Dijo que yo era como un día nuevo.

Suena tan bello que no sé qué contestar. El silencio lleva cargando los siguiente treinta segundos. Los Shakes todavía están temblando en mis audífonos, con suficiente fuerza como para que Morning lo note. Asiente hacia los audífonos.

—¿Puedo escuchar?

Se acerca un poco hacia mí mientras le paso el audífono extra y reinicio la pista. Hace treinta segundos, la canción hablaba del espacio y la soledad y otros mundos. Pero a medida que navegamos por su increíble letra, cada nuevo



verso suena como si describiera la distancia entre nosotros dos. En el tablero de marcación nos separan varias galaxias. Pero en el aquí y el ahora, tenemos los hombros juntos y nuestras cabezas se mueven al mismo ritmo. Es el tipo de momento que compartes a la mesa en la cafetería de la escuela, y no mientras observas un distante y extraño planeta.

Me da gusto que no diga lo perfecta que es la canción. Tampoco pregunta quién canta. Hace lo contrario de lo que hace la mayoría de la gente: sólo escucha. Puedo sentir cómo se me azota el corazón en el pecho cuando la canción termina. Doy tumbos para encontrar qué decir, pero ella se adelanta.

—Es una canción antigua. No escuché que utilizaran *morphing* en ninguna de las letras.

—Naa —digo—. No tengo nada de esas cosas *new-age*.

—¿Enamorado de los clásicos?

Sonrío.

—En realidad soy un hombre de cincuenta y tres años. Sólo mi apariencia es joven.

Por primera vez la veo sonreír de oreja a oreja. No es la sonrisa que lleva colgada desde que entró en la habitación. Ver su nuevo aspecto es como encontrar un nivel extra secreto en un videojuego. No puedo evitar responderle con una amplia sonrisa.

—¿Cincuenta y tres? —pregunta—. ¿Cuál es tu secreto?

—Jugo de limón —hace unos cinco años, recuerdo que mamá trató de usar jugo de limón para eliminar unas manchas de edad, en verdad. Papá la molestó por ello durante semanas—. En realidad es lo único que empaqué. Nada de ropa, ni libros. Sólo muchos limones. Intento permanecer joven, ¿sabes?

Ella ríe al escucharme.

—¿Entonces eres guapo y *además* divertido? Déjame adivinar: ¿hicieron un concurso en la nave y te eligieron como el *Mister Simpatía* del *Génesis II*?

Divago en la idea de que soy guapo. Ella dice las palabras como si fueran hechos simples y directos. Como si fuera algo de lo que estoy bien consciente. Mi cerebro trastabilla en busca de una respuesta, pero me demoro pensando en Kaya. En dos minutos, Morning asumió la misma comodidad conmigo que Kaya al principio. La única diferencia es que ella me hacía sentir calmado y

Morning me provoca turbulencias. Me tiembla tanto la mano derecha que tengo que sujetarla.

—Ni la menor oportunidad de ganar como *Mister Simpatía* —digo finalmente—. Creo que Bilal se llevó ese premio con creces. El chico es tan agradable que fue unánime. Sinceramente, es la única cosa sobre la que puede ponerse de acuerdo nuestra tripulación. ¿Y tú qué tal? ¿Votaron por ti como Presidenta del Futuro?

Ella se sonroja y niega con la cabeza.

—Me siguen porque confían en mí. Y por lo que vi ayer, estoy bastante segura de que tu equipo confía en ti también. Por eso quería hablar. Yo sólo... no sé... me impresionaste ayer. Eso de proteger así a tu tripulación. Te importa mucho.

—En realidad no —refuto, cosa que la hace reír—. Pero a Kaya le importaba mucho. A ella siempre le importó todo el mundo. Después de que murió, simplemente no podía tratarlos más como simples contrincantes, enemigos. Sentía que estaba mal al fingir que ella no me había cambiado, ¿sabes?

Morning me mira como si no siguiera la conversación. Entonces recuerdo que en el *Génesis 12* no tienen la menor idea de lo que pasó con Kaya. Para ellos, la muerte de Kaya no es más que un misterioso asterisco en el tablero de marcación. La sonrisa de Morning se desvanece mientras considera la expresión en mi rostro.

—¿Qué pasó?

—Un accidente. Uno terrible.

Guarda silencio algún tiempo, antes de decir:

—Eran muy amigos.

—Como si fuera mi hermana.

Morning extiende la mano y la pone sobre la mía. Dejo caer la mirada al suelo. Ella me da un pequeño apretón, y por un segundo me imagino un mundo en el que no estamos por pasar veintinueve días peleándonos con uñas y dientes el uno contra el otro por cada punto.

Una pequeña sonrisa me separa los labios.

—Maldición. ¿Por qué tienes tan fría la mano?

Me lanza la mirada más escandalizada del mundo y trata de jalarla, pero soy lo suficientemente veloz como para volver a atraparla en el aire. Su mano es delgada y dura y con los nudillos oscuros. La tomo entre mis dos manos y froto calor de vuelta en cada articulación. Hay un largo momento en el que los dos simplemente miramos la manera en que mis manos se mueven sobre las suyas. Nuestras miradas se encuentran y...

... la puerta se abre, y nos separamos con un gran brinco.

El otro audífono se arranca de mi oído y los dos retrocedemos unos cuantos pasos, como si estuviéramos poniendo un poco de distancia entre nosotros y la escena del crimen. Defoe se está deslizando por la entrada, mueve los dedos a toda velocidad por la superficie de un dispositivo de datos. Mira nuestra posturas incómodas y sonrío.

—¿Conociéndose? —nuestro silencio lo hace reír—. Disculpen mi intrusión.

Golpea una secuencia y retumban los despertadores. Los asistentes lo siguen por la entrada mientras se levantan los demás competidores. Morning pone un poco más de distancia entre nosotros antes de erguirse con los brazos cruzados en actitud desafiante. Trato de pensar en algo que decir, pero sus compañeros de tripulación del *Génesis 12* ya emergen desde las habitaciones inferiores, y entonces es como si yo hubiera desaparecido. Me muevo hacia el extremo opuesto de la sala y espero a que mis compañeros de equipo lleguen. El momento pasó, se escurrió entre mis dedos. Me quedo en pie ahí un momento, intentando llamar la atención de Morning, pero ella ya se ha colocado la máscara nyxiana, y con ella también esa apariencia dura y pétrea.

Ella está haciendo lo que yo debería hacer. Se está vistiendo con el equipo necesario y se prepara para la guerra. Pero mientras el *Génesis 11* se enfila hacia la Hidrovía, no puedo borrar la imagen de su mano entre las mías.

## DÍA 4, 11:57 HORAS

### A BORDO DE LA TORRE ESPACIAL

**D**urante ya más de cuarenta y ocho horas, mi mundo se ha reducido a dos cosas: a Morning y a la derrota. No hemos compartido ningún momento privado. Nada de escuchar canciones juntos. Pero hemos transformado en deporte el encuentro de nuestras miradas. Todo me hace sentir culpable, porque mi equipo no ha ganado un solo encuentro contra el suyo.

El *Génesis 12* está siempre uno o dos pasos adelante de nosotros en cada competencia. Aunque la brecha no se siente tan grande, y nuestro desempeño es bueno, por un error siempre estamos demasiado lejos de la victoria. Peleamos contra pájaros y anguilas eléctricas, navegamos por corrientes truculentas y nos sumergimos en cuevas negras como boca de lobo. Sin embargo, Morning está dominando siempre algún nuevo aspecto del juego. Como Kaya, ella lo descifra y luego nos muestra el camino por medio de la derrota. Nunca como ahora había extrañado más a mi amiga, nunca la había necesitado más a mi lado.

No tenemos la costumbre de socializar con el enemigo, pero el puñado de conversaciones que se suceden cuando pasa son muy educativas. Su tripulación tiene un claro parecido a la nuestra: Babel los eligió a todos de entre la pobreza. Es obvio que cada postulante tiene su propia razón desesperada para querer llegar hasta Edén. No importa si proviene de Colombia o de India. La historia se lee igual: ganar cambiará *todo* para ellos en casa.

Y aunque siempre resulten victoriosos, la tripulación del *Génesis 12*

continúa su trabajo duro. Comen juntos, discuten estrategias y entrenan durante sus horas libres. Cuando sugiero lo mismo para nosotros, las sesiones de práctica son un desastre. Roathy e Isadora son una peste. Katsu y Jaime no se toman nada en serio. Dejamos de ser un equipo hace meses, me doy cuenta, en las oscuras rivalidades que Defoe forjó entre nosotros.

Pero no todo está perdido.

Mientras vemos cómo los miembros del *Génesis 12* ascienden en el tablero de marcación, Babel nos da la oportunidad de valernos por nosotros mismos. Un evento que depende sólo de cada uno de nosotros. El día comienza y termina con los desafíos de la Hidrovía, pero entre éstos, peleamos. Acomodan todos los juguetes de la arena en los muelles. Bajan megapantallas por las paredes de la Hidrovía, y nos vemos morir uno a otro como gigantes pixeleados. Los desafíos acuáticos son un atisbo distante del *Génesis 12*. En los duelos, llegamos a conocerlos de manera íntima.

Holly, la pelirroja de Irlanda, posee un gancho derecho que es una pesadilla. Su juego de pies es incluso un poco mejor que el mío. El gigante egipcio, Omar, aplastó a Katsu el primer día usando una maza que yo ni estoy seguro de poder levantar. Luego está Anton. Pelea con cuchillos, sucio y veloz, y es tan peligroso con la derecha como lo es con la izquierda. Pierde contra Azima el primer día, pero al día siguiente troza en pedacitos a Jaime, como si fuera un cerdo relleno.

Por suerte, no todos saben pelear. Era claro que Parvin y Noor dependían del mismo tipo de estrategia que usaba Kaya en la arena. Están acostumbradas a hacer sangrar a alguien, evitarlos y esconderse. Pero nuestras peleas se llevan a cabo en los muelles movedizos de las naves nyxianas. No hay a donde correr, a menos que quieras pelear bajo el agua.

Alex, el colombiano alto de pelo rizado, no lo hace mal. Al igual que con Bilal, su alcance y altura ayudan, pero no es lo suficientemente disciplinado para poder derrotar a los mejores duelistas. Durante el primer día, me quedé parado frente a su otro chico grande, Brett. Estaba preocupado hasta que lo vi moverse en la arena. Desmañado, descuidado. Esquivé una embestida chapucera, y lo golpeé con un lance mortal contra la barbilla.

Mi otro perseguidor, Loche, pierde sus dos primeros encuentros. Lanza

maldiciones cada vez que pierde, y hasta los traductores de Babel tienen dificultades para descifrar algunas de sus frases australianas en algo que se pueda entender plenamente. No tendría que preocuparme por Loche ni Brett, pero la tozuda cadena de victorias de Morning podría nunca detenerse. Alex ya me rebasó. Y es por eso que son aún más importantes los duelos. Tengo que mantenerme arriba de Roathy si aspiro a llegar a Edén.

Lo peor de todo es Bilal. No es difícil hacer los cálculos. Cada pelea que se pierde está costándole demasiado. Lentamente voy subiendo por el tablero de marcación mientras él se somete a la terapia física y le preparan una bota para caminar que le ayudará a volver a la acción. A este paso, uno de nosotros no llegará a Edén.

Hoy peleo contra Morning. Sus primeros dos encuentros terminaron en diez segundos. Levanto mis guantes de box y cruzo la rampa de abordaje. Ya está esperando ahí, con unas hachas de duelo en cada mano. Cuando ve que soy su oponente, levanta la mano y se quita la máscara nyxiana con un clic. La pone a un lado y gesticula hacia mí para que haga lo mismo.

No hemos hablado desde aquella mañana temprano. Morning ha estado demasiado ocupada entrenando a su equipo a la perfección. Pero en el segundo que se retira la máscara hay una sonrisa en su rostro. Es el tipo de sonrisa que se dibuja en tu rostro cuando estás esperando que tu novio pase a recogerte no cuando estás a punto de enviar a alguien a tratamiento quirúrgico a causa de múltiples tajos de un hacha.

—Me agradas —dice en voz baja—. Me gusta tu música. Me gustan tus bromas. Nada de esto es personal, pero mientras estés parado ahí y yo esté aquí, no ganarás.

—Y yo que esperaba una oportunidad.

—Jamás —dice—. Sinceramente, no me molestaría pasearme por Edén con alguien como tú, pero vas a tener que ganarte el camino. ¿Sondeas?

Arqueo una ceja.

—Esa palabra es mía.

—Ven a quitármela —contesta, ofreciendo esa sonrisa de nivel secreto—. Si puedes.

Los dos nos colocamos las máscaras de nuevo. La miro, los brazos

levantados en postura defensiva. Rastreo los movimientos de sus músculos, el arrastre de sus pies. Sé que ella atacará, y que cuando lo haga, el golpe llegará más rápido de lo que pueda imaginar, justo en el lugar que no había imaginado. Sus ojos no delatarán sus movimientos porque no mira hacia donde quiere atacar, un error que comete la mayoría. Sus ojos están clavados en los míos.

Ella hace una finta amplia, cambia su postura, hace otra finta y se agacha hacia adelante. La rotación que da su cuerpo para evitar mi golpe sería un poema, si el verso final no fuera su hacha en mi cuello. Ella gira antes de que pueda llegar mi segundo golpe, y me planta la segunda arma en el estómago. Arriba, en pantalla, mi avatar se desploma. Maldición, es veloz.

—Cuatro segundos —susurra.

Mientras pasa junto a mí, me da un ligero golpe juguetón en el hombro. Camino fatigosamente al otro lado de la rampa para alcanzar a los demás y trato de parecer despreocupado. Miro los siguientes encuentros sin mucho interés. Isadora vence a Brett, Jazzy pierde un duelo disparejo contra Omar y el avatar de Bilal pierde por ausencia contra Anton. Es hasta el último encuentro cuando siento que mi atención gira de vuelta a la arena de combate. Loche, el chico australiano de hermoso cabello, está erguido frente a Longwei. Antes de que puedan pelear, Morning baja corriendo y atraviesa la rampa. Le susurra algo al oído a Loche y regresa corriendo al otro lado. El australiano esboza una sonrisa tensa, y avanza.

Todos nos inclinamos sobre el barandal para mirar, como si el susurro de Morning pudiera provocar algún tipo de milagro. Pero Loche luce más descoordinado que nunca. Evita un golpe amplio de la espada de Longwei, apenas bloquea otro, y luego se agacha cerca de él. No intenta golpear, sólo envuelve los brazos alrededor del pecho de Longwei y se impulsa sobre el barandal. Los vemos zambullirse en el azul oscuro, fuera de vista. Se calma el chapoteo, y no queda nada que no sean los oscuros rápidos.

Nuestros ojos se mueven a la pantalla de los avatares. La figura de Loche parece calmada, el ritmo cardiaco un poco veloz, pero aún vivo. El de Longwei está oscilando violentamente en pantalla. Su ritmo cardiaco está por los cielos y sus niveles de oxígeno están cayendo. Loche pretende ahogarlo.

Me abro paso a empujones entre los demás y me levanto junto a Defoe.

—No puedes dejar que se ahogue.

—No va a ahogarse. Tenemos preparado un sistema para estos casos.

El avatar de Longwei está empezando a ponerse azul. Miramos mientras sus brazos pierden más y más ímpetu al forcejear. Miro a Morning. Sobre su máscara, la mirada que me devuelve es dura e inflexible.

—¿Eso es lo que le dijiste que hiciera? Qué miserable.

Morning no se inmuta.

—Tú lo harías, si fuera la única manera en que pudieras ganar.

Niego con la cabeza y miro de nuevo hacia la pantalla. El avatar de Longwei no tiene pulso. Abajo, el cabello dorado de Loche empieza a aparecer en el agua. Bajo un brazo sostiene a un Longwei inconsciente. Buzos surgen de la nada, le acoplan una máscara de oxígeno sobre la cabeza, y lo sacan de la Hidrovía. Bajo corriendo por las escaleras.

Podrá no agradarme Longwei, pero él me dejó ser su capitán, y serlo significa estar ahí en momentos como éste. Me quedo junto a él hasta que lo reviven. Sus ojos están inyectados de sangre y tiene el cuello lleno de moretones. Se queda mirando las luces como si no estuviera seguro de lo que ocurrió. Me dejo caer a su lado y pongo una mano en su hombro.

—Estás bien, Longwei —le digo—. Vas a estar bien.

Todo su cuerpo se estremece. Los médicos comienzan a hacerle preguntas, trabajan con su respiración, pero mientras lo hacen, la mano de Longwei cae sobre la mía y la aprieta. No dice gracias, pero no tiene que hacerlo. Cuando lo dan de alta, subimos juntos caminando a nuestros dormitorios.

—¿Perdí? —pregunta finalmente.

Río.

—A duras penas, Longwei. Por cosa de nada.

Después de que el asistente médico de Longwei me promete por tercera vez que va a estar bien, salgo de la habitación hecho una furia en busca de Morning. No sé por qué estoy tan enfadado, pero puedo sentir la rabia calarme los huesos. Sé que ella quiere ganar y llevar a todo su equipo a Edén, pero Longwei podría haber muerto.

Llamo a su puerta, pero no obtengo respuesta. Cuando regreso al vestíbulo, encuentro al rizado Alex barajando unos naipes. Sus ojos están trazando los



océanos de Edén.

—¿Dónde está?

Alex mira hacia donde yo estoy.

—¿Quién?

—Morning. Necesito hablar con ella.

Asiente.

—Dijo que vendrías. Está abajo, en la Conejera de la Torre. Fue a hacer ejercicio, o algo así. Dijo que ahí la encontrarías.

Le doy las gracias y me muevo hacia las escaleras. También he usado la Conejera de aquí un par de veces. Ya sea para soltar los músculos antes de comenzar el día, o para entrenar. Cuanto más desciendo en la estación, menos me encuentro a los técnicos e infantes de Babel. Vandemeer me explicó que éstos son sus empleados en misiones de larga duración. Algunos llevan casi una década de servicio aquí. Termino por atravesar un largo pasillo que se ramifica en un puñado de senderos extraños.

A la distancia espío a Morning recargada contra la puerta de la Conejera como si llevara todo este tiempo allí, esperándome. Tiene los brazos cruzados y parece como si no hubiera empezado a sudar. Su máscara cuelga del cinturón de herramientas en la cadera de su traje.

—Hey, necesito hablar contigo —le digo.

Ella se impulsa de la pared y me encuentra a medio camino.

—Yo igual.

—Mira, eso que hizo Loche...

Morning me interrumpe con un movimiento de la mano y una mirada. Estoy por decir algo más cuando ella cruza la distancia entre nosotros, se acerca lo suficiente para que respiremos el mismo aire y deja salir su voz como un susurro.

—Tengamos nuestra plática en donde no nos vigilen.

La manera en que se desliza a un lado y gesticula para que la siga tiene algo de embriagador. Toma uno de los pasillos laterales, me lanza una mirada persistente sobre el hombro y se interna en uno de los cuartos de máquinas. La invitación bien podría estar sonando a todo volumen por las bocinas, pero aun así me quedo parado ante la entrada vacía, porque no tengo la menor idea de

qué está pasando.

¿Morning quiere hablar, o quiere *hablar*? Quizá yo presumí otra cosa a los Excelentísimos Hermanos, pero en realidad nunca he *hablado* así con una chica como Morning. Una cosa es coquetear con Shae Westwood o Samantha Givens en una fiesta. Ese tipo de charla con ese tipo de chicas era para mí como un segundo idioma. Nunca tuvieron algún peso, porque sólo éramos niños. Nunca tuvo algo que ver con nada más que con el momento en sí mismo. Morning es distinta. Puedo intuir que toda la preparación que tengo para situaciones como ésta proviene de un montón de letras de canciones y escenas de películas. Me limpio el sudor de las palmas de las manos y entro después de ella.

Doy dos pasos adentro, y todo me queda claro: tiene otra cosa en mente.

Morning espera al fondo de la habitación, las manos en las caderas y la máscara puesta. No está sola. Anton se desliza fuera de las sombras con uno de sus cuchillos apuntado hacia mí. Gesticula para que yo siga caminado mientras Omar bloquea la salida. El egipcio manipula su nyxia hasta que se estira de un lado al otro de la entrada con un chasquido estático. Los sonidos del cuarto de máquinas reverberan con más fuerza ahora, como si estuviéramos separados de todo en nuestro propio mundo. Mis ojos revolotean entre ellos, antes de caer sobre Morning.

—¿Por qué todo el rollo de espionaje a la James Bond?

Mientras hago la pregunta, me doy cuenta de que estoy molesto. Enfadado de que me haya dado alas, y también avergonzado, compungido por haber dejado que mi imaginación se pusiera a colorear fuera de las líneas. Morning no se inmuta con mi mirada.

—Tengo que hablar contigo —dice Morning—. Sin que Babel nos escuche.

—¿Y para eso hay tres de ustedes ahora mismo?

—Omar insistió en venir. Sólo estamos siendo precavidos.

—Correcto. Entonces, si no quiero hablar, ¿sólo me dejarán ir?

Anton gira su cuchillo.

—Hay otras maneras de obtener información.

—Cierra el pico, Anton —dice Morning, dando un paso hacia adelante—.

Si quieres irte, entonces vete. Te traje aquí porque sé que puedo confiar en ti.

Sé que te podemos hacer preguntas y que no irás a informarlo a Babel.

La fulmino con la mirada.

—¿Estás tan segura de eso?

—Claro que lo estoy —dice—. He visto cómo los miras, Emmett.

—Como digas —ella tiene razón, pero no me gusta adónde se dirige todo esto—. ¿Qué quieres?

—La chica —dice Morning—. ¿Cómo fue que murió?

—Kaya. Su nombre era Kaya.

—Kaya —Morning se corrige—. ¿Cómo murió Kaya?

—Ya lo dije, en un accidente.

—Cierto, pero hay de accidentes a *accidentes*. ¿De quién fue culpa?

Las palabras se me atorán en la garganta. Por un segundo pienso en mentir, pero la memoria de Kaya me ha hecho mejor que eso.

—Nuestra. Explorábamos una parte de la nave que estaba fuera de los límites permitidos.

—¿Y qué pasó? —pregunta Anton—. ¿Fue aspirada al espacio exterior?

Vuelvo a titubear. Ésta fue la única orden de Defoe: no hables con nadie sobre el adamita. Es posible que usen cualquier cosa que les diga en mi contra. Es posible que quieran descalificar a una persona más. Pero ya conozco a Morning lo suficiente para saber que ésa no sería la manera en que le gustaría vencer. Ella cree que puede ganar limpiamente el viaje de toda su tripulación a Edén. Nada de lo que ha hecho ha sido ruin, porque puede ganar siguiendo las reglas. Me doy cuenta de que, aparte de Vandemeer, nadie más sabe cómo murió Kaya. Es una carga que he llevado sobre los hombros. ¿Pero aquí y ahora? Podemos hablar fuera del radar de Babel.

—La mató un adamita.

El aire silba entre los dientes de Anton. El ruso da vueltas nerviosamente, lanzando su cuchillo de una mano a la otra. Morning está evaluando mis palabras y lo que significan.

—¿Por qué la mataría un adamita? —pregunta—. Babel nos dijo que aman a los jóvenes.

—Estaba vendado. No tenía idea de a quién atacaba. Babel lo tenía atado contra una pared. En una sala de tortura. Él atacó a Kaya porque pensó que

ella era uno de los torturadores.

Anton suelta maldiciones. Desde el fondo del cuarto de máquinas, Omar dice:

—Tenías razón, Morning.

Morning asiente.

—Así que esta historia abarca mucho más de lo que Babel nos dice.

—Siempre fue así —interviene Anton, enfadado—. Todo su espectáculo no es más que ilusionistas detrás de cortinas. Sólo da la orden, Morning, y traeré la información.

Ella frunce el ceño, pero después de un momento asiente con la cabeza.

—De acuerdo. Sólo ten cuidado.

Una sonrisa malévola cruza el rostro de Anton.

—¿En verdad?

Ella asiente de nueva cuenta.

—Ve.

Anton guarda su cuchillo en el bolsillo y se dirige hacia la barrera que Omar echó sobre la puerta. El egipcio se hace a un lado, y el eco de las pisadas de Anton desaparece una vez que cruza. Me giro de vuelta a Morning.

—¿Me quieres decir qué demonios está pasando?

—¿Oíste algo sobre los Archivos Babel en el *Génesis II*?

—Sí, todos supimos un poco. Se trata de una investigación, un artículo periodístico, ¿cierto? Alguien en casa escribió sobre nosotros...

—Exactamente. ¿Leíste el artículo? —pregunta.

Niego con la cabeza.

—¿Cómo podríamos leer el artículo? Estamos en el espacio.

—Anton —responde—. Él consiguió el archivo. Lo leímos juntos. La persona que lo escribió tiene muchas teorías. Sobre nosotros, sobre Babel, sobre todo. ¿Alguna vez tuviste la impresión de que quizás está pasando algo más grande aquí?

Lo pienso un momento. Ha habido un ejército de señales de alarma durante todo el camino, pero nada que indique una dirección específica.

—Babel es corrupto y poderoso. ¿Qué más hay que saber? —añado.

—No estamos seguros —continúa Morning—. Pero queremos descubrirlo.

—Mira, me da gusto que alguien tenga tiempo de jugar al detective, pero yo no. Todo estará muy bonito para ti en el tablero de marcación, pero yo todavía tengo que ganar mi pasaje a Edén. Me encantaría ayudarte, en serio: me encantaría conseguir justicia para Kaya. Pero en este momento tengo que concentrarme en ser seleccionado. Así que, a menos que haya algo más que me quieras preguntar, voy a volver allá arriba para prepararme para el próximo reto.

Morning me mira un segundo, luego asiente en dirección a Omar. Éste jala la barrera nyxiana de vuelta a su anillo y lo desliza sobre su dedo. Nos evalúa a los dos un segundo, luego se escurre fuera de la sala de máquinas. Escucho que se aleja hasta que se desvanece el rastro sonoro de sus pisadas. Morning me mira, y toda la dureza de su expresión desaparece.

—Son mis hermanos. Sólo están siendo sobreprotectores.

—No me digas.

Ella extiende la mano y la pone en mi brazo.

—Tienes razón. No es justo que te arrastre hasta aquí cuando todavía tienes otras cosas de qué preocuparte. Pero hablaba en serio, Emmett. Eres en quien confío del *Génesis 11*. Puedo ver que eres una persona honesta. Eso me agrada de ti.

Nadie me enseñó nunca a aceptar un cumplido. Lo único que puedo hacer es asentir.

—Gracias.

—Me habría gustado que estuvieras conmigo en el *Génesis 12*.

Después de cuatro días de pérdidas dolorosas, he estado deseando lo mismo. No puedo evitar pensar ahora en cómo podría haber sido eso. Lo que podría haber significado para mí, para nosotros. Pero si yo hubiera estado en el *Génesis 12*, nunca habría conocido a Kaya, ni a Bilal, ni a Vandemeer. No sería la persona que soy ahora sin cada uno de ellos. Y no quiero desear que eso desaparezca.

—Ya no hay marcha atrás.

Morning me aprieta el brazo antes de soltarlo.

—Te quiero conmigo en Edén —dice—. En verdad lo deseo, pero hice promesas. Cuando supimos lo de tu tripulación, le prometí a mi equipo que

pelearía cada segundo de cada día para llevarlos a Edén si confiaban en mí para dirigirlos. Y no romperé mis promesas, Emmett. Ni siquiera por ti.

**DÍA 9, 18:20 HORAS**  
**A BORDO DE LA TORRE ESPACIAL**

**F**lotamos por el río negro en silencio. Llevamos ya treinta minutos deambulando por los rápidos sin iluminación. Demasiado para mi comodidad. Babel mantiene cada luz de la Hidrovía apagada. Según Defoe, simula una de las noches sin luna de Edén. La única luz proviene del sistema sónar de Jazzy. Pequeñas señales luminosas verdes en un oscuro mar de tinta. El único sonido es el río. Cuando hablamos es con susurros tan silentes que se parecen más a los pensamientos.

—Estamos a veinte metros de una roca. Tenemos que dejarnos llevar a la izquierda diez metros para dar con el siguiente estrecho.

Sentimos el sutil cambio de dirección. Hay un destello de luz a la distancia, luego nada.

—¿Eran ellos? —susurra Azima.

Nadie contesta. Comenzamos por una dirección en la Hidrovía y al *Génesis 12* lo enviaron en la dirección contraria. Tuvimos un atisbo de ellos en el radar hace unos cinco minutos y desde entonces los hemos estado acechando. Pero en alguna parte de un rocoso camino en zigzag, los perdimos. Puse a Jazzy a lanzar firmas falsas con el radar cada diez segundos. Bilal está sentado junto a la consola de Jazzy, ayudando a leer el terreno. Nos dejamos llevar durante otros cinco minutos antes de que Jazzy susurre emocionada:

—Los tengo —en su pantalla puedo ver un punto rojo que arde entre la inmensidad oscura—. Cincuenta metros más adelante, metidos contra esa gran roca.

La roca se alza como una sombra más profunda y oscura. Más adelante, un río se divide en secciones más pequeñas. Lanzo una mirada sobre el hombro de Jazzy y noto que están esperando en la parte más angosta del río. La roca de donde cuelgan los tiene acomodados sobre el punto más estrecho, una emboscada perfecta.

—Anclemos aquí —ordenó—. Ni un solo ruido. Jazzy, escaneos cada diez segundos.

Trabajamos en silencio. Cuando quedamos acurrucados contra las rocas más cercanas, reúno a la tripulación al centro de la nave. Sus rostros no son reconocibles en la negrura.

—¿Cómo sabemos que no están lanzando una señal falsa? —pregunta la voz de Jaime.

—No lo sabemos —contesto.

—Es un buen cuello de botella —contesta la voz de Katsu—. Apuesto a que nos esperan.

—¿Entonces por qué no tiramos un anzuelo? —pregunta Longwei—. Atravesamos el estrecho, hacemos sólo un poco de ruido y los sorprendemos.

—¿Qué sentido tendría eso? —pregunto—. Claro, saben que venimos, pero tienen la ventaja del terreno. Seríamos presa fácil.

—Entonces nos separamos —dice Longwei—. Miren los escaneos: esta formación se conecta a la roca grande. Un grupo asciende por ahí, alguien toma su bandera y se deja caer a nuestro barco con el resto de tripulantes. Y ganamos.

—Por fin —masculla Katsu sombríamente.

—Suena muy bien —digo—. Pero no puedo siquiera verles el rostro ahora. ¿Cómo se supone que subiremos ahí?

Se hace el silencio, luego Longwei dice:

—Con habilidad.

Pequeños alientos de risa.

—Está bien —digo—. Hagámoslo.

Acordamos que Katsu, Longwei, Bilal y Jazzy deberán permanecer a bordo. Los demás nos preparamos para lo que será una escalada traicionera y resbaladiza. Jazzy hace un escaneo y congela la pantalla. Memorizamos las



formaciones rocosas y juntos determinamos con precisión las distancias. Azima sugiere que usemos nyxia para tener un poco más de agarre. Nos toma unos cuantos minutos diseñar la ayuda, pero cada quien manipula el mejor par de guantes de montañismo que le es posible en medio de la oscuridad.

—¿Todos listos? —pregunto.

Las afirmaciones son más silenciosas que el rumor del río. Avanzamos a tientas por la roca sólida y nos dejamos caer para reptar boca abajo lo más cautelosamente posible. El camino ni siquiera es recto o llano. La piel del estómago y de las rodillas toca la superficie mientras avanzamos poco a poco. Incluso cuando el sendero se abre, me quedo abajo y sigo reptando. Puedo sentir lo resbaloso a mi derecha y a mi izquierda. El menor desliz arruinaría nuestra sorpresa y nos lanzaría al río. Estoy seguro de que Babel ha desplegado a sus buzos como medida de seguridad, pero no quisiera arriesgarme en caso de que no sea así.

A pesar de que está oscuro como boca de lobo, encontramos el primer montículo de la gran roca a la que está asida su nave. Azima se estrella contra la parte trasera de mis piernas mientras observo la escena carente de luz para ver si noto algo raro, pero es inútil. Está demasiado oscuro. Seguimos reptando. Escucho tela que se engancha en una roca a mis espaldas y me paraliza. Todos esperamos como estatuas, pero nada sucede. Tres metros más adelante ya estamos en el borde de la roca. Al asomarnos por encima se revela la sombra enorme de su nave. Extiendo la mano y la toco sólo para estar seguro. Aguantando la respiración, vuelvo a reptar en dirección contraria. Roathy y los demás están boca abajo, completamente estirados. Me aseguro de que los ángulos sean correctos y coloco mi linterna en la parte trasera del tacón de la bota de Azima. Destello la luz dos veces y me vuelvo a replegar.

Escuchamos el ligerísimo sonido del motor de nuestra nave. Jazzy calculó alrededor de un minuto para rodear el borde y entrar al estrecho a la velocidad más lenta. Cuento los segundos mientras las sombras se desplazan.

—Escucha, Azima: todos subiremos por el costado —susurro—, pero tú tomarás la bandera.

—En el respaldo de la silla del capitán, ¿verdad? —pregunta.

—Sí —se escucha el suave ronronear del motor a nuestra izquierda—.

Treinta segundos.

Sobre nosotros florecen unos puntos verdes. Parpadeo unas cuantas veces.

—¿Qué son éstos? —susurra Azima.

Los vemos caracolear por el aire como luciérnagas.

—Parecen ojos —añade Isadora.

El *Génesis 12* desciende. Algo pesado me aplasta contra una piedra. Jalo mis brazos hacia atrás y alguien me ata las manos. Los demás forcejan, pero no por mucho tiempo. Nos sujetan contra la cara de la roca y nos amordazan antes de que podamos soltar una advertencia. Sus cascos brillan con suficiente luz para ver sus rasgos por debajo. Anton está en pie más arriba de nosotros, su cabello relamido hacia atrás por efecto del agua.

—Tenemos a los jóvenes patitos —susurra—. Ahora vamos por el ganso.

El fulgor verduzco de su indumentaria se desvanece mientras se deslizan de vuelta a su barco. Vemos las sombras disiparse sobre el borde. Un segundo después, liberan la succión y caen con un chapoteo al agua. La partida de abordaje domina fácilmente a nuestra tripulación. Reclaman nuestra bandera. Las luces se vuelven a encender y esperamos mientras Anton y Omar se toman su tiempo retirando nuestras ataduras. Morning le ordena a su tripulación que diluya sus transformaciones nyxianas antes de que podamos ver las gafas de visión nocturna que usaron.

Longwei y los demás levantan la mirada hacia nosotros, confundidos sobre lo que ocurrió. Lo único que podemos hacer es encogernos de hombros mientras Defoe y Requin aparecen en la plataforma superior. Guían a todos a través de una escotilla lateral. Caminamos junto a algunos tableros de marcación mientras regresamos, recordatorio suficiente de nuestro fracaso.

1. MORNING	1,151,200 puntos
2. LONGWEI	701,900 puntos
3. KATSU	658,450 puntos
4. PARVIN	624,200 puntos
5. HOLLY	614,700 puntos

6. <b>OMAR</b>	612,000 puntos
7. NOOR	572,050 puntos
8. <b>ANTON</b>	568,290 puntos
9. AZIMA	553,750 puntos
10. <b>BILAL</b>	532,300 puntos
11. <b>ALEX</b>	532,200 puntos
12. <b>JAIME</b>	529,200 puntos
13. <b>EMMETT</b>	494,350 puntos
14. <b>ROATHY</b>	489,325 puntos
15. JASMINE	484,050 puntos
16. IDA	447,400 puntos
17. ISADORA	427,960 puntos
18. <b>LOCHE</b>	420,500 puntos
19. <b>BRETT</b>	387,000 puntos

—Esto no está funcionando —declara Katsu, acalorado—. Quiero decir, sin ofender, Emmett, pero no hemos ganado una sola vez contigo como capitán. Esta noche fue terrible. Simplemente terrible. Siempre tienen un plan.

—Bueno, si tú tenías un plan que pudiera funcionar, ¿por qué no lo compartiste? —disparo de vuelta.

—Porque yo soy el *conductor*, no el capitán. Se supone que tú debes idear la estrategia.

Los demás miembros de nuestra tripulación detuvieron la marcha. El *Génesis 12* pasa junto a nosotros, y Anton nos aplaude en señal de burla.

—¡Otro esfuerzo valeroso! ¡Sigán así, chicos!

Katsu lo mira intensamente, pero pronto Longwei y Jaime lo sujetan. Cuando la tripulación del *Génesis 12* está fuera de su alcance, voltea hacia mí.

—Esto no está funcionando —repite.

—Hemos estado cerca —replico—. Cada vez somos un poco mejores. Si tuviéramos unos cuantos días más...

—Estar cerca no es ganar —dice Katsu—. Mira, ni siquiera importa tanto

por mí. Yo iré a Edén. Pero el resto de ustedes tienen que encontrar la manera de clasificar. El *Génesis 12* lleva dieciocho encuentros ganados, no ha perdido ni una vez. Equivale a cincuenta y cuatro mil puntos. Si seguimos perdiendo, no serás seleccionado, desaparecerás. Fin de la historia.

Se aleja hecho una furia. Miro al resto del equipo. Jaime me observa con pesar, pero no interviene en mi favor. Hasta Bilal está evitando hacer contacto visual conmigo ahora. Decido lavarme las manos.

—Si eso es lo que quieren, voten para elegir un nuevo capitán —digo—. No es que me importe.

Me quedo ahí, en pie, enojado, mientras los otros se alejan caminando. Me siento abandonado, enojado por su rechazo y medio enterrado por el tablero de marcación. Loche está alcanzándome con cada victoria. Me tomo unos cuantos minutos para recuperar la compostura antes de seguir a los demás. Sólo necesito dormir un poco, todos necesitamos hacerlo. Quizá puedan ver en la mañana lo cerca que hemos estado de ganar.

Unas voces me llaman la atención. Pensaba que los demás se habían ido hace mucho, pero la discusión se estrella desde uno de los pasillos laterales y reverbera por el pasillo principal. Sigo las voces hasta que las palabras, y las dos personas que pelean, me son tan evidentes como la luz del día.

—Te comportas como si no me estuviera esforzando —acusa Roathy.

La voz de Isadora es menos sonora, pero mucho más feroz.

—¿Siquiera lo estás intentando? No lo sé. Es como si te hubieras dado por vencido. Quedan dos semanas, Roathy, y no estás haciendo *ningún* progreso. Si no quieres estar conmigo, sólo dilo.

La voz de Roathy suena molesta.

—Claro que quiero estar contigo.

—Entonces haz que así parezca —espeta ella—. Yo no puedo hacerlo sola, y es lo que pasará. Tendré que bajar a ese planeta sin ti y tendré que atravesar por ello yo sola.

—Isa, estoy esforzándome.

—Pues esfuérate *más* —clama—. Eso es lo que necesito. Necesito que te esfuerces más.

Hay silencio, luego pisadas. Yo a duras penas logro deslizarme dentro de

una habitación cercana. Desde las sombras, veo a Isadora salir hecha una furia. Espero a que Roathy vaya tras ella, pero no lo hace. Después de unos minutos, salgo con suavidad de mi escondite y miro por la vuelta de la esquina.

Estaban en una de las cápsulas de confort. Roathy está parado en silencio junto a una de las ventanas de ojo de buey, mirando hacia el negro infinito. Espero junto a la entrada. Por un segundo pienso en hacer lo que habría hecho Kaya. Hablar con él, alentarlo, asegurarme de que todo esté bien.

Pero entonces Roathy suelta un grito de frustración y lanza los contenidos de la mesa más cercana a un lado. Las tazas de cerámica se quiebran contra la pared, soplando blancas nubes de polvo en el aire. No se detiene ahí. Sigue destrozando todo, y obligo a mis pies a moverse, a alejarse de él y bajar por el pasillo. Incluso cuando llego a la seguridad de mi habitación, el estruendo de Roathy se queda conmigo.

El juego de Babel está llegando a su fin. Los gritos de Roathy bien podrían ser profecías. Cuando termine el juego, habrá ganadores y perdedores. Siempre pensé que las cosas serían más claras a medida que nos acercáramos a la meta, pero estaba equivocado. Todos estamos en busca del mismo premio. La meta será un caos. Fruto del esfuerzo agonizante de los desesperados.

Y yo estaré en medio de todo eso.

## DÍA 10, 8:03 HORAS

### A BORDO DE LA TORRE ESPACIAL

**A** la mañana siguiente votamos por un nuevo capitán, pero mentí. *Sí* me importa que me releven del puesto. Sé que los dirigí bien, y sé que a fin de cuentas no habría importado. No soy Kaya. No poseo su habilidad para la táctica ni las estrategias astutas. No basta con que mi equipo me importe y que me sacrifique por ellos. Fracasé.

Eso me hace resentir los logros de Morning y el *Génesis 12* todavía más. En los tres días que siguen a la promoción de Katsu como capitán, logramos una victoria. Sólo una, pero el sabor es suficiente para hacer que el resto de la tripulación crea que él hará la mágica diferencia y que su liderazgo comenzará a conseguir los anhelados puntos.

Yo conozco la verdad, sin embargo. El *Génesis 12* debe dejar a un competidor fuera cada día, y ese competidor se elige con una rotación rígida. Ganamos el día en que Morning se quedó fuera. Cuando ella está en la ecuación, su peso inclina la balanza. Es así de simple. Necesitábamos ganar también la sesión de aquella tarde, pero Katsu logró que nos masacraran. Aun así, una victoria hace que la tripulación pregunte a Katsu por el camino a seguir y que albergue esperanzas de que estemos por dar la vuelta a la desventaja. Una mirada al tablero de marcación el día catorce muestra que el liderazgo de Katsu es otra falsa esperanza:

1. MORNING	1,184,200 puntos
2. LONGWEI	710,900 puntos

3. KATSU	667,450 puntos
4. HOLLY	644,700 puntos
5. OMAR	642,000 puntos
6. PARVIN	645,200 puntos
7. ANTON	595,290 puntos
8. NOOR	593,050 puntos
9. AZIMA	565,750 puntos
10. <b>ALEX</b>	556,200 puntos
11. <b>BILAL</b>	535,300 puntos
12. <b>JAIME</b>	535,200 puntos
13. <b>EMMETT</b>	506,350 puntos
14. <b>ROATHY</b>	498,325 puntos
15. JASMINE	490,050 puntos
16. IDA	468,400 puntos
17. <b>LOCHE</b>	441,500 puntos
18. ISADORA	439,960 puntos
19. <b>BRETT</b>	411,000 puntos

Ayer, los nombres de Omar y Anton consiguieron la letra cursiva. Están oficialmente a salvo, fuera de alcance. Quedamos siete; cuatro de nosotros no llegarán. Vandemeer convino en sentarse conmigo y hacer cálculos. No nos tomó mucho entender que Alex está bastante fuera de nuestro alcance también. Ni Vandemeer ni yo tenemos esperanzas sobre nuestra habilidad para ganarle al *Génesis 12* con algún tipo de táctica regular. Ellos saldrán victoriosos en la mayoría, si no es que en la totalidad, de los enfrentamientos restantes.

También calculamos que es improbable que yo alcance a Jaime. Soy mucho mejor duelista que él, pero hay demasiado terreno por recuperar en muy poco tiempo. Es mucho más probable que yo supere a la única persona a la que no quisiera derrotar: Bilal. Tuvo otra pequeña complicación en la pierna y ha tenido que perder por ausencia en cada duelo hasta ahora. Incluso si lograra

una recuperación milagrosa, ¿cuántas peleas podría realmente ganar?

La única amenaza proviene de abajo: Roathy, Loche y Brett.

Parece mentira, pero Roathy está manteniendo su paso en los duelos. Pelea en cada combate como si fuera el fin del mundo. Mis propias victorias son lo único que lo está manteniendo a raya. Y Brett está demasiado rezagado. Loche, sin embargo, puede convertirse en un problema, sigue subiendo cada día. El australiano ni siquiera tiene tan buen desempeño en los duelos, pero a este paso podría no importar. Las matemáticas no mienten.

Quedan diecisiete días de competencia, dos enfrentamientos por día. Un total de ciento dos mil puntos. Morning deberá ausentarse sólo durante dos de esos días, o cuatro de esas competencias. Si conseguimos ganar ésas, sumaremos doce mil puntos. Si los últimos trece días son un indicador estadístico, el *Génesis 12* realmente podría asegurar noventa de los 102 mil puntos disponibles. Yo a duras penas mantengo una ventaja de casi sesenta y cinco mil puntos sobre Loche. Normalmente, diría que eso es insuperable, un hecho consumado, pero por Morning no lo es. Los duelos dejan que nuestras puntuaciones fluctúen un poco, pero en las mejores proyecciones de Vandemeer, mis esfuerzos serán suficientes para aventajar a Loche sólo por unos cuantos miles de puntos. Pero en el análisis menos alentador, perderé ante él por una cantidad similar de puntos. La competencia está demasiado cerrada para sentirme cómodo.

Así que me concentro mientras subimos a bordo hoy, consciente de que estamos a casi medio camino del último tramo de la competencia. Katsu rebautizó las estaciones. A Jazzy la llama “nuestros ojos”. A Jaime y a mí nos dice las “caderas”, siempre con una sonrisa de oreja a oreja. A Longwei se refiere como la “espina dorsal”, y a nuestras cuatro estaciones de defensa como los “puños”. En realidad no me importa cómo nos llame; sólo quiero amasar una o dos victorias inesperadas. Longwei arranca el motor, y flotamos hacia el punto de inicio. El *Génesis 12* ya está ahí. Anton y Alex están en pie juntos al lado del barandal más cercano. Los dos parecen estar confundidos mientras apuntan al tablero de marcación.

—Alex, ¿has notado algo... inusual? —pregunta Anton con curiosidad fingida.



—El tablero de marcación —dice Alex—. Parece estar roto.

Anton sonríe de oreja a oreja.

— A qué te refieres?

—Parece ser que sólo permiten que los miembros del *Génesis 12* obtengan puntos.  Qu  injusto!

Nuestra tripulación no responde. Hasta Katsu le ha puesto fin al intercambio de insultos. No hay mucho que puedas decir cuando tienes un historial tan indefendible como el nuestro. Mientras esperamos, percibo a Jaime a través del enlace nyxiano. Mi consola se lee como una pantalla de computadora de alta tecnología. Organizo todos mis controles en una sola hilera de iconos, listo para succionar o empujar o hundirnos a la menor indicación. Es extraño manejarlo. Las asideras son muy sensibles. El primer día nos tenían a todos sacudi ndonos por todos lados. Pero Jaime y yo ya hemos encontrado nuestro ritmo. Tamb en ayuda que todo aquel odio temprano se haya desvanecido por completo.

Hoy, Requin llega solo. Su cabello plateado est  hecho un revoltijo, pero sonríe. Últimamente muestra mucho su sonrisa hueca. Está orgulloso de su tripulación.

—La carrera de hoy incluirá tres vueltas.

Sin decir más, activa la Hidrovía. Desvanecen las cuerdas y ganamos un buen impulso desde el principio. Jazzy hace escaneos de pulso y esperamos a que indique la ruta. El *Génesis 12* zumba junto a nosotros, avanzando justo un poco adelante. Omar y Longwei logran impulsar más o menos lo mismo a sus motores. La diferencia siempre recae en la táctica de Morning.

—Nada en los escaneos —dice Jazzy.

—Prepárense, estaciones de defensa —ordena Katsu.

Seguimos el curso y Jazzy se reporta diez segundos después. Avanzamos a toda velocidad, fijando un ritmo sólido contra la corriente.

—Todavía nada —dice.

Miro alrededor y me percato de que todos estamos muy tensos. Ya hemos aprendido cómo funciona Babel. Entre menos obstáculos aparezcan, más temible será el monstruo que se revele a la vuelta de la esquina. Pero a medida que seguimos aumentando la velocidad y rodeamos la primera curva, Jazzy

vuelve a reportar un camino libre de obstáculos. Levanto la mirada y observo, estamos moviéndonos con demasiada rapidez como para que Requin nos siga. Otra mirada lo muestra doscientos metros más atrás, esperando junto al muelle de observación. Normalmente aceleran el paso al estrecho más cercano y ven cómo lo manejamos. Pero hoy no. Lo que significa...

—¡Velocidad! —grito—. Necesitamos toda la velocidad que podamos conseguir.

Veinte metros a nuestra derecha, el *Génesis 12* ya se está ajustando. Omar y Morning duplican la marcha de sus motores, y pronto nos adelantan por la mitad del largo de su nave. Katsu está mirando con cautela hacia el agua.

—No quiero meternos en problemas a la vuelta de la siguiente curva —dice—. Si avanzamos con demasiada velocidad, no podremos defendernos de lo que nos espere.

Miro hacia él.

—No hay nada al acecho. No hay pasos estrechos ni obstáculos. Es una carrera de velocidad.

Katsu no parece convencido.

—¿Jazzy?

—Todavía nada.

Frustrado, abandono mi consola. El *Génesis 12* se está alejando mientras Katsu toma su decisión. Pero todavía hay tiempo. Jalo a Bilal fuera de su estación. Katsu grita algo, pero lo ignoro. Mis manos apenas tocan las asideras, cuando la nyxia se transforma en mi visión. Un cañón de arpeo. Apunto, calculo la velocidad y disparo. Todos vemos cómo el gancho negro se arquea sobre el río, aterriza en la cubierta de ellos y de golpe se tensa. Se escucha un crujir distante mientras el arpón se aferra a los barandales de madera.

—Van a notarlo pronto —digo por el transmisor de Bilal—. Tenemos que ir a toda velocidad para entonces. Es lo que ellos están haciendo.

Una mirada rápida muestra que tengo razón. Cuatro de sus estaciones de defensa están alineadas hacia dentro. Dotan de energía a Morning, quien a su vez alimenta la marcha de Omar. Es muy ingenioso. Y probablemente la razón por la que Ida no ha notado todavía el gancho acuñado a dos metros de su

estación. El *Génesis 12* se mueve tres veces más rápido, pero el gancho nos jala por el agua tras ellos. Se escucha el crujido de nuestro barco mientras Katsu me evalúa con ojos entrecerrados.

—Está bien —admite—. Todos los puños, dirijan su energía hacia mí. Yo la impulsaré hacia Longwei.

La tripulación da su consenso, y en poco tiempo nuestros motores también están bombeando. Morning mira hacia atrás una y otra vez preguntándose cómo es posible que sigamos cerca de ellos, cuando Ida finalmente nota el arpón en su cubierta. Morning ordena furiosa que se deshaga de él.

—Bilal, ven acá —le digo. Él se acerca cojeando. Nuestra velocidad aumentada ha hecho que la soga atada al arpón pierda tensión. Vuelvo a enrollarla hasta que queda un poco más sujeta. Sonriendo, le ofrezco a Bilal un lugar para agarrar y la tomo yo también—. ¿Alguna vez jugaste a jalar la cuerda?

A Ida le toma unos segundos desclavar el gancho de su lado del barco. Esperamos y observamos mientras lo suelta. Lo tiene bien agarrado con una mano y está por lanzar el metal por la borda cuando jalamos. El efecto no es tan dramático como yo esperaba, pero engancha su brazo y hombro en un tambaleo. Pierde el equilibrio y cae por la borda agitando brazos y piernas.

Se escucha un sonoro festejo en el *Génesis 11*. Sin Ida, los números están a nuestro favor. Pronto estamos atravesando la Hidrovía sin obstáculos. La velocidad se siente peligrosa, pero Katsu y el resto de la tripulación pueden ver que tomamos la decisión correcta. Completamos la primera vuelta al circuito con una delantera sólida.

—¿Cómo estás, Longwei? —pregunta Katsu.

—Me siento fresco —responde calladamente—. Y poderoso. Con todos ustedes alimentándome, se siente muy, muy poderoso.

Doblamos otra curva a toda velocidad. El *Génesis 12* está avanzando a trompicones detrás de nosotros. Isadora calcula su distancia a unos cien metros detrás. No pueden mantenerse en la punta sin Ida. Todos están concentrados mientras pasamos el punto de inicio otra vez.

—¿Bajamos la velocidad un poco? —pregunto.

—No tiene caso —dice Katsu—. Estamos ganando. No hay que darles una

oportunidad.

Estamos doblando por la segunda esquina a toda velocidad otra vez cuando la vemos. Morning está parada en los terraplenes de metal a nuestra izquierda. Tiene el traje y el cabello empapados, las manos extendidas. A lo largo de la superficie del agua, formó un impresionante muro de enormes rocas negras de nyxia. Se extienden por casi el ancho total de setenta metros, dejando sólo un minúsculo hueco al extremo final de la Hidrovía. Nunca he visto a nadie manipular tanta nyxia. Es imposible.

Katsu es el primero en entrar en pánico.

—¡Gira a tu derecha! ¡Gira a tu derecha! ¡Tenemos que entrar por el hueco!

Se cortan los motores y percibo que Katsu une su poder al de Jaime y al mío. Su mano mental es pesada mientras redirige los timones y jala la nariz del barco hacia la única apertura. Morning mira mientras nuestro barco gira con demasiada velocidad, vira peligrosamente y empieza a ladearse.

Jaime activa la succión, pero no basta para detener nuestro impulso. Todos gritamos mientras el barco se inclina. El agua negra me llena los pulmones, giro y mis oídos gritan, mis ojos se cierran por completo y algo me drena la energía del cuerpo. Puedo sentir que alguien me da un golpe en el cuello. Algo me aplasta las piernas. Estoy muriendo hasta que un brazo se desliza sobre mi pecho y me jala hacia arriba. Salgo a la superficie del agua y aspiro grandes bocanadas.

La escena es un caos. Buzos surgen a través de todas las entradas de escotilla y saltan al agua. Todos sobrevivimos, pero les toma dos largos minutos sacarnos a todos. Levanto la mirada mientras el *Génesis 12* avanza con velocidad a través de la curva. Morning se levanta de su postura agazapada. La miramos mientras camina por los terraplenes y coloca una mano contra la roca más cercana. Mis ojos se abren mientras todo cae en pedazos de un empujón. No había rocas. Toda la creación cae al agua, y vemos que está plana, bidimensional. Es idéntico a los telones que usan en las producciones de teatro. Se escucha un golpe y una salpicadura mientras su equipo llega deslizándose hasta la victoria.

Morning sonrío a nuestra tripulación. Hasta que me mira. Observo cómo se desvanece el placer que le otorga la victoria. Es una ecuación simple. Cuando

ella gana, yo pierdo. Hay un destello de culpa, luego los buzos la bloquean de mi vista. No espero a que se aclare el caos, porque no deseo verla en este momento. Estábamos ganando. Debimos haber ganado y sumado puntos cruciales pero, como siempre, Morning es el único obstáculo que importa. Maldiciendo, abandono la sala.

Después del almuerzo, castigo a Loche durante el duelo. Él intenta hacerme lo que hizo a Longwei, quiere acercarse, envolver sus brazos alrededor de mí y saltar por la borda. Pero si te acercas a mí, yo te castigo. Dos ganchos lo hacen tambalear. Otro lo deja de rodillas. Estoy ansioso por más, más sangre. Mientras me acerco listo para liquidar, veo el rostro de Loche.

Me observa como si yo fuera un monstruo, un agujero negro.

Algo me susurra en el oído, clama clemencia. En vez de acabar con él, dejo caer las manos y me alejo caminando. No soy un monstruo. No me convertiré en lo que Babel aspira que sea.

Perdemos otro juego de captura la bandera por la tarde, y me encuentro donde estaba cuando comenzó el día. Perdiendo terreno contra el *Génesis 12*. El resto de la tripulación está abatida. Longwei golpea una separación de vidrio de regreso a nuestros dormitorios. Ahora está en peligro de perder su capitanía en Edén. Me siento mal por él, pero al menos irá.

Más tarde, Bilal y yo nos sentamos juntos en su habitación.

Llevamos los últimos días ignorando el hecho de que estamos compitiendo el uno contra el otro por el último lugar. Siempre ha sido más fácil fingir que somos nosotros contra los demás. Unos cuantos días después de su cirugía, su médico le mostró el video en el que yo atacaba a Longwei. Ahí se formó algo innombrable. Me mira y me habla como si fuera un hermano. Yo no quería eso. Hay demasiado dolor y culpa cuando los lazos verdaderos se echan a perder. Una rama se puede cortar, pero las raíces corren profundas y oscuras. Lo que yo quería no importó. Cuando alguien te trata como amigo, en eso te conviertes. Sus palabras me han convertido en hermano. Mis palabras lo han esculpido en lo mismo.

Y es por eso que ahora cada conversación que tengo con él me rompe el corazón.

—Tendré que empezar a pelear pronto —dice Bilal calladamente—. Pero

mi doctor me aconsejó que no lo hiciera. Mi pierna no resistirá el combate. La mayoría de los días, perderé. Todos los demás me están alcanzando.

Sólo puedo asentir.

—Quizá puedas pelear contra los oponentes más débiles.

Bilal guarda silencio.

—Vas a rebasarme.

Niego con la cabeza.

—Eso no lo sabes.

—Lo que deba pasar, pasará.

—Bilal, todavía hay tiempo. Quizá nuestro equipo pueda ganar contra el *Génesis 12*.

—¿Eso crees? —pregunta.

No. Por supuesto que no.

—Puede ser.

Bilal asiente, como si deseara creerlo.

—Debemos tener esperanza.

—Y alguien podría salir lastimado. Alex, quizá.

Bilal parece quedar estupefacto.

—Debemos tener esperanza, pero no de eso.

Tengo esperanza de eso todos los días; rezo por eso todas las noches.

—Bilal, es o tú o ellos. ¿Lo sabes, verdad?

—No puedo desear el mal a nadie —dice—. Han trabajado arduamente también.

Niego con la cabeza.

—No se lo merecen como lo mereces tú. Eres *bueno*. Mejor que yo y mejor que ellos. Por eso mereces ir, no importa lo que indiquen los tableros de marcación.

Se sonroja.

—Antes de venir, dormía en la calle. Mi cama era una alfombra, mi almohada una camiseta. Mis mejores amigos eran los borregos y mi familia era muy pobre. El perdedor consigue dinero también, ¿recuerdas?

Recuerdo una promesa en un trozo de papel. Recuerdo que Babel nos dio su palabra sobre cómo funcionaría la vida en el *Génesis 11*. Esas promesas las

han roto antes, pero no tengo el ánimo de mencionárselo a Bilal. En cambio, confirmo:

—Lo recuerdo.

—Es más dinero del que mi padre ha ganado en toda su vida —dice Bilal, anhelante.

Se me rompe el corazón sólo de verlo. Me prometo ir a buscarlo si llego a Edén. Cuando vuelva, quiero decir. Entonces llevaré mis cheques a Palestina y los compartiré con él.

—¿Qué harás con el dinero? —pregunto.

Sus ojos veteados lucen distantes, perdidos.

—Compraré ganado para mi padre. Iré a la escuela. Hasta una pequeña porción del dinero nos conseguirá una casa tres veces más grande que la nuestra. La vida será mejor.

—Iré a visitarte —le digo, pero las palabras me saben a mentira. No hay garantías en la vida, y menos en el espacio, con Babel, quien lleva la batuta—. Vas a tener que enseñarme a hablar árabe.

Bilal tiene lágrimas en los ojos.

—Aún tengo esperanza. No todo está perdido, ¿cierto?

—Así es —digo en voz baja—. No todo está perdido.

## DÍA 20, 17:23 HORAS A BORDO DE LA TORRE ESPACIAL

**S**ueño con Bilal. Está en pie sobre un desierto y yo soy el viento, que viene a devorarlo.

Como prometió Defoe, Babel no nos permite más días de descanso. Esta parte de la competencia no tiene que ver con la recuperación. Tiene que ver con quién puede sobrevivir el trabajo arduo y surgir como un campeón. Hoy, sin embargo, es el último día en que podemos llamar a casa, antes de que los ganadores partan a Edén, así que Babel programa nuestras dos competencias de la Hidrovía por la mañana y agenda diez minutos en la tarde para todos.

Morning guía al *Génesis 12* a la victoria dos veces en el lapso de una sola hora. Después de asumir nuestra pérdida y almorzar, Vandemeer me manda abajo a la Sala de Contacto de la Torre. No sé cómo voy a decir a mis padres que todavía me cuento entre los últimos cuatro. Me estoy acercando a Bilal, pero él ganó su primer duelo ayer, contra Parvin. Todavía podría dejarme atrás. Y Loche o Roathy podrían alcanzarme. ¿Cómo puedo volver a casa con las manos vacías?

Las citas programadas son una después de otra, así que no me sorprende ver a Morning salir de la Sala de Contacto justo cuando llego. Lo que sí es una sorpresa es verla llorar. Cuando ve que soy yo quien enmarca la entrada, no luce avergonzada ni se disculpa: sólo se acerca y entierra su rostro en mi pecho.

Todo sucede tan rápido que apenas puedo ordenar a mis brazos que rodeen su cuerpo. Ella llora, con resolución y confianza, y yo me quedo ahí, en pie,



silencioso pero con un millón de frases inútiles que cruzan mi cabeza. No sé por qué está llorando o qué se supone que deba yo decir, así que sólo me quedo ahí y la estrecho, como papá siempre estrechaba a mamá, del mismo modo en que los dos siempre me abrazaron a mí.

Cuando finalmente tiene la fuerza para separarse, mantiene una mano en mi pecho y usa la otra para limpiarse las lágrimas. Resuella en dos ocasiones, respira profundamente y levanta la mirada.

—Necesito que me digas que todo va a estar bien.

—¿Disculpa?

—Sólo dilo. Di que todo estará bien.

La observo, luego pronuncio las palabras.

—Todo estará bien.

Traga saliva, asiente firmemente y se escurre fuera de la habitación. La cabeza me da vueltas. Puedo sentir que me enamoro de ella, pero al mismo tiempo sé que es ella quien con mayor probabilidad me enviará a casa. Uno de nosotros tiene que fracasar, y tengo la esperanza de que su sueño de llevar a todo el *Génesis 12* a Edén no se vuelva realidad. Si tengo la menor oportunidad de ir, ella debe fracasar.

Me dirijo a la Sala de Contacto y me preparo para mi propia despedida. Cuando la pantalla se enciende con un destello, mi corazón casi se rompe. Por primera vez, mamá está sentada junto a papá. Las lágrimas me escurren por las mejillas, pero no las enjugo. Su sonrisa es cada crepúsculo y cada amanecer que me he perdido aquí, en la negra soledad del espacio. Lleva puesto un vestido de verano, azul cielo y brillante contra su piel oscura. Tiene el cabello recogido en un lindo moño. Sus ojos brillan de orgullo.

—Mi niño —me dice, y su voz es más dulce que cualquier canción—. Tan valiente, mi niño.

—Mamá, te extrañé tanto.

Papá rodea con sus brazos los hombros de mamá, frágiles como el cristal. Ella se recarga contra él y su sonrisa crece.

—Tu papá me lo ha contado todo. No podríamos estar más orgullosos.

Asiento. Hay tanto que quiero contarle, y todo se apresura a salir a la vez.

—Todavía tenemos un poco de tiempo, mamá, pero creo que podré

hacerlo. Creo que voy a lograrlo. Cuando vuelva, seremos ricos y los llevaré a cenar a un bello lugar y te compraré vestidos bonitos. Papá, podré comprarte un auto. No un Ford. Olvídate del Ford. Te conseguiré un Ferrari o algo así. Cuando vuelva, todo será distinto.

Mamá asiente.

—Ya recibimos los primeros cheques. Todo está cambiando. Y mis tratamientos me han sentado bien. Estos doctores de Babel son tan buenos, Emmett. Quería que supieras que estoy hasta arriba en la lista de espera de trasplantes. El siguiente riñón disponible será para mí. Es una diferencia tan grande, cariño. Y todo por ti. Cuando vuelvas, ganes o pierdas, la vida cambiará. No será como antes. Sólo tienes que asegurarte de ser listo y ser bueno, ¿me escuchas?

—Ya eres listo y bueno —agrega papá—. Así que sé más listo y mejor.

—Todavía tengo la llave —digo entre lágrimas—. ¿Qué quieren que haga con ella?

El rostro de mi padre se estruja. También él está aguantando las lágrimas.

—Entiérala. Si bajas ahí, seremos libres. Serás libre. Serás el primero en heredarle algo nuevo al que sigue. Entierra la llave en Edén como una señal, ¿de acuerdo? Una señal de que todo eso ha terminado y de que hemos comenzado una vida nueva. Entiérala por tus hijos e hijas.

Ahora ya está llorando y yo lo estoy aún más. Con los ojos nublados de lágrimas, intento cambiar de tema.

—¿Hay algo que quieres que le diga a los extraterrestres?

Papá sonrío.

—Enséñales nuestro deporte —dice.

—Cántales canciones de amor —dice mamá—. Canta como solíamos cantar.

—Lo haré —asiento—. Lo prometo, lo haré.

—Nunca olvides de dónde vienes —me recuerda papá.

—Ni cuánto te amamos —agrega mamá.

—Nunca —confirmo.

En una esquina de la pantalla, transcurren los últimos segundos que tenemos.

—Los amo —digo.

—Hasta la Luna y de regreso —confirman ambos.

La transmisión se corta y quedo solo, aún lloro. Un técnico se asoma pero lo piensa dos veces antes de pedirme que salga. Lloro lágrimas buenas y lágrimas malas, lágrimas de nostalgia y lágrimas de esperanza. Cuando finalmente recobro la compostura, cada pisada suena como una promesa.

Por Kaya, por ellos, por mí, por cada Atwater que ha existido: iré a Edén.

La determinación se vierte dentro de cada hueso y músculo de mi cuerpo. No puedo simplemente quedarme quieto. Sé que no volveremos a entrar a la Hidrovía hasta mañana, así que me dirijo abajo para dedicarle un rato a la caminadora. Hacer ejercicio se ha vuelto una descarga emocional desde que Kaya murió. Desaparecer en los tanques durante una hora de natación me ayuda a no volverme loco. Correr opaca el estrago mental de luchar por cada maldito punto. Lo más loco es que papá ha estado así de cansado durante veinte años. Yo nací para el trabajo duro. Si tan sólo puedo seguir luchando, quizá sea yo quien rompa esas cadenas.

La Conejera transformada está vacía. Me quito los anillos y las bandas de nyxia, agradecido de hacer algún ejercicio que no involucre a alguien que blande un arma en mi contra. Unos cuantos golpecitos en la esquina de la pantalla grande hacen que la caminadora se encienda con un rechinado. Introduzco los datos: distancia, elevación y velocidad. Odio correr en silencio, así que conecto mi reproductor y corro al compás de los viejos ritmos. Y es por eso que casi no los oigo.

En los segundos entre canciones logro percibir el ligerísimo suspiro de una compuerta. Mis ojos revolotean al rincón de la pantalla. Casi estoy al final de mi noveno kilómetro. Cada respiro sale de forma irregular. Mis pantorrillas están que arden y el frente de mi camisa está empapado de sudor. Siento que me voy a desplomar. Pero yergo los hombros y aprieto el botón de apagado. La cinta corredora me lleva hasta medio camino de los intrusos, antes de detenerse. Debí haber sabido que vendrían después de todo lo que escuché.

Roathy e Isadora flanquean la entrada. El propósito de su visita está claro: Isadora le dio forma a su nyxia de lanza de punta fina. Roathy blande una de sus espadas cortas hacia mí. Ninguna de las dos armas parece carente de filo.

Lanzo una mirada a los rincones y encuentro las cámaras ahí. Puntos rojos en bulbos negros. Es tentador hacer una señal de ayuda. Sin embargo, sólo me paro ahí y espero.

—Hola, Emmett.

—¿Terminando el trabajo de Karpinski? —pregunto.

Los dos enamorados intercambian sonrisas malvadas. Me imagino que hablará Roathy, pero es la callada Isadora quien responde. La chica que guarda la mayoría de sus palabras para Roathy, y casi siempre con susurros. Desde que él se lastimó han estado juntos, pero nunca la había identificado como la líder.

—¿Karpinski? Él no es nada —su voz suena fría y casual—. Le decimos ve, y va. Quédate, y espera. Es como un perrito. A veces bueno, a veces malcriado. Pero a fin de cuentas, un animal.

Sus palabras me provocan malestar estomacal. No suena como una niña. He visto mi transformación bajo las luces brillantes de Babel, pero quizás al tener la vista fija en mí, me he perdido de los cambios en los demás. ¿Dónde se formaron las heridas? ¿Qué fue lo que Babel cortó en ellos? ¿Qué ha crecido en medio de esas cicatrices? Isadora tuerce su lanza de manera casual, sus ojos oscuros y sin parpadear sobre la máscara.

—¿Le pediste que me matara? —digo calladamente.

Me tiemblan las manos. Ellos lo notan, e interpretan el síntoma como miedo. Pero no lo es, es rabia. Algo oscuro empieza a moverse en el aire vacío. Soy un foso a la espera, los albores de la noche más negra.

Isadora me lanza una mirada de compasión burlona.

—Nos estorbabas. A la hora de la verdad, de eso se trata. No podemos arriesgarnos a que ocupes el lugar de Roathy. No cuando estamos tan cerca.

Roathy levanta mi bolso de gimnasio. Con una sonrisa, lo lanza al pasillo y sella la puerta. Todos mis anillos y bandas nyxianas desaparecen de mi alcance. Los dos aprietan las empuñaduras de sus armas, y sé que sucederá pronto. Él atacará primero, ella lo hará en seguida. Él blandirá por abajo, y ella saltará por arriba. Conozco lo suficiente sus estilos de pelea para poder imaginar los primeros movimientos que me esperan. Pero mi mente no logra formar un contraataque efectivo en las circunstancias que enfrento. Sin la

nyxia, soy hombre muerto. Ni Isadora ni Roathy son grandes combatientes, pero ésta no es una pelea. Es una ejecución.

—No puedes competir sin nyxia —dice Roathy.

Isadora asiente de modo alentador.

—Sabemos cómo terminará esto.

Antes de que ataquen, tomo la toalla que cuelga sobre la barrera de malla. Lentamente, me limpio el sudor de la frente. No se mueven. Sólo se quedan en guardia junto a la puerta, a la espera. Con calma, vuelvo a colocar la toalla en la red y me agacho para atarme un zapato. Un destello de dedos veloces saca una pequeña moneda negra que guardo bajo mi talón. La escondí ahí para un momento como éste. La escondí ahí porque aprendí hace mucho que no podía confiar en *nadie*.

*Hoy no es el día de mi muerte.* La idea late como un himno en mi pecho. *Hoy no.*

—Sabrán que ustedes me mataron —digo, incorporándome—. Hay cámaras aquí.

Isadora sonríe.

—No vinimos a matarte.

—Sólo a lastimarte —agrega Roathy—. ¿Qué opinas, Isadora? ¿La pierna?

—Una pierna suena perfecto —dice ella—. Podemos dejarle cicatrices que combinen con las de Bilal.

Están jugando con su presa. Mientras hablan, comienzan a moverse. Pasos lentos y en espejo que los llevan hacia la cinta de correr a mi lado. Guardo la moneda de nyxia en la palma de la mano mientras espero.

—Están cometiendo un error.

El poder en mi palma palpita, baila, ansía. Se alimenta de mi ira y mi rabia.

—¿Error? —Isadora ríe—. Roathy, ¿adónde te prometí que te llevaría?

—A Edén.

—¿Y qué haremos ahí? —pregunta.

—Comenzar una nueva vida.

—Siempre cumplo mis promesas, ¿no es así?

—Siempre.

Su formación aprieta como una horca. Consciente de que estoy atrapado, Isadora se abalanza. La punta de su lanza avanza a toda velocidad contra mi cuello. Ruedo mi hombro para alejarme, pero el golpe está lejos de alcanzarme. La lanza se detuvo a medio metro de mi rostro. Veo cómo la punta de metal se clava en un aire enrarecido. El asta reverbera y se flexiona por el golpe. Los ojos de Isadora se abren justo antes de que un pulso de aire negro me envuelva. Es la noche más oscura. Se cierne con negrura y me hace una pregunta.

Mi cuerpo responde *sí*. El aire vacío se quiebra, y la luz vuelve a mi visión con un parpadeo. Isadora y Roathy están ahí todavía, pero ahora intercambian una mirada nerviosa. Mis pies se retiran solos. Bajo la mirada a la moneda en mi mano, pero no está ahí.

Y es entonces cuando lo siento. En el aire que respiro, en los pensamientos que cruzan mi mente y en el movimiento de cada músculo, todo cargado de energía oscura. Estoy en algún rincón distante, soy un observador. Desde esa distancia, miro a Roathy blandir su arma contra mí. Observo cómo sus golpes se desvían a un lado. Entran en pánico. Él e Isadora atacan juntos. No muevo un músculo. No hago nada.

Hasta que mi mano se mueve. El negro parpadea desde el escudo y rodea a Roathy por completo. Sus gritos son apagados, pero los de Isadora perforan el silencio de la habitación como una sirena. Cuando mi mano cae, la nyxia vuelve a rodearme. Roathy parece un muñeco roto a mis pies. Su nyxia desapareció, consumida por la mía. Una mano poco amable me da la vuelta. Isadora es lo suficientemente lista para transformar su lanza en escudo. Antes de que yo ataque de nuevo, ella se tambalea a su derecha, con una mano aprieta el espasmo que siente en el estómago, la otra está extendida de manera protectora sobre Roathy.

Una parte furiosa de mí quiere terminar con esto ahora. Con este poder, podría romper su escudo y quebrar sus huesos. La nyxia ignora ese pensamiento. Nota un camino abierto hacia la puerta y me arroja en dirección a ella como si yo fuera una marioneta. Isadora solloza mientras escaneo la puerta para abrirla. No miro atrás.

**DÍA 20, 19:21 HORAS**  
**A BORDO DE LA TORRE ESPACIAL**

**L**a puerta de mi dormitorio se abre. Vandemeer me encuentra, lanza una mirada cautelosa adentro. Sus ojos notan los anillos nyxianos que saqué de mi bolso de gimnasio y por seguridad coloqué en el vestidor. Después de lo que pasó, temo tocarlos. Mientras él entra a la habitación, Defoe llena el umbral como una sombra.

—Emmett —dice Vandemeer silenciosamente—. ¿Estás bien?

—Pregunta tonta.

Él asiente.

—Tienes razón. Pregunta tonta. Vimos los videos.

—Fueron por mí —dije—. Querían lastimarme.

Vandemeer se sienta en la orilla de la cama.

—Lo sabemos. Lo vimos.

—¿Roathy?

—Está vivo. Está recuperándose.

El alivio me inunda. Dos miedos me avasallaron mientras esperaba. En primer lugar: estoy a merced de un poder oscuro que no entiendo. En segundo lugar: estoy dejando una estela de destrucción a mi paso mientras me dirijo hacia Edén. Primero Kaya y ahora Roathy. Las palabras de Vandemeer descartan uno de esos temores. Apunto hacia los seis anillos nyxianos en mi vestidor.

—Me manipuló —le lanzo una oscura mirada asesina a Defoe—. No tienen idea de lo que es esa cosa, ¿verdad? La tratan como si fuera piezas de Lego,

pero no tienen la menor idea.

Cuando volví a mi habitación, no fue difícil entender lo que había pasado. La nyxia me salvó. No fue sólo una extensión de mis deseos. Tomó el control. Se comportó como un ser vivo que respira. La parte más espeluznante es que este ser vivo se sintió mucho más grande que yo.

Me he sentido indefenso antes. En la escuela y en casa he experimentado el sentimiento de impotencia, y puedo ver la diferencia entre eso, y esto. Aquí la nyxia tomó un poco de lo que considero mío y obró a placer. Sé que salvó mi vida, pero eso no quiere decir que sea tan estúpido para pensar que eso es algo bueno. Nunca deberías ceder tanto control sobre ti.

—Puede dominarse —interviene Defoe—. Hemos visto episodios como el tuyo en el pasado. Hay gente que se ha visto dominada por la sustancia. Conocemos los riesgos, y la hemos probado extensivamente. Yo tenía entendido que querías honrar la memoria de Kaya y ser uno de los competidores que irían a Edén. Más que cualquier otra cosa. ¿Ya no es así?

—Dejen de usar a Kaya —espeto—. Ella es más que eso.

Defoe se encoge de hombros.

—¿Entonces quieres que vaya por los documentos para tu renuncia?

—No —digo rápidamente. Detesto cuán rápidamente—. No. No quiero volver a casa.

—¿Estás seguro?

—Sí.

Defoe da media vuelta, presto a marcharse, pero no he terminado con él

—¿Qué castigo recibirán? —digo.

Defoe gira lentamente y me observa con una elegante ceja levantada.

—¿Castigo?

—Me quitaron puntos después de lo que sucedió. Kaya murió por mi culpa. ¿No hay castigo para un intento de asesinato? Ustedes vieron lo que querían hacer.

Sus labios dibujan una sonrisa salvaje.

—Voy a traer la espada. La misma que te ofrecí durante la sentencia del doctor Karpinski. Haremos una gran ceremonia de juicio, pero sólo si estás dispuesto a blandir la espada.



No sé si habla en serio, pero niego con la cabeza. Sólo cuando Vandemeer suelta un suspiro de alivio me doy cuenta de cuánto tiempo me tomó responder la pregunta. Mi vacilación complace a Defoe. No sé qué planea para mí, pero estoy más cerca que nunca.

—Puedes estar tranquilo, no intentarán algo así otra vez. Ya se les explicó la situación, ninguno volverá a arriesgarse a las consecuencias. Tienes mi palabra.

Defoe se escurre fuera de la habitación y Vandemeer y yo nos quedamos solos. Apaga su reloj.

—¿Sabes?, casi renuncio.

Le lanzo una mirada.

—¿Cómo?

—Después de que murió Kaya. Después de que me enteré de lo del adamita. Iba a renunciar.

—¿Por qué no lo hiciste?

Sus ojos se suavizan.

—Por ti. Ya no confío en Babel, pero no podía dejarte solo, Emmett. Será más seguro si podemos alejarte de ellos. Si consigues llegar a Edén.

Durante un tiempo ambos guardamos silencio. Me recuesto y cierro los ojos, pero Vandemeer no deja la habitación. Se sienta y lee junto a mi cama, como si supiera que no deseo estar solo.

Después de unos minutos, dice:

—Me alegra que te negaras a hacerlo.

—A mí no.

—Algún día lo harás —la voz de Vandemeer es tan silenciosa como una historia para ir a la cama—. Te alegrará no haber sido como ellos. Te dará gusto haber mostrado clemencia a quienes no la merecían. Me da esperanza ver quién eres. Si debemos enviar representantes humanos a un nuevo mundo, no debería ser gente carente de misericordia. Babel te eligió porque provienes de un entorno empobrecido. Pensaron que serías fácil de manipular. Ya has demostrado lo contrario en dos ocasiones. Dos veces has descansado la espada cuando te pidieron blandirla. Cuando mires hacia atrás, no será de tu misericordia de lo que te arrepientas.

Vandemeer sale de la habitación, pero mi cuerpo no está listo para dormir. Hay demasiado ímpetu en mis pensamientos como para apagar el motor de la conciencia. Estoy pensando en mi llamada a casa. Pienso en lo realmente cercano que fue mi roce con el peligro. Pienso en Babel y en todos sus secretos. Pronto mis pensamientos se orientan de nuevo en dirección al tablero de marcación. Los números son más y más claros, día con día. A menos que algo cambie estaré en la primera nave de Babel de vuelta a casa. Un naufrago fracasado con los bolsillos apenas llenos con el premio de consolación.

Esto me hace pensar que podrían ser mis últimas noches con Azima o Bilal o Katsu. Si no logro pasar el último corte, ¿cuándo volveré a verlos? ¿Quizá de vuelta en la Tierra? Por alguna razón, me cuesta trabajo imaginar a nuestra tripulación haciendo una reunión de egresados diez años después. Si fracaso, esta semana se escribirán las últimas páginas de un capítulo inolvidable en mi vida. Pero sé que no estoy listo para que termine.

Mis pies me llevan fuera de la habitación. Es de noche, así que las luces son tenues y las estrellas brillan y los pasillos están vacíos. Me muevo por el silencio hasta que estoy de frente a su puerta. Toco dos veces y espero ahí, incómodo. Ni siquiera estoy seguro de qué tan tarde es o de si estará despierta o...

La puerta se abre.

Morning viste una playera negra sin mangas y unos holgados pantalones deportivos. Su cabello oscuro cuelga por debajo de sus hombros. Me mira como si estuviera tratando de entender por qué me tomó tanto tiempo.

—Es una mala idea.

Ella asiente.

—La peor.

Antes de que las razones para no hacerlo puedan abrirse paso a empujones entre nosotros, atravieso la distancia y la acerco hacia mí para besarla. Sus brazos se deslizan alrededor de mi cuello y la levanto del suelo. Casi caemos cuando pretendo empujarla a la cama. La gravedad oprime mis labios contra los suyos, mientras ella intenta con torpeza levantar mi camiseta sobre mi espalda. Nuestro beso se interrumpe durante el segundo que le toma a la prenda desnudar mi pecho y caer al suelo. Nuestros labios se encuentran

nuevamente al tiempo que forjamos en silencio un acuerdo. Éste podría ser nuestro único momento juntos. Éste podría ser el final tanto como el principio. El peso de esa verdad hace que cada caricia y cada beso sean más que una colisión muscular. Hacemos de cada segundo compartido una eternidad. Nuestras manos y labios forjan memorias que abarcan los dos mundos. Edén o la Tierra: sé que llevaré todo esto conmigo a donde vaya.

Por primera vez, no importa que ignoremos lo que ocurrirá después.

Es suficiente encontrarse con algo nuevo, algo hermoso.

**DÍA 27, 7:33 HORAS**  
**A BORDO DE LA TORRE ESPACIAL**

**A** veces habría que equivocarse. A veces habría que equivocarse dos o tres o cinco veces. El único problema es que Morning tiene promesas que cumplir, y ninguna de ellas es a mí.

Cincuenta y dos competencias en la Hidrovía y hemos ganado seis. Sólo una con Morning a la cabeza, y fue suerte más que otra cosa. Durante los tres días de ausencias de Morning, logramos una marca de cinco victorias contra una derrota. Si sólo nos esperaran más de éstas. Con apenas cuatro días por delante, ella capitaneará el *Génesis 12* durante las competencias que faltan en la Hidrovía. Vandemeer y yo echamos una mirada final a los tableros de marcación, armando distintos escenarios. Hoy es el último día que habrá duelos. Después, sólo restarán ocho batallas en la Hidrovía. Sólo nueve eventos. Veintisiete mil puntos en juego.

1. MORNING	1,286,200 puntos
2. LONGWEI	755,900 puntos
3. HOLLY	737,700 puntos
4. OMAR	735,000 puntos
5. PARVIN	711,200 puntos
6. KATSU	703,450 puntos
7. ANTON	681,290 puntos
8. NOOR	662,050 puntos

9. ALEX	634,200 puntos
10. AZIMA	610,750 puntos
11. JAIME	571,200 puntos
12. <b>BILAL</b>	553,300 puntos
13. <b>EMMETT</b>	551,350 puntos
14. <b>ROATHY</b>	543,325 puntos
15. IDA	540,400 puntos
16. <b>LOCHE</b>	533,500 puntos
17. JASMINE	511,050 puntos
18. <b>BRETT</b>	495,000 puntos
19. ISADORA	472,960 puntos

Cinco nombres en peligro de eliminación y sólo un lugar más por disputar. Vandemeer revisa los números. Por primera vez desde que lo conozco, se muestra sin afeitar. Además, luce muy delgado.

—Tienen que pasar cuatro cosas.

—Son cuatro cosas de más —contesto. No ríe. Su rostro está demacrado y pálido. Ninguno de los dos duerme bien estos días—. Está bien, ¿cuáles son?

—En primer lugar, hoy tienes que derrotar a Anton.

—Hecho —digo. Lo he vencido dos veces ya, aunque en ambas ocasiones casi me cercena una arteria.

—En segundo lugar, Longwei debe derrotar a Loche.

Respiro profundamente y asiento.

—Lo hará. No perderá tres veces. No contra Loche.

Quisiera creer eso. Vandemeer guarda silencio porque piensa lo mismo que yo. Las peleas de Longwei han sido desastrosas. Lo han vencido una y otra vez. A estas alturas, apenas está aferrándose a una capitánía. Mucha de nuestra tripulación va por el mismo camino.

Desesperados y perdidos e indefensos.

—¿Cuál es la tercera? —pregunto.

Los ojos de Vandemeer lucen tensos.

—Tienes que ganar en la Hidrovía. Sólo una vez más.

Los dos miramos a través de la ventana de ojo de buey. Edén se levanta brillante contra la oscuridad del espacio. Sabemos cuáles son las posibilidades de ganar. Sabemos que no es probable, porque sabemos que Morning no perderá.

—¿Qué se supone que debo hacer?

Vandemeer intenta poner cara de certeza.

—Algo asombroso.

—Sólo una vez más —le digo—. Está bien. ¿Y la cuarta cosa?

—No es algo que esté en tus manos.

Le lanzo una mirada.

—¿De qué se trata?

—Bilal.

No necesita decir más. La pelea final de Bilal será contra Holly. Hasta ahora mi amigo ha ganado solamente un duelo, y tratar de competir ha impedido que su pierna sane como es debido. Holly es buena. No es probable que él gane, pero está tan desesperado como cualquier otro. Si gana, yo no iré a Edén. Es la posición que siempre esperé evitar. Haz amigos en un lugar como éste, y con el tiempo tendrás que apoyar a sus enemigos. Pero Kaya me mostró cómo ser mejor que eso. Me sentiré contento por Bilal si gana. Una parte de mí cree que será así.

Vandemeer se levanta.

—Debemos bajar.

Después del incidente, Roathy e Isadora han permanecido callados. No tengo idea de con qué los haya amenazado Defoe, pero no es asunto mío. Los cálculos simplemente no le sonríen a Roathy, él no llegará a Edén. No tiene lo suficiente para alcanzarme, e incluso Loche lo vencerá.

El desafío de la mañana se trata de subir cargamento. Bloques nyxianos transportados hasta una locación al otro lado de la Hidrovía. Comenzamos con más rapidez que el *Génesis 12*, pero nos demoramos mucho en los rápidos. Llevan a cabo unas cuantas sumersiones astutas, y para cuando llegamos al muelle, ellos ya han descargado por completo. Verlos ganar es como ver mi futuro escurrirse en silencio entre mis dedos. Siete oportunidades más.

No tengo estómago para el almuerzo, así que camino por la Torre Espacial. Sé lo que está en juego. Sé lo que debo hacer. Lo demás está fuera de mis manos. Doy vueltas por toda la estación antes de dirigirme a la Hidrovía. El muelle de observación está vacío excepto por Defoe. Sus ojos lucen distantes, como si estuviera mirando más allá de la ruta, a través de la estación y más abajo, hacia Edén. Mi llegada lo toma por sorpresa.

—Llegaste temprano —dice.

—No tengo adónde ir.

Sus ojos parpadean hacia mí.

—Nos estamos acercando al final.

—Sí, así es. ¿Bajarás a Edén?

Ríe.

—No puedo. Por más que lo desee, los adamitas no lo permitirían.

El río llena nuestra incómoda pausa de silencio.

—Tampoco estoy seguro de que pueda ir —digo.

—Necesitas una victoria en la Hidrovía.

No me debería sorprender que lo sepa, pero así es.

—Es improbable.

—Entonces haz un cambio —dice. Se escucha el eco de pisadas detrás de nosotros. Los demás están llegando—. Cambia la dinámica. Piensa como solía pensar Kaya. ¿Recuerdas su estrategia en la Conejera? Tienes que cambiar la manera en que te enfrentas al desafío. Morning guía a su equipo a la victoria porque pasa mucho tiempo cambiando la dinámica del encuentro. Cámbiala antes de que ella pueda hacerlo, y quizá tú consigas esos puntos.

Asiento.

—Todavía tengo que ganar mi duelo.

—¿Contra Anton? —de sus dientes sale un destello—. Sólo sácalo de quicio y deja que se extralimite.

—¿Por qué me está diciendo todo esto? —pregunto en voz baja. Las sombras se extienden por el pasillo a nuestras espaldas.

Defoe frunce los labios.

—Me recuerdas a mí, Emmett. Salí de la nada, igual que tú. Trabajé duro para llegar a mi posición actual. También creo que tu presencia en Edén

beneficiará a nuestra empresa. He observado a los demás estudiantes. Morning es brillante, por supuesto. ¿Pero Loche? Bajaré a Edén y lo tomaré como unas vacaciones. Puedo ver que trabajarás duro, Emmett. Más que eso, eres una persona leal. No voy a manipular los resultados del concurso, pero aún guardo esperanzas de ver a alguien como tú en Edén, por Babel.

Se yergue mientras los otros entran de uno en uno a la sala. Que empiecen los juegos.

Babel programó bien los encuentros. Las peleas tempranas son de poco interés. Morning aplasta a Isadora como lo ha hecho con todos. Lanza una mirada hacia mí después de su pelea y lleva la misma expresión que tiene desde hace días. Hay pasión y miedo, y un pavor oscuro. Dentro de ella se libra una guerra. Una parte me quiere en Edén. La otra debe mantener una promesa.

Ida cae ante la lanza de Azima y otra vez Omar hace que Katsu parezca un niño pequeño. Parvin y Jaime caen tambaleando al agua durante su duelo. En el caótico rugido del agua, Jaime lo apuñala en el hombro con su espada corta. Luego inicia la primera pelea de interés: Holly y Bilal.

Mi amigo todavía cojea al caminar. Lleva una férula de aire dentro de la bota, y es notorio que pone más peso sobre la pierna sana. No puedo luchar contra el secreto temor que acecha a mi corazón mientras los miro tomar sus posiciones uno frente a la otra. ¿Y si gana? ¿Y si es Bilal quien me echa fuera de la competencia de una vez por todas?

Los dos caminan en círculos. Bilal sabe que no durará mucho, así que pelea agresivamente, moviéndose hacia adelante con la esperanza de lograr un tiro de suerte. Pero Holly es una gran boxeadora. Ella repele las embestidas, danza alrededor de los ganchos y castiga cada error. Mi corazón se regocija y se rompe al tiempo que un golpe directo de ella termina con él. Miro el avatar de Bilal caer, y se abre una horrible cicatriz de esperanza en mi corazón.

Uno de cuatro.

Es turno de la siguiente pelea y no estoy seguro de si cualquiera de los participantes calculó su importancia. Considero llamar a Longwei a un lado para asegurarme de que conozca las consecuencias, pero baja a empujones antes de que pueda hacerlo. De todos modos, mi destino no le importa.



Loche luce decidido. Su amante de brillante cabello rubio, Ida, se yergue junto a los muelles debajo, animándolo a que sea valiente, impulsándolo a obtener la victoria. Longwei le lanza una mirada molesta. Hasta ese poco de emoción me da esperanza. La pelea comienza en silencio. Los dos se mueven en círculos y Loche busca una manera de colocarse más allá de la espada de Longwei. Intercambian golpes y dan dos vueltas más alrededor de la arena. Loche se abalanza con un ataque amplio, pero antes de que pueda deslizar sus brazos hacia adelante, Longwei lo golpea en el rostro con la cabeza. El impacto reverbera sobre el agua y Loche se tambalea, su nariz sangra profusamente y sus piernas se muestran inestables. Longwei se toma su tiempo, y después blande contra las costillas, desarma a Loche y luego perfora sin misericordia el corazón del australiano. El avatar de Loche cae y mi corazón se regocija.

Dos de cuatro.

Mientras Anton y yo cruzamos el puente, sopeso el consejo de Defoe.

*Sácalo de quicio, dijo. Deja que se extralimite.*

El chico está haciendo malabares con sus cuchillos y tarareando al ritmo de alguna marcha militar rusa. Camino junto a él y volteo para quedar de frente hacia la plataforma de observación. Finjo una mirada de confusión.

—Espera, ¿con quién me enfrentaré? —pregunto, dejando que mis ojos se alcen hacia Defoe.

Defoe arquea una ceja en respuesta.

—Anton.

—Ah —digo, mirando justo en dirección a él—. ¿Dónde está?

Defoe no contesta esta vez. Puedo escuchar a Katsu reír y observar cómo el rubor sube por el cuello de Anton. Estiro el rostro hacia adelante y entrecierro los ojos.

—Ah, ¡ahí estás! Disculpa, por un segundo no te vi.

Entonces le sonrío. Le dedico una sonrisa sucia, del tipo que afirma: *soy mejor que tú*. No disfruto lo que he hecho, pero pone a Anton en marcha. Ahora recorre furibundo la zona de combate, va de aquí para allá como si alguien hubiera insultado gravemente a su madre y a su abuela. Quizás hasta a su perro.

Cuando Defoe da la señal, Anton se lanza a toda velocidad hacia adelante. Y vaya que es veloz. Me protejo de los primeros dos golpes, pero gira y deja una incisión en la parte superior de mi brazo. Puedo escucharlo maldiciendo en voz baja mientras acuchilla, se agacha, rebana. Me hiere cuatro veces en el primer minuto. No tengo ni medio segundo para echar un vistazo a los avatares, pero sé que estoy perdiendo, que me estoy desangrando.

Pero a fin de cuentas, Defoe tiene razón.

Anton se agacha para clavar su navaja entre mis costillas, y lo aplasto por completo con un gancho. Incluso con el relleno protector nyxiano, sale volando con el golpe. Le planto una bota enorme en el pecho, y la gárgola sale volando sobre el barandal. El cerebro de su avatar sangra, y yo gano. Emerge poco después escupiendo agua y maldice conforme se dirige a la superficie, pero sus palabras no pueden tocarme.

Tres de cuatro, pienso.

Sólo una cosa más por hacer y estaré en Edén.

Vandemeer me espera en el pasillo y hasta me levanta del suelo cuando se lo digo. Caminamos emocionados de vuelta a nuestros dormitorios, pero la parte más dura está todavía por llegar. Esa tarde, perdemos una ronda de captura de la bandera. A la mañana siguiente, perdemos una carrera que se lleva a cabo completamente bajo el agua. Mis oportunidades se desvanecen como palabras en el viento. Vandemeer me sigue a todos lados. Sus palabras de ánimo suenan tímidas. Llega otra tarde, y esta vez Babel simula corrientes de tormentas. Quedamos atrapados por tentáculos de metal tan grandes que no quiero ni pensar para qué tipo de criatura se supone que debemos prepararnos. El *Génesis 12* se anota otra victoria y la puntuación de Loche avanza muy cerca de la mía.

La idea de que pudiéramos ganar un evento de grupo parece risible.

Cuatro, pienso. Sólo quedan cuatro enfrentamientos.

Una sola victoria, pienso. Un número imposible.

**DÍA 29, 8:44 HORAS**  
**A BORDO DE LA TORRE ESPACIAL**

<b>EMMETT</b>	554,350 puntos
BILAL	553,300 puntos
<b>LOCHE</b>	545,500 puntos
ROATHY	543,325 puntos

**S**é lo que debo hacer.

Morning no tenía la intención de ayudarme, pero sus palabras son mi respuesta: *Mientras estés parado ahí y yo esté aquí, no ganarás*. Hasta ahora eso ha demostrado ser la verdad. Ella altera la ecuación; ella inclina la balanza. No ayuda que nuestro equipo no funcione como tal. Somos un grupo de ganadores y perdedores. Mientras me quedo mirando en dirección a Edén, entiendo que soy el único gris en nuestro grupo de negro y blanco. Todos los demás tienen su destino determinado. A menos que Babel tenga alguna vuelta de tuerca al final del camino, ya todos saben adónde irán.

Sujeto la llave de latón que me dio mi padre y la meto en un bolsillo con cremallera. Me salto el desayuno y me enfilo abajo hacia la Hidrovía. Después de abordar el barco, hago unas cuantas pruebas de nyxia. Cuando me siento satisfecho con las distancias y las alturas y manipulaciones, me siento y espero. Los demás tardan en llegar, pero mi corazón canta cuando veo que Azima y Katsu son los primeros en llegar. Gesticulo hacia ellos para que bajen a mi lado.

—¡Hola, Emmett! —dice Katsu.

—No tenemos mucho tiempo, así que no puedo explicarlo con todo detalle, pero tengo un plan para hoy. Bilal tomará mi lugar en la cadera, ¿de acuerdo?

Katsu se encoge de hombros.

—Como sea.

—Nada de *como sea* —le respondo de mala gana—. Mira, sé que ya tienes tu lugar, pero yo no. Necesito ganar una vez más. Si perdemos los últimos cuatro enfrentamientos se acabó, iré a casa. Adiós Edén.

Azima frunce el ceño, pero Katsu sólo se encoge de hombros. Se siente tan derrotado como todos nosotros.

—Así funciona el juego —dice—. Quiero que lo logres, ¿pero qué puedo hacer? Morning no perderá. Tienen todo para vencer en los últimos cuatro eventos, Emmett. Lo siento, amigo.

—Sólo prométeme que harás todo lo que puedas después de que suceda.

—¿Después de que suceda qué?

—Sólo prométemelo.

—Claro, lo prometo.

Le lanzo una mirada a Azima. Ella se inclina hacia mí y me besa la mejilla.

—Yo pelearé por ti.

Un peso se libera de mis espaldas. Suelto un gran suspiro, alcanzo dentro de mi bolsillo y pesco la llave de latón.

—Si no puedo ir, enterrarías esto en Edén?

Azima toma la llave de mis manos.

—¿Qué es?

—Pertenece a mi familia. Si no logro ir, necesito que alguien más la lleve. Yo soy quien más cerca ha estado jamás... —Azima y Katsu me miran confundidos—. Sólo tómala.

Azima la guarda en un bolsillo con cremallera mientras llegan los demás. No podría haberles pedido mucho más. Aun así, hay una persona con quien debo hablar antes de comenzar. Detecto a Bilal a la zaga en la procesión. Cuando cruza por la rampa de desembarco, lo aparto a un lado.

—Te necesito.

Sus ojos están suaves y tristes.

—Perdí, Emmett. Todo terminó.

—Amigo —le ruego—. Amigo mío. Hoy te necesito. ¿Puedes ayudarme?

Bilal me mira. En el tiempo que dura un latido de corazón, temo que dirá que no y mi único plan se perderá.

—Una vez más —dice—. ¿Y la siguiente vez que preguntes? Diré una vez más de nuevo. Y a la siguiente. Y a la siguiente. Por toda la eternidad.

Envuelvo mis brazos alrededor de él como el hermano que es para mí. Hago a un lado la idea de que nuestra eternidad podría terminar en apenas unos días. Katsu enciende los motores. El *Génesis 12* luce relajado y listo mientras Defoe y Requin aparecen en los terraplenes. Ni siquiera Morning lanza una mirada para notar que cambié de posición en el barco. El temor retumba en mi pecho. Siento miedo de que no funcione y que arruine mi única oportunidad. Pero también siento miedo de lo que pueda suceder si funciona. Temo romper algo que no sé cómo reparar.

—Sólo una vuelta —anuncia Defoe—. Ésta será una ruta un poco más lenta.

Antes de que muevan los dedos para encender el río, transformo mi estación en el muro nyxiano que vi a Morning usar el primer día. Se extiende como humo entre nuestros barcos y nos bloquea de su vista. Con otro giro, los anillos nyxianos se derriten de las puntas de mis dedos y se transforman en pértigas como las que Jazzy nos ponía a usar en la Conejera.

Me alinee con la silla del capitán y me dirijo hacia la derecha. Cuando Defoe da la señal para que empecemos, comienzo a correr. La pértiga se acuña, luego se flexiona, y me lanzo por el muro de humo. Incluso cuando el *Génesis 12* se interna en el río, mi ángulo de vuelo me impulsa justo por encima de la cabeza de Alex. Omar suelta una advertencia, pero no antes de que yo caiga tambaleante justo en la silla de capitán que usa Morning. Ella es veloz y ya está agachando un hombro, pero yo sabía que lo haría y mis brazos son una prensa mientras la giro para sujetarla, cierro los brazos y me impulso fuera de la silla. Nos tambaleamos justo contra Anton, rebotamos a la izquierda, y luego estamos en el aire.

Morning grita mientras la aprieto con más fuerza y los dos caemos al río. Mis oídos se inundan y el cuello me arde con el golpe del agua, pero no la

suelto. Ella me lanza codazos, me araña, intenta de todo. No la libero. Después de medio minuto, comienzo a reír. Las burbujas inundan hacia arriba mientras la suelto y forcejeo hacia la superficie. Los buzos están ahí, listos para arrastrarnos a un lado. Sobre el hombro del buzo que me rescató, veo al *Génesis 11* doblar una curva muy por delante del *Génesis 12*. Hice mi parte. Sólo puedo esperar que mis amigos hagan la suya.

Cuando estamos a salvo arriba, en los terraplenes, Morning me empuja a un lado, con los ojos ensombrecidos y enojados. Ella ha tenido razón todo este tiempo. Mientras ella sea parte de la ecuación, su equipo ganará. Lo único que tuve que hacer fue sacarla y lanzar los dados para que mi equipo logre una derrota sorpresiva. La sigo de vuelta al punto de salida. Los terraplenes nos ofrecen una buena vista del medio kilómetro final del río. Los barcos todavía no aparecen y no lo harán durante algún tiempo. Observo el azul vacío mientras Morning camina ansiosa de un lado al otro. Sus ojos van del tablero de marcación al río una y otra vez.

—Te comportas como si esto no fuera algo bueno —digo—.

Como si no me quisieras en Edén.

Sus ojos revolotean hacia mi encuentro.

—Hice una promesa. Lo sabes.

—No puedes llevarlos a todos.

Morning se limita a negar con la cabeza y fija la mirada hacia afuera, sobre el agua. No deja de caminar, y sé que mis temores eran legítimos. Ella detesta perder. Detesta prometer algo que no puede cumplir. Desde el principio supe que mi éxito significaría su fracaso. No debería ser así, pero ella ha elevado el listón tan alto que cualquier otra cosa menor a la perfección se siente como un desastre.

Si yo hubiera logrado mi victoria con el puntaje de los duelos o venciendo a su equipo en todos los encuentros en que ella no participó, perder no sería tan terrible. Pero saltar sobre el barco y derribarla hizo del asunto un tema personal. Ahora soy yo quien trajo el fracaso a su puerta.

—Van a ganar —dice—. Los entrené. Ganarán de todos modos. Sé que lo harán. Loche... necesita ganar...

Me duele ver lo consciente que está de los números. Quiere decir que sabe

lo cerca que estoy de lograrlo. Quiere decir que los eligió a ellos antes que a mí. No debería doler, pero sus palabras me aniquilan.

—Si pierden, entonces iré a Edén.

Cuando voltea hacia mí, su rostro luce destrozado. Ésta siempre fue la opción: yo o ellos. Las promesas del pasado o los sueños del futuro. Quiero decirle que todo estará bien, pero ya no estoy seguro. No tengo la menor idea de lo que nos estará esperando a la vuelta de la esquina. No tengo idea de lo que signifique para mí o para ella o para nosotros. Ya puedo ver las piezas rotas de lo que pudo haber sido.

—Yo no te prometí nada —dice—. Se lo prometí a *ellos*.

Apunta. Su tripulación es la primera en virar por la curva. Mi corazón deja de latir. El *Génesis 11* da la vuelta también, pero están detrás. Con sólo quinientos metros por recorrer, están detrás. Me tambaleo hacia el barandal para tener una mejor vista. Los barcos se están acercando, lucen más grandes. El *Génesis 12* vira a la derecha. No podemos ver desde aquí, pero el lecho del río debe estar repleto de piedras en agua poco profunda. Cortan la velocidad y el *Génesis 11* avanza a toda prisa por su derecha.

Miramos mientras los barcos se preparan para una colisión. En el último segundo, Katsu jala nuestro barco a la izquierda. La nariz del *Génesis 11* se clava en la parte de atrás del *Génesis 12*. Incluso desde doscientos metros de distancia, escuchamos cómo se quiebran las tablas de madera y el raspar de los vientres de metal. El *Génesis 12* colea mientras el *Génesis 11* lo rebasa a toda marcha. Mi tripulación vira hacia la izquierda para evitar una piedra que sobresale y llegan deslizándose libremente. Levanto los puños en el aire.

—¡Vamos! —grito—. ¡Vamos! ¡Lo tienen!

Antes de que el *Génesis 12* pueda enderezar su barco, mi tripulación cruza la línea de meta. Bajo resbalándome por el terraplén más cercano y entro salpicando al agua. Estoy medio gritando y medio gorjeando mientras nado hasta los muelles. Bajan por la rampa de desembarco mientras me empujo hacia arriba, empapado y gritando enloquecido. Katsu me levanta con un abrazo de oso.

—¿Qué te pareció mi manera de conducir? —grita—. ¡El capitán Katsu, a sus órdenes!

Bilal envuelve su brazo alrededor de nosotros.

—Ese salto estuvo asombroso, Emmett. Asombroso.

—Puedes enterrar esto tú mismo —dice Azima, empujando la llave de vuelta en mis manos.

Estamos riendo juntos cuando Defoe y Requin descienden por la escalera. El *Génesis 12* ancla detrás de nosotros. Me giro justo a tiempo para ver la furia en los ojos de Morning. No me mira mientras camina por las filas de su equipo, mientras susurra las palabras calladas que acabo de volver realidad. También Loche sabe lo que esto significa. Ida está llorando mientras grita que ella no irá a ningún lado sin él. Una mirada de Requin la silencia. Me siento mal por ellos, pero *yo iré* a Edén. Mil lastres se quitaron de mis hombros. Mi viaje prosigue. Tendré otra oportunidad de honrar a Kaya, de presentarle mis respetos y de ayudar a mi familia.

Un tablero de marcación se iza detrás de los dos líderes de Babel. En él, las puntuaciones son oficiales. Mi corazón late con tanta fuerza que no puede ser el mismo. Quizás ahora tenga un corazón de la Tierra y uno de Edén. Dos corazones, uno para cada planeta. Pero los dos dan un brinco cuando borran del tablero a los participantes eliminados. Todo el trabajo que han hecho, desaparece así, sin más:

1. MORNING	1,301,200 puntos
2. LONGWEI	761,900 puntos
3. HOLLY	752,700 puntos
4. OMAR	750,000 puntos
5. PARVIN	723,200 puntos
6. KATSU	709,450 puntos
7. ANTON	693,290 puntos
8. NOOR	674,050 puntos
9. ALEX	649,200 puntos
10. AZIMA	616,750 puntos
11. JAIME	577,200 puntos



12. EMMETT	560,350 puntos
13. IDA	543,400 puntos
14. JASMINE	514,050 puntos
15. ISADORA	475,960 puntos

Defoe junta las puntas de los dedos de las manos.

—Así concluye nuestra competencia. Tenemos programados dos días más, pero las clasificaciones ya se han decidido. Loche, Roathy, Bilal y Brett, por favor, diríjense arriba. Podrán despedirse apropiadamente después, pero ahora necesitamos un momento para hablar con los que irán a Edén. Por favor, sigan a sus asistentes al salir.

Se abre una escotilla al final del muelle. Los asistentes médicos esperan con sus prístinos trajes blancos. Logro atisbar a Karpinski antes de ver a Vandemeer, quien está parado a un lado, mirándome con una sonrisa radiante. Tiene la gracia suficiente para no ponerse a gritar ni a gesticular mientras sacan a los demás, pero sé que lo sabe, y sé que está orgulloso de mí.

Bilal se detiene al final del pasillo. Sus ojos oscuros están bien abiertos mientras se despide con la mano, sonriente. Mis dos corazones se rompen cuando gira en la esquina y desaparece. Hasta cuando pierde es mejor que yo. Si yo hubiera estado en su lugar, habría atravesado corriendo el pasillo, hecho una furia, sin volver la vista atrás. La escotilla se cierra. Erguimos los hombros, y Requin nos sonrío desde su posición arriba.

—Felicitaciones. Estamos conscientes de a qué los sometimos. Conocemos las dificultades que han atravesado. Pero ahora comienza la parte difícil: tomar toda esta práctica y ponerla a prueba. Leer sobre los adamitas es distinto que estar parado frente a ellos. A donde van, los lobos son reales, los peligros muchos y la tarea demandante —su sonrisa crece—. Pero están tan listos como pueden estarlo, y acaban de convertirse en millonarios, así que celebren esta noche. Coman con esmero y descansen mucho, pues Edén está cerca.

Hay gritos y vítores. Abrazos de deleite y de alivio. Pero de dolor también. Morning trata de parecer emocionada por el resto de la tripulación, pero

puedo ver la culpa que carga sobre sus espaldas. Isadora e Ida lucen perdidas, ambas lloran amargamente. Pero no es difícil ver la diferencia entre ellas. Ida resopla las lágrimas como si se hubiera acabado el mundo y no hubiera nada que pudiera hacer al respecto. Las lágrimas de Isadora descienden por su rostro hasta salpicar sus puños cerrados. Parece estar lista para destruir planetas enteros.

Morning es la primera en preguntar:

—¿Cuándo partimos?

Defoe levanta la mirada de su dispositivo de datos.

—Mañana en la noche. Las cápsulas se liberarán a las veintiún horas. Es la mejor ventana atmosférica para su descenso. Requin y yo aprovecharemos el tiempo entre ahora y entonces para formar los equipos de cinco con los que tenemos la intención de que trabajen mientras están en Edén. Los equiparemos para el descenso, les proveeremos desde nuestros satélites de cargamento y estarán en comunicación constante con la Torre Espacial.

—Pero dejemos los negocios para mañana —lo reprende Requin—. Esta noche es para ustedes.

## DÍA 30, 12:37 HORAS

### A BORDO DE LA TORRE ESPACIAL

**E**s extraño ver los pasillos sin tableros de marcación. Es extraño no estar concentrado en la siguiente prueba. Hay una libertad que da la sensación de que el verano llegó finalmente. Después de la cena, fui a buscar a Bilal, pero no estaba en su habitación ni en ningún otro lugar al que tuve acceso en la Torre Espacial. Me metí a la cama sabiendo que sólo tendría mañana para decirle adiós. Edén se veía majestuoso desde la ventana de ojo de buey, pero en los momentos oscuros antes de dormir, habría preferido a mi amigo.

Vandemeer no me despierta. No suenan los despertadores. No se prenden las luces para recordarme que es de mañana. Duermo doscientos días, doscientas noches. Duermo para recuperar todo el sueño que perdí a bordo del *Génesis II*, y todo el que tengo por perder todavía. Duermo y sueño con la victoria, con caer como lluvia de hierro sobre un planeta de valles espesos de bruma. En cada sueño me ofrecen dones que nadie puede quitarme.

Cuando despierto, es con el sonido de Vandemeer rebuscando en una esquina. Al verme se disculpa, pero cuando me dice que ya casi pasó una hora desde medio día, le devuelvo la disculpa de inmediato.

—Está bien, Emmett. Dormiste más o menos el tiempo que esperaba que durmieras. Sucede en situaciones como ésta. Había una parte de tu mente que nunca descansó a bordo del *Génesis II*. Un instinto que no podía detenerse. Eso ya se ha ido, así que dormiste a plenitud. No te disculpes por eso.

—Tengo que despedirme de Bilal.

Vandemeer asiente.

—Por supuesto. No está en su habitación, pero debe estar en algún lugar de la estación. Lo encontraremos después de que tomes el desayuno. ¿O almuerzo...?, ¿comida? No lo sé.

Tiene algo detrás de la espalda. Asiento hacia ello.

—¿Qué es?

Vandemeer sonrío de oreja a oreja.

—Lo estaba guardando para después, pero ya que lo viste...

Me lo acerca. Un regalo. Envuelto en viejos mapas estelares; hasta logró encontrar un moño en alguna parte. Le dedico una sonrisa.

—No tenías que molestarte.

—No, pero quería dártelo.

—¿Qué es? ¿Dinero?

Ríe.

—Esperaba darte algo un poco más valioso. Vamos, ábrelo.

El papel se despedaza y el moño cae al suelo. Abro las pestañas de una caja de cartón. Adentro hay un cordel negro conectado a un relleno delgado y pegajoso. Un extremo es idéntico al cargador que utilizo para mi reproductor de música. Levanto la mirada a Vandemeer para que me dé una explicación.

—Con el tiempo podrías entender lo que es, pero bueno, te ahorraré el esfuerzo.

—¿Qué hace?

—Es un cargador nyxiano. No hay contactos eléctricos humanos allá en Edén —golpea el extremo pegajoso—. Conecta esto a cualquier fuente nyxiana y el otro extremo a tu reproductor. Ya lo probé unas cuantas veces para asegurarme, servirá.

Enrollo las extensiones y las pongo en la cama junto a mí.

—Es perfecto, Vandemeer. Lo digo en serio. Ahora podré compartir mis canciones con los adamitas. Estarán para siempre en deuda contigo. Sólo quisiera que me hubieras advertido para poder ofrecerte algo también.

—Eso no es necesario, Emmett.

Levanto un dedo curioso.

—Si hubiera algo que pudiera darte...

Deslizo una mano bajo mi almohada y pesco la foto. Me tomó un poco de

manipulación, y Vandemeer casi me atrapa trabajando en ella unas cuantas veces, pero finalmente la terminé. No podía separarme de la original que me dio Kaya, así que hice una copia. Es el retrato que se tomó conmigo antes de morir. Tengo el brazo envuelto alrededor de su hombro. Su sonrisa está hecha de todas las flores de todos los campos. La versión que copié parece una tarjeta holográfica de las antiguas. Los colores cambiantes y los trajes espaciales nos hacen parecer superhéroes.

—No la envolví ni nada —digo, ofreciéndosela—. Pero me tomó algún tiempo conseguir que se representaran adecuadamente los colores. Espero que te guste.

Le tiemblan las manos.

—Y una vez más, estás lleno de sorpresas.

—Así ambos podremos llevarla con nosotros. Adonde vayamos. De esta manera, no la olvidaremos jamás.

Vandemeer asiente. Coloca la foto suavemente a un lado y me da un abrazo. Lo archivo bajo la *T* de *Temporal*. Volveremos a vernos. Tengo que creer que así será. Ya hubo despedidas difíciles. Mamá y papá no sabrán nada de mí por un año. Vandemeer no puede ir adonde voy. Tampoco Bilal. No es para llorar, pero sí se siente como una amputación. Babel se está llevando partes de mí que nunca supe que necesitaba. La persona que descenderá en Edén será menos sin ellos.

Tras el intercambio de obsequios, nos dirigimos al almuerzo. Vandemeer llena mi plato con cuidado con alimentos que es menos probable que vomite durante el descenso. La elección me resulta curiosa.

—Pero hemos estado moviéndonos con la misma velocidad por el espacio exterior todo este tiempo, ¿no?

Él asiente.

—Sí, y Babel usó nyxia para sellar sus cápsulas de lanzamiento también. Si vomitas, no será porque lo provoque la fuerza del descenso. Lo causará el impacto emocional a tu sistema. Estarás solo en un planeta desconocido. Eso basta para transformar a cualquiera en un manojo de nervios. Créeme.

Después de todo este tiempo, confío en él, y le creo. Nos sentamos juntos en tranquilo silencio. Logro entrever a los otros ganadores cada tanto —Jaime

hasta se acerca para felicitarme—, pero el resto de la tarde es un silencio largo y extendido. Todos sabemos que es un día solemne.

Por primera vez, me permito imaginar Edén. Está lleno de lo salvaje e inexplorado. Poblado de especies de las que no sabemos prácticamente nada. Seremos los primeros en años en pasear por sus planicies y valles, en navegar por sus ríos y caminar por sus ciudades. Y cuando llegue a casa, todo será distinto.

Ya está avanzada la tarde y mi búsqueda de Bilal es igual de infructuosa que la noche anterior. O no hay manera de encontrarlo, o no quiere que lo encuentre. Vandemeer me acompaña en su búsqueda. La única gente con la que nos cruzamos son técnicos e infantes que hacen los preparativos finales para los lanzamientos. Frustrado, vuelvo a mi habitación. Ahí, encontramos una carta de Bilal.

*Babel dice que me darán otra oportunidad. No estoy seguro de qué será, pero quizá después de todo te vea en Edén. Si no, entonces te esperaré allá, en casa. Agradezco tener un amigo como tú. Mi casa es tu casa.*

Bilal

—No creo que lo veas antes del lanzamiento —dice Vandemeer después de leer su mensaje.

—¿Tienes un trozo extra de papel? —pregunto.

Vandemeer me consigue un poco, y me empeño en contestarle algo por escrito. Cuando termino, Vandemeer toma la carta y me promete que llegará a Bilal. Quiero revisar la nave una vez más, pero Defoe llega. Coloca una mochila junto a la puerta y me extiende una fulgurante llave azul. Cuelga de un collar como una placa de identidad.

—Tu llave de activación —explica—. Las cápsulas están individualizadas. Necesitarás la llave para entrar a la cápsula. Una vez que esté cerrada y preparada, usarás la llave durante el lanzamiento. ¿Entendido?

Asiento.

—Entendido.

—Las cápsulas no se lanzarán sin la llave. No se lanzarán con múltiples

personas adentro. No se lanzarán hasta que la puerta esté bien asegurada. Recuerda eso —Defoe gesticula hacia la mesa junto a la cama—. Vamos, quítate toda la nyxia.

Me toma un segundo quitarme todos los anillos de los dedos. Él los mete en una bolsa con cremallera y los reemplaza con un par de manoplas de boxeo. Los nudillos nyxianos lucen afilados y brillosos, nuevos. No puedo evitar cubrir con ellos mis manos y flexionar los dedos dentro de la fina piel.

—Recién hechos —dice Defoe—. A diferencia del par que has usado, estos puños no son inofensivos. Tienen el filo suficiente como para quebrar la piedra. Nuestro regalo para ti.

Después busca dentro de la mochila.

—Y otro regalo.

Hay un parche con mi nombre en el frente de una chaqueta de combate. Parece el tipo de cosas que usaban los pilotos en tiempos pasados. En un brazo, hay un parche de la Torre de Babel sobre una bandera estadounidense. Vandemeer me ayuda a ponérmela. Me queda a la perfección. Defoe asiente con aprobación.

Da dos pasos hacia adelante y extiende una mano. Me toma un largo segundo hacerlo, pero finalmente extendiendo la mía. Su mano parece de hierro.

—Felicidades, Emmett. Cumpliste con tu contrato y Comunicaciones Babel comenzará a proporcionarle a tu familia el dinero que mereces. Si sigues cumpliendo con ese contrato por medio de tu trabajo en Edén, ganarás incluso más beneficios basados en el acuerdo que firmaste con nosotros. Tu equipo tendrá cuotas con las que podrás ganar beneficios adicionales. Sigue trabajando como hasta ahora, y vivirás por el resto de tu vida como un hombre muy, muy rico.

—Saldrás de la Estación Doce. Por favor acude a tu cápsula quince minutos antes de partir. Puedes llevar la mochila, la chaqueta y cualquier artículo personal aprobado que poseas. Considera ésta tu bienvenida oficial a las filas de Comunicaciones Babel —da un paso atrás y asiente hacia Vandemeer—. Doctor, se lo encargo. Buena suerte, caballeros.

Después de eso, los minutos transcurren como una bomba de tiempo. Vandemeer no dice mucho y yo tampoco. Cuando llega la hora, me cuelgo la

mochila al hombro y bajo caminando junto a él. La estación luce alienígena, extraña. Fulguran luces azules por aquí y por allá, prodigando sus brillos sobre paneles oscuros e interfaces lustrosas.

Nos dejan entrar a una sección de la estación que no he visto antes. Un elevador nos baja por cuatro niveles y nos deja salir a un pasillo iluminado en blanco. El número doce centellea azul contra una puerta distante. Uno de los técnicos de Babel me da una buena preparación sobre cómo respirar y dónde están los controles, pero el lanzamiento es mayormente automático. Mi única tarea, me dice con una carcajada, es no morir de un ataque cardíaco al bajar. No río con la broma porque, como están las cosas, apenas puedo respirar.

Estamos en un pasillo largo y circular. En un extremo, logro vislumbrar a Jazzy. Viste como yo, pero está sola. Me saluda con la mano y le contesto el saludo. Del otro lado, Morning espera. Camina de un lado al otro. Cada cierto tiempo voltea a mirarme. Me imagino que todavía está enfadada por lo que le hice en el puente, así que me sorprende cuando gesticula para que me acerque. Le lanzo una mirada a Vandemeer para ver si lo aprueba. Me sonrío y me da el tipo de empujón de complicidad que protagonizaría PJ.

Me tambaleo hacia ella y Morning observa, sus ojos oscuros sobre la máscara nyxiana. Ella mira sobre mi hombro hacia Vandemeer, luego me mira directamente. Observo mientras se retira la máscara.

—Tengo un par de cosas que decirte —se inclina tanto que sólo escuchamos los dos, en este mundo que hemos estado creando durante los últimos treinta días. Coloca su mano contra mi pecho como si intentara evitar que los muros se derrumben—. *Quería* que ganaras. Después de ese segundo día, cuando me tomaste de la mano. *Quería* que pudieras estar abajo, en Edén, conmigo. Tú... Sólo estoy contenta de que seas tú, ¿entiendes?

Ella juguetea con el cuello de mi traje antes de darme un empujoncito hacia atrás. La ilumina su sonrisa más salvaje antes de que pueda deslizar la máscara de vuelta a su lugar. Sé que todavía hay dolor ahí. Sé que cree que le falló a Loche y al resto de su equipo. Sé que cargará con esa promesa rota, pero por ahora basta con que nos dirijamos juntos al mismo lugar.

—Espera —le digo—. ¿Cuál era la segunda cosa?

—Todavía estoy muy enfadada —asiente con la cabeza para que vuelva



con Vandemeer—. ¿Vemos quién llega primero a la superficie?

Asiento. Su sonrisa desapareció, pero se siente como un nuevo comienzo. Tomo mi lugar junto a Vandemeer y siento que el orgullo me yergue los hombros.

No todo está perdido ni roto. Todavía hay esperanza.

El técnico anuncia que la puerta se abrirá en cinco minutos y se retira por el pasillo. Desenredo mis audífonos y paso por las canciones hasta que encuentro la que escuché el primer día. La que escuchaba cuando Longwei se desesperó por mi desenfado. Tendré que obligarlo a escucharla cuando lleguemos a Edén.

Le ofrezco el otro audífono a Vandemeer y él lo toma. Es un poco más alto que yo, pero nos paramos juntos y escuchamos los cortes y caídas y las voces luminosas. El estómago me está dando vuelcos, pero ayuda saber que al terminar la canción, la puerta se abrirá. Y cuando ésta abra, iré a Edén.

Suena una conmoción detrás de nosotros. Al principio no miro, pero Vandemeer gira y el audífono cae de su oído. Se escuchan voces alteradas. Vandemeer dice algo que no logro escuchar. Cuando volteo, Karpinski se está abriendo paso a empujones entre los técnicos, a través del pasillo. El estómago se me estruja. También los puños. Su rostro luce tan demacrado como siempre. ¿Por qué está aquí? ¿Por mí? Vandemeer apunta algo contra él, no puedo ver qué es. Karpinski extiende las manos suplicante.

—No vengo a lastimarlo —ruega Karpinski—. En verdad que no.

El rostro de Vandemeer se ensombrece.

—Sal de aquí, Karpinski.

—No —dice—. No. Emmett debe saberlo. Los demás lo ignoran...

La canción llega al interludio. Un minuto.

—Te lo advierto —dice Vandemeer enfadado—. No te acerques más.

Karpinski retrocede unos cuantos pasos.

—Perfecto, pero Emmett tiene que saberlo. Él te está esperando. No sé por qué, pero te está esperando.

En mi oído resuena el coro final. Las trompetas retumban. Treinta segundos.

—Lo digo en serio, Karpinski. Te tienes que salir de aquí.

Karpinski prosigue tercamente.

—No ha terminado. Hay una oportunidad más. En la habitación.

Gesticula con un pulgar hacia el doce fulgurante. Detrás de nosotros, se abre una puerta con un silbido. Adentro espera una puerta idéntica con un número idéntico. Una antecámara. Vandemeer señala y dos técnicos sujetan a Karpinski. Lo obligan a retroceder por el pasillo. Mi corazón late con fuerza mientras coloco mi reproductor en la mochila.

—Ten cuidado —susurra Vandemeer.

—Vencí. Iré a Edén. Nadie me espera ahí.

El rostro de Vandemeer está velado.

—Sólo ten cuidado.

Una voz robótica reverbera desde la antecámara.

—*La puerta se cerrará en diez segundos.*

Doy un paso adentro. Detrás de mí, escucho otro silbido. Escarbo dentro de mi mochila mientras se cierra la puerta y empiezo a colocarme los puños de nyxia. Con la mano aún libre meto la llave azul fulgurante bajo la camisa. Siento como si la chaqueta de nyxia se estuviera despertando. Un aire purificador sopla por las ventilas de arriba. Mientras se apaga el ruido, las puertas se abren. Se cuele una luz en la antecámara. Mi cuerpo se tensa expectante, pero no llega un ataque.

Mi enemigo espera en la distancia apenas iluminada. Roathy parece un demonio en todo sentido. Oscuro su traje, oscuras sus navajas. Lo enmarca la vista del espacio, la promesa que le arrebataron. Mientras doy un paso hacia adelante y la segunda puerta se cierra con un silbido, comienza a reír. Con una navaja curva, apunta.

—Sabía que serías tú —dijo—. La posibilidad era de veinticinco por ciento, pero sabía que serías tú. Les gusta jugar sus juegos con nosotros. Esto sólo es eso. Un juego .

—He vencido.

Sonríe bajo la máscara.

—Ah. Entonces deben haberme metido aquí por accidente.

¿Lo pusieron aquí? Esto no puede ser. Atrás de Roathy se levanta una cápsula de lanzamiento. Está esculpida en el fondo de la pared como una bala

empotrada. Quiero preguntar por qué lo trajeron aquí, pero es una pregunta tonta. Él sabe por qué y yo también. Está aquí para terminar el juego de Babel. Una prueba más por superar. Una última pelea por ganar. Si es que dice la verdad.

Soy el rincón sin estrellas más oscuro del espacio.

—Sé que tienes la llave —dice asintiendo de vuelta a la cápsula—. Me lo dijeron. *Consíguela y olvidaremos que quedaste entre los últimos cuatro. Consíguela y podrás ir a Edén en lugar de tu adversario.*

—Roathy —le advierto—, hemos peleado más veces de las que puedo contar. Nunca ganaste. Sólo déjame ir y no te lastimaré. Isadora volverá en un año. Volverás a verla.

Su rostro se tuerce en una mueca de asco.

—Eres un *bandazo* si crees que así funciona esto.

—Lo digo en serio, Roathy. No tiene que terminar así.

—Es la única manera —espeta—. La única manera, *¿sondeas?* Se encargaron de eso.

Me detengo a apenas cinco metros delante de él.

—¿Quién? ¿Babel?

—Pelea o muere, dijeron. Si te deajo ir, se lanzará la cápsula, y la habitación será succionada al vacío. Si te deajo ir, terminaré por ser succionado al espacio. Éste fue siempre el plan. Siempre. No vamos a volver.

El corazón me retumba en el pecho. No tiene el menor sentido. Las palabras de la carta de Bilal reverberan: *Babel dice que me darán otra oportunidad.* ¿Pero por qué obligarnos a matar? ¿Por qué así? Me imagino a Bilal en una sala idéntica, enfrentando a Anton o a Jaime o a Alex. Sé que nunca pelearía. Se haría a un lado y le diría a la otra persona que fuera a Edén.

¿Pero y si Roathy está diciendo la verdad? ¿Y si éste era el plan de Babel desde un principio?

Una pelea final hasta la muerte. Matar o morir. Agujero negro o agujero negro.

—Dijiste uno de cuatro. Los demás...

—Lo mismo. Bilal, Brett, Loche. Lo mismo. Podrían ya estar peleando.

—No tiene que terminar así —repito—. No harán lo que dices, Roathy, no

tiene sentido. Confía en mí. Es más inteligente sólo dejarme ir.

—¿Acaso crees que exista algo de lo que no sea capaz Babel? —Roathy acomoda los pies y levanta sus dos espadas cortas—. Iré a Edén. Isadora y yo hicimos esa promesa. No me detendrás.

Me pongo en guardia. Las implicaciones de la mentira final de Babel no me caben en la mente, pero el resto de mi cuerpo se mueve por instinto. Sé cómo terminará la pelea. Conozco su primer golpe, mi primer bloqueo. Sé cómo mueve sus pies y cómo me deslizaré en respuesta. Hemos bailado así demasiadas veces como para olvidar la música. La única diferencia será la sangre verdadera, la muerte real.

Me muevo hacia adelante, mis ojos fijos sobre los suyos. Estoy a la distancia de un tajo de espada cuando noto que sus ojos revolotean hacia arriba. Hay un pulso de luz brillante detrás de nosotros, y el fuego me lacera desde el omóplato hasta la cadera. Caigo sobre una rodilla mientras otro pulso palpita por encima. La navaja de Roathy baja de un tajo, y es un milagro que yo logre subir la mano derecha justo a tiempo.

Su golpe pasa rozando y corta una línea roja brillante a lo largo de mi hombro derecho. Me impulso hacia atrás y casi me saca los intestinos con una de sus estocadas. Pero me da bajo la axila, y casi resbalo sobre el charco de sangre que se está formando a mis pies. Él puede vislumbrarla, mi muerte, yo puedo verla reflejada en sus ojos. Bloqueo, bloqueo y me resbalo. Antes de que pueda rastrillar con la espada mi rostro, la chaqueta nyxiana cobra vida.

No es por orden mía, pero igual me salva. La sombra que se forma rechaza su navaja. De rodillas, sangrando y tosiendo, veo cómo la sustancia forma un sello seguro que me separa de Roathy y de su cañón. Él grita y blande inútilmente. Cada vez que lo hace, vuelan chispas blancas. El cañón de pulso que creó sigue disparando, pero mi escudo intercepta cada disparo. Finalmente me pongo en pie, tambaleante, y el escudo se extiende conmigo.

—¡Cobarde! —grita Roathy—. Sal y pelea.

Como sé que la nyxia aguantará, me quito los puños y con calma atiendo mis heridas. La quemadura en mi espalda ya está entumecida. Tendré que limpiarla o se infectará. Ninguna de las cortadas es profunda, pero eso no hace que me duelan menos. Con cuidado, jalo dos tiras del escudo nyxiano. Una

veloz manipulación las vuelve adhesivas y las vendo sobre mis heridas. Vuelvo a ponerme los puños y giro mi cuello. Roathy espera.

Tengo que matarlo.

Pero no puedo hacerlo. Si lo mato, Kaya estaría decepcionada de mí.

La idea me hace respirar con dificultad. Si no puedo matarlo, ¿entonces qué haré? ¿Albergo la esperanza de que Babel le haya estado mintiendo? ¿Que no vaciarán la sala, desperdiciando así sus preciosos recursos? Mis ojos se mueven de Roathy a su cañón de pulso. Evalúo la situación, respiró profundamente una vez más y acomodo los pies. Con un pensamiento se disuelve el escudo nyxiano.

Antes de que Roathy pueda moverse hacia adelante, se despliega en un enorme pájaro negro. Se parece al que conjuró Katsu en esos primeros días, pero más grande y oscuro. Sube batiendo en un caos de alas, y Roathy se ve obligado a retroceder algunos pasos. Uso la distracción para deslizarme a la izquierda, inclinando mi espalda contra la cápsula. El cañón está listo pero no dispara, puesto que Roathy se debate entre éste y yo. Roathy se desliza hacia adelante, pero esta vez enfrento cada uno de sus ataques. Se está volviendo más furioso y descuidado. Lo golpeo de lleno en dos ocasiones y se tira hacia atrás, cambiando su ángulo de ataque. Detrás de él, el cañón de pulso quedó en silencio. Es una manipulación astuta. Roathy lo ha calibrado para detectar mi firma corporal, pero no puede rastrearne si algo se interpone en su camino.

Sigo atacando con los puños, así que no se da cuenta de que mi pájaro nyxiano se posa sobre el cañón. Las garras de metal se entierran profundamente en él y comienza a desagarrarlo. El crujido de metal llama la atención de Roathy, y casi le conecto la garra metálica justo en el corazón. Se gira y da marcha atrás. Yo lo persigo. Su rostro está transformado. La sed de sangre se ha desvanecido, y fue remplazada por la desesperación. Él arremete y yo aplasto su muñeca con mi derecha. Una espada cae repiqueteando al suelo. Avanzo antes de que pueda levantarla. Puñetazo, puñetazo, gancho. El tercer golpe lo hace sangrar de las costillas. Detrás de él, mi pájaro hace que el cañón caiga con un estruendo al suelo. Roathy se aprieta la mano contra la herida. La sangre escurre entre sus dedos.

Bajo las manos y él muerde el anzuelo. Su espada ataca desde lo alto y yo

la empujo hacia arriba con mis puños. Un ruido indefenso escapa de sus labios mientras me acerco para conectarle un gancho derecho. El contacto le quiebra la nariz y lo arroja al suelo. La sangre salpica mientras cae de espaldas y se desliza hacia la entrada. La segunda espada cae repiqueteando al suelo, y éste es el momento.

La sangre palpita en mi cuello mientras me levanto sobre él. Podría terminar esto aquí. Terminarlo para siempre. La nyxia está sedienta de sangre y de justicia y de la hora de la verdad. Parece saber quién es Roathy y qué ha hecho. Quiere hacerlo pagar, pero Kaya me dotó de algo que Babel no puede trastocar. Papá y mamá me criaron para ser un hombre mejor. Vandemeer me impulsó a mostrar clemencia.

No seré el verdugo que Babel espera.

Roathy todavía está bajo mis puños, aturdido. Atravieso la sala y junto mis cosas. Antes de que pueda volver a arrastrarse hasta quedar en pie, manipulo a mi pájaro en el aire. En su lugar, se forma un cuadrado negro. Aprieto las esquinas antes de lanzarlas hacia arriba y afuera. Una delgada pantalla de humo divide la sala en dos: Roathy y la entrada de un lado, la cápsula y yo del otro.

Está en pie otra vez. Eleva una mano sobre su nariz deshecha y golpea el otro puño contra la pared que creé. Desesperado, extiende la mano y trata de arrebatarme el control de la nyxia. Pero siempre he sido más fuerte que él en eso. Mi manipulación soporta mientras me concentro en dotarla de los toques finales.

Cuando estoy seguro de que está lista, la sello y me paro frente a él.

La rabia le desfigura los rasgos. Levanta una espada e intenta cortar la pared. Blande una y otra vez, hasta que sus brazos están listos para darse por vencidos. Hay destellos y chispas, pero ésta es una de las mejores manipulaciones que haya hecho jamás. Poco a poco, Roathy se hunde de rodillas y grita:

—¡Pelea contra mí! ¡Eres un cobarde! ¡Pelea contra mí!

—¿Cobarde? —le pregunto en voz baja—. Pude haberte matado, Roathy. Lo sabes, ¿no es así?

—¡Lo habrás hecho! —grita—. Cuando te vayas, me arrojarán al vacío.

Cuando guardo silencio, vuelve a tomar su espada y la clava hacia adelante. La punta se engancha en la pared, pero sigue impulsándola hacia adelante con toda la fuerza que le queda. La pared tiembla, pero sé que aguantará. La hice fuerte por una razón.

—Yo no lo haría si fuera tú.

Sus brazos están temblando por el esfuerzo.

—Roathy, es un compartimento hermético —golpeo mi lado de la pared—. En diez segundos, me subiré a esa cápsula y despegaré hacia Edén. Si destruyes eso, no tendrás protección alguna contra lo que sea que haya planeado Babel para ti. Si lo que dices es verdad, entonces esto puede salvarte. Adiós, Roathy.

Baja la espada y sus ojos encuentran los míos.

—Vendré por ti. Te encontraré. *Nunca* lo olvidaré.

Miro al chico y asiento.

—No olvides nada de esto. No olvides quién te puso en esta posición y por qué. No olvides que yo soy quien tuvo la oportunidad de matarte y no lo hizo. No olvides que te permití vivir, cuando ellos te habrían dejado morir.

—*Un minuto para la liberación de la cápsula de despegue* —se escucha, la voz robótica reverbera.

Dejo a Roathy gritando detrás de la negrura. Merece algo mejor que esto, pero dudo que lo obtenga cuando Babel lo encuentre. Cruzo hacia la cápsula y escarbo bajo mi camiseta para encontrar la llave. La luz azul fulgura radiante mientras la empujo dentro. Abre con un clic y tiro de la manija. Dejo rastros de sangre por doquier.

Adentro está repleto de mecanismos y luces. Meto la mochila bajo el asiento y la escotilla desciende. Una hilera de cápsulas de lanzamiento está ordenada en la orilla interior de la nave. Puedo ver la negrura del espacio arriba y abajo. Aros de color plomo en un delgado círculo. Me inclino hacia adelante contra mis correas y veo que las demás cápsulas ya han despegado. Lo único que queda son cráteres vacíos. Mi respiración se detiene. Quizá Roathy tenía razón. Quizá Babel en verdad intentó matar a uno de nosotros.

Busco a Bilal en cada ventana. Rezo y ruego a quien sea que esté escuchando que Bilal esté vivo. Pero sólo hay una cápsula más que no ha

despegado. Está a tres espacios de distancia a la derecha, y un fantasma espera dentro.

El rostro de Isadora está hecho una ruina. No por una pelea final, sino porque mi cápsula es la única que queda. Debe haber visto cómo los demás se lanzaban al espacio, uno por uno. Esta cápsula era su última esperanza de que Roathy fuera con ella, y arruiné esa esperanza de una vez por todas. Lanzo una mirada de vuelta a la sala y veo a Roathy ahí, un espejo del dolor y pérdida que experimenta Isadora. Pero al menos está vivo. Al menos mi muro nyxiano habrá de salvarlo.

—*Secuencia de lanzamiento activada.*

Metó la llave antes de volver a mirar a Isadora. La cápsula entera comienza a agitarse mientras nuestros ojos se encuentran. Ella ignora lo ocurrido, pero en su mirada encuentro la promesa de un rencor.

Y después estoy cayendo. La negrura gira por las ventanas y rasguña el vidrio. Una llama se azota hacia afuera y me estoy impulsando pecho adelante por el espacio exterior. Elevo una última oración por Bilal, y después el metal grita. Alcanzo a vislumbrar un atisbo de los océanos color vino tinto de Edén, antes de que todo se convierta en nada.



## AGRADECIMIENTOS

**A**ún recuerdo tener en mis manos el primer libro que publiqué. Estaba en cuarto de primaria y había escrito *Las crónicas de un bribón*. En nuestra clase mandamos imprimir y encuadernar nuestros proyectos. Pasé una y otra vez las páginas de una historia que había imaginado, y entonces me hice la promesa de nunca dejar de escribir.

Quisiera agradecer al equipo de Crown Books for Young Readers por tomar mi sueño de la infancia y superar todas las expectativas. A Emily Easton, por concebir una visión aún más elevada que la mía de este libro. Para ti nunca fue una opción conformarte con nada menos que la mejor escritura, y te lo agradezco tanto. También estoy en deuda con Alison Impey y Regina Flath por el diseño de la cubierta, Stephanie Moss por el diseño de interiores y Alison Kolani por la corrección; con Phoebe Yeh, Samantha Gentry y todos en Crown Books for Young Readers; con Barbara Marcus, Judith Haut, John Adamo, Kim Lauber, Hannah Black y el resto del equipo de mercadotecnia; y con Dominique Cimina y su equipo de publicidad en Random House Children's Books.

Estoy profundamente agradecido con mi esposa, Katie. Es mucho más bondadosa de lo que yo podré ser jamás, y siempre estoy tratando de aprender de su ejemplo. Su arduo trabajo me dio la oportunidad de escribir a tiempo completo mientras estábamos en el extranjero. A ella le debo ese periodo de creatividad y crecimiento. Aún más importante, comparto la dicha de reír con ella cada noche antes de dormir. ¿Qué sería esta vida sin esas dichas breves y eternas?

Le debo muchísimo a mi familia. Mamá, gracias por leer mis historias mucho antes de que tuvieran el menor sentido. Siempre creíste que tenía algo que valía la pena decir. *Pa*, gracias por aventurarte en estos nuevos mundos conmigo y por hacer las preguntas correctas. A mis hermanos Matt y Pat debo mi amor por la ciencia ficción y la fantasía. ¡Esas horas interminables de jugar videojuegos y matar dragones finalmente valieron la pena! Así que, si los dos desean dar otra vuelta por Molten Core, soy materia dispuesta. Los Zaccardos también merecen un reconocimiento: gracias por darme una bienvenida tan cálida y siempre impulsar mis sueños.

Un gran agradecimiento a los maestros que me inspiraron a través de los años. Particularmente estoy en deuda con Susan Letts y Anne Dailey. Sus conspiraciones para matricularme en una clase de escritura creativa fue una gran muestra de fe para un joven escritor. Nunca habré de olvidarlo.

Y la relación entre maestros y estudiantes funciona en ambas direcciones. Estoy en deuda con varios estudiantes *brillantes* por leer mi libro en sus etapas más tempranas. Los mismos adolescentes que me inspiraron para crear un personaje como Emmett se adentraron con entusiasmo en la lectura. Más de quince estudiantes ofrecieron sus sabios consejos y experiencias de vida para ayudarme a dar forma a Emmett como un personaje completo. Si alguna vez necesitan un recordatorio de que son capaces de mover montañas, basta con echarle un ojo al primer y al último borrador. Muchísimas gracias. Espero que todos ustedes sigan escribiendo y leyendo y pensando profundamente: el mundo necesita sus historias.

A los miembros del Cramp, gracias. La vida es impredecible, pero los jueves todos están ahí, a la espera de discutir el proyecto que esté sobre la mesa. Los enormes pasos que pude dar en mi carrera como escritor le podrán parecer impresionantes al observador casual, pero en realidad fueron todos ustedes los que me alzaron sobre sus hombros y me lanzaron por el precipicio, seguros de que había aprendido a volar.

A Daniel, Wes y Scott. Son una pandilla de payasos, pero son *mí* pandilla de payasos. La mitad de lo que sé y de lo que soy es debido a ustedes. Gracias por estar siempre ahí para mí.

A mi agente, Kristin Nelson, gracias por ser una guerrera. Desde nuestra

primerísima conversación no hubo otra opción en tu mente para este libro más que hacer de él un rotundo éxito. Fue tanta tu confianza y tu fe en mí, que ni una sola vez vacilaste. Gracias por luchar siempre por mí.

Debo extender esa misma gratitud al resto del increíble equipo de la Nelson Literary Agency y sus afiliados: Angie Hodapp, Jamie Perischetti, Kassie Evashevski y Jenny Meyer.

Finalmente, la gente siempre pregunta cómo me gano la vida. En un esfuerzo por sonar remotamente ordinario, contesto que soy autor, pero a lo mucho soy un subcreador. Como tal, mi agradecimiento más grande será siempre para Dios. Cuando miro alrededor de nuestro mundo, descrito por Gerard Manley Hopkins como cargado de Su grandeza, quedo atónito por la interminable creatividad. Es un placer tomar todo lo que inventó y tratar de crear mis propios personajes, cuentos y mundos a partir de ello. Hay dicha en la subcreación, pero siempre viene acompañada de una reverencia al Creador, quien tuvo la astucia de inventar a los babuinos:

*“¿Y a ti? A ti te daré un trasero como un malvavisco...”*



Foto: Katie Reintgen

**Scott Reintgen** supo que quería ser escritor desde que uno de sus profesores de literatura descubrió unas páginas de su primera novela de fantasía. Dicho profesor reconoció su talento y lo inscribió en una clase de escritura creativa. Desde entonces no dejó de estudiar y también él se convirtió en profesor de literatura y de escritura creativa. Ahora Scott vive en Carolina del Norte con su esposa Katie y su familia. *Nyxia* es su primera novela y el emocionante inicio de la serie La Tríada de Nyxia.

[itspronouncedrankin.com](http://itspronouncedrankin.com)



Scott Reintgen



@Scott\_Thought

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor, o se usan de manera ficticia. Cualquier semejanza con personas (vivas o muertas), acontecimientos o lugares de la realidad es mera coincidencia.

NYXIA

Título original: *Nyxia*

© 2017, Scott Reintgen

Traducción: Sonia Verjovsky Paul

Ilustración de portada: © 2017, Heiko Klug

Diseño de portada: Regina Flath

Fotografía del autor: © Katie Reintgen

D.R. © 2017, Editorial Océano, S.L.

Milanesat 21-23, Edificio Océano

08017 Barcelona, España

[www.oceano.com](http://www.oceano.com)

D.R. © 2017, Editorial Océano de México, S.A. de C.V.

Eugenio Sue 55, Col. Polanco Chapultepec

C.P. 11560, Miguel Hidalgo, Ciudad de México

[www.oceano.mx](http://www.oceano.mx)

[www.grantravesia.com](http://www.grantravesia.com)

Primera edición en libro electrónico: octubre, 2017

eISBN: 978-607-527-281-8

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo y por escrito del editor.

Libro convertido a ePub por:

Mutãre, Procesos Editoriales y de Comunicación

OCEANO



GRANTRAVESÍA



[www.oceano.mx](http://www.oceano.mx)



GRANTRAVESÍA

[www.grantravesia.com](http://www.grantravesia.com)



[www.facebook.com/oceanograntravesia](http://www.facebook.com/oceanograntravesia)



[www.twitter.com/oceanoGTravesia](http://www.twitter.com/oceanoGTravesia)



[www.youtube.com/user/oceanotravesia](http://www.youtube.com/user/oceanotravesia)



[www.instagram.com/grantravesia](http://www.instagram.com/grantravesia)

## Índice

Portada

Página de título

Dedicatoria

### PRIMERA PARTE. ROTO

Día 1, 8:47 horas. A bordo del *Génesis II*

Día 1, 9:13 horas. A bordo del *Génesis II*

Día 1, 9:33 horas. A bordo del *Génesis II*

Día 1, 10:30 horas. A bordo del *Génesis II*

Día 1, 16:03 horas. A bordo del *Génesis II*

Día 2, 8:38 horas. A bordo del *Génesis II*

Día 7, 8:38 horas. A bordo del *Génesis II*

Día 10, 11:38 horas. A bordo del *Génesis II*

Día 10, 14:18 horas. A bordo del *Génesis II*

Día 11, 9:45 horas. A bordo del *Génesis II*

Día 12, 8:23 horas. A bordo del *Génesis II*

Día 18, 11:23 horas. A bordo del *Génesis II*

Día 19, 7:58 horas. A bordo del *Génesis II*

Día 21, 1:37 horas. A bordo del *Génesis II*

Día 25, 19:38 horas. A bordo del *Génesis II*

Día 28, 5:30 horas. A bordo del *Génesis II*

Día 28, 8:31 horas. A bordo del *Génesis II*

Día 50, 23:47 horas. A bordo del *Génesis II*

Día 99, 16:35 horas. A bordo del *Génesis II*

Día 100, 10:33 horas. A bordo del *Génesis II*

Día 100, 14:45 horas. A bordo del *Génesis II*

Día 100, 22:15 horas. A bordo del *Génesis II*

Día 101, 8:01 horas. A bordo del *Génesis II*

INTERLUDIO. LOS ARCHIVOS BABEL. MARCUS DEFOE

SEGUNDA PARTE. AGUJEROS NEGROS

Día 188, 7:48 horas. A bordo del *Génesis II*

Día 188, 13:13 horas. A bordo del *Génesis II*

Día 189, 2:13 horas. A bordo del *Génesis II*

Día 189, 20:28 horas. A bordo del *Génesis II*

Día 0, 20:42 horas. A bordo de la Torre Espacial

Día 1, 9:45 horas. A bordo de la Torre Espacial

Día 2, 8:15 horas. A bordo de la Torre Espacial

Día 4, 11:57 horas. A bordo de la Torre Espacial

Día 9, 18:20 horas. A bordo de la Torre Espacial

Día 10, 8:03 horas. A bordo de la Torre Espacial

Día 20, 17:23 horas. A bordo de la Torre Espacial

Día 20, 19:21 horas. A bordo de la Torre Espacial

Día 27, 7:33 horas. A bordo de la Torre Espacial

Día 29, 8:44 horas. A bordo de la Torre Espacial

Día 30, 12:37 horas. A bordo de la Torre Espacial

Agradecimientos

Datos del autor

Página de créditos